

00464 6
2eq



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIALES

**El Seminario y el Cuartel; Disciplina y Encierro:
Las Capilaridades en el Ejercicio del Poder**

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE
MAESTRO EN SOCIOLOGIA
P R E S E N T A E L

Lic. Francisco Rubén Sandoval Vázquez



Asesor: Mtro. Vicente Godínez Valencia

Cuernavaca, Mor. a 24 de Junio de 1998

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

259251



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

PAGINACIÓN

DISCONTINUA

A Lilián:

*Compañera solidaria, cuyo amor me obliga a ser mejor
. Para ti que también eres yo.*

*A Mariana, Brenda y Karén:
Lunas que iluminan por siempre la oscuridad .
Para ustedes con amor.*

Al Mtro. Vicente Godínez Valencia :
Agradecimiento y amplio reconocimiento.
Juez severo y sabio conductor.
A usted con admiración .

Índice

Introducción	I
Anexo metodológico	i
Capítulo 1. En busca del poder capilar	1
1.1 Los discursos del poder; su reproducción	11
1.2 El manejo del poder; sus técnicas	20
1.3 Las formas del poder; sus estrategias	31
Capítulo 2. Espacio y encierro: el ejercicio del poder	41
2.1 El poder sobre los cuerpos	46
2.2 El poder de los cuerpos	56
2.3 La formación de los cuerpos	67
2.4 La formación de los deseos	79
2.5 La formación de los saberes	90
Capítulo 3 Las disciplinas; la transformación del ser.	98
3.1 La vocación	100
3.2 “El llamado”	107
3.3 “El yunque”	115
3.4 La instrucción y el adiestramiento	124
3.5 La transformación	132
Capítulo 4 Vidas en el encierro.	143
4.1 El encierro como disciplina	146
4.2 La disciplina como saber	155
4.3 El saber como poder	163
4.4 El poder es saber	174
Conclusiones	184
Bibliografía citada	a
Bibliografía consultada	e

INTRODUCCION

"El Hombre propone y Dios dispone"

Los individuos son síntesis y resultado de su mundo, es decir, expresan lo que son mediante sus acciones. Cada cual es expresión de su interactuar en sociedad.

Esta investigación parte de la necesidad de identificar, explicar y comprender ciertos tipos de personalidades masculinas (la militar y la religiosa), así como de analizar un aspecto (el del poder) de la vida entre varones y su relación genérica, en espacios físicos determinados (el cuartel y el seminario). Al tiempo que trata de comprobar cómo cada individuo es la síntesis del ambiente social en el que se desarrolla.

Así nació el interés de analizar, dos espacios reconocidos como masculinos, el Colegio Militar de México y el Seminario Mayor Conciliar de la Diócesis de Cuernavaca. Es importante señalar, que los sitios en cuestión son espacios "formativos" en un sentido pedagógico, pero además, son lugares propicios para ejercer la vigilancia y el control. Observar y vivir la vida cotidiana de cadetes y seminaristas propició interrogantes a las que los estudios de género no respondían cabalmente. Se sabe que a las prácticas genéricas de la masculinidad, ya sea su exacerbación o anulación, se suman otras acciones que tienen que ver con el control de la individualidad, la lucha por el poder y la verdad.

Escuchando y conviviendo con seminaristas y cadetes es posible ver a nuestra sociedad desde afuera, es decir, desde una frontera interna, que crea un espacio único, al poner el centro en la periferia.

La manipulación que se hace en estos espacios, del carácter y de la personalidad de los formandos, fue algo que se detectó desde el inicio de esta investigación. Teóricamente hablando, sabemos que Marx reconocía la influencia que tiene la ideología en la formación de las estructuras sociales, y su reproducción a todos los niveles de la sociedad.

Por otra parte, también la teoría crítica de la escuela de *Frankfurt* encontró una relación empírica entre la ideología y la personalidad, originando "la personalidad autoritaria", a la cual difícilmente se podría oponer la sociedad, si se mantenía el control social imperante del capitalismo salvaje.

Desde esta perspectiva, el peso de las estructuras productivas obliga a las personas a conducirse de manera casi predeterminada, determinando un margen de "acción propio" sumamente reducido, principalmente en las llamadas sociedades modernas. En todo caso, la fuerza motriz de éste tipo de sociedades es sin duda la razón, entendida como la pérdida de algún sentido capaz de conjuntar las diferentes esferas de la racionalidad capitalista. El proyecto de la modernidad de alcanzar una sociedad económicamente equitativa y justa moralmente, se ve obstruido por su propio proceso formativo, al impulsar racionalismos autónomos, como resultado de la especialización del conocimiento y el saber, aislado de un valor que los trascienda.

La postura de Habermas que reconoce el sentido de un proyecto moderno, que no es otro que el de la Ilustración, trata de vincular el mundo de los especialistas y el de la vida, con la "praxis comunicativa de la vida cotidiana", con el fin de lograr una vida social más digna, bondadosa y justa, opuesta a la condición alienante que actualmente se vive.

En todo este panorama, hay algo que verdaderamente parece ocultarse: la posibilidad individual, es decir la capacidad de acción de cada persona. De ver la posibilidad de una acción sin razón aparente. Sin duda una sociedad más libre o justa podría ser razón suficiente de acción, pero aún así la individualidad seguiría diluida dentro de un proyecto social que la envuelve y la aniquila.

En la vida cotidiana del cadete o del seminarista, cada uno de sus actos debería estar plenamente justificado ante sí mismo y los demás, hay momentos que la individualidad de los estudiantes irrumpe violentamente, en contra de sí mismos, o más precisamente en contra de sus ideales.

En torno a esta reflexión, y con base en la teoría de la "estructuración" es como el problema de la subjetividad aparece en el fondo. ¿Cómo cada cual llega a ser lo que es? Esta pregunta incide directamente sobre la cuestión del saber y la pregunta sobre el poder.

En un mundo estructurado, históricamente determinado se encuentra la individualidad diluida o simplemente inexistente. Encontrar la genealogía de la personalidad moderna es, en suma uno de los esfuerzos de este trabajo.

En este sentido, los estudios de Foucault sobre el poder, la personalidad y el saber, su metodología y sus aportes teóricos se vuelven imprescindibles, difícilmente se podrían obviar. *Ciertamente no responde a todos los problemas, ni resuelve las contradicciones de nuestra sociedad; (nadie en su sano juicio lo pretendería); pero su perspectiva es muy útil en el análisis de la formación de personalidades predefinidas.*

El análisis de la personalidad, la individualidad, y la inquietud por sí mismo son los móviles que animan esta investigación. Ninguna persona puede tener identidad propia si no vive la experiencia de sí mismo, en relación con su mundo, indagar sobre este tránsito es el propósito fundamental. A partir de una doble inquietud, por un lado, *el interés por reconstruir la genealogía de la personalidad moderna, y por el otro, encontrar la relación que guarda la personalidad con respecto a la sociedad, mediatizada por la conciencia.*

La carga ideológica en la formación de la persona, es sin duda alguna una de las principales variables que se presentan. La formación de la individualidad es una tarea personal que el individuo emprende en sociedad, en condiciones que él no ha elegido, y que termina en muchos casos por destruir su ser. Los seminaristas y cadetes son personas que *comprometidas con su mundo, se enfrentan así mismos y al resto de la sociedad como extranjeros, es decir como seres sin propia identidad.* El objetivo no es resolver la dialéctica entre individuo y sociedad, si no observar la pugna entre el individuo y la historia.

El Poder.

El poder aparece como un elemento central en la organización de las sociedades humanas, desde las arcaicas, hasta las modernas mantiene su presencia de forma constante. Es un elemento, que en el transcurso de la historia, la humanidad ha ido utilizando en su propia constitución. Sin embargo, desde mediados del siglo IV, durante la Roma clásica, la inquietud por el poder y la soberanía inicia las reflexiones del derecho. En el siglo XVI, esa misma inquietud por la legitimidad y la soberanía, darán como resultado los tratados de organización del Estado y del ejercicio del poder.

A pesar de estas reflexiones sobre el poder, éste aún no alcanza a ser diferenciado del soberano o del Estado, la liga que se mantiene en el análisis de uno y otro, no permiten observar al poder en sí mismo. Así, las inquietudes del marxismo, vinieron a continuar la búsqueda del poder a través de las relaciones de producción, se le ligó a la explotación y a la opresión económica, pero no se le liberó para ser buscado en sí.

El estructuralismo francés, planteó la necesidad de ir diferenciando el poder de otras formas de opresión y control social, pues no es posible diluirlo dentro de otros elementos de este tipo. Es así, que la perspectiva de la microfísica del poder aparece como un postulado atractivo que permite ir armando el poder desde dentro de él, desde sí mismo.

Esta investigación busca el encuentro del poder con los cuerpos y las mentes, por ello se lanza a la búsqueda de espacios sociales donde el poder se ejerce con relativa autonomía, a nivel micro-social; y propone a los seminarios y a los cuarteles como lugares idóneos para la investigación. Por lo tanto, se busca no en la Iglesia, sino en comunidades religiosas; no en el Ejército, sino en el cuartel, las formas en las cuales las relaciones sociales se desarrollan bajo la influencia de un poder, que no es abstracto (ya que tiene rostro y cuerpo), el poder de quien lo ostenta en representación de la institución y que opera en el ámbito personal, enfrentado a quienes deben subordinarse ante este poder.

Las relaciones jerárquicas del poder social dentro del cuartel o de las comunidades religiosas, son relaciones sociales privilegiadas para el análisis de la “microfísica del poder”, ya que su especificidad frente a otras formas de organización jerarquizada de poder social, permiten que sean utilizadas como *tipos ideales*, siempre que la singularidad del cuartel o del seminario como un hecho preciso es demostrable en la medida que se puede corroborar como una realidad sociológica mediante las comparaciones entre procesos y situaciones semejantes.

Cómo comprender la microfísica del poder

La búsqueda de las formas del poder capilar, microfísico; obligan a una perspectiva desconfiante, a pensarlo como un poder dinámico que circula entre los miembros de un grupo, de manera horizontal y vertical; no sólo en términos de asimetría, sino también como parte inherente de una acción social. Así, lo que se busca son sus formas de expresión, la forma en la que se manifiesta en su ejercicio y las condiciones y situaciones bajo las cuales las personas son sometidas (o practican el poder) en su ejercicio.

Si el poder siempre fuese el mismo, es decir asumiera siempre la misma forma, no se nos escurriría de la conciencia, lo tendríamos presente en todo acto, se manifestaría, y estaríamos pendientes de las transformaciones que nos impone. Pero ocurre que esto no es así, el poder se filtra entre nosotros, nuestros gestos, nuestros cuerpos, nos acompaña de día y nos vigila de noche; nos castiga y nos premia, nos desnuda y nos mira, para el poder somos transparentes, más para nosotros el poder no es transparente, permanece oculto y oculto opera en nuestros cuerpos y en nuestras conciencias.

La pregunta no es sobre la soberanía, ni el control político institucional: el poder del Estado enfrentando la libertad del individuo. La pregunta opera al contrario: rastrear cómo el poder genera “individualidades perversas”; cómo el poder se mete en los cuerpos para transformarlos, cómo se apodera de las conciencias, cómo se construye y reconstruye en el ejercicio cotidiano de una persona sobre otra.

En suma, cómo nos ha obligado a ser lo que somos; cómo ha habitado nuestras ideas y deseos confundiendo con nosotros mismos, cómo ha llegado a generar la confusión de no saber qué somos nosotros sin tenerlo, como intermediano de nuestra propia identidad. Es necesario reconstruir la historia de nuestra propia "formación", para poder ver entre nuestras ideas, aquellas que el poder nos ha instalado.

Por eso habrá que develar el poder microscópico, encontrarlo donde se oculta: dentro de los cuerpos, dentro de las ideas y cosmovisiones. Ésta es la tarea que emprendemos, la búsqueda del poder en sus tácticas, tecnologías y estrategias, en sus capilaridades, en la ejecución mínima de las relaciones cara a cara. Así, planteamos las preguntas: *¿Cómo se manifiesta la lucha, la dinámica del poder capilar, es decir, sobre y dentro de los cuerpos?, ¿Quién lo ejerce en seminarios y cuarteles mexicanos? ¿Qué es el saber, el dominio y el control del cuerpo?, ¿Sobre quién se ejerce el poder dentro de los seminarios y cuarteles? ¿Cuáles son las disciplinas eclesíásticas en los seminarios y militares en los cuarteles, que operan sobre los cuerpos y las conciencias?, ¿Cómo la disciplina transforma, modela, forja el cuerpo y la mente de las personas?, ¿Dónde se ejerce el poder en los seminarios y cuarteles mexicanos?*

Responder estas preguntas conlleva a encontrar relaciones de poder microscópico, de poder capilar; encontrarlas ahí donde toman forma humana, donde se objetivizan para ser analizadas. Mirar al poder así, es inquirir sobre las relaciones sociales del poder, es considerar que el poder está en todas partes, en todas las personas, que todas lo ejercen y que sobre todas ha sido ejercido.

Los elementos constitutivos del poder real

En la búsqueda del poder real, encontramos que existen elementos constitutivos de éste, que se pueden rastrear a través de: 1) la relación poder-saber, 2) el poder como ritual, 3) el encierro, 4) las disciplinas, y 5) el vigilar.

1) **La relación poder-saber:** El poder siempre que se ejerce está acompañado del saber, es decir, en su ejercicio el poder desarrolla un saber específico, el ejercer el poder crea objetos del saber, los hace emerger; poder y saber están íntimamente unidos, existiendo una perpetua articulación entre el poder y el saber, y del saber sobre el poder¹. El saber y el poder están integrados, no es posible que el saber se ejerza sin el poder, y también es imposible que el poder no engendre poder. Esta relación tan estrecha entre el poder y el saber, permite que los espacios sociales de “formación” y “educación”, como lo son el seminario y el cuartel, develen el ejercicio del poder en su práctica.

2) **El poder como ritual:** El poder es una relación social de fuerza, que no existe más que en el acto, es decir en su ejercicio. Las formas ritualizadas de su ejercicio y operación, hacen posible contrastar al seminario con el cuartel, en las ceremonias colectivas del poder, en las que se transmite la identidad colectiva de sus integrantes; ya que cuando se ejerce, es preciso que la forma en la que se hace (que debe ser visible, solemne y simbólica), no reenvíe más que al poder para que refuerce, la identidad y el reconocimiento de los otros. En este sentido, es conocida la forma recurrente de ceremonias colectivas dentro de seminarios y cuarteles, la práctica cotidiana de ellas, es uno de los aspectos que hace semejante a ambos encierros.

3) **El encierro:** El encierro es un espacio social, en el que se transmiten conocimientos y se manifiesta un mayor ejercicio del poder. Tanto el seminario como el cuartel adoptan la forma de un encierro, pero que a diferencia del manicomio y la cárcel, éste es un tanto “voluntario”, en este sentido el encierro de la escuela es más parecido. Foucault señala el papel represivo del manicomio, en el cual la gente ahí encerrada es sometida a una terapia sobre la que no tiene ninguna opción. A diferencia de éste, el seminario, el cuartel y la escuela, son encierros a los que las personas pueden renunciar. Al igual que en el encierro del manicomio y de la cárcel, los estudiantes, los soldados y los seminaristas, tampoco tienen opción ante la “terapia” a la que son sometidos.

¹ Giddens, A *Op Cit.* p. 113

4) **Las disciplinas:** Es de sentido común, el suponer que seminaristas y soldados son personas disciplinadas, todo individuo lego tiene este saber, es parte del discurso del seminario y del cuartel. Pero la disciplina es mucho más (o mucho menos) que el orden y el respeto con el que se conducen. La disciplina es el encierro mismo, seminaristas y soldados llevan en sus cuerpos y en sus mentes el encierro. Las disciplinas del encierro han sido “vertidas” sobre ellos, sobre sus cuerpos y sus mentes; las disciplinas se ejercen como mecanismos de dominación, como encierros, y están al mismo tiempo escondidas como ejercicio efectivo del poder. Las disciplinas son los hilos con los que se forman las redes del poder, son la cuadrícula misma de su ejercicio; una cuadrícula compacta de coacciones disciplinarias que asegura en la práctica la cohesión de la institución social. El acto del poder, su ejercicio se da en las disciplinas, en sus coacciones.

Las disciplinas son también portadoras de su discurso, el discurso de las reglas de la norma. Así, las disciplinas son creadoras de aparatos de saber y múltiples dominaciones de conocimiento, las disciplinas son el gran invento (del que a la vez son causa y efecto) de las sociedades de normalización. Ser disciplinado es ser normal, es vivir en el encierro de la normalidad.

Un sabio es siempre un preso, siempre que el conocimiento sea producido de forma disciplinaria; y disciplinada, es decir, siempre que sea guiado, manipulado examinado, en fin, normalizado. El conocimiento disciplinario aunque puede ser interno, en la búsqueda de sí mismo, jamás es privado; siempre se mantiene en movimiento por la dinámica del discurso. Poder, saber, discurso, disciplina y norma; he aquí los elementos de percepción de los “soldados” profesionales. El poder es el primero y el último de los paradigmas de las personalidades disciplinadas, el conocimiento es siempre un producto de él. Al ocuparse del cuerpo y de la mente “cautiva”, el poder y el saber discurren sobre la personalidad, el poder intensifica la subjetivación de los individuos disciplinados; “...ramificando y multiplicando las relaciones de poder que midieron el cuerpo y penetraron los modelos de conducta.”²

² Giddens, A. *La transformación de la intimidad*. Cátedra. España, 1991, p. 28

5) **El vigilar:** Toda institución de “formación” y “educación” ha especializado formas específicas de vigilar, supervisar y medir el desempeño de sus miembros. El cuartel y el seminario, también tienen sus propias formas de vigilancia y castigo, y al igual que en las prisiones, existe en la vigilancia, y más exactamente en la mirada de los vigilantes, algo que no es ajeno al placer. La vigilancia es parte del ejercicio del poder, es la práctica *misma del poder real, a través de ella se somete, se domina y oprime, en fin, se castiga*; es por eso que quienes vigilan sienten el placer de someter a los otros, sienten el placer del ejercicio del poder en los cuerpos y las mentes de los otros, el placer de poseerlos, modificarlos, delinearlos, darles vida y sentido, por medio de su mirada vigilante.

Además, hay que recordar, que al ejercicio del poder, en su práctica le resulta más económico vigilar que castigar, prevenir las acciones de los otros, mantenerlas en el encierro por medio de la vigilancia. Esta invención de las sociedades modernas, es una de sus cualidades y al mismo tiempo una más de sus especificidades.

El aporte de Michel Foucault

El estudio micro-social de las relaciones de poder, es algo poco estudiado, desde la sociología o la ciencia política. Este descuido hace necesaria una revisión de las relaciones de poder, desde abajo, desde las relaciones cara a cara; dentro del nivel personal de la vida cotidiana. Necesidad derivada de la falta de comprensión/explicación de la “microfísica del poder”; es decir, de la nula transparencia de la operación del poder real sobre los agentes humanos y sus acciones. Se intuye que el poder real impone formas de vida, ritmos de trabajo, profesiones, vocaciones, tareas, etc., pero no se llega a precisar cómo es que lo hace, cuáles son los mecanismos de los que se vale, de qué forma determina las vidas de las personas.

Las explicaciones macro-sociales, a problemas de gobernabilidad, legitimidad, etc., como modelos explicativos a la permanencia en el poder de un partido o de un político, también son poco convincentes (al igual que los análisis de tendencia electoral), por no decir que son esencialmente análisis reductivos, ya que no alcanzan a observar las formas del poder real, permaneciendo dentro de la esfera del poder formal de orden macro social. Los estudios del carisma, tampoco dan elementos suficientes para identificar al poder microfísico, ya que esencialmente desarrollan el análisis de la relación masa-dirigente-masa, dejando de lado las relaciones horizontales del poder. Ambas perspectivas no permiten vislumbrar las formas en las que el poder real teje la red, que concatena el domino con el sometimiento, el poder con el saber, el saber con el discurso, y el discurso con la opresión, en este sentido dichos análisis no llegan hasta las relaciones personales del mundo vital.

Esclarecer la forma en que operan las estrategias, tácticas y tecnologías del poder en la conformación de los agentes, además de observar los vínculos entre el saber y el poder en la práctica de las disciplinas, se convierte en una necesidad inaplazable. El poder se asume así, como un elemento que está presente, que participa en la individualización y en la formación de las personas, su intervención necesariamente modifica, trastorna y altera la identidad de los sujetos; por lo que revisar su práctica aparece como una necesidad social. Es esta necesidad de vislumbrar el poder real, de hacerlo visible, de comprender la forma en la que operan las disciplinas, las redes que construye su operación, la que alienta este trabajo.

Desde esta perspectiva, los aportes tanto metodológicos como epistemológicos, de la "microfísica del poder" que hace Foucault, resultan idóneos para el estudio de las relaciones del poder desde abajo, desde los actores mismos dentro de su mundo vital. Los trabajos sobre las prisiones y los manicomios europeos que hiciera Foucault, le permitieron plantear una serie de hipótesis sobre la microfísica del poder, además de especificar las relaciones de poder como relaciones independientes, pero no ajenas, a otras relaciones sociales, como las económicas, en este sentido la especificidad de las relaciones del poder

no las hace ajenas al universo de las relaciones sociales. No se trata de un nuevo paradigma de las relaciones sociales, sino de un elemento más que permite explicar el conjunto de los determinantes, que pesan sobre los agentes en su vida cotidiana. La perspectiva foucaultiana del poder supone una especificidad, pero no una independencia indisoluble en otras formas de relación social.

Por otro lado, es importante señalar el interés personal que se tiene en esta investigación; ya que la búsqueda de la forma en la que operan las disciplinas de la “microfísica del poder” en los encierros, se debe en gran medida a la propia experiencia de vivir dentro de varios cuarteles del Ejército Mexicano. Las experiencias ahí tenidas, permitieron ver una gama infinita de relaciones de poder real, cuya explicación en ese momento parecía imposible. Retrospectivamente, y ahora desde la sociología, aquel cúmulo de experiencias, permite plantear alternativas para su estudio y desde luego, intentar esclarecer la dinámica del poder real, dentro de los espacios de “encierro”. En lo tocante a los seminarios, mi relación personal con sacerdotes, religiosos y seminaristas, de la Diócesis de Cuernavaca; visitas de observación periódicas; así como largas conversaciones sostenidas con ellos, me llevaron a detectar fuertes similitudes entre la vida en un cuartel y en un seminario, lo que provocó el interés por estudiar, para decirlo, en clave weberiana: ambos “tipos de encierro”.

Los propósitos

1. Encontrar al poder allí donde es capilar, en las extremidades, en sus confines últimos.
2. .Buscar y encontrar al poder real donde toma la forma de relación personal, donde deja de ser una abstracción y se transforma en acción, en donde se vuelve práctica
3. Buscar el poder que una persona ejerce sobre otra, las formas en que el poder se presenta en este ejercicio
4. Señalar dos espacios (seminario y cuartel) por los que transita en su práctica, las conciencias que modifica, los cuerpos que toma.

5. Buscar la organización reticular en la que se práctica, al transitar sobre los individuos, las redes que va tejiendo entre ellos al pasar de uno a otro, la cadena que forma, que es al mismo tiempo su canal de tránsito.
6. Separar al poder de su discurso, de sus redes, de sus instrumentos, dejarlo en su nivel de
7. táctica/tecnología/estrategia y así poder tomarlo en sí mismo. Es decir, desgarrar sus vestiduras, para encontrarlo fuera, desnudo, y así tener la posibilidad de interpretarlo y comprenderlo.
8. Comprender el poder para poder explicarlo, y finalmente hacerlo visible a la consciencia que transforma, para así estar en posibilidades de enfrentarlo, y ¿por qué no?, transformarlo.
9. Comprender la forma en que el poder estructura las esferas privadas de la vida de los actores sociales (cómo penetra los cuerpos, las identidades, y los gestos de las personas), cómo controla y produce individuaciones perversas, este es el propósito fundamental de este trabajo.

El cuerpo de hipótesis

La perspectiva de la “microfísica del poder” es un cuerpo de hipótesis en constante movimiento, que aún no llega a definir verdades, se mantienen en su nivel operatorio de búsqueda y por lo tanto pueden ser sustituidas o abandonadas por otras. Para abordar el problema que hemos propuesto (y que en sí mismo es una hipótesis), planteamos las siguientes hipótesis de trabajo:

- 1) El poder (dominación/sometimiento) es una lucha, es una guerra continua que no cesa.
- 2) El poder existe cuando se ejerce, por lo tanto es una relación social de desigualdad (quienes lo poseen y quienes no), además de ser los otros quienes le dan sentido a este ejercicio.
- 3) El encierro es fundamental para el saber y para el ejercicio del poder; las disciplinas del ejercicio del poder se dan más claramente en el encierro.

4) El poder transita entre los individuos, de uno a otro sucesivamente; no permanece estático, sino que se presenta como una cadena, en la cual las personas son los eslabones que lo ejercen o que se someten. Esta cadena se entreteteje formando una red que llega a encerrar a toda la sociedad.

5) El monasterio y el cuartel son espacios donde el poder y su ejercicio se dan dentro de un encierro, a pesar de su carácter “voluntario”.

6) Al ser el encierro fundamental para el saber, los primeros lugares de encierro fueron los monasterios de la edad media, de los cuales los cuarteles, escuelas, hospitales, manicomios y cárceles han tomado su forma; en esencia el encierro del cuartel y el monasterio es el mismo.

Finalmente, conviene describir, sucintamente el contenido de los cuatro capítulos que integran el presente trabajo de tesis:

En el primero, se incursiona en los esfuerzos realizados por Michel Foucault en la construcción del concepto de “poder capilar/micropoder”, al tiempo que, desde mi punto de vista, se reflexiona en torno al mismo concepto, adentrándose en el estudio del discurso, el manejo y las formas del micropoder para descubrir las estrategias y las técnicas de su reproducción.

En el segundo, se aborda el estudio de la relación existente entre: espacio y encierro en el ejercicio del poder; para ello se parte del estudio de la formación de los cuerpos, los deseos y los saberes.

En el tercero, se abunda en la explicación y definición de las disciplinas, en función de la transformación del ser; de ahí que, categorías como: vocación, instrucción y formación resulten fundamentales para comprender este proceso.

En el cuarto capítulo, se entra de lleno al estudio de las vidas en el encierro, a partir del análisis de la disciplina propia de los espacios; la manifestación del saber como disciplina; la expresión del saber como poder y del poder como saber.

Lic. Francisco Rubén Sandoval Vázquez
Cuernavaca, Morelos/Primavera 1997.

ANEXO METODOLOGICO

(Técnicas de investigación social aplicadas)

A lo largo del trabajo de tesis fueron utilizadas de forma combinada varias técnicas de investigación social: la observación participante, la entrevista personal, las historias de vida; y los testimonios literarios. Pero de forma fundamental las historias de vida. Ahora bien, ¿Por qué las historias de vida?

Juan Marsal dice: "Thomas y Znaniecki, para justificar su aseveración de que las historias de vida son el 'el material perfecto', ideal en la sociología, sostuvieron que los documentos personales son los que más se acercan en las ciencias sociales al ideal de combinar el máximo de generalidad y exactitud con la concreción individual y que la vida en ellos se presenta no como una expresión empírica pero temporal, sino 'en su curso total'". Y sigue, "...es evidente que al utilizarse ejemplos reales se refuerza la relación entre teoría y empiria, que es fundamental para la ciencia."¹

Creo, además, que encontrar las relaciones personales del poder en las disciplinas eclesiásticas y militares, dentro de comunidades religiosas en la Iglesia Católica (Seminario), o dentro de los cuarteles del Ejército mexicano (Colegio Militar), exigió un acercamiento al ejercicio del poder, que sólo puede ser apreciado desde dentro, desde quienes sufren o han sufrido sobre su mente o sobre su cuerpo las disciplinas que el poder impone.

¹ Marsal, Juan. "Historia de vida y ciencias sociales", En Balan, Jorge et al. LAS HISTORIAS DE VIDA EN CIENCIAS SOCIALES, Buenos Aires, Nueva Visión, 1974, pp. 43-63. En : Abruch Linder, Miguel. (Compilador). METODOLOGIA DE LAS CIENCIAS SOCIALES. ENEP_Acatlán-UNAM, México, 1989, pp. 330-331.

Dice Foucault, en *La Microfísica del Poder*: "...la necesidad de que precisamente las personas encerradas se pusiesen a hablar por su cuenta... y esas personas se encuentran en las prisiones, están en las prisiones".² Fueron escuchados quienes han sido transformados por las tácticas tecnológicas y estrategias del poder. Se reescribió la(s) historia(s) de aquellos que han sido transformados dentro de la disciplina y el orden. Reconstruidas con otra mirada que fue desde abajo, desde la persona misma y redescubrió la forma de operar de las disciplinas dentro de los cuerpos y las mentes.

Las historias de vida de personas que hayan vivido dentro del seminario o el cuartel, fueron los pilares en la construcción del objeto. Desde la interpretación y la comprensión de la vida cotidiana de quienes se encerraron voluntariamente, o han sido encerrados. Se reconstruyeron sus historias para estar en condiciones de entender-comprender-interpretar el poder capilar, desde la acción de las personas y las estructuras institucionales que recrean, es decir, las actividades en las que reproducen las condiciones sociales que hacen posible esas actividades.

Así, me aboqué a la tarea de recopilar cien historias de vida entre seminaristas y cadetes, sacerdotes y oficiales del ejército. El trabajo no fue fácil, fue muy difícil, tener acceso a estos espacios. Gracias a amistades propias, y amistades de amistades logré filtrarme, eso sí, de manera muy condicionada (no grabadoras, no cuestionarios escritos a llenar). Sin embargo, al fin mexicanos, logré introducir una guía para la historia de vida.

GUIA PARA LA HISTORIA DE VIDA

1. Identificación (seminarista, cadete, sacerdote u oficial)
2. Características personales (edad, lugar de nacimiento situación laboral del padre, lugar de residencia de la familia, tipo de casa de la familia, número de hermanos, etc.)

² Foucault, Michel, *LA MICROFÍSICA DEL PODER*, p.95

3. Trayectoria académica (lugar donde estudio: primaria, secundaria, bachillerato, estudios superiores. etc.)
4. Aspiraciones académicas
5. Aspiraciones profesionales (militares/sacerdotales)
6. Valoración de la educación (militar/sacerdotal)
7. Identidad (militar/sacerdotal (auto percepción/percepción de otros) ³)
8. Vocación militar/sacerdotal (motivación-razones-influencia(s)-contexto de la decisión-conformidad con la decisión tomada- posibilidad(es) de cambio)
9. Elección (militar/sacerdotal)
10. Apreciaciones sobre la carrera militar/sacerdotal (valoraciones sobre los superiores, los planes de estudio, las clases, las lecturas etc.)
11. Valoraciones sobre la vida en el colegio militar/seminario (el poder, la disciplina, el encierro, la vigilancia, etc.)

³ En este punto cabe citar a Oscar Lewis que refiriéndose a la metodología utilizada en su famosa investigación sobre familias mexicanas, si bien no fue esta orientación la que se le dio a las historias de vida en esta tesis. Dice Lewis: "...Un segundo acercamiento es la técnica al estilo Rashomon que consiste en ver la familia a través de los ojos de cada uno de sus miembros. Esto se hace por medio de largas e intensas biografías de cada uno de los miembros de la familia. Ello proporciona un conocimiento más íntimo de la psicología del individuo y de su tono sentimental, así como una visión indirecta de la dinámica familiar. Este tipo de material será tal vez de mayor utilidad para el psicólogo. Su ventaja metodológica deriva de las versiones independientes sobre accidentes similares en la vida familiar que contribuyen a testificar la validez y confiabilidad de los datos."

Lewis Oscar, ANTROPOLOGIA DE LA POBREZA, 1a. ed., en español, 2a. reimp. FCE., México, 1975, p. 18.

12. Aspiraciones laborales (militares/sacerdotales)

13. Valoraciones sobre el aspecto político de la institución (ejército/iglesia)

Se considera, de acuerdo con Juan Marsal, que cita a Dollard, "... las historias de vida como documento personal deben estar hechas con los siguientes siete criterios: el sujeto debe contemplarse como una especie de una serie cultural, las motivaciones orgánicas deben ser socialmente relevantes, se debe distinguir el rol de la familia, se debe señalar la transformación de lo orgánico en conducta social, hay que recoger la continuidad de las experiencias individuales desde la niñez hasta la madurez, las situaciones sociales deben ser cuidadosamente especificadas, y el material debe ser organizado y conceptualizado."; que se cumplió con estos criterios y prueba de ello es el uso que se hace de los testimonios, realmente valiosos, que sustentan buena parte el cuerpo de la tesis.⁴

Hubo también oportunidad, como ya se dijo, de practicar la observación participante: Dice Theodore Caplow: "...Nada puede remplazar un contacto directo del encuestador con su campo de estudio, ninguna técnica es capaz de sugerir tantas ideas nuevas. Es difícil imaginar un estudio serio en el que la observación no desempeñe ningún papel". Más adelante dice: "La observación es la más exigente de todas las técnicas de investigación. Exige un gran entrenamiento, mucha práctica y una tensión intelectual afectiva penosas para el observador."⁵

En este punto cabe señalar, que durante seis meses tuve oportunidad de hacer reiteradas estancias de hasta una semana completa al Seminario Mayor de Cuernavaca. Conviviendo y participando con los seminaristas, en días ordinarios, días festivos, retiros espirituales, ceremonias litúrgicas, clases, actividades recreativas etc.

⁴ Marsal, Juan, Op. Cit. p. 329

⁵ Caplow, Theodore. LA INVESTIGACION SOCIOLOGICA. Barcelona, Ed. Lata, 1972, pp. 163-165.

La entrevista también tuvo su oportunidad, como ya se dijo en la introducción, largas conversaciones, sobre todo con oficiales y sacerdotes fueron de gran utilidad. Algunas veces se trató de entrevistas personales estructuradas, otras, entrevistas focalizadas, en ocasiones libres y abiertas según se presentaba la oportunidad.

Finalmente los testimonios literarios, los libros de Mario Vargas Llosa LA CIUDAD Y LOS PERROS; Thomas Gordon EL DESEO EN EL CELIBATO; y de Gerardo López Gallo SOTANA NEGRA, ZAPATILLAS ESCARLATA (ver bibliografía) fueron de invaluable utilidad. Una lectura cuidadosa, y una selección detallada de pasajes de estas obras, reforzaron muchos de los planteamientos hechos por cadetes y seminaristas.

El procesamiento de la información obtenida, mediante las técnicas de investigación utilizadas, fue validado mediante registros escritos (cuando esto fue posible, sobre todo en las entrevistas que se hicieron a oficiales y sacerdotes fuera del Colegio o del Seminario).

Las tópicos de las historias de vida, elaboradas bajo la guía descrita arriba, fueron agrupados en los siguientes rubros: la vocación, la formación, el encierro, el poder, y la disciplina, categorías de análisis que están ampliamente desarrolladas en el trabajo.

Hay revelaciones y experiencias de cadetes, seminaristas, sacerdotes y oficiales, esparcidas a lo largo del trabajo, producto de la aplicación conjugada de las diferentes técnicas de investigación social utilizadas, que cumplen la función mayor de verificar las hipótesis planteadas y el enfoque teórico, en que se sustenta este trabajo de tesis.

Capítulo 1. En busca del poder capilar

Este capítulo pretende interpretar las determinantes que impone el poder en la estructuración de la personalidad y de la individualidad. La forma en la que los deseos y las angustias son manoseadas por el poder para obtener “cuerpos dóciles”, necesarios para su reproducción. Es decir, se pone en juego el supuesto de que el poder tiene efectos “positivos”, que se producen y reproducen a través de las disciplinas.

¿Cómo comprender la microfísica del poder? La intención es observar dos de las instituciones sociales, que desde su aparición en México (que por cierto no coincide con la aparición del Estado mexicano), se presentaron como espacios preferenciales del poder micro-social: en la iglesia católica mexicana (el seminario) y en el ejército mexicano (el cuartel). Instituciones de poder, toda vez que desarrollan una función socio-cultural determinada de forma regular durante un periodo de gran extensión espacio-temporal, además de contar con una estructura jerárquica perfectamente identificable, estar organizadas conforme a su propia legislación; con una tradición de vigilancia, castigo, disciplina, control y del cuidado de los cuerpos y de las conciencias de las personas que se integran a dichas instituciones; siendo el cuartel y el seminario espacios físicos de operación del poder capilar. Además debemos señalar que tanto la Iglesia Católica como el Ejército cuentan con la capacidad de sustituir, cuestionar o enfrentar abiertamente al Estado.

El estudio de las prácticas disciplinarias, de sus técnicas/tácticas, de las modalidades en las que se presenta el ejercicio del poder sobre las personas; lo que se entiende por poder *capilar*; es decir, el análisis microsocioal de las relaciones de poder. Para ello se relacionan dos tipos de encierros, dentro de los cuales se pretenden rastrear las disciplinas que imponen en la formación de las personas, las formas en las que el poder produce individualidades *perversas*¹ y *cuerpos dóciles*².

El análisis de las relaciones sociales cara a cara, impone un trabajo microsocioal, por medio del cual se busque la particularidad de las situaciones, y no las generalidades de las condiciones. Es por esto, que ante todo se investiga el actuar de los agentes dentro de instituciones disciplinarias, pero no en un contexto general, sino sólo en formas bien precisas de la disciplinarización y de la formación de cuadros, que por principio serán los encargados de renovar los cuadros de administración y mando de la institución en su conjunto.

En este trabajo se parte de la idea de que la noción de “acción” está lógicamente vinculada con la de poder³. La acción implica la puesta en operación de medios para lograr fines, es decir, la capacidad de transformación de los agentes, en búsqueda del logro de objetivos, racionalizados o no, en la satisfacción de necesidades, tanto físicas como morales. Así, en sociología, el poder se refiere a la capacidad transformadora de la acción humana (elemento clave en la noción de praxis de Marx), del mundo natural y del mundo social. Pero dentro del ámbito social, este poder de transformación está íntimamente ligado

¹ En lo sucesivo habrá que entender la perversión como la distorsión de la personalidad y la distorsión de la realidad ante la conciencia del sujeto, derivada de un proceso de sometimiento y disciplinarización.

² “Es dócil un cuerpo que puede ser sometido, que puede ser utilizado, que puede ser transformado y perfeccionado”. Foucault, M. *Vigilar y castigar*. Siglo XXI ed., Méx. 1976 p. 140.

a los otros, en tanto que es a ellos hacia a quienes se dirige la acción social; así, el poder “...en el sentido más estrecho, puede ser definido como la capacidad de asegurar resultados donde la realización de estos resultados depende de la actividad del otro”⁴.

Dentro de la sociología una de las teorías de la dominación más refinada es la propuesta por Weber, que define al poder como: “...la capacidad de un individuo de realizar su voluntad, aún contra la voluntad de otro(s)”. La dominación como posibilidad de obediencia en el ejercicio del poder es la categoría weberiana más abstracta desde la cual se engloba toda relación política posible, por lo tanto la particularidad de la *disciplina* militar y/o religiosa puede ser comprendida desde este absoluto. Sin embargo, no encuadra dentro de las ramificaciones de la dominación patrimonial, la gerontocracia o el patriarcalismo,⁵ pues el nivel de organización es más complejo. El carisma, por ejemplo, no alcanza a interpretar de manera cabal el intrincado laberinto del biopoder, de la relación consigo mismo matizada por la norma y el discurso.

Conviene aclarar, que los conceptos generales utilizados en el presente trabajo, y los postulados teóricos de los que se parte, permiten interpretar y explicar la singularidad de la *formación religiosa y/o militar*, son netamente foucaultianos. Sin embargo, la metodología que lo anima es propiamente weberiana, al probar los nexos causales particulares de un proceso mediante la comparación de semejanzas y el contraste de diferencias.

En este sentido, es importante remarcar que si bien las categorías de la *tecnología del poder* provienen principalmente de la observación de cárceles y manicomios, en los cuales el encierro tiene un carácter forzado, al contrario de las escuelas y los centros de formación religiosos y/o militares, tiene generalizaciones válidas a todo tipo de encierro que incluye a estos últimos

³ Giddens, Anthony. *Las nuevas reglas del método sociológico*. 4a. edic. Amorrortu, 1984, p. 111

⁴ *Idem* pp. 111

⁵ Cfr. Weber, Max. *Economía y sociedad*. FCE., 1984.

Así, para la sociología el poder es fundamentalmente una relación, y es a través de dicha relación que se le puede observar, pero no la única. Si el poder aparece a la vez como capacidad transformadora y como imposición, ¿Cómo opera el poder sobre los cuerpos y las mentes de las personas en su mundo vital? Evidentemente la concepción weberiana del poder no esclarece esta cuestión, y el planteamiento marxiano de transformación tampoco ayuda en este nivel; pues para Marx el surgimiento y desarrollo del poder está estrechamente ligado a formas de producción históricamente determinadas, que delimitan las características del Estado y por lo tanto, toda relación política posible. Así, en ambos casos la acción humana es en sí misma un acto de poder, por lo que la práctica del poder sobre la acción queda oculta, ya que ninguna de las dos hace referencia a los mecanismos del poder, ni a la forma en la que éstos operan en la vida cotidiana.

De forma muy general, los mecanismos de poder nunca han sido muy estudiados en la historia, han sido estudiadas las personas que detentan el poder, pero las disciplinas y las tecnologías del poder en referencia a la acción humana, aún no se ha profundizado en su análisis. La “microfísica del poder” permite este análisis, es decir la reconstrucción y la observación de los mecanismos del poder sobre las prácticas cotidianas de las personas, sobre su identidad y sobre su transformación. En este sentido son los mecanismos del poder, sus redes (“estructuras”) los que transforman a las personas, las relaciones y las acciones humanas.

En realidad, decir que el poder está difuso en toda la sociedad, o incluso, que alguna forma de poder impregna todas las relaciones sociales, no significa que toda la sociedad lleve el sello del poder como característica definitoria. Un concepto de poder demasiado amplio, como a veces parece emerger de los textos de Foucault, dentro de su teoría del poder es prácticamente irrefutable, pero lo mismo de escaso o nulo valor cognoscitivo. Reducir toda relación social a una relación de poder, empobrece el análisis porque la

sobre ampliación del concepto de poder corresponde una pérdida de profundidad y especificidad, "...cuando se habla tanto del poder, es que ya no está en ninguna parte".⁶ (6)

El pancratismo aparente de Foucault, fácilmente puede ocultar la agencia (entendida como la acción del individuo) humana, como parte del rechazo estructuralista del sujeto. Empero, una lectura de sus últimos textos (Historia de la sexualidad) permite observar que la conciencia individual está ligada de forma indisoluble a la autoreflexión, la libertad, y el poder, donde la subjetividad está vinculada a la subjetificación y sujeción. Así el individuo tiene facultades para actuar dentro de un marco más o menos delimitado, y al mismo tiempo flexible, donde el desarrollo de sí mismo está concatenado a su libertad, singularidad y a los límites que él mismo asimila. Diría Jean Baudrillard: una de las peculiaridades de la anatomía del poder de Foucault es su pancratismo; su tendencia a sonar como una sistemática reducción de todos los procesos sociales a modelos de dominación en gran medida no especificados.

Para entrar en este análisis desde la sociología, tenemos que partir de la base de que, el estudio de las acciones humanas, y su comprensión; no depende únicamente de los propósitos y razones discursivas de los agentes, depende en gran medida de la forma en la que las relaciones sociales están integradas, además de los deseos inconscientes y de las formas en las que los actores perciben y entienden su propia acción. Así el poder real opera dentro de la vida cotidiana, no sólo en la imposición de la voluntad, es decir en la racionalización, sino también dentro de las relaciones estructuradas, los deseos y las expectativas de los actores sociales.

El mundo social al ser significativo, permite al actor significar su presencia y su vida, el significado de este mundo social es el que las personas le dan en el curso de su vida práctica, dentro de las estructuras que sus acciones van creando o transformando, por lo que no es el significado de la acción en sí mismo lo que nos interesa (la libertad del propósito o su justificación). Al buscar las formas que asumen las relaciones de poder capilar,

⁶ Baudrillard, J. *Oublier Foucault*. Édition Galilée, Paris, 1977.

contrastamos dos disciplinas para encontrar el fondo del control reflexivo de la conducta; es decir, lo que las personas esperan con su acción y las delimitaciones sociales que pesan sobre dicha acción.

El ejercicio del poder impone la utilización de tácticas, tecnologías y estrategias, como formas de relación social entre quienes poseen poder y quienes no lo poseen. Las similitudes, diferencias, objetividades y subjetividades que comparten o en las que no concurren los espacios de “formación” que se analizan, permiten ir construyendo el objeto de poder microfísico, y desde él observar la vida cotidiana de estos actores sociales que viven dentro de ellas. Para la construcción del objeto del poder microfísico se irán contrastando los encierros y las disciplinas de seminarios y cuarteles, hasta poder construir con las conexiones de sentido, que poseen los elementos tipo de toda microestructura social de poder.

Así, el seminario y el cuartel nos permitirán ver lo que Foucault denominara *Sociedades de normalización* (sociedades carcelarias), en las que sistemáticamente se transmite una norma a la que los individuos se deben de disciplinar, hasta el punto de perder su propia individualidad y transformarla en una individualidad perversa, una vez que el poder la ha pervertido.

De lo que se trata es de armar un instrumento que permita observar al poder ahí donde éste toma forma, ahí donde se objetiviza: en la relación misma. Para ello, es necesario identificar las formas que asume, en las que se presenta, buscar las “reglas” (estructuras) que lo rigen, y las formas en las que los agentes las enfrentan o las cumplen (propósito de la acción); ya que en la práctica, en el hacer es donde mejor se puede observar y comprender la acción humana (mejor aún que en la justificación). Acción comprendida no desde su explicación (racionalización), ni desde su motivación; sino comprendida desde los propósitos de la acción del agente, dentro de estructuras que la limitan, pero que no la condicionan de forma definida. La comprensión de la acción se realiza a partir de una doble hermenéutica: la sociológica y la del agente inmerso en la acción.

Al entrelazar vidas paralelas y perpendiculares, se teje una red que permite atrapar, aprehender; a través de la observación y la comprensión, la forma en la que las disciplinas operan en los cuerpos y en las mentes de las personas para modificar su desarrollo, sus acciones, sus intenciones, y en fin sus vidas. *El cruce de historias personales, de variables y de constantes, dibujará al poder real de forma desnuda, para así llegar a ser aprehendido, y comprendido.* Recordemos que lo que se busca es hacer ver el problema de la dominación y del sometimiento como lucha.

Como el mismo Foucault decía: se trata de coger el poder en sus extremidades, en sus confines últimos, en los límites menos jurídicos de su ejercicio. Es buscarlo allí donde se implanta y produce efectos reales, como algo que no funciona sino en cadena, que se ejercita a través de una organización reticular, cuando éste transita transversalmente sobre los individuos. Es buscar los discursos que produce, los saberes que crea. La búsqueda del poder en su práctica permitirá dar luz sobre el poder mismo, sobre las relaciones que implanta, sobre las formas de su ejercicio, sobre los saberes y discursos que lo acompañan. lo permiten y lo justifican.

Jerárquica y administrativamente la iglesia católica está organizada en diócesis, dónde el obispo es la máxima autoridad, relacionado de forma directa con un territorio determinado, a quien los presbíteros y diáconos, deben obediencia y subordinación. Los obispos también tienen autoridad sobre los monasterios y seminarios diocesanos de su jurisdicción; es decir todo lo que esté dentro del territorio de una diócesis está subordinado al obispo; incluso las órdenes religiosas deben obediencia al obispo del lugar donde se encuentren. Dentro de la iglesia católica únicamente existen tres ordenes jerárquicos: obispado, presbiterado y diaconado, aunque también hay distinciones honoríficas como la de cardenal, arzobispo primado, arzobispo.

El Papa, es el obispo de Roma y canónicamente ejerce autoridad sobre las otras diócesis, y en la práctica el Papa es la máxima autoridad de la iglesia católica, al ser electo dentro del cónclave al que asisten únicamente cardenales. Así, el orden jerárquico de la iglesia no obedece a la práctica de su control administrativo. Sin embargo, esta investigación se aboca a las relaciones de poder que se dan al interior de un seminario mayor diocesano, y aunque se involucra la autoridad del obispo, el rector y el vicerector del seminario, el análisis se centra en las relaciones que establecen los seminaristas en sí mismos y con los responsables directos de su formación.

Por su parte, en el ejército mexicano, los centros de formación básica para oficiales son las escuelas militares de sanidad, transmisiones, enfermería (mujeres), de oficiales de sanidad (varones), el Colegio del Aire y el Colegio Militar de México. En estos dos últimos planteles se forman los oficiales de arma de ejército y la fuerza aérea, ya que están integrados orgánicamente a la Secretaría de la Defensa Nacional. La Escuela Superior de Guerra y el Colegio de Defensa, son posgrados para los oficiales de arma del ejército; las Escuelas Médico Militar, Militar de Odontología y Militar de Ingenieros, son escuelas de formación para especialistas quienes pueden ingresar a estos planteles directamente de la vida civil.

Este trabajo, se refiere particularmente al Colegio Militar de México, como el centro de formación de los oficiales del ejército, sin hacer referencia directa al resto de los planteles militares, esto se debe a que dentro del ejército son los oficiales de arma quienes tienen el mando de las unidades tácticas de maniobra, es decir, son los egresados del Colegio Militar quienes serán los comandantes de las unidades de combate. Dentro del Colegio Militar se forman los oficiales de las armas de infantería, caballería, artillería, blindados y zapadores, además de los oficiales de intendencia. Es importante destacar, que a pesar de que el Colegio Militar de México, está organizado de manera similar a los batallones y regimientos de tropa del ejército, existe una diferencia cuantitativa y cualitativa respecto de estos: como el nombre lo indica, las unidades de tropa preferentemente están

integradas por personal de tropa con escasa escolaridad, es decir de soldado raso a sargento primero.

En tanto que el grupo de oficiales desde el subteniente hasta coronel comandante, son mucho menos (aproximadamente el 7% del total), y quienes tienen una mayor preparación profesional académica y militar.

La máxima jerarquía en la estructura de mando del ejército mexicano, es la del General de División, y en orden descendente: Gral. de Brigada, Gral. Brigadier, Coronel, Teniente Coronel, Mayor, Capitán Primero, Capitán Segundo, Teniente, Subteniente (hasta aquí corresponde al grupo de oficiales), Sargento Primero, Sargento Segundo, Cabo y Soldado Raso; en cualquiera de las armas y servicios, sin embargo, es pertinente aclarar que el número de generales proveniente de alguno de los servicios, es insignificante en comparación con los generales que se han formado en alguna de las armas del ejército. Por otra parte, se ha vuelto una tradición dentro del ejército el otorgar grados superiores en la jerarquía militar, únicamente a los oficiales de Estado Mayor, quienes han terminado el curso de mando y estado mayor en la Escuela Superior de Guerra.

En ambos casos de las “disciplinas” a analizar, el poder transita de sujeto en sujeto, revestido con su propio discurso se presenta como saber: un saber docto, como manejo y operación del hombre y de la naturaleza, ya que “...existe una perfecta articulación del poder sobre el saber y del saber sobre el poder”⁷ El que posee conocimiento posee poder, y el grado de conocimiento que posea será proporcional al grado de poder que pueda ejercer; ya que en la transmisión del saber (que siempre adopta una forma positiva), se está ejerciendo el poder, pues el ejercer poder crea objetos de saber. La transmisión del poder implica además la transformación del individuo, que demuestra la sapiencia adquirida modificando su conducta; por lo que, el poder modifica y transforma a las personas, las instituye como individuos, pero “individuos perversos”.

⁷ Foucault, M. *La microfísica del poder*, Edit. La Piqueta, Madrid, 1979, pp. 99

“Desde el derecho romano, esta armazón de nuestra civilización es ya una definición de la individualidad como soberanía sometida”.⁸

Los encierros en cuestión son un cuartel de formación de oficiales del ejército mexicano: el Colegio Militar de México⁹ por una parte; y por la otra un espacio educativo/formativo de la iglesia católica mexicana en el estado de Morelos: el Seminario Mayor Conciliar¹⁰ de la Diócesis de Cuernavaca. Estos encierros por ser “modelos tipo” de las disciplinas militar y eclesiástica, respectivamente, contrastan y comparan las formas concretas que asumen las prácticas disciplinarias en la formación de personalidades e individualidades.¹¹

Así, no se trata de buscar las formas regulares y legitimadas del poder en su centro; “...sino que se trata de coger el poder en sus extremidades en sus confines últimos ahí donde se vuelve capilar”.¹² Para eso habrá que pensar en las formas en las que el poder opera y pone en juego una serie de determinantes, que estructuran la conducta de las personas en sus relaciones cotidianas.

La contrastación de estos encierros concretos permitirá ir dibujando el contorno del “encierro tipo”; en la medida que se puedan comprender e interpretar las formas de operación de cada uno de ellos, en el proceso de formación/modificación de la conducta; se podrá dilucidar cuáles son los elementos que permiten la estructuración de personalidades pervertidas y de qué forma el individuo participa de su propia disciplinarización y somete la propia libertad. Por esto, es indispensable conocer historias de vida de quienes han sufrido en sus cuerpos y en sus mentes las mutilaciones que imponen las disciplinas.

⁸ *Idem* p. 25

⁹ Es importante señalar que a pesar de existir otras escuelas de formación de oficiales en el ejército mexicano; todas reproducen el modelo del Colegio Militar; por otra parte los oficiales de arma, es decir los que ejercen el mando y la administración central del ejército mexicano son formados en este último.

¹⁰ El Seminario Mayor Conciliar es sólo un tipo de tantos en los cuales se forman los ministros de la iglesia católica, el cual presenta marcadas diferencias con los monasterios de las ordenes religiosas.

¹¹ Estos encierros serán caracterizados con mayor profundidad más adelante, en otros capítulos.

Para encontrar estas prácticas disciplinarias, es necesario crear el instrumento que nos permita mirar la ejecución de las disciplinas, sus técnicas; dicho instrumento es la *microfísica del poder*¹³ propiamente. Pero también habrá que tener presente que las acciones que realizan los sujetos inmersos en los encierros, constantemente es reflexionada por dichos actores (mismos que involucrando en cada acto su libertad y su voluntad, en ocasiones someten y otras defienden), estas reflexiones son el elemento que permiten la contrastación de los efectos concretos que imponen las disciplinas en las mentes y los cuerpos de seminaristas y cadetes.

1.1. Los discursos del poder; su reproducción.

Se tiene que entender, que para poder transformarse en algo que no se es; desear ser el otro; es decir, para ser como el otro; se tiene que suponer, por principio que ese otro es mejor. El soldado/presbítero¹⁴ idealizado, el soldado/presbítero inventado es el modelo que cadetes y seminaristas tratarán de reproducir. Pero ese modelo idealizado de personalidad e individualidad es ante todo una figura que el poder produce a través del discurso.¹⁵

El poder crea todo un discurso en el cual se sustenta y por medio del cual se reproduce. En este discurso el poder se presenta como la verdad y todo lo que se derive de él tenderá a ser considerado como correcto.

¹² Foucault, M. *La microfísica del poder* 2ª ed. La Piqueta. Madrid, 1979 p. 142

¹³ Por *microfísica del poder*, debe de entenderse el estudio "... de determinados dispositivos disciplinarios o técnicas normalizadoras". Salazar, Luis. "Michel Foucault: un ejercicio de crítica materialista". en Ocaña, Lucila et al., *La herencia de Michel Foucault Pensar en la diferencia*. El Caballito/ UNAM. Mex. 1987, p. 187

¹⁴ Dentro del orden sacerdotal de la iglesia católica, sólo existen tres niveles: diáconos, religiosos que están preparados y/o próximos a ordenarse; presbíteros sacerdotes ya ordenados y obispos, tienen a su cargo la administración y control de una Diócesis

¹⁵ Foucault empleaba la palabra "*discurso*" para designar el pensamiento como práctica social, en oposición clara a la "ideología", término que encontraba confuso para esclarecer la relación entre el poder y el saber.

Moralmente lo anterior implica que las personas ordenarían sus prácticas de acuerdo con la “verdad”,¹⁶ y el comportamiento “correcto” es aquel que el poder nos muestra, por lo tanto, los “actos verdaderos” habrán de ser reproducidos por los agentes particulares en sus acciones, para no entrar en conflicto con el poder ni con ellos mismos. Así las personas se “...gobiernan así mismas y a las otras a través de la producción de la verdad: (no se trata propiamente) de la producción de enunciados verdaderos, sino del ordenamiento de dominios donde las prácticas de lo verdadero y lo falso es a la vez regulada y pertinente”.¹⁷

Este nivel, de la reglamentación y del control de los cuerpos, es el de las esferas de las relaciones personales, no el nivel de las instituciones sociales, particularmente el Estado; sino por el contrario, los niveles más directos de la ejecución de las acciones, a nivel micro social. Dentro de este ámbito se plantea el control del cuerpo y de sus productos (porque un *cuerpo dócil* es a la vez un cuerpo disciplinado y productivo), a través de *mecanismos* que sin tener una manifestación política directa sobre la sociedad, extienden la tarea del Estado de someter la voluntad de los individuos; es decir, el análisis se encuentra dentro de la *microfísica del poder*.

Así, el poder necesita de toda una creación y producción de verdades y saberes específicos. Se necesita por lo tanto, de una razón del poder o una razón punitiva, que permita crear los instrumentos adecuados para la transformación de las conciencias y los cuerpos; ejercer el poder es crear objetos de saber, hacerlos emerger; acumular información y utilizarla.¹⁸ Por lo tanto, el saber es, todo aquello de lo que se puede hablar en una práctica discursiva determinada; el ámbito constitutivo que más tarde adquirirá o no estatuto de verdad.¹⁹

¹⁶ Foucault entiende por verdad: “... un conjunto de procedimientos reglamentados por la producción, la ley, la repartición, la puesta en circulación, y el funcionamiento de los enunciados. La verdad está ligada circularmente a los sistemas de poder que la producen y la mantienen, y a los efectos de poder que induce y que la acompañan”. Foucault, M. *Verdad y poder*. En *La microfísica del poder*. 2ª ed. La Piqueta. Madrid, 1979 p. 189

¹⁷ Morales, Cesáreo. “Individuo, violencia y política”. en Ocaña, Lucila et al., *Op. Cit.* p. 138

¹⁸ Foucault, M. *Op. Cit.* p 99

¹⁹ Giménez, Gilberto. “Foucault: poder y discurso”. en Ocaña, Lucila et al., *Op. Cit.* p. 35

El desarrollo de verdades y saberes se convierte en una parte fundamental de la *microfísica del poder*, pues no es posible ejercer el poder sin el saber, y es imposible que el saber no engendre poder.²⁰ Pero al ser una tarea primordial en la producción del poder mismo, la creación del saber, del discurso, se vuelve una práctica más especializada y por lo tanto, tiende a ser desarrollada tan sólo por una élite.

Visto así, el saber se convierte en instrumento del poder y el poder es a la vez elemento del saber; porque no todos pueden conocer. Tampoco el saber es universal y está al alcance de todos. El poder (y el saber como el poder) se encuentra distribuido entre las personas de forma asimétrica, la articulación de poder y saber permite ejercer poder y control. Los instrumentos de conocimiento son a la vez instrumentos de control. "la cuestión política... es la verdad misma".²¹

El parentesco entre saber y poder no es fortuito, establecer criterios para conocer, para llegar a la verdad, es al mismo tiempo, crear límites de control. El acto de conocer se convierte en un acto político de libertad o sometimiento, siempre que: se entienda que cuando unos hombres dominan a otros, se ve la diferencia de valores; y cuando unas clases dominan a otras, se presencia la libertad²². Así, libertad y conciencia son el conocimiento de sí mismos y de los otros; pero este conocimiento requiere de una producción de saberes; por lo tanto, el conocer se convierte en un enfrentamiento político. La verdad manoseada y usada por el poder, se pierde a sí misma y se convierte en discurso. Ahora, el conocer no lleva a la libertad, sino al sometimiento; la verdad manoseada, el discurso, se presenta como realidad inescrutable a la que se enfrentan los individuos y ante la cual se someten. La libertad de conocerse, de la autoconciencia, es aniquilada por el discurso impuesto sobre la consciencia de las personas, es este discurso el que determina gestos, modales, acciones, palabras, ideas, etc.

²⁰ Foucault, Michel. *La microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid, 1979, p. 101

²¹ *Idem*, p. 189

²² *Idem*, p. 17. Aquí la libertad se debe entender en el sentido menos amplio, es decir, como inversión del control social y no en el sentido idealista de auto-soberanía y consciencia.

La producción de la verdad queda centrada en la producción del discurso, dentro de instituciones particulares que tienen la función de producirlo, reproducirlo o ampliarlo. La verdad queda sometida siempre a un repetido interés económico y político. El discurso, al ser a la vez saber y verdad, toma para sí la forma articulada del bien y lo normal, así permite estructurar toda una serie de normas y mecanismos de control tendientes a asegurar el bien común, "...desde esta perspectiva, las actitudes y el comportamiento de los individuos deben ajustarse a las necesidades del conjunto".²³

Un primer tipo de racionalidad política dentro de la tradición occidental fue el que "... se ocupó de la vida buena y justa...la que era el arte que guiaba a los hombres hacia la vida buena, un arte que imitaba el gobierno de Dios, sobre la naturaleza";²⁴ fue unido al que surgió durante el renacimiento, que se señala como un segundo tipo de racionalidad política cuyos "... tratados establecen que el objetivo supremo es el acrecentamiento del poder y la solidez del príncipe, y no la libertad o la virtud de los ciudadanos...el saber práctico técnico se elevó por encima de las consideraciones metafísicas".²⁵

De dicha unión, se produjo el tercer tipo de racionalidad política en occidente, que "...era el más radical y moderno de todos...la racionalidad ya no busca alcanzar la vida buena ni meramente ayudar al príncipe, sino aumentar el alcance del poder por sí mismo, sometiendo los cuerpos de los individuos a una disciplina más estricta. Fue la elaboración de técnicas precisas para someter al orden y disciplinar a los individuos, usando al mismo tiempo la corriente tradicional occidental del pensamiento político para enmascarar sus tácticas particulares".²⁶

²³ Ocaña, Lucila. "Una lectura de Foucault desde la periferia del poder". en Ocaña, Lucila et al., *Op. Cit.* p. 63

²⁴ DREYFUS, H y RABINOW, P. *Michel Foucault: Más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. IIS/UNAM 1988. Méx. p.157

²⁵ *Idem*, p. 157

²⁶ *Idem*, p. 157

Esta tercera racionalidad, la racionalidad *microfísica* del poder, es también una intersección: de la tradición de la política como procuración del bien y la de la política como solidificación del poder. Enmascaramiento de una postura política radical del sometimiento del individuo, a través de la procuración del bien, este es el discurso del poder tecnológico.

El discurso es a la vez ejercicio del poder y saber, ya que se conjuntan en él. El discurso es entonces el medio y la base en la que se montan el poder y el saber, y es al mismo tiempo su punto de intersección, que permite a las disciplinas entrar en operación, sin él las disciplinas aparecerían como meras imposiciones demasiado burdas o grotescas como para ser asimiladas por las personas. El discurso, se convierte así en el elemento central de la dominación y de la sumisión.

Quien conoce está capacitado para discernir, tiene la autoridad “moral” para enunciar juicios de valor, que puedan separar el bien del mal, la verdad se convierte en bondad. Así, el juez, el maestro, el padre, el oficial, el presbítero tiene la doble función *de decir la verdad y ahuyentar el mal*. En toda la sociedad existen múltiples elementos de “verdad”, articulados de forma asimétrica, incluso en contraposición, pero siempre sustentados en el discurso. La asimetría en el control y uso del saber es al mismo tiempo la asimetría del ejercicio del poder, es decir, las relaciones de poder son al mismo tiempo relaciones de saber. Por lo mismo, las relaciones sociales de saber son multiformes y plurales, no hay una verdad como tal, sino elementos multiformes del saber.

Al ser el saber parte constitutiva del poder y de su ejercicio, el deseo de saber es un deseo de poder. No hay voluntad de saber que no esté vinculada con una voluntad de poder. El producto del saber, el discurso, está ligado a las prácticas del ejercicio del poder, a sus técnicas y sus tácticas. No hay discurso que no sea al mismo tiempo técnica del poder.

Esta voluntad de saber, es un elemento de la transmisión del discurso, pero es al mismo tiempo el deseo de poder. Dentro de las formaciones sociales, toda persona que desee ejercer o enfrentar al poder, debe someterse a éste y hacer uso del discurso como elemento de dominación o resistencia. Este deseo de poder es el que lleva a las personas a someterse a él. En el intento de conocer, de tener los criterios y elementos necesarios para poner en práctica el discurso, se somete el individuo al poder.

La forma en la que se adquiere la técnica del discurso, es atravesando por medio de ella. Para saber hay que ser conocido, por lo tanto, quien conoce y posee los elementos necesarios para la operación del discurso, ha sido trastocado en sí mismo, ha sido elemento del poder. El poder a través del discurso vuelve transparente a los individuos con voluntad de saber. El que conoce se entrega al discurso, ha sido trastocado y ha sucumbido ante el poder.

Toda vez que entre la realidad y las palabras se interpone el discurso, no existe forma de pensar que no sea discursiva. El discurso impone necesariamente una manera de referirse y localizar los objetos, los sujetos y la conciencia, porque el discurso no se refiere a la verdad en sí misma, “..literalmente no se habla como se ve; el discurso prefiere exhibir la materialidad de lo dicho antes que consultar sigilosamente las cosas o las ideas que nuestra inconsciencia oculta”.²⁷

Porque el discurso no está fuera de la razón y de la conciencia de las personas; se instala por el contrario dentro de ellas, y desde allí se recrea nuevamente. Las personas son pensadas y se piensan así mismas *con las palabra que el discurso les ha enseñado*. Más que la realidad lo que las personas conocen es el uso, el manejo y la operación del discurso, ante esto, poco o nada puede hacer la conciencia; para pensarse a sí mismos fuera del discurso habrán de pensarse ajenos a la razón y a la “verdad”.

²⁷ Pérez, Sergio. “Del conocer al saber” en Ocaña, Lucila et al., *Op. Cit.* p. 47

En tanto que el discurso no está fuera del poder, ni sin poder; su práctica y reproducción son los del poder. La voluntad de saber no es otra que la voluntad de ejercer el poder, así el ejercicio del poder implica una sumisión al poder mismo. No existe sólo un ejercicio del poder vertical, la cuadrícula que impone su ejercicio es tanto vertical como horizontal y en ambos sentidos. La sumisión al poder para conocer es un elemento de los efectos positivos (y maniáticos²⁸) que el poder ejerce sobre las personas.

“Ciertamente el saber transmitido adopta siempre una apariencia positiva. En realidad, funciona según todo un juego de represión y exclusión... de determinado tipo de saber, imposición de una cierta norma, de un cierto filtro de saber que se oculta bajo el aspecto desinteresado, universal, objetivo del conocimiento...”²⁹ La transmisión del saber, su reproducción siempre se presenta, por práctica del discurso, como algo positivo en la cual las personas, “desinteresadas” deben participar para conocer.

Así, la transmisión de un discurso, su puesta en práctica es una técnica/táctica del poder, y es por lo tanto una forma de acceder, enfrentar y someterse al poder. En instituciones sociales en las que su principal objetivo es la reproducción y ampliación del discurso, el poder opera permanentemente en las personas, modificando su personalidad cada vez que se aproximan a un saber. Cada vez que una persona conoce algo de otra o de las cosas está poniendo en juego los saberes del discurso.

“Lo que hace que el poder agarre, que se le acepte, es simplemente que no pasa como una fuerza que dice no, sino que de hecho la atraviesa, produce cosas, induce placer, formas de saber, produce discursos; es preciso considerarlo como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social más que como una instancia negativa que tiene como función reprimir”.³⁰

²⁸ Por ser una fijación sobre la idea obsesiva de poseer poder para dominar, es decir la idea permanente del control de las personas y las cosas.

²⁹ Foucault, Michel. *La microfísica del poder*. La Piqueta, Madrid, 1979, p. 32

³⁰ *Idem*, p. 183

La apariencia positiva que adopta el poder en su reproducción, permite que las personas se sometan a él de forma “voluntaria”, y con ello puedan volverse *útiles* para la sociedad en su conjunto. Esta sumisión “voluntaria” opera en el individuo diluyendo su propia personalidad y oprimiendo sus capacidades individuales. Pero su carácter positivo permite que las personas se sometan de manera “voluntaria” y que los cambios que realicen en sus personas sean considerados como positivos, y por lo tanto participen con agrado de las transformación que el poder ha realizado sobre sus cuerpos y mentes.

Este saber adoptado, es para las personas, al mismo tiempo un poder adquirido, el poder emplear un saber determinado, permite que la persona que lo posee opere un poder equivalente. Esta posibilidad de ejercer poder lleva a que las personas, consciente o inconscientemente se opriman a sí mismas y/o permitan que otras personas ejerzan sobre ellas el poder.

Esta dinámica del poder dentro de la voluntad misma de una persona, es lo que hace que el poder sea tan diluible y aceptado por el individuo mismo. Es un paso posiblemente inadvertido, mediante el cual la persona se pone al servicio del poder, con la esperanza, explícita o implícita, de recuperar algo de lo que el poder deja sobre ella y de esta forma tener la posibilidad de ejercerlo sobre otras personas.

Es por esto que la individualidad misma se ve modificada por el poder, con el “beneplácito” de la persona. El poder se convierte entonces en elemento de su individualidad y de su identidad; el poder es al mismo tiempo elemento constitutivo de la personalidad y anulación de la individualidad.

Es así que, si bien el poder tiene una serie de discursos necesarios para su reproducción y ampliación, también el discurso posee al poder; es decir existe un poder del discurso: el poder de transformar a las personas y las cosas en objetos de saber y por lo tanto en objetos del poder.

El discurso se convierte en poder y en “verdad”; toma para sí mismo las partes de uno y de otro, se convierte en el medio central de la reproducción del poder y en la forma más pura del control que el poder ejerce sobre las personas y las cosas. La voluntad del saber, es resultado de la fuerza y penetración que adquiere el discurso en sí mismo, como elemento de poder y saber.

Al ser la verdad “un conjunto de reglas según las cuales se discrimina lo verdadero de lo falso y se ligan a lo verdadero efectos políticos de poder...”³¹ existe un combate por la verdad, o al menos alrededor de ella, un combate no en favor de la “verdad”, sino en torno al estatuto de verdad y al papel económico-político que juega.³²

Este combate permite considerar que en torno a la verdad no existe un control absoluto, a pesar del papel hegemónico que juega el poder a través del saber y el discurso; pero existen verdades y saberes sometidos: “...bloques de saberes históricos que estaban presentes y soterrados en el interior de los conjuntos funcionales y sistemáticos... también toda una serie de saberes calificados como incompetentes, o, injustificablemente elaborados”.³³ Estos saberes “malditos” son zonas del saber que se encuentran fuera del discurso y por lo tanto en la periferia del poder.

En estos saberes sometidos se encuentra la posibilidad y el potencial libertador de la verdad, siempre que recordemos que el poder está íntimamente ligado a la verdad y a su producción; por lo tanto, la posibilidad de liberar a la verdad no es del poder, porque estos se encuentran unidos de forma inseparable, la verdad es ella misma poder. De lo que se trata es de liberar a la verdad separándola del discurso hegemónico del poder, “... separar el poder de la verdad de las formas de hegemonía (sociales, económicas, culturales) en el interior de las cuales funciona por el momento”.³⁴

³¹ *Idem*, p. 188

³² *Idem*, p. 128

³³ *Idem.*, pp. 128 -129

³⁴ *Idem*, p. 189

Sólo así la verdad tiene un potencial libertador, la verdad es lo que más se opone al poder como represión. Y esto de dos formas: la primera debida a los efectos positivos del poder hegemónico y su reproducción a través del discurso; la segunda debido a que la única posibilidad de enfrentarse a este poder hegemónico y a su discurso, es por medio de la creación de una nueva verdad, no ajena al poder, sino con la capacidad de enfrentársele en tanto es producida desde fuera de las fronteras de la hegemonía del poder.

Para que la verdad opere en la sociedad como un mecanismo de resistencia al poder normalizador; se tiene que encontrar a manera de hacerla provocativa, no del discurso sino de un antidiscurso. Se tiene que crear una verdad desde fuera del discurso, que sea capaz de enfrentársele y provocarle contradicciones dentro de sí mismo. En esto consiste el poder del discurso.

1.2. El manejo del poder; sus técnicas

Reduciendo el análisis al nivel de la cotidianidad misma, nos salta el problema de la puesta en práctica del poder normalizador. Si bien existe el discurso para diferenciar lo “normal” de lo “anormal”, la práctica de la segregación es una cuestión que nos toca abordar. ¿Cómo es que el discurso se convierte en una práctica del poder normalizador? ¿Cuáles son sus elementos de realización en el plano de la vida cotidiana?, y el problema básico, ¿Cómo separar lo “bueno” de lo “malo”?

El poder para separar emplea técnicas; elementos concretos dentro de la práctica cotidiana, que sirven a la vez de medios de expresión y de formas de relación social. Las técnicas del poder son disciplinas tendientes a separar lo “normal” de lo “anormal”, para poder modificar directamente lo anormal y encausarlo hacia el bien; es decir, lo normal.

El poder y el saber se unen en el discurso para dar paso a las disciplinas³⁵ normalizadoras. Las disciplinas, son entonces el método de control y transformación de las personas en la vida cotidiana, son la forma práctica de la normalización. “La hibridación del poder con el saber; con esta unión empieza la difusión realmente efectiva del poder normalizador ...Bajo la bandera de la normalización el saber entra sin ambages al combate”³⁶. Mediante las técnicas el poder, el saber y el discurso se insertan en las mentes y en los cuerpos de las personas, presentándose así frente a la realidad de los individuos para modificarla y/o crearla.

De la omnipresencia del discurso se pasa a la transformación de los cuerpos. Una vez establecido el “bien” y el “mal”, hay que separarlos para estar en condiciones de erradicar el mal, de “normalizarlo”. La tarea del poder normalizador es la de poner en práctica “...a la vez vigilancia y observación, seguridad y saber, individualización y totalización, aislamiento y transparencia”³⁷. Esta tarea de “normalización” del “mal” sólo se puede dar cuando éste es sometido a un proceso de “purificación” a través del “castigo”.

Esta necesidad de señalar y transformar el “mal” en “bien”, crea la doble necesidad de vigilar y castigar, que son los elementos fundamentales de las técnicas disciplinarias. Las técnicas son el método para separar a los anormales y normalizarlos, porque el poder disciplinario es un poder “...que en lugar de sacar y retirar, tiene como función principal la de ‘enderezar conductas’; o sin duda, de hacer esto para retirar mejor y sacar más”³⁸. Para lograr esto, el poder se vale de las disciplinas, porque un *cuerpo dócil*, es un cuerpo disciplinado, porque a medida que las técnicas disciplinarias abandonan su máscara de neutralidad, imponen su criterio de normalización como el único aceptable.

³⁵ La disciplina es el método que permite el control minucioso de las operaciones del cuerpo, que garantiza la sujeción constante de sus fuerza y les impone una relación de docilidad-utilidad; es decir, de “normalidad”.

Foucault, M. *Vigilar y castigar*. p. 141

³⁶ Dreyfus, H. y Rabinow, P. *Op. Cit.* p. 213

³⁷ *Idem.*, p. 212

³⁸ Foucault, M. *Vigilar y castigar*. p. 175

“Es necesario suponer que... de una manera general los castigos, no están destinados a suprimir infracciones; sino más bien a distinguirlas, a distribuirías, a utilizarlas; que tienden no tanto a volver dóciles a quienes están dispuestos a transgredir las leyes; sino que tienden a organizar la transgresión de las leyes en una técnica general de sometimiento”³⁹. El castigo tiene un doble propósito: por un lado, someter al orden, a la normalización a los transgresores del orden y por el otro, a crear un mecanismo de control social más general y amplio, que el castigo en sí mismo. Porque en la distribución, distinción y utilización de las “anormalidades” se encuentra todo el *saber* del poder normalizador.

“Un componente esencial de las tecnologías de normalización es que ellas mismas son parte integral de la producción, clasificación y el control sistemático de las anomalías del cuerpo social. Encuentran su *raison d’être* en su pretensión de aislar estas anomalías y en su proeza de normalizarlas”⁴⁰. Esto vuelve indefendible la individualidad fuera del poder, una individualidad no dócil es anormal y por lo tanto lugar de la práctica/técnica de la disciplina. El discurso es a la vez medio de segregación y normalización en la práctica de la disciplina, pues todo individuo debe ser lo que de él se espera y no lo que él quiere ser. Allí donde la disciplina se ha instalado, el poder y el saber han impuesto el orden del discurso. “La individuación aparece como el objetivo último de un código exactamente adaptado”⁴¹.

El aislamiento de las anomalías pasa a ser central en la categorización de las personas y de sus actividades. El control de los cuerpos y de las mentes queda rigurosamente restringido, toda vez, que armando un sistema de aislamiento, se ejerce sobre él una vigilancia constante. Pero el aislamiento es mucho más, o mucho menos; es la técnica de comparar, segregar y calificar; en este afán de controlar lo “anormal” la individuación se convierte en condición *sine qua non* del control de las personas.

³⁹ *Idem.*, p. 227

⁴⁰ Dreyfus, H. y Rabinow, P. *Op. Cit.* p. 214

⁴¹ Foucault, M. *Vigilar y castigar* p. 105

Para normalizar se requiere de lo “normal”, y así desarrollar su búsqueda. El poder normalizador, se aplica por lo tanto en la comparación entre dos sujetos, los cuales son iguales en tanto que son semejantes, es decir si son iguales son normales. “El efecto del juicio normalizador es complejo. Parte de una premisa inicial de igualdad formal entre los individuos. Esto conduce a una homogeneidad. Pero una vez que se echa a andar el aparato, hay una diferenciación y una individualización cada vez más finas, que separan y clasifican objetivamente a los individuos”⁴². Derivada de esta ecuación, lo “normal” persigue a todo aquello que no es idéntico a lo homogéneo.

La individualización de los sujetos se convierte en condición para el ejercicio del poder normalizador. Sólo entre individuos es posible marcar, clasificar y modificar diferencias, la homogeneidad disciplinaria del poder normalizador requiere de sujetos diferentes. Lo “anormal” es continuidad de lo “normal”, aunque en lados opuestos, se requiere del primero para encontrar al segundo y viceversa.

Para lograr su propósito reformador el poder normalizador emplea las disciplinas como elementos constitutivos (la vigilancia y el castigo) de su práctica. Las disciplinas, su especialización como las técnicas de la vigilancia y el castigo, son los elementos del *buen encausamiento*. Un técnico del control, es el que puede hacer funcionar la normalización de la vigilancia y del castigo.

En la práctica, el poder normalizador requiere para su ejecución de un cuerpo que vigilar y encausar. La meta de la tecnología disciplinaria es forjar un cuerpo dócil, “... que pueda ser sometido, que pueda ser utilizado, que pueda ser transformado y perfeccionado”⁴³. Pero junto a esta normalización, coadyuvando a ella, se encuentra la “anormalidad” que la normalización produce.

El cuerpo del individuo es el blanco de esta tecnología individualizadora; y por lo tanto blanco de la vigilancia y del castigo. El cuerpo de las personas es al mismo tiempo

⁴² Dreyfus, H y Rabinow, P. *Op. Cit.* p. 178

⁴³ Foucault, M. *Vigilar y castigar.* p. 140

el lugar donde convergen la práctica del discurso, (cruce de saber y poder) y además el vértice sobre el que gira todo el sistema normalizador.

El cuerpo “normal” nace en medio de una maraña de reglamentaciones, su individualidad es el producto generador de cuerpos “normales”. Meticuloso sistema de reglamentaciones, subreglas y infrareglas, prolijas inspecciones, el control y el ejercicio de los cuerpos individuales, creados por la normalización y expropiados en su nombre.⁴⁴

El apego a la norma procura estratos de saber y de poder. Un cuerpo normalizado es un cuerpo sabio y por lo mismo, poderoso. La persona que ha logrado sujetar su individualidad a las normas del poder disciplinario, ha logrado al mismo tiempo ser objeto y sujeto de este poder; por lo mismo, parte reproductora de la normalización. Cuando mayor es el grado de normalización de un persona, mayor es el grado de poder normalizador que ostenta y que puede ejercer.

El poder normalizador produce jerarquías. La vigilancia necesita de una observación jerarquizada para poder funcionar, es un elemento indispensable. “El éxito del poder disciplinario se debe a la ...inspección jerárquica, y la sanción normalizadora...”⁴⁵. El castigo y la vigilancia vertical son elementos de la disciplina y del control de las personas en su transformación. El objetivo final de las *sociedades normalizadoras* (pero no el único), es obtener gente disciplinada, es decir dócil.

“La red disciplinaria apunta a generalizar el *homo docilis* que requiere la sociedad ‘racional’, eficiente y ‘técnica’: un ser obediente, trabajador, cargado de conciencia y útil, plegable a todas las modernas tácticas de producción y de guerra”⁴⁶. La disciplina se nutre del juicio normalizador, y por lo mismo del discurso.

⁴⁴ Merquior, J.G. *Foucault o el nihilismo de la cátedra* FCE. Mex, p. 166

⁴⁵ Foucault, M. *Vigilar y castigar*. p. 175

⁴⁶ Merquior, J.G. *Op. Cit* p. 173

“Para que reine la disciplina, es preciso que se den cuatro condiciones principales. La primera, *un arte de la distribución espacial*,⁴⁷ particularmente visible en técnicas de segregación funcional,...la segunda, *el control de la actividad*, ...la tercera *el ejercicio*, ...finalmente, la cuarta, ‘la combinación de fuerzas’...⁴⁸. Estas son las técnicas del poder normalizador, estas son las disciplinas que Foucault encontró en toda *sociedad normalizadora* y en toda institución carcelera.

El arte de las distribuciones exige la *clausura*, la especificación de un lugar heterogéneo a todos los demás y cerrado sobre sí mismo. El orden y la seguridad exige que todos estén reunidos en un mismo sitio desde el que puedan ser observados y separados. el principio de clausura no es ni constante, ni suficiente en los aparatos disciplinarios. Estos trabajan el espacio de manera mucho más flexible y fina, incluso dejan pequeñas hendiduras para los “anormales” que requieren el funcionamiento del sistema. El espacio disciplinario tiende a dividirse en tantas parcelas como cuerpos o elementos haya que repartir.

A cada individuo su lugar, aislado y observable. “Se trata de establecer las presencias y las ausencias, de saber dónde y cómo encontrar a los individuos; instaurar las comunicaciones útiles, interrumpir las que no lo son, poder en cada instante vigilar la conducta de cada cual, apreciarla, sancionarla, medir las cualidades o los méritos. Procedimiento, pues, para conocer, para dominar y para utilizar. La disciplina organiza un espacio analítico”⁴⁹

La distribución de los cuerpos en el espacio vigilado de manera jerárquica, permite su control y conocimiento. Los espacios disciplinarios son de transformación y formación, de ausencias y presencias, de poder y de saber. Son espacios del discurso

⁴⁷ El segundo capítulo de este trabajo, desarrollará el tema de la distribución espacial y hará un análisis minucioso de los encierros particulares objeto de estudio.

⁴⁸ Merquior, J.G. *Op. Cit* pp 170-171

⁴⁹ *Idem*, p. 147

formando redes de control. “Todas estas disposiciones en serie forman un cuadrículado permanente en el que se aclaran las confusiones”⁵⁰.

Es gracias a este cuadrículado metódico, que la disciplina cumple con la transformación de la persona que se encuentra dentro de su *rango*⁵¹, dentro de su alcance. La cuadrículación implica que las personas situadas dentro de su rango sean transformadas sin importar su particularidad; ya que dentro de él, todo sujeto puede ser intercambiado; puesto que cada uno se define por el lugar que ocupa en una serie, además de la distancia que lo separa de los otros y no por sus propiedades intrínsecas. Es el lugar que ocupa lo que lo transforma, no su personalidad. La disciplina individualiza los cuerpos por una localización que no los sujeta, pero los jerarquiza y los hace circular en un sistema de relaciones.

El rango es un cuadro de entrada múltiple, condición que le permite ser constitutivo de toda disciplina. Cada lugar de cruce de la cuadrícula, cada *rango* marca un lugar e indica valores, garantiza la obediencia jerárquica de los individuos, dentro de un poder disciplinario que economiza esfuerzos a medida que se amplía. Cada parte de la cuadrícula es polióptica, de dentro hacia afuera y en sentido opuesto.

El segundo de los elementos disciplinarios: *el control de la actividad* se basa en la administración del empleo del tiempo. El empleo del tiempo, se regula al establecer ritmos, perfectamente marcados, cadencias de pasos y movimientos, secuencias de actividades y tareas; al obligar a realizar tareas determinadas, ocasionando así aprendizajes y enseñanzas forzadas; y finalmente al regular los ciclos de repetición, es decir los del doble esfuerzo y el doble sometimiento.

⁵⁰ *Idem.*, p. 149

⁵¹ *Idem.*, p. 149 El rango es el lugar que se ocupa dentro de la clasificación disciplinaria en relación a la normalidad que demuestra, el punto donde se cruzan una línea y una columna.

Los especialistas del tiempo, sus técnicos, son los "... grandes técnicos del ritmo y de las actividades regulares... La exactitud y la aplicación son, junto con la regularidad, las virtudes fundamentales del tiempo disciplinario"⁵².

El poder disciplinario, por su carácter *microfísico*, descompone los movimientos del cuerpo en fracciones del ritmo, cada ritmo, cada cadencia está compuesta, en la normalización, de dos o más tiempos. A cada uno de estos *microritmos*, corresponde un movimiento del cuerpo, un gesto, un ademán, un cambio de postura, que articulados rítmicamente producen la cadencia de las dinámicas disciplinarias. Así, la normalización "...controla desde el interior el desarrollo y las fases... a cada movimiento le están asignadas una dirección, una amplitud, una duración... El tiempo penetra el cuerpo y con él todos los controles meticulosos del poder"⁵³.

A la vez que con su *microritmo* el poder disciplinario también impone la *minieconomía*; es decir, no es sólo un gesto, coincidiendo su desplazamiento en el tiempo y en el espacio. Se trata, por el contrario, del mínimo esfuerzo, en el mínimo tiempo; el movimiento más rápido en la menor distancia. La disciplina impone una economía del movimiento corporal que incorpora al cuerpo, al espacio y al tiempo dentro del ritmo más rentable.

El poder vuelve el cuerpo individual y amorfo, en un objeto *maniobrible*, al que puede manipular, combinando tiempo y espacio para lograr un mayor provecho, una mayor productividad. El poder disciplinario obliga a que el propio individuo *maniobre* también con los objetos que manipula.

La reglamentación impuesta al cuerpo, lo obliga a moverse, a conducirse y ser conducido con el propósito de su máximo rendimiento en un mínimo tiempo, gracias a la síntesis del movimiento individual y colectivo regulado por la norma. Es el punto ideal

⁵² *Idem.*, pp. 154-155

⁵³ *Idem.*, pp. 155-156

en el que se unen el máximo de rapidez con el máximo de eficacia, como resultado de la colocación y el movimiento de las partes por separado en el conjunto de una unidad. El poder normalizador se articula directamente sobre el tiempo, asegura su control y garantiza su uso, toda vez que la disciplina, al organizar y administrar los ritmos y el espacio, permite que este poder asegure el control y el uso del cuerpo.

El tercer elemento de las disciplinas normalizadoras es el *ejercicio*.⁵⁴ “El ejercicio es la técnica por la cual se impone a los cuerpos tareas a la vez repetitivas y diferentes, pero siempre graduadas. Influyendo el comportamiento en un sentido que disponga hacia un estado terminal, el ejercicio permite una perpetua caracterización del individuo ya sea en relación con ese término, o en relación a un tipo de trayecto. Así garantiza, en la forma de la continuidad y de la coerción, un crecimiento, una observación, una calificación”⁵⁵.

El ejercicio es la repetición de lo “normal”, hasta que esta normalidad sea asimilada por el cuerpo y, a través de él, por la mente del individuo. Con la repetición continua de movimientos, de formas, de gestos; los ejercicios transforman el cuerpo y la mente. Por el ejercicio, entonces, se puede efectuar una vigilancia constante de la mente y del cuerpo de las personas. El ejercicio debe reducir todas las formas de expresión a aspectos “normales” de la personalidad.

Es así que un cuerpo ejercitado es un cuerpo normalizado, y su forma de expresión y comunicación es “norma”. Por lo tanto, es al mismo tiempo que “normal”, económico y productivo. Los ejercicios tienden a incrementar la productividad de un cuerpo indisciplinado, porque lo hacen memorizar posturas, actitudes, gestos, movimientos, “apropiados” para lo “normal”.

⁵⁴ *Idem.*, p. 165 Foucault señala el origen religioso de los ejercicios en general, añade también que la idea de un “programa” de enseñanza tiene el mismo origen. La *Compañía de Jesús* fue la orden religiosa que realizó los primeros ejercicios espirituales, y de ahí han derivado en múltiples formas, tanto físicos como morales.

⁵⁵ *Idem.*, p. 165

El ejercicio es por lo tanto el método normalizador del cuerpo y de la mente. ejercita no sólo los músculos, sino también la memoria de las personas. Así el ejercicio economiza tiempo, acumulando en forma útil; para ejercer el poder normalizador sobre las personas. “El ejercicio convertido, en una tecnología política del cuerpo y de la duración, no culmina hacia un más allá; pero tiende a una sujeción...”⁵⁶

El cuarto elemento de las disciplinas es la *combinación de fuerzas*. En este punto la disciplina deja de ser únicamente distributiva, de dividir el espacio en tantos elementos como cuerpos a separar, para reunirlos, ya disciplinados; obteniendo mayores resultados de combinar sus fuerzas. Los cuerpos ejercitados, que han adquirido la cadencia introyectando el ritmo de la disciplina, al ser mezclados unos junto a otros, producen nuevos elementos del poder disciplinario, más potentes y más amplios.

La combinación de fuerzas, es el arte de hacer unidades disciplinarias, mezclando las partes celulares, pidiendo a cada parte, a cada cuerpo, un comportamiento ya ejercitado; que al combinarse produce un nuevo elemento diferente a las partes, pero más productivo. “La disciplina no es ya simplemente un arte de distribuir cuerpos, de extraer de ellos y de acumular tiempo, sino de componer fuerzas para obtener un aparato eficaz”⁵⁷.

El cuerpo singularizado, individualizado, ha sido “tratado” para poder ser manejado, la persona disciplinada ha adquirido la facultad de ser conducida, para que se le pueda colocar, mover, articular sobre otros y sobre sí mismo; de acuerdo a las exigencias de la productividad y el control. “El cuerpo se constituye como pieza de una máquina multisegmentaria”⁵⁸.

La combinación de fuerzas representa además un esfuerzo de sincronía máximo, cada parte se mueve por separado; pero todas dentro de una misma fase. La

⁵⁶ *Idem*, p. 166

⁵⁷ *Idem.*, p. 168

combinación de fuerzas es el espectáculo de las partes sincronizadas en un tiempo “normal” de producción. Cada parte debe compartir su máxima efectividad en el mismo momento, obteniendo así resultados óptimos. Así la disciplina forma y ordena piezas “normales”, que puedan alcanzarse para mejorar su productividad.

La combinación requiere de la destreza del mezclador, necesita de un especialista de la combinación, pues las unidades “normales” no son resultado de combinaciones aleatorias, sino de combinaciones calculadas “racionalmente”.

Las combinaciones necesitan por lo tanto de cadenas de mando disciplinadas y precisas. Cada eslabón de esta cadena debe estar disciplinado y ejercitado en la práctica del mando; debe saber ordenar y provocar reacciones que sean la combinación de las unidades ante sí y el despliegue adecuado de su potencialidad productiva. La combinación requiere de jerarquía y mando.

La jerarquía está contenida dentro de una línea de mando. Dentro de una jerarquía de mando, las personas reaccionan ante las voces de mando de quien ordena. La orden es el vínculo entre el mezclador y la unidad disciplinada; es el conducto por el que viaja la voluntad del poder disciplinario, que debe ocasionar combinaciones productivas, sin intervenir en el proceso directamente. La orden es un catalizador, que desaparece toda vez que se logre el resultado buscado. “Toda la actividad del individuo disciplinado debe ser ritmada y sostenida por órdenes terminantes cuya eficacia reposa en la brevedad y la claridad ...la orden debe ser clara y precisa basta con que provoque el comportamiento deseado”⁵⁸

Las personas disciplinadas han dejado de ser una “masa vagabunda”, para ser transformadas por el poder normalizador, en partes constitutivas de la productividad y la norma. Han perdido su personalidad, y en su lugar se ha implantado la individualidad normalizada.

⁵⁸ *Idem*, p. 169

⁵⁹ *Idem*, p. 170

“En resumen, puede decirse que la disciplina fabrica a partir de los cuerpos que controla cuatro tipos de individualidad, o más bien una individualidad que está dotada de cuatro características: es celular (por el juego de la distribución espacial), es orgánica (por el cifrado de las actividades), es genética (por la acumulación del tiempo), es combinatoria (por la composición de fuerzas)... para ello utiliza cuatro grandes técnicas: construye cuadros; prescribe maniobras; impone ejercicios..., y dispone tácticas”⁶⁰.

1.3. Las formas del poder; sus tácticas

Dentro de la *cratología del poder* de Foucault, la relación política-estrategia esta directamente ligada a su hipótesis de Nietzsche, según la cual “...las relaciones de poder serían el enfrentamiento belicoso de la fuerza...sistema de guerra-represión, que es el simple efecto y la simple continuación de una relación de dominación. La represión no sería más que la puesta en práctica, en el seno de esta pseudo-paz, de una relación perpetua de fuerza”⁶¹. La política se convierte entonces en una guerra “continuada con otros medios”; por lo tanto, la política es la corroboración y el mantenimiento del desequilibrio de las fuerzas que se manifiestan en la guerra⁶².

En el binomio política - estrategia, la estrategia queda entonces englobada en la política, dentro de la cual se desarrolla como un elemento más entre otros. La estrategia es la programación a largo plazo del empleo de instrumentos políticos y militares en el curso de conflictos generales (como pueden ser los conflictos internacionales)⁶³. Toda

⁶⁰ *Idem*, p. 172

⁶¹ Foucault, M. *La microfísica del poder*. pp. 136-137.

⁶² *Idem.*, p. 136. Foucault encuentra que el principio de Clausewitz, según el cual la guerra es la continuación de la política por otros medios, subordina la política a la estrategia por que coloca a la estrategia como el conductor entre el momento pacífico y el momento violento de la política. Para Foucault esta claro que la estrategia esta subordinada a la política, porque existe una represión permanente fundada en un desequilibrio que se trata de mantener por todos los medios, uno de los cuales es la estrategia.

⁶³ Bobbio, N., Matteucci, N. y Pasquino, G. *Diccionario de política Suplemento*. Siglo XXI, Mex. 1988 p. 117. El uso militar de este concepto es el de un conjunto de principio generales, que al observarse en un conflicto bélico permiten obtener la victoria final sobre el enemigo. Sin embargo, políticamente su uso es

sociedad tiene una orientación general de corte estratégico, ya que existe un orden político apoyado en un sistema jurídico, el cual conduce el orden social imperante.

En la práctica, los programas estratégicos se presentan como lineamientos generales de carácter institucional, sin que las personas lleguen a sentir sobre sí mismas los efectos que produce una estrategia. Se necesita de un elemento más delimitado y concreto, que tenga que ver con las prácticas cotidianas de la existencia. Foucault, se percató de que un estudio macropolítico y a nivel estratégico, no esclarece las formas concretas por las que el poder transita. Encontró, que una sociedad dada, crea instrumentos, *dispositivos*⁶⁴ específicos para su reproducción. En las *sociedades carcelarias* o *normalizadoras*, encontró que existen cierta tecnología encargada de producir *homo dóciles*, encargados al mismo tiempo de producir y reproducir el sistema en su conjunto. Sin embargo, al tratar de identificar la genealogía moderna del individuo, puso énfasis en las tecnologías, dentro de las cuales ubico las prácticas concretas de la estrategia.

A pesar de haber diferenciado perfectamente entre política y estrategia; y de revertir el aforismo clausewiniano de la política como continuación de la guerra; su preocupación por la relación sujeto poder, es decir individualidad - tecnologías, dejó de lado el problema de la conducción de las acciones. Foucault visualizó correctamente el problema de la generación del *homo docilis*, pero permaneció ajeno al problema de lo que hace y se hace de ese *homo*.

más amplio, porque tiene que ver con momentos de paz, en los cuales el enemigo es virtual y además no se le debe aniquilar, sino someter, cuidando de mantener la asimetría de fuerzas derivadas de la guerra.

⁶⁴ "La filosofía de Foucault se presenta a menudo como un análisis de "dispositivos" concretos. Pero ¿qué es un dispositivo? En primer lugar, es una especie de ovillo o madeja, un conjunto multilineal. Está compuesto de líneas de diferente naturaleza y esas líneas del dispositivo no abarcan ni rodean sistemas cada uno de los cuales sería homogéneo por su cuenta (el objeto, el sujeto, el lenguaje), sino que siguen direcciones diferentes, forman procesos siempre en desequilibrio y esas líneas tanto se acercan unas a otras como se alejan unas de otras".

Deleuze, Gilles: "¿Qué es un dispositivo?" En BALIBAR E. Et al. Michel Foucault, Filósofo; Gedisa, España, 1990, p.155.

El control del tiempo, espacio y acción, son los elementos mediante los cuales el poder disciplinario manipula el cuerpo y los deseos de las personas. El control de estos elementos obliga a los cuerpos a sujetarse y moverse según la *voluntad del poder*, según su ejercicio. En la práctica, el poder circula controlando estos elementos, y obligando a los cuerpos a seguir su ritmo. Es por esto que el *poder normalizador* desarrolla toda una estrategia de movimientos y sujeciones, para las que el cuerpo del individuo es el medio y el fin de su ejercicio.

En la estrategia se involucra toda la sociedad, por lo que el poder orienta a este nivel las acciones en general a su reproducción; al nivel corpóreo (de recursos humanos y materiales); como a los niveles intangibles del discurso. Estas estrategias están orientadas en la vida cotidiana por la *táctica*⁶⁵, que es el empleo del *poder normalizador* para su reproducción cuando se está ejerciendo y es también el empleo del tiempo, del espacio, y la acción, dirigida hacia un fin particular, en una situación dada. Es decir, la táctica es la conducción de las acciones humanas combinando la actuación de los diferentes medios disponibles.

Se trata de un orden y una sincronía de los cuerpos, en tiempo, espacio y acción; para el logro de una meta concreta y delimitada. No es la lucha política de la guerra total, es el manejo de los recursos materiales y humanos, en la batalla cuerpo a cuerpo, en donde la colocación de los elementos permite obtener de ellos resultados óptimos. "La táctica es el arte de construir con los cuerpos localizados las actividades codificadas y las aptitudes formadas, unos aparatos donde el producto de las fuerzas diversas se

⁶⁵ "Táctica es la aplicación directa y cambiante, según las circunstancias de los instrumentos en particular. Militarmente la táctica es el 'arte de emplear las armas en el combate, a fin de obtener el mejor rendimiento'" Bobbio, N., Matteucci, N. y Pasquino, G. *Op. Cit* p. 117. El concepto de táctica, al igual que el de estrategia, tiene un origen militar, sin embargo, siguiendo el análisis de la *microfísica del poder*, se puede entender que las acciones de las personas están orientadas hacia un fin estratégico común, pero inidentificable sino es a través de la táctica.

encuentra aumentado por su combinación calculada, es sin duda la forma más elevada de la práctica disciplinaria”⁶⁶.

La táctica disciplinaria, es el empuje coercitivo del *poder normalizador* despersonalizado, impulso hacia un objetivo concreto, que sumado a otros, realiza un empuje estratégico, en el cual nadie, en concreto, empuja. Sin embargo, a nivel táctico existen una cadena de mando que se encarga de ordenar la ejecución táctica de los cuerpos. Es decir, aunque existe el rango y la jerarquía, y en la práctica hay quien ordena; las órdenes que da no se deben a su voluntad, ni a su interés personal. Existe un interés estratégico al cual sirve, pero del cual nadie es responsable.

Veamos ahora el trinomio: voluntad-cálculo-táctica. Voluntad y cálculo, se involucran de manera impersonal en las relaciones cara a cara; lo mejor de la táctica es que mueve voluntades orientadas por un cálculo que nadie ha hecho por interés personal. Se trata de una voluntad modificada por un cálculo despersonalizado y despersonalizador. Entre el interés estratégico y la voluntad de las personas, la táctica es el vínculo que las une sin que se toquen; la táctica es un artificio complejo, que produce resultados prácticos uniendo voluntades personales a la propia reproducción del *poder normalizador*. La táctica es el principio que permite comprender la coerción sobre la voluntad, para reproducir dicha coerción⁶⁷. Es por lo tanto, la reproducción de un poder impersonal, en la que se involucra (a nivel estratégico), la sociedad en su conjunto; y en el nivel práctico el sometimiento de la voluntad del individuo a un poder despersonalizado y “normal”.

La coerción, sin duda, es el resultado de una distribución desequilibrada del poder, como consecuencia política de la guerra. Pero el sometimiento de la voluntad personal, a un *poder normalizador*, requiere de un mecanismo experto en la distribución, la

⁶⁶ Foucault, M. *Vigilar y castigar*. p. 172

⁶⁷ *Idem.*, p. 173

asignación de recursos y del espacio, que permita la movilidad horizontal y vertical de sus miembros, sin romper el desequilibrio de las fuerzas.

Así, la táctica es el encuentro de tiempo, espacio y acción personal, vinculadas a la reproducción del sistema y al logro de objetivos inmediatos. La táctica sería la corroboración y el mantenimiento del desequilibrio de las fuerzas que se manifiestan en la coerción y en la opresión de la conquista militar⁶⁸. La relación social del combate, que es definida por la voluntad de cada uno de los actores de imponer su voluntad, a pesar de la resistencia del otro⁶⁹; es sustituida por la táctica (que es al mismo tiempo la más elevada y la más precisa de las técnicas normalizadoras); el *poder normalizador* sustituye el combate por la táctica, ahorrando esfuerzos, reproduciendo el sistema y logrando sus propios fines.

Así vista la táctica, representa una situación estratégica compleja en una sociedad dada; está difundida en todas las relaciones sociales (entre un hombre y una mujer, entre una familia, entre un maestro y un alumno, entre el que sabe y el que no sabe, etc.); no es la proyección simple y pura del poder del Estado, sino más bien la base en la que dicho poder se arraiga.⁷⁰ La táctica se practica en innumerables puntos y en relaciones no igualitarias; su presencia es immanente (y por lo tanto, no externa), a otras relaciones sociales; con lo que produce que, el mismo poder genere resistencias en todas partes, que le permiten su reproducción y ampliación.

Ahora bien, la táctica es la forma más elevada de la práctica disciplinaria, porque permite aplicar el poder disciplinario sin necesidad del uso de la fuerza de forma violenta; más bien, la táctica es la aplicación de la fuerza (resulta de la unión articulada

⁶⁸ Foucault, M. *La microfísica del poder*. p 136

⁶⁹ La noción weberiana del poder, como imposición de voluntad, no permite observar las operaciones microsociales del *poder normalizador*, pues la noción de táctica de Foucault demuestra que existen recovecos que el análisis macrosocial no permite esclarecer. Minello, Nelson. "Algunas notas sobre los enfoques y aportes de la sociología al estudio de las estructuras del poder". en Villa, Manuel (ed). *Poder y dominación: perspectivas antropológicas*. URSHSLAC. Caracas, Ven. 1986. p. 61

⁷⁰ *Idem.*, p. 76

tiempo-espacio-acción) en su propia reproducción, siendo la coerción parte de ella y no una fuerza violenta en contra del individuo. La táctica ejecuta maniobras simples, con las que consigue sus objetivos; pero sin perder su apariencia positiva de producción.

Por otro lado, la táctica mantiene al poder disciplinario, como una necesidad humana básica⁷¹. Le quita todo su contenido opresor, para convertirlo en elemento de la propia personalidad. Básicamente la táctica, al unir la voluntad individual a los fines estratégicos del poder disciplinario, oculta a la vista de los agentes sociales la disciplinarización que en ellos se produce al lograr cada uno de los objetivos tácticos que se persiguen. En la reproducción de la sociedad disciplinaria, la táctica vincula al individuo con la sociedad normalizadora, sin que el individuo se sienta perturbado en su personalidad, aún cuando en cada acto táctico se “normalice”. La táctica es pues, la práctica coercitiva y coherente en la que se unen: las técnicas disciplinarias de la distribución espacial, el cifrado de las actividades, la acumulación del tiempo, y la composición de fuerzas, bajo un mismo objetivo común e inmediato; en el que se involucra la voluntad de las personas, sin manifestar su carácter violento. Esta cualidad de la táctica, la de ocultar la violencia de la normalización, le permite orientar en tiempo y espacio las acciones de los individuos, obligándolos a reproducir la estructura social en general.

El hecho de que sea inmediata en sus objetivos y alcances, le facilita la tarea de disimular la normalización de las personas, que involucradas en el deseo de lograr su propio beneficio, permiten que el *poder disciplinario* trastoque su personalidad. Las voluntades enlazadas al objetivo táctico, son segadas sobre su propia transformación, que es al mismo tiempo un objetivo táctico de la normalización.

La táctica por lo tanto, al lograr un objetivo explícito, consigue (de forma discreta) otro implícito. Por esta dualidad oculta dentro de la unidad de objetivo que plantea, la

⁷¹ cfr. Gross, Feliks. “Poder, sociedad y cultura”. *Revista Mexicana de Sociología*. Año XX, Vol. XX, Num 2. Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Mex.

táctica puede pasar inadvertida para quienes la conducen y sobre todo para quienes son conducidos, en la maniobra, a conquistar objetivos específicos. Se convierte en la extensión de la voluntad del poder normalizador y en su reproducción.

El objetivo de la táctica no es el de someter todo al orden y quitarle dinamismo a las acciones; por el contrario, su función es la de coordinar las acciones sociales (individuales o colectivas), en beneficio de la disciplinarización. Esta cualidad de la táctica nos obliga a una reelaboración de su práctica y de los resultados que de ella se obtienen. Foucault no pudo separar a la táctica de las tecnologías, sino que al pare ser la incluyo como una más de éstas. Sin embargo se percato de su importancia y de la necesidad de insertarla dentro de los mecanismo de normalización.

Por esto mismo, es importante desarrollar el elemento en el que basa su coordinación: la orgánica. La táctica además de ser cálculo y coordinación de movimiento, al articular: tiempo-espacio-acción; preve un ordenamiento taxonómico de los sujetos organizándolos para su actuar. Al colocar a cada elemento en su lugar, la táctica prepara el entendimiento mutuo de las unidades y de los individuos⁷². La reunión de sujetos en unidades básicas y la organización de éstas en unidades compuestas, requiere de un saber y un ejercicio del poder análogo al de la técnica del *control de los espacios*. La orgánica integra al mismo tiempo el *escalonamiento*, necesario para la cadena de mando y para la jerarquización de los individuos.

Las acciones coordinadas en tiempo- espacio- voluntad, requieren de una serie de *organismos* que desempeñan funciones diferentes entre sí, pero que se complementan y se necesitan mutuamente, para el logro de objetivos tácticos. Si la táctica es una coordinación, un trabajo de equipo; la orgánica funda las unidades que la táctica

⁷² La idea de *celda*, en la que se producen individuos identificables y diferentes, se complemente con la idea de la *organización* de unidades a partir de las individualidades. La *celda* produce el efecto de crear células aisladas, su reunión en *organismo* funcionales requiere del elemento reorganizador de la táctica, es decir, de la *orgánica*.

coordina. Cada parte es diferente entre sí, pero al conjuntar sus especificidades orgánicas crean nuevas unidades, con nuevas características y posibilidades.

Las unidades diferentes por su grado y tipo de especialización disciplinaria se conjugan en un arte de la composición de organismos, capaz de crear elementos nuevos y más fuertes. La táctica de artillería señala: “Las unidades de artillería pueden ser de varios tipos, como las baterías y batallones de bocas de fuegos o lanzadores, las de plana mayor y servicios, de proyectores para la localización de blancos, y las baterías y los batallones de observación; dependiendo en todo caso del número de efectivos y de su misión principal”. Cada unidad es el resultado de la composición de fuerzas especializadas en diferentes tareas, por lo que es flexible en tamaño y resultado.

La organización táctica permite construir unidades complejas a partir de unidades básicas, incluso partiendo de los individuos. Al unir diferentes grados de disciplinarización individual, se construyen unidades elementales que permiten reticular unidades cada vez más complejas en número, forma y operación. Un pelotón de artillería, de una sección de fuegos de una batería de tiro, esta integrado con un sargento segundo, comandante del pelotón; un cabo apuntador y un cabo disparador, un soldado de primera graduador de espoleta, un soldado de primera cargador y cinco soldados abastecedores. Cuatro pelotones de este tipo forma una sección de fuegos, que cuenta con un comandante de sección; aunada a una sección de plana mayor y servicios (donde se incluye al personal que presta los servicios logísticos), junto con su comandante, forman una batería de tiro, que es la unidad “mínima táctica y de maniobra”. Cada persona es colocada, transformada y mantenida en una relación de subordinación- mando perfectamente identificable y compacta.

Tres baterías de tiro, más una más de plana mayor y servicios, además de un grupo de comando y un comandante forman un regimiento de artillería. Tres regimientos de artillería más mando y grupo de comando forma una brigada de artillería; así sucesivamente. Además, se pueden combinar unidades de artillería, blindadas, de

caballería e infantería, para formar unidades orgánicas mucho más complejas y flexibles. Cada unidad orgánica, está codificada y estratificada por su función especializada y por el número de partes que la conforman.

De esta forma se observa, que la orgánica es un elemento constitutivo de la táctica, sin el cual la organización de las unidades no sería posible, por lo mismo las misiones tácticas de una acción tampoco podrían conducirse de forma organizada y coordinada. La táctica es un elemento que permite practicar la normalización, conduciéndola hacia un objetivo estratégico, planeando cada acción individual o colectiva y organizando las funciones disciplinarias en un objetivo común.

Los complejos movimientos sincronizados, que permite normalización y la disciplina del *homo docilis*, para la reproducción de la normalización, sólo se alcanzan a través de la táctica. Cada individuo aislado es menos efectivo al poder normalizador, que unido a otros, con los que se combina, obteniendo nuevas capacidades. Las innovaciones que ocasionaron las tecnologías en las personas, sólo pueden funcionar en prácticas tácticas, de otra forma la individualización de la normalización no tendría un efecto productivo. Para lograr el sueño de docilidad total (y su correspondiente aumento de poder), deben de codificarse y ejercitarse en todas las dimensiones del espacio, del tiempo y movimiento⁷³. La clave de toda practica táctica es una clasificación escrupulosa que permite la organización y el reacomodo de fuerzas.

Finalmente, se puede observar la relación entre el discurso, las técnicas y las tácticas, de forma concatenada y perfectamente articulada, de tal suerte que cada una es al mismo tiempo, antecesora y predecesora de las otras. En este trinomio perfecto, cada parte se une a la otra de forma continua, pero discreta; no hay interrupción ni punto de quiebra, lo que existe es un inicio tripartito que impide el final de la relación. La

⁷³ Dreyfus y Rabinow. *Op. Cit.* p. 177

conclusión de cada una de las partes, inicia a la otra parte, de tal suerte, que la dinámica nunca es interrumpida o transformada.

Ahora se tiene a las tres partes diferentes de una unidad: discurso, técnica y táctica. No se debe considerar a cada una de éstas como elementos autónomos e independientes, su articulación intrínseca forma es condición de su existencia, al mismo tiempo que es su medio expresión. Esta triada es el poder capilar en sí mismo; son sus partes vueltas un todo; el poder capilar se alimenta de ellas y ellas viven sólo para alimentar las posibilidades capilares del poder soberano. El poder capilar existe al llevar el mandato del soberano sobre la voluntad, el cuerpo y el ser de los individuos.

Capítulo 2. Espacio y encierro: el ejercicio del poder.

El poder en general, y particularmente, el poder capilar, el *normalizador*, necesita de un espacio físico-geográfico determinado. El espacio es ante todo un asunto de poder, pues es el medio y el fin del ejercicio del poder soberano. Las relaciones de poder son relaciones espaciales, delimitadas en tiempo también, ya que el tiempo se integra al espacio, formando un binomio indisoluble. Al igual que el poder soberano requiere de un territorio para poder ser ejercido, el *poder normalizador* necesita de un espacio perfectamente identificado, diferente de los demás y claramente demarcado.

En los análisis políticos tradicionales¹ el espacio está presente en las relaciones Estado-Estado, Estado-nación, nación-nación; nación-individuo y Estado-individuo. Es decir existe un manejo espacial del poder político tradicional, en el cual el espacio viene a representar los límites de una forma concreta de poder y de dominación. Los Estados nacionales tienen la legitimidad y la soberanía sobre un espacio delimitado con claridad, sus fronteras llegan hasta donde sus leyes tienen efectos jurídico normativos, es decir, las leyes (al igual que el poder) tienen una validez geográfica.

Del mismo modo, pero a niveles menos claros, el *poder normalizador* tiene límites, valores y fronteras. La normalización se ejerce sólo sobre los cuerpos, pero no todos los cuerpos están al alcance de la normalización; pues aún cuando una sociedad en general sea del tipo normalizadora, tiene fisuras espaciales que son los escondrijos que permiten la reproducción ampliada de la normalización; y por lo mismo son espacios no normalizadores de los cuerpos. Por lo tanto, el *poder normalizador*, tiene que ejercerse en espacios diferenciados de los otros, en espacios creados *ad hoc* para su reproducción.

¹ Incluso en los militares, dentro de los cuales el espacio es llamado "terreno"; éste es uno de los elementos tácticos a considerar y el fin de las batallas puede ser el de conquistarlo (ataque) o el de retenerlo (defensa). En la Iglesia Católica, también encontramos espacios claramente demarcados: Diócesis, parroquias, capellanías, conventos, seminarios y monasterios.

Dentro sociedades como la nuestra² la normalización tiende a ejercerse en ámbitos claramente identificables: el espacio urbano es por excelencia el normalizado, pero aún dentro de éste, existen claros espacios de normalización, pues no todo el espacio urbano es por definición normalizador. Estos espacios son al mismo tiempo espacios institucionales de la vida social; tales como la escuela, el hospital, la fábrica, la oficina, la cárcel, el *centro de readaptación social*, la *iglesia*, el cuartel, etc. No hay que confundir por esto, que las ciudades en general, ni mucho menos las instituciones en particular, son *per se* normalizadoras; ocurre que el ejercicio del poder represivo, expresión del desequilibrio perpetuo de fuerzas, exige la normalización de las personas y por lo tanto crea *dispositivos* explícitos para su ejercicio, ampliación y reproducción.

Así, podemos observar que las instituciones normalizadoras marcan claramente sus límites, tanto internos como externos. Se trata de hacer funcionar el *dispositivo* de la normalización, fundamentado en la capacidad de observación y vigilancia de los *custodios y/o tutores*, sobre las personas a normalizar. Es decir, la normalización requiere de una vigilancia estrecha, que sólo puede ser realizada dentro de espacios perfectamente acotados y preparados para tal efecto. “Las instituciones disciplinarias han secretado una maquinaria de control que ha funcionado como un microscopio de la conducta; las divisiones ténues y analíticas que han realizado han llegado a formar, en torno a los hombres, un aparato de observación, de registro y de encausamiento de la conducta”³.

La disciplina, como procedimiento normalizador por excelencia, debe ser entendida *no como una institución*, sino únicamente como una técnica de normalización. No se le puede igualar a una institución o a un aparato, pues es una modalidad para ejercer el poder. Ciertas instituciones, como el *ejército* y la *iglesia*, se apropian de la disciplina y

² Las sociedades latinoamericanas, no son, ni por mucho, *sociedades de normalización tipo*, más bien dentro de éstas existen todavía grandes espacios neutros de poder, espacios no delimitados en realidad, aunque no en formalidad. “En México, la *microfísica del poder* tiene sus propias barreras infranqueables, y si bien es cierto que el Estado ha aprovechado muchas de estas formas del poder capilar, no podemos decir que las absorba a todas, de hecho no puede hacerlo, ni le es necesario”. Lucila Ocaña, *Loc. Cit.* p. 77

³ Foucault, M. *Vigilar y castigar*. p. 179

la utilizan de forma masiva, por lo que pareciera ser que la disciplina, como tal, es la institución misma. Las disciplinas son asimilables por otras prácticas de poder, ya que “...sobre todo permiten conducir los efectos del poder hasta los elementos más sutiles y más lejanos”.

Estaríamos hablando sobre lo que Erwing Goffman en su trabajo: *Internados*,⁴ define como “instituciones totales”, hagamos un breve paréntesis para destacar los aspectos más importantes de él, destacando lo que pueda tener de cercano, o de lejano a la obra de M. Foucault, en lo que a la concepción de “encierro” se refiere.

“... La tendencia absorbente o totalizadora está simbolizada por los obstáculos que se oponen a la interacción social con el exterior y al éxodo de los miembros, y que suelen adquirir forma material: puertas cerradas, altos muros, alambre de púa, acantilados, ríos, bosques o pantanos. Me interesa explorar aquí las características generales de estos establecimientos, a los que llamaré instituciones totales.

Las instituciones totales de nuestra sociedad pueden clasificarse, a grandes rasgos, en cinco grupos. En primer término hay instituciones erigidas para cuidar de las personas que parecen ser a la vez incapaces e inofensivas: son los hogares para ciegos, ancianos, huérfanos e indigentes. En un segundo grupo están las erigidas para cuidar de aquellas personas que, incapaces de cuidarse por sí mismas, constituyen además una amenaza involuntaria para la comunidad; son los hospitales psiquiátricos y los leprosarios. Un tercer tipo de institución total organizado para proteger a la comunidad contra quienes constituyen intencionalmente un peligro para ella, no se propone como finalidad inmediata el bienestar de los reclusos: pertenecen a este tipo las cárceles, los presidios, los campos de trabajo y de concentración. Corresponden a un cuarto grupo ciertas instituciones deliberadamente destinadas al mejor cumplimiento de una tarea de carácter laboral, y que solo se justifican por estos fundamentos instrumentales: los cuarteles, los barcos, las escuelas de internos, los

⁴ Goffman, Irving. *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. 2a.ed. Amorrortu, Buenos Aires. 1972, 378 pp.

campos de trabajo, diversos tipos de colonias, y las mansiones señoriales desde el punto de vista de los que viven en las dependencias de servicio. Finalmente, hay establecimientos concebidos como refugios del mundo, aunque con frecuencia sirvan también para la formación de religiosos: entre ellos las abadías, monasterios, conventos y otros claustros."⁵

De acuerdo con esta clasificación, el cuartel (objeto parcial de estudio de esta tesis) se ubica en el cuarto grupo; y el seminario se ubicaría en el quinto grupo. Sin embargo, no podemos ubicar al Seminario Diocesano de Cuernavaca en ese grupo, pues no se trata ni de un monasterio, ni de un convento, y mucho menos de una abadía preconciliar. Goffman elabora esta clasificación en 1961 cuando el Concilio Vaticano II está en plenos trabajos de renovación, "aggiornamiento" de la vida de la Iglesia. De este Concilio van emanar documentos que revolucionaran la vida religiosa; así los ejemplos de las abadías benedictinas y monasterios regidos por la regla de San Benito no encajan con el estilo de vida de un seminario diocesano en el México de finales del siglo XX.

En lo que toca a los establecimientos militares sus postulados y los de esta investigación se acercan notablemente. Basten algunos ejemplos para que sean comparados con lo dicho en esta tesis: "El futuro interno llega al establecimiento con una concepción de sí mismo que ciertas disposiciones sociales estables de su medio habitual hicieron posible. Apenas entra se le despoja inmediatamente del apoyo que éstas le brindan. Traducido al lenguaje exacto de alguna de nuestras instituciones totales más antiguas, quiere decir que comienzan para él una serie de depresiones, degradaciones, humillaciones y profanaciones del yo. La mortificación del yo es sistemática aunque a menudo no intencionada. Se inician ciertas desviaciones radicales en su carrera moral, carrera compuesta por los cambios progresivos que ocurren en las creencias que tiene sobre sí mismo y sobre los otros significativos"⁶.

⁵ *Idem.* pp. 18-19

⁶ *Idem* pp. 26-27

Más adelante dice: "...ya que al someterse a todos esos manoseos el recién llegado permite que lo moldeen y lo clasifiquen como un objeto que puede introducirse en la maquinaria administrativa del establecimiento, para transformarlo paulatinamente, mediante operaciones de rutina."⁷

Goffman ofrece ahora, algunos rasgos comunes a estas instituciones totales, que toman tintes de "agresiones al yo" (Que, por otra parte, son ampliamente tratados en esta tesis desde la perspectiva de Michel Foucault) dice acerca de la voluntad: "...las instituciones totales desbaratan o violan precisamente aquellos actos que en la sociedad civil cumplen la función de demostrar al actor en presencia de los testigos ocasionales, que tiene cierto dominio sobre su mundo -que es una persona dotada de la autodeterminación, la autonomía, y la libertad de acción propias de un adulto."⁸

Acerca del lenguaje señala: "Otra expresión definida de la incompetencia personal en las instituciones totales consiste en el uso del lenguaje por parte del interno. El uso de las palabras para transmitir decisiones referentes a la acción permite inferir que se concibe al destinatario de la orden como un ser capaz de recibir un mensaje y de actuar por propio impulso en cumplimiento de lo que se le indica o se le manda. En la ejecución del acto, él mismo puede sostener -siquiera en forma de un vago vestigio- la idea de hacerlo por determinación propia. Al responder a una pregunta con sus propias palabras, puede sostener el concepto de ser alguien, digno de cierta consideración, siquiera superficial. Y puesto que entre él y los demás todo se reduce a palabras, logra mantener por lo menos la distancia física que lo separa de ellos, por desagradable que sea la orden o la indicación."⁹

Finalmente plantea dos temas acerca de la cultura del interno, que resulta importante señalar: "Observamos, para comenzar, que en las instituciones totales suele producirse una clase y un nivel peculiares de egoísmo. La situación de inferioridad de los internos con respecto a los que ocupaban en el mundo exterior, establecida inicialmente a través de los procesos de despojo, crea una atmósfera de depresión personal, que los agobia con el

⁷ *Idem* p. 29

⁸ *Idem* p. 53

sentimiento obsesionante de haber caído en desgracia. Como respuesta, el interno tiende a elaborar una historia, un estribillo, un cuento triste -una especie de lamentación y apología- que relata constantemente a sus camaradas, para justificar la abyección de su actual estado. Probablemente llega de este modo a hablar y a ocuparse de su yo más de lo que acostumbraba hacerlo afuera y cae en un exceso de compasión de sí mismo."¹⁰

Por otra parte, entre los reclusos de muchas instituciones totales, existe el sentimiento de que todo el tiempo pasado allí es tiempo perdido, mal logrado o robado de la propia vida. Es un tiempo con el que no debe contarse: algo que hay que 'cumplir', 'marcar', 'llenar' o 'arrastrar' de alguna manera.

Se quiso abrir este amplio paréntesis acerca del trabajo de Goffman, por considerar que sus aportes son relevantes para los efectos de esta investigación de tesis; aunque de ningún modo se piensa que estén en competencia, o sean antagónicos con los de M. Foucault, son simplemente dos formas distintas de abordar el análisis de los encierros.

2.1. El poder sobre los cuerpos.

La disciplinarización de un cuerpo: el convertirlo de algo amorfo e improductivo, a una figura ilustre y productiva; requiere que se le interne, separándolo del resto de la sociedad. La disciplinarización requiere un cuerpo y un espacio concreto, dentro del cual se ejercerá el *poder normalizador* directamente sobre el cuerpo. El cuerpo debe ser enclaustrado en un espacio de *poder normalizante*, para que pueda ser modificado hasta la más pequeña de sus actitudes y hasta el mínimo de sus movimientos. La normalización de un cuerpo requiere de dos procesos simultáneos: el encierro, por una parte, y por la otra, los *métodos del buen encausamiento*.

⁹ *Idem* pp. 54-55

¹⁰ *Idem* p. 75

“Las disciplinas, (especialmente en los ejércitos y en las escuelas) desarrollan silenciosamente técnicas y tácticas para tratar a los seres humanos como objetos que deben ser modelados...El *ejercicio* de los cuerpos se convirtió en la parte integral del funcionamiento del poder, en virtud de que se concentró en la economía interna de los cuerpos”¹¹. El cuerpo económicamente productivo es el resultado de la disciplinarización. Hacer al cuerpo dócil, meta de toda disciplina, requiere de un dispositivo que coaccione por el acto de las miradas jerarquizadas, un aparato en el que las técnicas permitan observar, induzcan directamente efectos de poder y de coerción. Formando una asimetría con la mirada, que permite identificar claramente sobre quiénes se ejercen y quiénes ejercen la dominación; en un juego de miradas cruzadas en las que todas vigilan, pero no todas practican el poder normalizador sobre otros cuerpos.

El control del cuerpo se logra controlando sus movimientos en relación con el espacio. El espacio, su ordenamiento y distribución, permite el flujo de las miradas vigilantes, además del reflujo de los cuerpos dóciles. El espacio se convierte entonces en el medio del poder disciplinario, en tanto que permite su ejercicio; y su fin, ya que los cuerpos disciplinados se mueven rítmicamente sobre espacios preconstruidos por el poder normalizador¹². Cada movimiento del cuerpo, está definido por un espacio ordenado por el poder disciplinario; la disciplina procede a partir de la organización de los individuos en el espacio predefinido, que por lo mismo requiere de una vigilancia del espacio que ha creado, como base de la acción de las personas *normales*, ya que una persona anormal sería incapaz de producir o de moverse en un espacio disciplinario.

Los espacios delimitados por el poder disciplinario, al ser *ghettos* del poder capilar, funcionan en la práctica como encierros. Al hacer visibles a los que se encuentran dentro de un espacio normalizador, el cuerpo disciplinado no puede salir de la vigilancia del

¹¹ Dreyfus y Rabinow. *Op. Cit.* p. 173

¹² En este punto, el desarrollo de la moderna técnica de la ergonomía, rama de la psicología aplicada, nos ilustra claramente el desarrollo del control del espacio en la normalización de los cuerpos. Toda vez que la conducta humana es modificada por las máquinas, herramientas y tareas, con el propósito de un máximo rendimiento y un mínimo esfuerzo.

poder capilar, los cuerpos que se encuentran en un espacio de normalización, permanecen constantemente *encerrados* bajo vigilancia y control, tanto espacial como mental.

El encierro es un espacio de formación de cuerpos dóciles, en los que se introyecta sobre el cuerpo y la mente de las personas, el poder normalizador; de tal forma que su acción está contenida en un espacio preconstruido por el poder para su producción y reproducción. El encierro militar en cuarteles y el eclesiástico en monasterios, es prototipo de esta técnica capilar de poder, ya que los orígenes de la *celda* y el *claustro* son netamente monásticos y se oponen por principio a las guaridas o madrigueras en las que los cuerpos permanecen alejados de la disciplina. Por su parte, el campamento militar es el modelo ideal del observatorio disciplinario¹³.

Es decir, la *tipología* de la disciplina y del *biopoder* imperante en el seminario o el cuartel, sólo puede ser reconstruida de forma sociológica por la comparación de similitudes, ya que es la comparación el nexo causal de un proceso singular lo que permite identificar el tipo ideal, en este sentido, esta investigación podría considerarse como weberiana y por lo tanto, no remarcar las diferencias, sino por el contrario, y a riesgo de generalizar, buscar las similitudes existentes entre la disciplina militar y religiosa. La articulación entre lo general y lo particular, ubica a los *tipos sociológicos* como mediadores entre la abstracción pura de la teoría y la representación singular de la experiencia, dando origen a la comprensión - interpretación de la regularidad de los hechos sociales.

En un encierro se le obliga a un cuerpo a amoldarse al espacio *normal*, hasta que el cuerpo se transforma en un cuerpo dócil. "Para una operación plenamente eficiente y productiva, es necesario definir de antemano la naturaleza de los elementos que se van a utilizar; (producir) individuos que correspondan a la definición impuesta; colocarlos en el espacio ordenado; igualar la distribución de funciones en la estructura del espacio en el que se va a operar. En consecuencia debe ordenarse todo el espacio que se halla dentro de un *área confinada*..."¹⁴. Los encierros militares y eclesiásticos comparten la cualidad de ser encierros de disciplinarización, en los cuales los cuerpos se modifican para habituarse a posturas y formas del espacio predefinido por el poder.

¹³ Foucault, M. *Op. Cit.* p. 176

¹⁴ Dreyfus y Rabinow. *Op. Cit.* p. 174

En estos espacios se tiende a convertir a la “masa vagabunda” en cuerpos disciplinados, es decir, dóciles. “El soldado es alguien a quien se reconoce de lejos... el soldado se ha convertido en algo que se fabrica; de una pasta informe, de un cuerpo inepto, se ha hecho la máquina que se necesitaba; se han recogido poco a poco las posturas; lentamente, una coacción calculada recorre cada parte del cuerpo, lo domina, pliega el conjunto, lo vuelve perpetuamente disponible, y se prolonga en silencio, en el automatismo de los hábitos; en suma se ha ‘expulsado al campesino’ y se ha dado el ‘aire de soldado’”¹⁵. Cada individuo normalizado es una extensión del poder disciplinario, pues ahora la disciplina se encuentra dentro del cuerpo y de la mente de la persona, forma parte de su individualidad.

En las unidades militares tácticas más elementales, son comunes las demostraciones de *disciplina* sin voz de mando, en las cuales cada uno de los individuos integrantes de éstas, ha memorizado los movimientos, las cadencias, el espacio que ha de ocupar en coordinación y en relación con los otros miembros de su unidad. “¡Listos cadetes! Atención al silbato. Evoluciones sin voz de mando. Cambios de dirección y paso. De frente ¡Marchen!... Creo que lo único que le gusta (al coronel) son las demostraciones y los desfiles... ‘miren a mis muchachitos, que igualitos están’”¹⁶.

Existe un control del espacio en los encierros en cuestión, que tiene que ver también con el orden de los objetos en relación al cuerpo. Cada objeto ordenado, representa un objeto disciplinado, que sólo un cuerpo dócil puede maniobrar sin que se pierda el control y el orden imperante. Cada espacio de un cuartel o un monasterio, es un lugar disciplinado y disciplinario; quienes se desenvuelven dentro de éste deben estar lo suficientemente *normalizados* para poder moverse con soltura (ritmo).

¹⁵ Foucault, M. *Op. Cit.* p. 139

¹⁶ Vargas Llosa, M. *La ciudad y los perros*. Six Barral, Biblioteca de bolsillo. Mex. 1996. p. 74

Las formas y las cosas deben permanecer en una *normal* y *perfecta armonía disciplinaria*, en la que un cuerpo dócil puede desenvolverse. Cada movimiento está entonces vigilado por cada objeto colocado dentro del espacio disciplinado. Para lograr tal control del cuerpo y de la mente, los individuos deben ser sometidos a una *vigilancia rigurosa y constante*. Ya no dependen de su *voluntad* sus movimientos y acciones, sino que ahora dependen de la disciplina; esto es así porque en el proceso de normalización, cada persona es conducida y vigilada por otra persona ya disciplinada.

“El maestro de postulantes y novicios, graba en cada uno de nosotros, el principio de que sea cual sea nuestra tarea, debe llevarse acabo con la menor alteración. En ese trance se está dispuesto a aceptar que el *todo poderoso* maestro tenga control de todo, incluso de las cosas más insignificantes. Decide, entre otras cosas, cuando se tiene que recibir otros cuadernos, darse un baño, caminar por los pasillos o charlar. Todo con el propósito de desarrollar en cada uno de nosotros la regla de oro: *la preparación*”¹⁷. Lo que se busca en el fondo es modificar la conducta de las personas, hasta en sus actitudes más elementales, la forma de comer, de conversar, de caminar, de escribir, etc. Porque se debe estar *preparado* para ser productivo. La preparación es en realidad un proceso de normalización, por la cual una persona común se convierte en una persona *preparada*, para predicar la palabra de Dios, o para cualquier otro fin normalizador.

El encierro entonces, es un dispositivo para transformar conductas y mentalidades. Una persona que ha sido sometida a un proceso de normalización, lleva sobre sí, y consigo misma, la disciplina; que le ha sido introyectada por todos los medios posibles. La personalidad autónoma se disuelve en la disciplina, que la contiene y la encierra. La persona disciplinada, es una persona que vive el encierro de sí misma, es decir, lleva el encierro dentro de ella, por lo que permanece constantemente encerrada. La ‘microfísica del poder punitivo’ es un elemento central de la genealogía del alma (que para Foucault equivale a psique, conciencia, subjetividad, personalidad, sentido moral, y su parentela), moderna... En la sociedad carcelaria, es el alma la que encarcela al cuerpo¹⁸.

¹⁷ Entrevista a un religioso en formación.

¹⁸ Cfr Merquior, J.G. *Op. Cit.* pp. 183 -184

Remitiéndonos al espacio carcelario y concibiendo a la propia conciencia individual como la disciplinada, el cuerpo, junto con sus gestos y movimientos, están marcados por el espacio de la celda. En su adaptación espacial, se ha adaptado la mente a las dimensiones espaciales del encierro y por lo tanto, conducirá perpetuamente los movimientos del cuerpo dentro del espacio carcelario, sin importar que no se encuentre (físicamente) dentro de él. La mente, más que el cuerpo, es el blanco principal de todo encierro; su transformación, adaptación y educación, son los problemas centrales de la normalización, toda vez que una mente normalizada garantiza la conducción de un cuerpo disciplinado, es decir dócil y productivo. Ante todo vivimos en un reinado de la práctica y la moral normalizada.

La disciplinarización se extiende de cuerpo en cuerpo, de mirada en mirada, la sociedad en su conjunto, va demandando la normalización de las personas. Cada vez más el espacio urbano tiende a ser el más normalizado y normalizante. La producción industrial también se mueve en esta dirección: las fábricas en general tienden a ir “modernizándose”, adquiriendo maquinarias que demandan una alta especialización de los obreros. La *calificación* de un obrero se reduce a la “formación” que ha recibido, es decir, a la capacidad de adaptarse al ritmo de una máquina en particular.

La normalización de una persona se da en la modificación que sufre para ser productivo; a toda escala, desde la producción manual sobre objetos concretos; hasta la producción de símbolos y signos. “Las disciplinas sustituyen al viejo principio ‘exacción violencia’ que regía la economía del poder, por el principio ‘suavidad-producción- provecho’. Se utiliza como técnica que permite ajustar, según este principio, la multiplicidad de los hombres y la multiplicidad de los aparatos de producción (y por esto hay que entender no sólo ‘producción’ propiamente dicha, sino la producción del saber y de aptitudes en la escuela, la producción de salud en los hospitales, la producción de la fuerza destructora del ejército)”¹⁹

¹⁹ Foucault, M. *Op Cit.* p. 222

El poder al producir mentes y cuerpos *productivos*, lo hace para mantenerse intacto, para continuar sometiendo a las personas y mantener el desequilibrio entre sus relaciones. El nivel de *adiestramiento*, de una persona dada, es al mismo tiempo su capacidad para reproducir las condiciones sociales y particulares de la sociedad, ya sea de forma reducida o ampliada. Su *preparación*, es la garantía de su capacidad reproductiva y su disciplinarización. Los encierros de los que se ocupa este trabajo, generan individuos altamente *productivos*, toda vez que su grado de *preparación* y *especialización* es muy elevado; y por lo mismo son muy *disciplinados*. Porque tienen que contribuir sobre todo, a la reproducción ampliada de la sociedad carcelaria.

“La red disciplinaria apunta a generalizar el *homo docilis* que requiere la sociedad ‘racional’, eficiente y *técnica*: un ser obediente, trabajador, cargado de conciencia y útil, plegable a todas las modernas tácticas de producción y de guerra”²⁰

La disciplinarización de la sociedad en general, demanda de forma creciente, un número mayor de individuos altamente normalizados, en las técnicas de la guerra y el espíritu. Para su obtención, el poder normalizador, emplea una gran cantidad de recursos materiales y discursivos, con el propósito de conseguir la mayor *calidad* en la disciplina de los individuos que habrán de ampliar al poder normalizador.

“El soldado en servicio actúa sólo por orden. Puede que tenga ganas de esto o de aquello; puesto que es soldado eso no cuenta, debe privarse de ello. No puede hallarse ante una encrucijada: aún si se hallare ante ella no es él quien decide cuál de los caminos tomar. Su vida activa esta restringida por todos lados. Hace lo que todos los demás soldados hacen con él; y hace lo que le es ordenado... La educación del soldado comienza con lo que le es *prohibido mucho más que a otros hombres*”.²¹

²⁰ Merquior, J.G. *Op. Cit.* p. 173

²¹ Canetti, Elias Masa y Poder, 4a. De., Ed. Muchnik, España, 1982, p. 307

Estratégicamente, los lugares de formación de los “combatientes” y de los “pastores”, son muy valiosos. Por eso es que los espacios de formación son diseñados con el mayor cuidado y sigilo táctico - técnico. Donde se forman oficiales y presbíteros, existen todas las técnicas y tácticas de la normalización; los individuos que se *forman* en encierros religiosos o militares, son exageradamente disciplinados, pues el poder capilar les ha asignado la muy *importante* y *noble* tarea de defender la *norma* social.

Cada presbítero²² y cada oficial, llevan en sí toda la normalización más planeada y técnicada posible. Sobre ellos descansa la reproducción ampliada de la normalización, por lo que la llevan, tan dentro de sí, que no pueden escapar de ella²³. La personalidad de un religioso o de un soldado está dentro del *orden*, los preceptos morales que los rigen son técnicas racionalizadas de la normalización. El poder capilar ha descendido sobre ellos y en (por) ellos vive.

El método de ingresar al *alma* de religiosos y militares es el modelo capilar por excelencia, *aquel en el que el espacio y el cuerpo, están íntimamente unidos en un todo armónico*, que permite al mismo tiempo vigilar y castigar. Es decir, poner la mirada experta sobre los cuerpos individualizados para transformarlos, paulatina y sistemáticamente; al mismo tiempo que impone *modelos* de comportamiento, *norma* a la que las individualidades deben acceder hasta incorporarlos en su persona.

El cuerpo no puede ofrecer resistencia a su conversión, ya que el poder normalizador es el anhelo de toda persona disciplinada. El cuerpo en realidad se convierte en el medio por el cual el encierro llega a posarse sobre la mente de las personas disciplinadas; el cuerpo sometido a espacios se moldea al moldear la mentalidad disciplinada.

²² En este trabajo se considera al presbítero igual al religioso, aunque no necesariamente signifique lo mismo.

²³ Debemos tener en cuenta, que en sociedades como la nuestra, ambas formas de disciplina son vistas con beneplácito, principalmente la religiosa. Esta cualidad de la sociedad mexicana, hace que los religiosos y militares mexicanos, se sientan además de personas disciplinadas y normales, a gusto con su personalidad. Sin embargo, existen técnicas concretas para tratar de revertir los efectos de la disciplinarización militar o religiosa; pero no todas las personas que se han sometido a este tipo de normalización tienen la necesidad de hacerlo.

El encierro disciplinario ocupa a cada momento todo el espacio en el que el cuerpo se desliza, no existe un lugar dentro del encierro que esté fuera de la disciplina y el control, todos los espacios del encierro son espacios normalizantes, el cuerpo no puede permanecer en reposo improductivo y anormal.

Dentro de la vida de formación religiosa o militar, el día está dividido por actividades específicas y concretas; en el caso militar, la actividad inicia con el toque de "diana", que indica la hora de levantarse; después el toque de "reunión", para que "forme la tropa en el lugar indicado" y se proceda a pasar listas. Cada "toque" es un corte en el tiempo, que marca el inicio de una actividad y el fin de otra; pero también marca el cambio de un lugar a otro, es decir, desplazarse de un espacio a otro: del dormitorio a la explanada de "maniobras"²⁴.

La mentalidad de los disciplinados es una mentalidad acostumbrada al *trabajo* y al *deber*, en todo momento vigila al cuerpo para no "pecar" por indisciplina. Un cuerpo disciplinado vigila y ejemplifica sobre otros cuerpos lo *normal*, el grado de normalidad que alcanza cada individuo le retribuye jerarquía y por lo tanto, poder sobre otros cuerpos menos normalizados.

La imaginación desaparece, el pensamiento queda restringido a la racionalidad de la disciplina, que ha pasado del cuerpo a la mente; el cuerpo que ha sido el medio para someter a la mente, termina disciplinándose por mandato de la mente. La mentalidad disciplinada acaba con la libertad del movimiento corporal en espacios no vigilados. Así el militar o el religioso, puede volver al espacio sin vigilancia, siendo capaz de enfrentarlo y disciplinarlo; pues lejos de poder deslizar el cuerpo con soltura, buscará normalizar ese espacio *anormal*.

²⁴ La vida religiosa tiene un ritmo y un procedimiento semejante; pero en lugar de "toque" existe el cambio de "hora"; para pasar de una actividad a otra, que implica al mismo tiempo trasladarse de un espacio a otro

El cuerpo, ha pasado de ser objetivo del poder capilar, para convertirse en su objeto. El individuo normalizado tendrá que sufrir angustia cada vez, que el cuerpo trate de buscar acomodo en un espacio que no le impone *buena postura*. Así los lugares *prohibidos* por la disciplina, se convierten en lugares peligrosos para el sujeto que los vive con temor.

El cuerpo disciplinado sufre cuando, forzado permanece en un espacio *tentador*²⁵, a pesar de haber sido preparado para ello; por eso un espacio *privado* refuerza la *normalización en una persona disciplinada*. “A solas, en completa oscuridad, me toqué y recordé las palabras de mis superiores: ‘La oscuridad absoluta da tentaciones’”²⁶. La *privacidad*, la *soledad*, la *individualidad*; no son suficientes para mantenerse alejado de la *anormalidad*, a una persona disciplinada por el encierro se mantendrá, vigilando *mentalmente*, al cuerpo del individuo.

La vigilancia en un encierro de formación, religioso o militar, es tan estrecha y marcada, debido a que es el cuerpo el símbolo y el signo del poder normalizador. Un cuerpo disciplinado debe de transmitir, a todo aquel que lo observe, la norma. El cuerpo consagrado y/o militarizado, no es sólo un elemento productor de mercancías, sino que es principalmente reproductor de la disciplina.

“Cuando aprendí el ritual de decir misa, mi compañero que al mismo tiempo servía de monitor; al inclinarse en una reverencia para besar la mesa, que hacía las veces de altar, no fue capaz de lograrlo debido a su protuberante nariz. El decano que estaba ante nosotros, mirándole coléricamente le señaló con un dedo. Y le dijo: -¿Señor por qué no pone la cabeza en ese ángulo? - Es mi nariz, no me permite besar la mesa; - Bueno no

²⁵ Un espacio *tentador* es aquel que permite, a nivel personal, “relajar la disciplina” y por lo tanto, escapar momentáneamente a la vigilancia normalizadora. Sin embargo, la vida militar permite sitios de recreo que permiten al individuo desahogar el estrés de la *disciplina* y *ejercicio* militar, estos lugares van desde el “Club de Oficiales” y los “casinos”, hasta los prostíbulos. La vida religiosa a pesar de tener sitios de esparcimiento, vigila más la personalidad de los religiosos, por lo que es mucho más fácil identificar un espacio *tentador*, para esta disciplina; este espacio es todo el espacio secular.

²⁶ López Gallo, Gerardo. *Sotana negra, zapatillas escarlata*. Diana, Mex., 1996. p. 48

puede decir misa con la cabeza torcida ¿que piensa hacer? Entonces intervino diciendo: Podría avanzar un poco y apoyar la nariz en el altar para besar así el borde. Usando mi técnica, mi avergonzado compañero pudo besar el altar, y el decano dijo: No es que sea perfecto, pero esta bien. Supongo que Dios lo aceptará ya que le ha dado esa nariz”²⁷.

El cuerpo es el portador del discurso y de la norma. No puede ser diferente a los otros, debe ser ante todo *uniforme*²⁸, es decir, productivo. No existe la individualidad de la diferencia, sino la individualidad de la norma; por lo que un individuo es *normal*, cuando es *uniforme*. La individualidad se pierde, el cuerpo cautivo de formas y movimientos, vigilado por la mente, camina uniformemente en la marcha o en la procesión, es *uniforme* a los otros en apariencia y movimientos. Sólo existe un ritmo *normal*, el de la disciplina.

2.2. El poder de los cuerpos.

El cuerpo es el objeto y el objetivo de toda técnica disciplinaria, a él se dirige y sobre él se monta; para que la masa que se convierta en molde. Pasando de una pasta maleable, a un macizo poderoso. Una vez que el cuerpo se ha transformado, por el sometimiento a una disciplina y a una *formación*, se convierte en un instrumento de poder; deja atrás su flexibilidad, y es incorporado a la rigidez de la normalidad. Ahora, convertido en *modelo* (molde a repetir) de postura y fortaleza, incorporado a los saberes disciplinarios, el cuerpo posee el poder de producir y reproducir, la formación disciplinada de otros cuerpos. El cuerpo dócil, es al mismo tiempo, un cuerpo fijado en la disciplina y la norma, su docilidad es al mismo tiempo la certificación de su fortaleza disciplinaria.

²⁷ Conversaciones con un presbítero.

²⁸ Tanto en el ejército como en la iglesia, el uniforme (hábito) es un elemento central de la disciplina. Los novicios no usan uniforme, sino hasta que han pasado por uno o varios de los pasajes de iniciación; pues el uniforme es la garantía de la *disciplina* y del grado de *adiestramiento* alcanzado. Por la misma razón, el uniforme permite identificar con precisión y claridad la jerarquía y/o la unidad u orden (militar o religiosa) a la que pertenece la persona. Además, el uniforme simboliza la *uniformidad* de la persona que lo porta.

El cuerpo es el campo de batalla de la *guerra continuada*, sobre él se libran los combates, cuyo objetivo es siempre el de *conquistarlo*, someterlo, en fin, docilizarlo por la disciplina. Está en el centro de la lucha capilar, porque su conquista es al mismo tiempo, su incorporación al discurso dominante. “El cuerpo se ha convertido en el centro de la lucha entre los niños y los padres, entre el niño y las instancias de control”²⁹. Conquistar a un cuerpo, es la forma más económica de ejercer el poder, porque no hay nada más corporal, más físico, más material, que el ejercicio del poder³⁰. Es el cuerpo sobre el que se ejerce; pero también es el cuerpo el que lo ejerce.

En el desarrollo estratégico de esta lucha, el *ejercicio* es la técnica más elaborada del control y uso del cuerpo disciplinado. El ejercicio físico ha tomado el lugar de los “ejercicios espirituales”³¹, puesto que permite posesionarse del cuerpo y de la mente de una persona normalizada. El *ejercicio* físico se desarrolla en los cuerpos para formar en la mentalidad de la persona la necesidad ver el *propio cuerpo ya disciplinado*. La práctica de la gimnasia es el deseo de un cuerpo *poderoso, vigoroso, en fin: normal*.

El *ejercicio* es el medio de sometimiento y acceso al poder disciplinario, un cuerpo *hermoso* es un cuerpo sometido y exaltado por el poder. El cuerpo dócil es al mismo tiempo un cuerpo *poderoso*, capaz de reproducir el discurso normalizador por su *porte*; el cuerpo es así ejemplo y modelo de la *normalidad*. El poder de un cuerpo dócil descansa en su capacidad de poder amoldarse y ser representante del poder disciplinario. En sí mismo, un cuerpo *formado* en la disciplina, está capacitado para reproducirla y ampliarla, es decir para ejercer y/o someterse al poder; el cuerpo dócil, es *portador* de la disciplina y el sometimiento continuo, anuncia la continuidad de un desequilibrio, que refuerza con su presencia.

²⁹ Foucault, Michel. *La microfísica del poder*. p. 105

³⁰ *Idem*

³¹ Ver nota al pie de la página 20, referente a los ejercicios.

Los encierros militares y religiosos, ponen mucha atención en el cuidado y control del cuerpo, desde el aseo y la *postura* hasta su fortalecimiento físico y su *gallardía*. Sacerdotes y oficiales, han sido físicamente *modelados* por el poder, su presencia impone respeto y obediencia, sus cuerpos acompañan su discurso; los cuerpos han sido fortalecidos por el discurso que los formó. Un círculo perfecto: un cuerpo *gallardo*, deseo de los aspirantes, es resultado y reproductor del discurso normalizador.

En este punto, el cuerpo transmite con su presencia todo el orden asimétrico de la *guerra continuada*, es el símbolo y el signo del poder y de la disciplina. Con su *postura* proyecta un saber y un orden, con sus movimientos se refuerza el desequilibrio, con sus acciones se mantiene el poder normalizador. El cuerpo de los militares y religiosos, es fuerte, porque produce efectos positivos sobre otras personas, que desean convertir sus cuerpos en cuerpos *powerosos*; su fortaleza sirve para representar y ejercer el poder.

Con el cuerpo, los presbíteros manipulan la sacralidad de los objetos del altar; con él los oficiales ejecutan las maniobras sobre sus subalternos. No existe un control que no sea corporal, hacia el cuerpo se dirige la *vigilancia* y el castigo, por él se llega a someter la mente y por él se transmiten órdenes. Las manos de los presbíteros perdonan los pecados, las de los oficiales propinan castigos y agresiones, el cuerpo es el centro de su poder, pues en él están reunidos el saber y el poder.

Se invoca a Dios con el cuerpo, con él se le recibe; y por él, de forma simbólica y sacra, se le toma. El poder del cuerpo de un religioso, es el de un cuerpo consagrado. Hombre y Dios unidos en un sólo cuerpo, el sacerdote encarna lo sagrado y su cuerpo es el "templo de Dios". Al religioso se le disciplina el cuerpo para que llegado el momento, su cuerpo convertido en "templo" albergue en él el poder de lo divino. El cuerpo del religioso ha tenido toda una gimnasia cotidiana distribuida en largos años de preparación (nueve años por lo regular, pero en algunos casos más), para poder recibir y ofrecer "el cuerpo de Cristo". Mayor poder no puede poseer otro cuerpo, pues tiene la gloria de perdonar y curar otros cuerpos y otras *almas*. El cuerpo de los consagrados, posee el don de la vida y de la muerte espirituales.

En largos años de preparación, una persona común ha adquirido la habilidad y el saber de incorporar a Cristo en ella: cada movimiento del cuerpo exhibe su saber y su poder. . “El buen empleo del cuerpo...nada debe permanecer ocioso o inútil: todo debe ser llamado a formar el soporte del acto requerido. Un cuerpo bien disciplinado forma el contexto operatorio del menor gesto”³². La economía que proporciona el adiestramiento del encierro religioso, posibilita a un individuo a manipular el poder de Dios, cada movimiento ejemplifica el deseo y el orden divino; existe una conexión directa entre sus movimientos y su poder.

En el altar y ante los ojos de los fieles, el cuerpo del sacerdote exhibe el poder y el saber de largos años de gimnasia, toda una ruta cuyo código riguroso, introyectado sobre los actos, domina al cuerpo entero del religioso; nada puede permanecer fuera de sitio: la mirada, la voz, la *postura* de manos y en general de todo el cuerpo, demuestran el poder y control de la palabra y voluntad de Dios:

“En realidad disfruto con decir misa, poniendo en práctica lo que aprendí en el seminario: celebrar misa, inclinarse correctamente ante el altar o la sagrada escritura, utilizar correctamente cada uno de los recipientes sagrados, hacer los gestos precisos... Cada cosa requiere de mucha práctica”³³. Dentro del ámbito militar el cuerpo de los oficiales también ejerce el poder; porque el cuerpo disciplinado, más que una *representación corporal* del poder disciplinario, es el vehículo por el cual viaja el poder capilar de un sitio a otro, de un cuerpo a otro, más que una representación, el cuerpo normalizado es la ejecución del poder disciplinario. El cuerpo de un militar profesional, es un cuerpo *poderoso*, que ejecuta con precisión y destreza las técnicas de normalización capilar; no se trata sólo de fortalecerlo físicamente con *ejercicio* y gimnasia, ya que el ejercicio forma parte de un *adiestramiento* más general que involucra el ejercicio físico en sí mismo, la práctica manual de armas letales y el conocimiento técnico - táctico de la guerra.

³² Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. p. 156

³³ Conversación con un presbítero.

Un cuerpo sometido al *adiestramiento* militar, resulta ser un instrumento que manipula objetos letales para conseguir objetivos tácticos, con precisión y “economía de fuerzas”. Es un cuerpo poseedor del poder mortal, que es el más opresivo y el más violento; preparado para arrancar la vida de otro cuerpo con sigilo y “sorpresa”, engañando al adversario para vencerlo. manteniendo a perpetuidad la asimetría del poder normalizador. El cuerpo militarizado es un cuerpo especialmente preparado para manipular objetos ofensivos, hasta el punto, que resulten ser apéndices de él. Cuerpo y objeto, unidos en movimientos y ademanes, el cuerpo acostumbrado al objeto por largas jornadas de *instrucción*³⁴ se convierten en un arma flexible y maniobrable, capaz de ejecutar con soltura de movimientos disciplinados.

“El poder viene a deslizarse sobre toda la superficie de contacto entre el cuerpo y el objeto que manipula; los amarra el uno al otro. Constituye un complejo: cuerpo - arma, cuerpo - instrumento, cuerpo - máquina... La reglamentación impuesta por el poder es al mismo tiempo la ley de construcción de operación”³⁵. El poder al disciplinar a un cuerpo lo ha incorporado a un proceso de producción, asentado sobre la manipulación de objetos, el arma es ante todo un instrumento de producción, una herramienta. El cuerpo militarizado ha sido transformado en el *complemento del arma*, el hombre queda reducido a su capacidad de integrarse a la herramienta, que demanda cualidades específicas del usuario. El peso de un fusil debe ser distribuido y soportado por el soldado que lo opera.

³⁴ Normalmente, en el colegio militar de México, el tiempo dedicado a la “instrucción de orden cerrado” y al conocimiento y uso de las armas individuales con las que cuenta el ejército (principalmente fusiles y pistolas de varios calibres), ocupa en los primeros cuatro meses la mayor parte de la jornada de actividades, mezcladas con otras de la vida militar en general. Después de esta fase de “curso de adiestramiento básico individual”; el peso de este adiestramiento se reduce a una tercera parte de la jornada diaria, pero no desaparece. *Conversando con un oficial del ejército mexicano*.

³⁵ Foucault, *Idem.*, p. 157

El movimiento uniforme de hombres armados, en unidades tácticas compactas, aumenta el poder de las armas. En el siglo XIX, cuando el arma de infantería clásica era el mosquete, las unidades tácticas de combate debían de formar tres líneas de tiradores: la primera vaciaba su carga sobre el enemigo, la segunda apuntaba, en tanto la tercera debía reabastecer el arma. El éxito del mosquete dependía en todo caso de la habilidad, así como del conocimiento que los soldados tenían sobre esta arma, pues el volumen de fuego y la capacidad de choque de las unidades tácticas era el resultado del adiestramiento *individual de cada soldado*. El avance tecnológico que sufrieron en el siglo XIX las armas de fuego, implicó el cambio del mosquete por la carabina y luego por el fusil. Sin embargo, aún los modernos fusiles automáticos, con gran volumen de fuego, siguen dependiendo del adiestramiento del soldado para lograr la máxima capacidad de choque de las unidades tácticas de infantería.

El avance técnico de las armas de fuego, también ha implicado cambios en los usuarios, es decir, los soldados deben adaptarse a los fusiles, no solamente el conocer su funcionamiento general; sino que también deben adaptar su cuerpo a los cambios que sufre la herramienta. El cambio del mosquete al fusil implicó un mayor volumen de fuego, pero también el peso que debía transportar un soldado para hacerlo funcionar.

El cambio del mosquete por el fusil automático, acarreó cambios en la forma de concebir y pensar la táctica. La guerra cuerpo a cuerpo que se suscitaba cuando dos unidades de infantería enemigas “chocaban”, era sumamente sangrienta, pues el combate a bayoneta era parte de la técnica de pelea con mosquete. Los modernos fusiles, con cadencias de tiro continuo, impiden un combate cuerpo a cuerpo como los del siglo pasado, ya que un fusil de éstos puede hacer daño con precisión a más de cien metros de distancia; pero un sólo soldado puede matar a más personas, de las que podía matar toda una compañía de infantería del siglo XVIII.

El cuerpo del soldado moderno, es un cuerpo conocedor de su herramienta, acostumbrado a su volumen de fuego, pero sobre todo; acondicionado para arrancarle la vida a muchos individuos aún en desventaja. Porque el desequilibrio debe ser mantenido en toda guerra, en toda relación de poder, y el cuerpo del soldado es cuanto más poderoso, cuanto más ventaja tiene sobre su rival. El arma de un soldado puede garantizar por sí misma esta superioridad, que acompañada de una *instrucción* óptima, puede hacer que el cuerpo militarizado tenga ventaja sobre otros cuerpos; y así tener el poder para someterlos.

El cuerpo del soldado es formado por el poder disciplinario, para ejercer sobre otros cuerpos el control y el sometimiento; para ello se le adiestra enseñándolo a conocer su arma como a sí mismo, a llevarla consigo como parte de él, a usarla con ventaja sobre otros, sin temer los efectos violentos de su uso, aún cuando esto implique la muerte de otras personas.

“El fusil no se nos da inmediatamente, sino ya para terminar el curso de adiestramiento básico; porque es en esta fase del curso cuando se nos enseñan las diferentes partes de un arma individual, y aprendemos a usar todas con las que cuente el ejército. Cuando se nos entrega el fusil, se nos dice que debemos cuidarlo tanto como a nuestra mujer, tenerlo siempre limpio y listo para ser usado; aunque no nos den cartuchos para abastecerlo”³⁶.

Un oficial particularmente, y todo soldado en general, tienen los elementos necesarios para realizar acciones tendientes a mantener el desequilibrio de la guerra perpetua. Porque además de sus conocimientos y herramientas del sometimiento, están mentalmente preparados para imponer su voluntad, extendiendo la voluntad del poder normalizador. El oficial está entrenado en el ejercicio del sometimiento y la subordinación, puede ser tan dócil, como impositivo, tan obediente como autoritario; siempre y cuando con su actitud, se mantenga el orden asimétrico de las relaciones sociales normalizadas. Por lo mismo el ejército mexicano puede hacer “campañas de labor social” y realizar operaciones militares de baja intensidad al mismo tiempo; es decir, pueden ser portadores de servicios de salud y de metralas con fuego, al mismo tiempo y en el mismo “terreno”.³⁷

³⁶ *Conversando con un militar en formación.*

³⁷ Basta con recordar las campañas bélicas y de “labor social” que el ejército mexicano ha venido desarrollando en Chiapas, que en un análisis militar, finalmente se trata del mismo “teatro de operaciones”.

El objetivo general del poder es aumentar paralelamente la utilidad y la docilidad de los cuerpos disciplinados³⁸; haciéndolos poderosos al aumentar su capacidad de amoldarse a los usos y objetivos del poder. Esta dualidad del ejercicio del poder, permite que las personas asuman de manera positiva su propia disciplinarización ya que adquieren conocimientos y habilidades para usar el poder en contra de otras personas; es decir, las personas que se someten a un proceso de disciplinarización, están conscientes que terminado su periodo de *formación*, tendrán las cualidades de un cuerpo poderoso.

En los centros de formación de religiosos o militares (seminarios y escuelas militares), los alumnos son conscientes de su sometimiento a la disciplina, que al igual que el saber, en su transmisión adopta siempre una forma positiva³⁹; por lo que viven su *opresión formativa* con resignación o incluso con agrado. La normalización a la que son sometidos, les demuestra las posibilidades de ejercer el poder sobre otras personas y someterlas, también a la normalización, ya que en todo momento sus actos son ejemplo para sus subordinados y/o feligreses.

Los “estudiantes” militares y religiosos, saben que lo que hacen en sus respectivos centros de *formación*, lo que hacen día con día, acto tras acto; es la adquisición de saberes y conductas, discursos y hábitos en la adquisición de las técnicas y tácticas correctas de la manipulación y del sometimiento. Por esa convicción son capaces de soportar sobre sí mismos, los efectos más directos y cínicos, del poder normalizador sobre sus cuerpos. Todo “estudiante” desde sus primeros días de ingreso a un “plantel de educación militar” o a un claustro de instrucción religiosa, incluso desde su *examen* de admisión, debe soportar sobre su cuerpo el abuso del poder normalizador.

El ingreso a un centro de *formación* religioso o militar, implica entre otros, un examen médico: “Me presente en el consultorio del médico del seminario. Es un hombre mayor, obeso y dispuesto, siempre a explicar la ocasión:

³⁸ Dreyfus y Rabinow. *Op. Cit* p. 155

³⁹ Cfr Foucault, M. *La microfísica del poder*. *Loc. Cit.* p. 32

“- Dios puede haberte llamado, hijo; pero el Todopoderoso ha dejado en mis manos la aprobación, me dijo.

“-¿Sabes algo sobre los impedimentos?.

Su pregunta me desconcertó; en todos mis años de asistencia regular a la iglesia, en conversaciones con párrocos, en mis lecturas religiosas jamás había escuchado nada sobre los impedimentos.

“- Los impedimentos - me repitió el médico - tengo que preguntarte sobre ellos. - ¿Tienes alguna condena? me pregunto.

“- ¿Condena?...

“- ¡Vamos muchacho! Ya sabes, condena por delitos, especialmente sexuales. A su pregunta negué con la cabeza. - ¿Has golpeado alguna vez al obispo?

“-¿Como dice?

“- No te ofendas, pero tengo que hacerte esta pregunta. Si has golpeado a un obispo o a un sacerdote, eso es un impedimento, lo entiendes, ¿no?

Después el médico me dijo que me quitara la ropa. allí, de pie completamente desnudo por primera vez me sentí aterrorizado; porque el doctor me miraba escrupulosamente y en especial mis *órganos genitales*.

“- No puedes ser sacerdote si no eres un hombre completo. Tienes que tener todas tus *facultades físicas y mentales*.

“- Mueve la pierna a la izquierda.

“-¿Hacia dónde? pregunte.

“- No importa, muévela. Lo hice y replicó: - Ahora la derecha. La moví al igual que la anterior y me dijo:

“- No hay piernas ortopédicas, no puedes ser ordenado si tienes una pierna artificial. significaría que no eres una persona completa.

Finalmente cuando concluyó el examen declaró: - De acuerdo, muchacho. Dios te ha llamado y yo te he aprobado, que tengas buena suerte”⁴⁰.

El cuerpo examinado, ha pasado su primera prueba de iniciación en la disciplinarización. El individuo se ha sometido a toda la *ortopedia* médica de la normalidad. Pero la iniciación continuará durante todo su periodo de formación hasta que se ordene o se gradúe, según sea el caso. Durante los primeros años de vida disciplina se le somete a quienes son de nuevo ingreso a toda una serie de ofensas y humillaciones, para *forjarles el carácter*. La *novatada* en el encierro militar dura todo el primer año de *formación*, iniciando con el *bautizo*: “El esclavo estaba sólo y bajaba las escaleras del comedor hacia el descampado, cuando dos tenazas cogieron sus brazos y le dijeron ‘venga con nosotros, perro’. Y el sonrió y los siguió dócilmente. A su alrededor muchos de los muchachos que había conocido esa mañana, eran abordados y acarreados también hacia las cuadras de cuarto año. Ese día no hubo clases. Los perros estuvieron en manos de los de cuarto desde el almuerzo hasta la comida, unas ocho horas. el esclavo no recuerda a qué sección fue llevado, ni por quiénes. Pero la cuadra estaba llena de humo y de uniformes y se oían risas y gritos. Apenas cruzó la puerta, la sonrisa en los labios aún, se sintió golpeado en la espalda. Cayó al suelo, giró sobre sí mismo, y quedó tendido boca arriba. Trató de levantarse pero no pudo, un pie se había instalado en su estómago. Diez rostros diferentes lo veían como a un insecto, le impedían ver el techo. Una voz dijo: - Para empezar cante cien veces ‘soy un perro’, con ritmo de corrido mexicano”⁴¹.

⁴⁰ Conversaciones con un religioso en formación.

⁴¹ Vargas Llosa, M. *Op. Cit* p. 52

El aprendiz se somete a las técnicas más violentas del poder normalizador en los encierros religiosos y militares; pues su cuerpo debe ser transformado en algo muy poderoso, que conjugue la mayor docilidad con la mayor productividad; garantizando la práctica-táctica de la normalización individual y colectiva. Un sólo sacerdote u oficial, lleva consigo el poder para someter *almas* o cuerpos al poder disciplinario. Por la fuerza de los sacramentos o del fusil, son capaces de reproducir y ampliar el control social; los lugares a los que son llevados en *misiones* religiosas o militares, su finalidad siempre es la misma: obligar a otras personas a someter sus mentes y sus cuerpos al poder disciplinario.

Incapaces de verse a sí mismos como resultado de un proceso disciplinario altamente tecnificado, asumen sus actos como servicios a los otros; la normalización de otros cuerpos y otras mentes, es el servicio que prestan a la sociedad. Cuerpos poderosos, forjados a lo largo de varios años, son instrumentos dóciles del desequilibrio social del poder; sobre ellos descansa gran parte del "orden social". Sus cuerpos han aprendido el lenguaje del sometimiento, que reproducen en cada acto que realizan; por convicción o por perversidad, imponen sobre otras personas el control de la norma.

El poder de sus cuerpos descansa en la posibilidad de usar todas sus habilidades técnicas de manipulación en el control de las personas *anormales*. La cruz y la espada, disciplinan y normalizan a toda la sociedad, con las herramientas de la vida o con las de la muerte, someten y se someten a la disciplinarización. El lenguaje de la muerte, con todo lo grotesco de su ejercicio, es más fácil de observar en la vida cotidiana, las formas sublimes del sometimiento espiritual, son más difíciles de concretizar. El militar, más que el religioso, es fácil de seguir en su normalización ampliada, cada orden que recibe tiene que ver con un código de muerte, más que de vida; pues toda orden, es por sí misma la anulación de la individualidad y de la libertad.

A un militar es común verlo sometiendo, por la fuerza de las armas, al orden a otras personas; disciplinar es su actividad principal y disciplina porque está disciplinado: "...el soldado disciplinado comienza a obedecer mándesele lo que se le mande; su obediencia es rápida y siega; la actitud de indocilidad, el menor titubeo, sería un crimen"⁴². El poder que ejerce su cuerpo es la ampliación del poder que lo posee: el disciplinario; incapaz de existir sin disciplina, un militar vive acompañado de ella, imponerla es su función primordial, de la que proviene su poder. Entre más poderoso es un cuerpo, más sometido está a la disciplina y a la norma. "Los de cuarto también son unos perros, más grandes, más sabios, pero en el fondo perros"⁴³.

2.3. La formación de los cuerpos.

El sentido y uso del concepto de "formación" en el seminario y en el cuartel, permiten observar la forma en la que el poder opera en un nivel mecánico, para modelar consciencias, rostros, cuerpos, gestos, discursos. Al igual que la prisión (pero, quizá deba ser: la prisión al igual que el seminario o el cuartel), el seminario y el cuartel, deben actuar con precisión para modificar a los individuos. En el continuo perfeccionamiento de los seminaristas y soldados, se les va transmitiendo un discurso que genera su propio saber, se les especializa en el control psíquico (espiritual) o físico de los cuerpos y las consciencias de otras personas. Para formarse en el dominio, hay que someterse a él; para poseer poder, hay que someterse a él; para ejercer poder, hay que poseerlo y lo posee quien lo puede ejercer; quien ya está sometido. En este sentido los seminaristas sufren una sacralización que no es la suya; y los soldados sufren una militarización que tampoco es suya.

La estructuración de la sociedad, basada en la trama de múltiples técnicas del poder normalizador, y la guerra continua; nos lleva a buscar a los *perpetuos combatientes*. Si pensamos que la sociedad, es decir, las relaciones sociales; son un continuo conflicto entre dos bandos; toda persona es un combatiente, pues siempre existe un enemigo virtual.

⁴² Foucault, M. *Vigilar y castigar*. p. 170

⁴³ Vargas Llosa, M. *Op. Cit.* p. 160

La política, al ser la guerra continuada por otros medios, requiere de “soldados” permanentes, el poder es ejercido por los “soldados” sobre la masa, sobre el enemigo, sobre el otro. El poder normalizador, requiere para su práctica de “soldados” profesionales, es decir, *preparados* para mantener a perpetuidad la asimetría del control y el orden social. En este sentido, el poder demanda personas normalizadas y preparadas en la normalización. Toda persona, en una sociedad como la nuestra, a pesar de que no puede permanecer al margen del conflicto permanente como observador neutral⁴⁴; no necesariamente es un “soldado”⁴⁵.

La normalización de la sociedad requiere de “soldados” al servicio del Estado o de la iglesia⁴⁶, para mantener la opresión de una parte de la sociedad sobre la otra, pues a pesar de que eventualmente todo sujeto, poseedor de poder, puede luchar por el poder soberano, no es por este hecho un “soldado” profesional.

Es por esto que un sujeto debe ser convertido en “soldado”, por lo que un cuerpo debe ser disciplinado. La *formación* de un cuerpo es el antecedente inmediato de su capacidad productiva, y por lo tanto, la *formación* es la transformación de un cuerpo *anormal* en un “soldado”. Un cuerpo formado es un cuerpo disciplinado, productivo, *dócil*, preparado para el *asalto* y la *sorpres*a del combate perpetuo, de la guerra continua.

⁴⁴ “No existe un sujeto neutral. Somos necesariamente el adversario de alguien”. Foucault, M. *La genealogía del racismo*. Altamira, Buenos Aires, Arg. 1976, p. 41

⁴⁵ Como ya se anotó, el soldado está preparado para mantener el desequilibrio de las fuerzas sociales, manteniendo a toda costa, incluso con la propia vida o la ajena, el control normalizador imperante.

⁴⁶ El proceso de *profesionalización* de los soldados se logró a finales de la edad media, pues antes de este periodo los militares formados eran únicamente los *caballeros* medievales, en quienes recaía la responsabilidad de la defensa o ataque de un feudo. Sin embargo, el soldado como se conoce hoy, al servicio de la *patria* (del Estado) es algo reciente (de mediados del siglo XVI), pero perfeccionado hasta finales del siglo XVII. Por su parte, no es casual que la orden religiosa de la *Compañía de Jesús* (jesuitas), haya tomado el nombre y la organización militar para impulsar la defensa y la expansión del evangelio en todo el mundo, ya que el mismo Ignacio de Loyola (Ífigo), había sido soldado y tuvo la capacidad de sintetizar la táctica militar y ponerla al servicio de Dios. El mismo Foucault, encuentra el inicio de los ejércitos profesionales al servicio de la soberanía, como un producto derivado de las guerras religiosas del siglo XVI. *Cfr.* Foucault, M. *Genealogía del racismo*. pp. 41 - 49

La *formación* de un “soldado” militar o religioso⁴⁷, es un procedimiento escrupuloso de la razón guerrera: se trata de una racionalidad que a medida que surge y se desarrolla, pretende implantar la asimetría de las fuerzas detrás del equilibrio de la justicia y de la paz. Los soldados mexicanos, discursivamente conceptualizados por el Estado, como soldados de paz, ya que pertenecen a un ejército de paz; son una clara muestra de esta racionalidad y de su depurado desarrollo en la práctica.

La *formación* de un cuerpo, para transformarlo en un soldado profesional, se inscribe entonces en todo un proceso de racionalización y de verdad. Un soldado profesional, religioso o militar, maneja todos los códigos normalizadores del poder disciplinario, es un profesional porque posee los saberes de la disciplina y la norma. El cuerpo del *formando*, es un cuerpo sabio en comportamientos y actitudes, toda vez que sobre él descansará el uso del poder.

La verdad es aprendida por el cuerpo, que se convierte en templo y cuartel; la *formación* es un procedimiento por medio del cual el poder disciplinario se instala sobre los cuerpos y lo hacen, extrayendo de ellos el máximo trabajo en el mínimo tiempo; el cuerpo formado es altamente productivo, pues permite extraer de él tiempo y trabajo por unidades.

El cuerpo es entonces el portador del saber, del discurso y del poder, para esto se le forma y en esto se le ejercita, de él se espera el poder destructivo que mantenga la asimetría de las relaciones sociales normalizadas. . La *formación* de un cuerpo disciplinado para el ejercicio de la religión o de las armas, está planeada de forma dosificada y racionalizada, para que se llegue a obtener el producto más completo, más provechoso, en fin más dócil.

⁴⁷ La formación disciplinaria en general, es en el fondo la misma acción. Sin embargo, la intensidad con la que se práctica crea instituciones especializadas en la vigilancia y el castigo. Los centros de formación militares o religiosos comparten la cualidad de mantener un denso control sobre los cuerpos en formación, buscando la profesionalización de los formandos en estos lugares.

Los centros de formación y/o adiestramiento, militar o religiosos, persiguen todo el día a los cuerpos en formación (seminaristas y cadetes), para lograr de ellos el mejor resultado; descartando al mismo tiempo aquellos cuerpos que no son útiles para la disciplinarización de la sociedad.

La *formación* es la práctica del poder normalizador, ejercido de forma continua por la vigilancia, los centros de formación en cuestión, son en realidad un denso reticulado de coerciones materiales y discursivas, que buscan implantar en los cuerpos de los formandos la disciplinarización de las mentes. La vigilancia omnipresente de los centros de formación religiosos y militares, permite garantizar que una persona formada ahí, será por siempre una persona dócil.

Los observatorios normalizadores del poder capilar tienen un modelo casi ideal: el campamento militar. “Es la ciudad apresurada y artificial, que se construye y remodela casi a voluntad; es el lugar privilegiado de un poder que debe tener tanto mayor intensidad, tanto mayor eficacia y valor preventivo *cuanto que se ejerce sobre hombres armados*”⁴⁸. Las personas armadas de un ejército profesional, deben ser tan dóciles que las órdenes que se les den, por más repugnantes o represivas que sean, no deben causar malestar en el soldado profesional, que lo motiven a enfrentarse con su arma, con su poder, a sus superiores.

La preparación de un “soldado” debe ser vigilada a cada momento, el espacio de formación es al mismo tiempo el espacio de sometimiento a la disciplina por la acción coercitiva de la mirada. El Colegio Militar de México, en sus instalaciones en la delegación de Tlalpan, en el D.F.; o sus anteriores edificios de Popotla, en Tacuba, D.F. sirven de ejemplo: en ambos casos, la oficina del director permite observar todo el tiempo la plaza de *maniobras*, sobre la cual los cadetes practican desde el alba hasta el anochecer *ejercicios* tácticos de instrucción militar, o de preparación y acondicionamiento físico. En ambos casos, pero principalmente el de Tlalpan (que incluye la subdirección y la comandancia del cuerpo de cadetes), se puede observar desde la dirección, a todos los cadetes en *formación* y a los oficiales instructores, con la técnica del *panóptico*⁴⁹. El panoptismo de la formación militar, es sumamente depurado y técnicado, con una mirada vigila a formandos y formadores, alineados en filas y columnas de instrucción.

⁴⁸ Foucault, M. *Vigilar y castigar*. p. 176

⁴⁹ Cfr. Foucault, M. *Vigilar y castigar*. pp. 210-240

El cuerpo en formación, debe ser transformado de algo amorfo y común; a un instrumento técnico y táctico. Sabio de las técnicas y experto en las tácticas, conocedor de la disciplina, con la experiencia para normalizar a otros cuerpos. El soldado profesional, militar o religioso, está preparado para conducir a otras personas, a otros cuerpos a la normalidad, consiguiendo así mantener el control de la sociedad disciplinaria.

El “soldado” está formado para ampliar y mantener la soberanía de la normalidad, ya que la normalización general del comportamiento, de las conductas, de los discursos, de los deseos, se produce ahí donde llegan a encontrarse los dos planos heterogéneos de la disciplina y la soberanía⁵⁰. Por eso la formación del “soldado” está vigilada por el Estado a través de instituciones sociales de control y sometimiento, es decir de la iglesia y el ejército que a diferencia de otros centros de *formación*, como son la escuela o la familia, los centros de *formación* militar y religiosa, enseñan a las personas de manera expresa a controlar y manipular a otras personas⁵¹.

La *preparación* en el control de conciencias y cuerpos, requiere de un control exhaustivo, pues el saber transmitido a religiosos o a militares en formación, es un saber cuya función principal es su práctica y por lo tanto, se debe estar seguros de que los “soldados” ahí formados tendrán por encima de cualquier otra cualidad la *obediencia*.

Ahora bien, se debe asegurar que los “soldados” lleven consigo todos los saberes necesarios para reproducir la asimetría social y contribuir a la continuidad de la guerra, ante todo el soldado profesional debe ser productivo, es decir, debe ser capaz de servir al poder disciplinario en la normalización, y por lo tanto, ser un *experto en el conocimiento* y la manipulación de las técnicas de disciplinarización.

⁵⁰ Foucault, M. *Genealogía del racismo*. p. 33

⁵¹ Implícitamente, de forma inconsciente, en la *sociedad carcelaria* toda institución de *formación* transmite los saberes de la manipulación y el control, a pesar de que discursivamente no se esté planteando esta acción
Cfr. Foucault, M. *Vigilar y castigar* pp. 135-176

Los programas de estudio, es decir, el *curriculum formal*⁵², de los centros de formación religiosos o militares, son meticulosamente preparados y sometidos a evaluación dentro de los niveles jerárquicos más elevados de ambas instituciones; se trata de la racionalización de la *formación* de los cuerpos y las mentes de los “soldados” a los que la iglesia y el ejército se esfuerzan por profesionalizar. Así la *formación* militar o religiosa, está fundamentada en la racionalidad guerrera, porque se busca de la forma más sabia posible, crear una didáctica de la subordinación, el orden y la disciplina. La conducta de un “soldado” profesional está certificada por la institución que lo instruyó.

Ahora bien, la “modernización” de la iglesia y del ejército como instituciones sociales, ha requerido de una mejor y más adecuada preparación de sus miembros, ya que el saber adquirido por la institución y transmitido a todos sus integrantes, incrementa el potencial normalizador de las instituciones mencionadas. Por otra parte, es sabido que la “modernización”, sobre todo en el caso del ejército, implica el adquirir nuevos saberes técnicos y tácticos, incluso administrativos⁵³.

Dentro del ejército se puede observar, que la profesionalización de la “ciencia militar”, ha sido una preocupación constante para el Estado mexicano. El ejército como tal, es una institución con poco más de setenta años de existencia, pues a pesar del esfuerzo porfiriano de “profesionalizar” los cuadros de mando y las unidades de tropa

⁵² El *curriculum formal*, es el plan de estudios de una determinada carrera o disciplina, en el cual se puede encontrar el perfil del egresado y el procedimiento al que se someterá para lograr el perfil buscado. Sin embargo, a nivel informal, el *curriculum oculto* es mucho más amplio y mucho más sutil, estando presente en la práctica docente dentro del aula como fuera de ella. En los encierros de formación religiosos y militares, el *curriculum oculto* tiene tanto o incluso mayor peso que el *curriculum formal*, de ahí la importancia didáctica del encierro. Sobre el *curriculum* véase: Guevara, N. “El diseño curricular” en *Documentos para el análisis del proyecto Xochimilco*. temas Universitarios No. 8, UAM-X, 1986.

⁵³ El caso del ejército, es más obvio que el de la iglesia, pues la “modernización” militar en el caso mexicano, viene acompañada de la adquisición de armas convencionales de alto grado tecnológico, como pueden ser los vehículos blindados Panhard, de origen francés. La adquisición de este equipo demanda el entrenamiento de los soldados mexicanos para operar estos vehículos, lo que se considera como la “modernización” del arma blindada. El caso de la iglesia, en general es menos claro, pero incluso la formación de un presbítero, hoy en día demanda su preparación en el uso de equipos y paquetes de cómputo aplicados a la administración, considerándose como una formación “moderna”.

del “ejército federal”, debemos recordar que este fue vencido y destruido por Francisco Villa en Torreón durante la revolución mexicana. El ejército actual, el “constitucionalista” vencedor en la revolución, tuvo un largo y lento proceso de reacomodo, pues sus mandos superiores eran gente sin preparación militar previa a la guerra de revolución de 1910.

Ahora bien, a pesar de que formalmente, el Colegio Militar de México, como centro de formación de los cuadros militares mexicanos existe desde el último tercio del siglo pasado, su reapertura a mediados de este siglo no implicó una profesionalización inmediata del ejército mexicano, ya que el número de graduados no era significativo comparado con el total de efectivos. Sin embargo, ha sido una preocupación constante de los mandos militares y del Estado, la “profesionalización” de los militares mexicanos, que han creado todo un sistema de educación militar y fundado “La Universidad del Ejército y la Fuerza Aérea Mexicana”, que incluye escuelas de ingeniería, medicina, enfermería, odontología, además de la Escuela Superior de Guerra y el Colegio de la Defensa Nacional.

En la práctica, las escuelas de formación militar, deben certificar que sus graduados, sean sobre todo obedientes, disciplinados y estén en posibilidades de cumplir con su deber. “El principio vital de la disciplina es el deber de la obediencia. Todo militar debe tener presente que tan noble es mandar como obedecer y que mandará mejor quien mejor sepa obedecer”⁵⁴. El Colegio Militar de México, es el centro de formación de oficiales de arma, es decir, de los soldados profesionales del ejército mexicano, por lo que la *formación* de un cadete es un asunto de Estado.

Se requiere que el Colegio Militar acondicione a los cadetes en la obediencia y la disciplina, pero sobre todo los prepare para la guerra. Por este hecho, el Colegio Militar debe formar cuerpos dóciles, capacitados en la muerte, pues deben estar preparados para enfrentarse a ella, desafiarla e imponérselas a sus adversarios, dirigiendo sus cuerpos y las unidades de maniobras que les son asignadas.

Así, los cadetes son reclutados muy jóvenes (16.5 años en promedio para 1990), sometidos a un internado durante tres años, en los que se transformarán en soldados profesionales⁵⁵. La preparación para el oficio de las armas exige el sometimiento a un trato brutal que implica su disciplinarización, docilidad y la anulación en ellos de toda sensibilidad; en la que la vigilancia “profesional” de su disciplinarización, demanda un sometimiento al orden, a la lealtad y a la subordinación.

El Colegio Militar, se convierte entonces en un campo de batalla, la vigilancia se vuelve el arma de la normalización, los cadetes sometidos a castigos físicos y emocionales, van viviendo el encierro militar bajo una presión física y mental permanente, a la que sus cuerpos y sus mentes se acostumbran. En la práctica, la vigilancia constante constituye el enemigo a vencer, los cadetes planean constantemente tácticas de evasión, que ponen en práctica, bajo una presión que trata de simular la presión del combate, cuando son descubiertos actuando para eludir la vigilancia, se les somete a castigos en los que se les anula la voluntad y la libertad.

“En su relato... describía la estrategia utilizada para pasar los cigarrillos y el licor, los robos y las ventas de exámenes... las partidas de póquer, los concursos, las venganzas, las apuestas y la vida secreta de su sección... Los cadetes saben que si son descubiertos se les expulsa. Ya han salido varios. *Los que no se dejan pescar son los vivos. Para ser hombre hay que correr riesgos, hay que ser audaz. Eso es el ejército... no sólo la disciplina*”⁵⁶.

⁵⁴ SDN. *Reglamento general de deberes militares*. ed. San Cristobal, Mex. 1988. p. 8

⁵⁵ En las décadas de los setenta y los ochenta, la preparación militar en el Colegio Militar de México, duraba un periodo de cuatro años, en los cuales se les daba a los cadetes noventa y seis materias (que incluían materias generales, militares y de acondicionamiento físico) en ocho semestres, con tres áreas terminales: físico-matemáticas; químico-biológicas y económico-administrativas. En 1990, la Secretaría de la Defensa Nacional, cambió el plan de estudios reduciendo el número de años y de materias a cursar, creando para el efecto el “bachillerato militar” como especialidad terminal de los cadetes; ocasionando que su plan de estudios no sea reconocido por la SEP y que los cadetes que truncan su “carrera militar” no puedan revalidar o continuar sus estudios en otras instituciones educativas del país.

⁵⁶ Vargas Llosa, M. *Op. Cit.* pp. 292-301

En realidad, se trata de que aprendan saberes militares y que los ejerciten *cotidianamente*, tratando de eludir la vigilancia y el control, es decir, necesitan aprender a usar el fusil, pero sobre todo a vivir bajo presión, manteniendo la capacidad de eludir y vencer a su adversario. Al actuar con un arma letal, el soldado profesional no debe cometer errores, un error puede causar su muerte o la de sus compañeros, y su misión principal es imponérsela al adversario; la *formación* militar inhibe la iniciativa y el pensamiento propio, pero no la astucia.

“Una vez en batalla la tendencia es pelear la guerra con grupos reducidos... en la que los hombres deben tomar decisiones por sí mismos, decisiones en las que deben considerar las posibilidades de sobrevivir, el deber y la lealtad hacia su grupo”⁵⁷. El Colegio Militar debe ser por lo tanto, el lugar de acondicionamiento físico, mental y pedagógico de la preparación para el combate. El Colegio Militar debe ser un simulador del campo de batalla y los cadetes deben *formarse* en ella.

Por su parte, la formación religiosa en seminarios también es producto de un sentido de *profesionalización* y “modernización” de los presbíteros católicos. En sus orígenes, los presbíteros católicos eran gente común, es decir gente sin una preparación especializada en los sacramentos religiosos, pues el presbítero era escogido normalmente por los miembros de su comunidad, destacándose por su fe y su servicio a los demás.

Las órdenes sacerdotales de la iglesia católica durante la primera era cristiana (cuando la iglesia católica no se había constituido en una institución social jerarquizada, e incluso era perseguida), no tenían distinción de los demás miembros de las comunidades cristianas, pues incluso no existía el concepto de sacerdocio. Las órdenes religiosas mismas no estaban subordinadas entre sí, ya que el ejercicio de los sacramentos estaba limitado a la comunidad, y la orden del obispado era más simbólica que jerárquica.

⁵⁷ Watson, Peter. *Guerra personal y destrucción. Usos militares de la psiquiatría y la psicología*. Nueva Imagen, Mex. 1982, p. 119

Ahora bien, cuando Constantino reconoció a la religión católica como la religión del imperio romano, la iglesia adquirió una nueva dimensión social, llegando a ser parte del sistema de dominación y control. El Papa, y con él todo los obispos adquirieron una nueva categoría social y jurídica, recibió de Constantino la facultad de actuar como magistrados en las disputas civiles entre los cristianos, obligándolos a usar emblemas e insignias especiales que simbolizaran su jerarquía⁵⁸. Esta segunda etapa de la iglesia católica demandó una diferenciación entre la gente común y las órdenes sacerdotales, demarcando al mismo tiempo el inicio de la iglesia católica como disciplina.

Al mismo tiempo, el reconocimiento de la fe católica como la religión del imperio, aumentó el número de creyentes y conversos, las comunidades católicas tendieron a aumentar y a expandirse, la demanda de sacerdotes por el crecimiento de la población cristiana implicó el aumento de diáconos, presbíteros y obispos, al mismo tiempo que convirtió a la iglesia católica en un dispositivo administrativo. Así, la iglesia tuvo que reestructurar su organización interna, creando provincias territoriales a cargo de obispos, quienes ejercían el control de su diócesis a través de las parroquias y capellanías de su jurisdicción. La iglesia se convirtió en un Estado y como tal se organizó.

Sin embargo, la formación de un religioso seguía dependiendo de la comunidad católica en general, pues no existían claustros de preparación religiosa, los monasterios desde su aparición fueron comunidades católicas dedicadas a la oración y a la meditación de los fieles, y no a la profesionalización de los religiosos. Los postulantes a sacerdotes se formaban con la práctica cotidiana de los sacramentos cristianos que realizaban los presbíteros y/u obispos de su comunidad, en el servicio y la caridad cristiana. No existía una preparación teológica obligada para poder ordenarse presbítero u obispo.

⁵⁸ Martos, Joseph. *Los sacramentos de los cristianos* Liguori Publicaciones. p. 12

A la caída del imperio romano, en el siglo V, las hordas nórdicas que lo invadieron y destruyeron, no escaparon a la colonización del evangelio. La iglesia demandó un incremento importante de ministros católicos que implicó incluso que muchos monjes de los monasterios fueran ordenados como diáconos o presbíteros, expandiendo el estereotipo del religioso católico célibe y enclaustrado. Al principio, este estereotipo no transformó la formación de los sacerdotes católicos, ya que el requisito no era una *formación* teológica, pero sin duda el celibato se convirtió en la primera y más importante norma de certificación de la formación sacerdotal católica. “El pueblo prefirió entonces sacerdotes célibes, ya que para ellos el celibato se convirtió en una señal de santidad y dedicación a Dios. Y lo que es más, los obispos preferían sacerdotes célibes porque los hombres solteros requerían menos asistencia financiera...”⁵⁹.

Ya para el siglo XII, en el año de 1390, en el Sínodo de Cartago, el Papa Inocencio I, declaró que un sacerdote tiene que sacrificarse por la gente, rezar y por tanto, abstenerse del matrimonio. Pero fue hasta el Concilio de Letrán que se les mandó a todos los sacerdotes que pertenecían al rito latino de la iglesia católica⁶⁰. Esto implicó el claustro de los religiosos en formación en monasterios y seminarios, pero no para profesionalizar el ejercicio de los sacramentos. El estereotipo del sacerdote fue modelando y exigiendo una profesionalización, es decir, una *formación* especializada de los sacerdotes católicos.

Durante la edad media, el crecimiento del poder de la iglesia católica obligó a jerarquizar más la institución y la teología del sacerdocio de ese periodo revela un cambio en el ministerio de la fe cristiana, favoreciendo al poder en lugar del servicio. El sacerdocio fue definido por ciertos poderes especiales: el poder para escuchar la confesión, el poder para consagrar la eucaristía, y el poder para ungir a los enfermos y moribundos. Este cambio forzó una necesidad de formación sacerdotal, en el orden, la disciplina, y en el saber teológico; ya que el sacerdote se convirtió en un representante del poder Divino; que acarrearón abusos en el ejercicio de los sacramentos, pues se volvió una práctica común que los sacerdotes pidieran dinero u otros bienes materiales por sus servicios.

⁵⁹ *Idem.*, p 28

⁶⁰ Thomas, Gordon. *El deseo del Celibato*. Plaza y Janés, Mex. 1988, p.28. Sobre el celibato se abundará más adelante.

En el caso de la iglesia católica mexicana, impuesta por la conquista y necesaria para la colonización espiritual del nuevo continente; desde su aparición la formación de religiosos para el ejercicio del sacramento demandaba de claustros de disciplinariazación, con los mismos criterios de los seminarios y monasterios europeos. A partir del concilio Vaticano II (1962 - 1965) la planificación de la formación de los religiosos postulantes a presbíteros recayó sobre los obispos, quiénes deben tener en cuenta los principios generales de la formación sacerdotal dictados por el Vaticano.

En general los sacerdotes mexicanos deben pasar un curso de filosofía y un posgrado en teología, para estar preparados y poder entonces, practicar el ejercicio de los sacramentos de la fe católica. Sin embargo, dentro de la iglesia católica la formación de los postulantes demanda todo un saber en el sacrificio y la obediencia, desde sus primeros días de seminaristas se les obliga a vivir un encierro formativo, basado en la vigilancia y el castigo. Al igual que los cadetes del Colegio Militar, los seminaristas viven encerrados, practicando el servicio religioso en todo momento. Se les despersonaliza y se les transforma en "soldados" al servicio de la iglesia, pues al igual que un soldado el presbítero debe obediencia a su superiores.

Todos los días el religioso en *formación* participa de la enseñanza del evangelio, el plan de estudios que debe cumplir lo obliga a manejar los saberes del control y el orden religioso, se le enseña a hablar y pensar de forma teológica, a ser un ejemplo de bondad y de servicio; *cotidianamente*, el seminarista se prepara para administrar una parroquia y evangelizar a sus feligreses, respondiendo a las expectativas de la iglesia y de la comunidad de la parroquia que encabezará. Debe manipular a sus feligreses, para eso se le *forma* y para eso fue entrenado durante casi nueve años.

El seminarista vive su profesionalización como una preparación en la auto-censura y la disciplina, su principal certificado de santidad es la observancia y el respeto de sus votos de castidad y de obediencia. Siempre que se presente como sacerdote, deberá ser obediente, dócil, tranquilo, disciplinado, servidor de Cristo y de sus semejantes. La *formación* sacerdotal que ha recibido lo obliga a despersonalizarse, pues ante el altar, de frente a su comunidad, no tiene más opinión que la de la iglesia y su misión principal es que todos sus feligreses también la asimilen. El joven se ha convertido, por efecto de la *formación*, en "pastor".

2.4. La formación de los deseos.

La disciplina se dirige hacia todo el cuerpo, lo conquista cuando logra penetrar hasta la mente de las personas, ocasionando que se comporten bajo determinadas maneras, realicen ciertos gestos, etc. En el fondo la disciplina busca insertarse en la mente de las personas, conducir sus actos y sus anhelos, es decir, la disciplina busca *formar* los deseos de las personas; constituyendo así sujetos disciplinados en sus anhelos.

“A modo de contextualización, debemos comprender que existen cuatro tipos principales de (...) tecnologías, y que cada una de ellas representa una matriz de la razón práctica: 1) tecnologías de producción, que nos permiten producir, transformar o manipular cosas; 2) tecnologías de sistemas de signos, que nos permiten utilizar signos, sentidos, símbolos o significaciones; 3) tecnologías de poder, que determinen la conducta de los individuos, lo sometan a ciertos tipos de fines o de dominación, y consisten en una objetivación del sujeto; 4) tecnologías del yo, que permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con ayuda de otros, cierto número de operaciones con su cuerpo o con su alma, pensamientos, conductas o cualquier forma del ser, obteniendo una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto grado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad”⁶¹.

Las *tecnologías del yo*, son el elemento disciplinario que se incrusta en la *formación* de los sujetos, pasando a ser parte de ellos mismos, disciplinando sus deseos. La normalización de una persona, particularmente cuando se trata de un “soldado”, involucra el cuerpo, la mente y los deseos de las personas. En este sentido, una persona es *normal* cuando es y desea ser (*por su propia voluntad*) disciplinada.

⁶¹ Foucault, M. *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Paidós, 2ª edición, Madrid, Esp. 1995, p. 48

El proceso de disciplinarización de una persona transcurre durante toda su vida en las sociedades carcelarias. Desde que se está en el vientre materno a la persona se le configura su existencia, la asignación del género es un ejemplo de ello: se le piensa niño/a, se le prepara la ropa de niño/a, se le habla como niño/a, se le *normaliza* el género⁶². Sin embargo, la *formación* de un “soldado”, por su misma orientación, requiere que los postulantes, desde la primera infancia se les vaya *formando un deseo* de servir a Dios o a la patria. El soldado profesional, es un producto terminal de largos años de entrenamiento y *formación*.

La *formación* especializada que reciben los postulantes religiosos o militares, en las escuelas de formación a las que ingresan, está precedida por largas horas de preparación “esporádica” de las personas que los rodean, principalmente los padres y maestros. En el proceso de autoidentidad que va construyendo cada persona, los tutores de los niños desempeñan un papel normativo que intenta inducirlos hacia la *normalidad*. Así, el infante va aprendiendo de otros su propia personalidad, la va asimilando de lo que se le va imponiendo como *normal*, los niños van interviniendo en su propia formación cuando se les obliga a ir conociéndose a sí mismos y a decir la verdad de sí mismos.

Generalmente, cualquier persona en sociedades disciplinarias, está obligada a decir y buscar la verdad, sobre sí misma (subjetiva) o sobre cualquier otro objeto(objetiva). En el caso de los niños, que sufren una infantización que no les es propia, el proceso de buscar y decir la verdad, es mucho más vigilado, porque pertenecen al grupo etareo con menor capacidad de ejercer el poder. Así, las personas aprehenden la verdad de los objetos y de sí mismos, cuando pueden conceptualizarla verbalmente para transmitirla al tutor, quién está encargado de *discernir entre lo falso y lo verdadero*.

⁶² El género como tal, es un elemento de normalización que las sociedades imponen a las personas desde su nacimiento y hasta su muerte. El género, es la identidad más difícil de romper o transgredir, porque en el fondo forma parte del proceso de individuación de una persona. Sobre género véase: Lagarde, M. *Madresposa, monjas, putas, locas. Los cautiverios de las mujeres*. UNAM/Colección Posgrado. Mex. 1990

Las personas aprenden por este proceso a construir elementos de verdad, en los que su propia subjetividad⁶³ se ve involucrada. El sujeto está dividido en el interior de él mismo, o dividido de los otros; a quienes habrá de referirse como parámetro de verdad. La individualización que viven las personas, es la subjetivación de una norma social: el decir la verdad sobre sí mismo, el conocerse a sí mismo. Porque una persona que se conoce a sí misma, conoce sus propios deseos (los de obediencia y servicio) y tiene la obligación de expulsar aquellos que no le son propios (cualquier pulsión de sí mismo), pero los expulsa por medio del tutor que puede separarlos y enseñarle a exorcizar sus propios deseos.

La identidad personal se une con el apego a la verdad, ya que la verdad conduce al sujeto en el conocimiento de sí mismo. La verdad se convierte en elemento de la individualidad, por lo que el poder se vincula directamente con el cuidado de sí mismo. El poder y el saber, al ser dos partes de un mismo proceso, articulan discursos de verdad que sirven de referentes de identidad a las personas. La individualidad queda por lo tanto ligada y subordinada al discurso; es decir, al poder y al saber. El pensamiento de las personas, como conocimiento de sí mismas y de los objetos, se vincula directamente al poder normalizador. Las personas aprenden a pensar, como aprenden a hablar; incluso el aprehender el lenguaje, implica aprender a pensar.

El conocimiento de sí mismo y de la realidad es asimilar la verdad; el sujeto adquiere el conocimiento cuando el saber lo ha aprehendido, en el momento en que conoce es ya conocido, su conocimiento objetivo o subjetivo está relacionado con el juego de verdad (saber) sobre él mismo. El pensamiento es la relación de los juegos de verdad, a los cuales el sujeto está sometido; su idea del “bien”/“mal”, de lo *normal/anormal*, dependen en realidad de la forma en que el sujeto está relacionado con la verdad (saber) dominante.

⁶³ “Modo en que el sujeto hace la experiencia de sí mismo en un juego de verdad en el que está en relación consigo mismo”. Florece, Maurice “Biografía de Michel Foucault” en *Historia del presente*, 4, primavera de 1988. Citado por: Morey, Miguel. “Introducción: la cuestión del método” en Foucault, M. *Tecnologías del yo*. p. 21

“Si por pensamiento se entiende el acto que pone en sus diversas relaciones posibles, un sujeto y un objeto, una historia crítica del pensamiento sería un análisis de las condiciones en las que se forman o modifican ciertas relaciones de sujeto a objeto, en la medida en que éstas son constitutivas de un saber posible”⁶⁴. El pensamiento individual está atado al discurso de la verdad, al saber y al poder imperante, su desarrollo no está aislado del poder normalizador y por lo tanto su actividad está ligada a la *normalidad*. El sujeto sufre una atadura intelectual, ya que todas sus ideas deben someterse a la normalidad, su pensamiento es víctima del saber y del poder al mismo tiempo.

Pensar *diferente*⁶⁵, es un elemento importante de las sociedades carcelarias; tanto a nivel individual como colectivo; porque puede generar discursos de saberes *descalificados*, capaces de enfrentarse a los saberes dominantes; que vuelven necesaria la disciplina, la vigilancia y el castigo. Así, el pensamiento *anormal/diferente* mantiene la continuidad de la guerra, toda vez que existen reductos del saber no disciplinado. En el fondo, un pensamiento *diferente* da las bases para la vigilancia y el castigo normalizador; ya que las técnicas y las tácticas del poder disciplinario están orientadas hacia la destrucción de lo *diferente*.

En las sociedades carcelarias, el individuo se objetiva como sujeto a través de las *tecnologías del yo*; donde el sujeto es capaz de conocer/decir sobre sí mismo⁶⁶ en relación con el discurso de verdad dominante: “... es siempre un difícil y versátil equilibrio, conflictos y complementariedades entre las técnicas que aseguran la coerción y los procesos a través de los cuales el ‘uno mismo’ (*the self*) es construido y modificado por uno mismo”⁶⁷. Porque el sujeto está obligado a decir y conocer la verdad sobre sí mismo, modificando esa realidad para poner en práctica la normalización de la personalidad.

⁶⁴ Morey, Miguel. “Introducción: la cuestión del método” en Foucault, M. *Tecnologías del yo*. pp. 25-26

⁶⁵ La altitud del pensamiento es un necesidad y un elemento de libertad en sociedades como la nuestra; sin embargo, es difícil encontrar las posibilidades de diferencia del pensamiento en una subjetividad *formada*. “En una sociedad como la nuestra, y en un momento como el presente...pensar de otro modo... es la condición de posibilidad misma para la creación de la libertad”. *Idem.*, p.30

⁶⁶ Consciencia discursiva. Habermas.

⁶⁷ Morey, Miguel *Op. Cit.* p. 35

La subjetividad, está instalada sobre el juego entre la verdad dominante, asimilada en el pensamiento individual, y observable en las prácticas del sujeto. La personalidad queda por lo tanto subordinada a la objetivación de la verdad, para lo cual el sujeto tiene que modificar su personalidad, su cuerpo, su alma, su conducta; de modo tal que la verdad lo transforme, para alcanzar cierto grado de perfección, pureza, felicidad o poder sobre los objetos. el sujeto asimila la verdad discursiva, instalándola en su propio *yo*, transformándose a sí mismo de forma *voluntaria*, para que sus pensamientos y conductas se ajusten a la *normalidad*.

El individuo va disolviendo su personalidad ante el poder disciplinario, sus gestos, sus actos, pero sobre todo sus pensamientos y sus deseos están subsumidos dentro de la verdad. Su pensamiento pasa a integrarse a la normalidad cuando llega a renunciar a sí mismo, ya que finalmente su personalidad está determinada por la disciplina. “Se trata en definitiva de la aparición de la *hermenéutica de sí* en sentido estricto, es decir la exigencia de descubrir y decir la verdad acerca de uno mismo, cuya finalidad última es la *renuncia* a uno mismo”⁶⁸.

Así, se llega a plantear, que los *deseos* personales, en tanto producto de una subjetividad formada por la disciplina, en realidad no son pulsiones; sino más bien adaptaciones *voluntarias* de la disciplina sobre la conducta individual. No existe un pulsión de sí mismo, sino un *deseo* del sujeto, no es un anhelo del espíritu humano, sino un producto del poder disciplinario, instalado en la identidad del sujeto. La subjetividad ha desarrollado en el *yo* una identidad diferente de sí mismo, toda vez, que el referente de identidad subjetivo es la verdad.

El sujeto se vuelve entonces hacia los otros, en busca de sí mismo; la subjetividad disciplinada por la verdad de sí mismo exige un encuentro político. Las relaciones entre sujetos se convierten en relaciones políticas, ya que el cuidado de sí es sobre todo el cuidado de las acciones, propias y ajenas. El sujeto, como actor se ve obligado a mantener un *monitoreo constante de la acción*, ya que debe vigilar la pertinencia (normalidad) de sus propios actos dentro de su grupo.

⁶⁸ *Idem.*, p. 38

El cuidado de sí mismo, al ser el cuidado de la acción, se traslada al ámbito político de la represión/sumisión de los otros. “El esfuerzo del alma por conocerse a sí misma es el principio sobre el cual solamente puede fundarse la acción política... La ocupación consigo mismo y las actividades políticas están relacionadas”⁶⁹.

El cuidarse o conocerse a sí mismo, queda ligado al cuidado de la verdad y de la normalidad. El sujeto por sí mismo debe vigilar su conducta verdadera y *normal*. Así la verdad impera sobre la subjetividad, el *yo* queda dispuesto siempre a encontrarse a sí mismo reflejado en la verdad. Los deseos del sujeto, son por lo tanto, anhelos insertados en el *yo* por efectos de la verdad sobre la identidad personal. El *deseo del saber* es sólo un ejemplo de esto.

El *yo* ha sido “bombardeado” constantemente durante la construcción de su identidad, que ante sí mismo aparece la norma y el deseo de cumplirla, como una necesidad de sí mismo. En la formación de la identidad, el *yo* tiene que ir acomodando sus propias necesidades, al ordenamiento social; desde su estado preconsciente, el *yo* de cada persona permanece expuesto al control social. En el caso de los “soldados” militares o religiosos, la disciplina ha transformado su *yo*, sujetándolo a la verdad y al deber; ya que el cumplimiento del deber es una necesidad para todo ser disciplinado.

En la formación de religiosos o militares, el deseo del autosacrificio es un valor que se les va inculcando a diario, es decir el deseo de negarse a sí mismo, como prueba máxima de amor y lealtad, a Dios o a la patria, respectivamente. Desde la infancia se ha inculcado a los niños el deseo de servir, pero el servicio militar o religioso demanda siempre un grado de autonegación, de renuncia a sí mismo.

Las tecnologías del *yo*, alcanzan en la formación religiosa o militar un desarrollo máximo; ya que a través de la disciplina y el orden, seminaristas y cadetes, irán gradualmente perdiendo su propia personalidad, alimentando una identidad que les ha sido asignada; más que por un deseo propio, deben reafirmar el discurso que sobre ellos se pronuncia.

⁶⁹ Foucault, M. *Tecnologías del yo*. p. 59

En el Colegio Militar o en el Seminario Mayor los candidatos a oficiales o sacerdotes, deben efectuar por cuenta propia y/o con ayuda de sus tutores y directores, cierto número de transformaciones en sus cuerpos y/o en sus pensamientos, conductas o forma de ser, realizando la transformación de sí mismos con el objeto de lograr un mayor grado de perfección, pureza, sabiduría, normalidad y disciplina. El propósito final, es la renuncia a sí mismo, es decir, la transformación final se logra cuando el *yo* ha perdido toda identidad consigo mismo.

En el Colegio Militar de México, cada tarde cuando termina de pasarse lista, de arriar la bandera, entonar el himno nacional y de leerse la orden del día, se procede a un desfile en la plaza de maniobras. El director del Colegio preside la ceremonia, delante de él y de su estado mayor, los cadetes marchan en columnas de desfile. En la última evolución del desfile de "honor" entonan el himno del Colegio Militar, la tercera estrofa dice así: "En un gesto sublime, de amor y de cariño, bendice a los efebos, que supieron morir...". La muerte es concebida como un sacrificio heroico en homenaje/defensa de la patria; la preparación militar de un cadete impone una *necrofilia* en la identidad de los cadetes, que por sí misma implica la anulación de la personalidad, de los deseos del *yo*.

La *formación* militar requiere de una relatoría estoica de sí mismo, del cuidado de sí mismo. En el cumplimiento de su misión, los oficiales mexicanos deben tener presente que su personalidad está diluida en las órdenes, cuyo cumplimiento exige únicamente la obediencia. La identidad del sujeto debe ser remplazada por una negación del *yo*, la subjetividad es siempre obediente; los *deseos* han sido formados en la obediencia, ya no existe una pulsión del *yo*, en su lugar está el deber de la obediencia, que ha sido instalado en el *yo* como un *deseo*. "Las órdenes deben ser cumplidas con exactitud e inteligencia, sin demora ni murmuraciones, el que las recibe sólo podrá pedir que le sean aclaradas cuando le parezcan confusas... Se abstendrá de emitir cualquier opinión, salvo en el caso de hacer aclaraciones respetuosas..."⁷⁰.

⁷⁰ SDN, *Idem.*, p. 8

La obediencia, el deber, en fin la disciplina militar demanda una negación absoluta de la individualidad independiente. La obediencia militar debe estar presente en todo acto del oficial, dentro o fuera del servicio. El cumplimiento del deber inhibe las pulsiones del *yo*, suplantándolas por *deseos formados* en la preparación militar: los ejercicios a los que son sometidos los candidatos a oficiales del ejército mexicano, los llevan día con día, a aceptar y desear la obediencia y la disciplina. El *yo* disciplinado militarmente acepta la obediencia como un placer, *sustituyendo sus pulsiones por el deseo de servir*.

“Aquí la obediencia es un control absoluto por parte del maestro, y no un estado final de autonomía. Es un sacrificio de sí, del deseo propio del sujeto. Esta es la nueva tecnología de *yo*”⁷¹. La subordinación militar, que debe mantenerse rígidamente entre grado y grado de la jerarquía militar, depende de la obediencia. Los militares mexicanos en formación deben someterse a una renuncia de sí mismos. *El sacrificio del sí*, está presente en el cumplimiento de cada orden, a cada momento: en la forma de “saludar”, en la forma de “marchar”, de hablar, de ordenar. El *yo* sumido en una vorágine de obedecer y mandar, queda anulado en sus intenciones autónomas, sus instintos deben ser disueltos en la disciplina y el orden.

La cultura de la muerte, la *necrofilia* constante en la que viven, es solamente la parte grotesca de su autodestrucción individual y colectiva; la renuncia a la vida es la forma visible de su renuncia a sí mismos. El respeto a la propia diferencia es un *delito* que se castiga con toda la dureza de la institución, pero que a nivel capilar se ejecuta por los actores de formación, los grupos de adiestramiento se vuelven unidades homogéneas que expulsan, persiguen, vigilan y castigan la diferencia. La personalidad de un militar debe ser homogénea, con el mismo sentido de deber y de obediencia; la individualidad de la diferencia debe ser anulada. El encierro de formación militar se especializa en el control de la identidad, haciendo de un conglomerado multiforme una unidad compacta y homogénea.

“- Todos éramos todo- dijo Alberto. Sólo Arana era diferente. Por eso nadie se juntaba con él. Lo odiaban. Toda la sección lo odiaba, no tenían motivo, él no se metía con nadie. Pero lo odiaban porque no le gustaban las bromas ni las pelás. Lo volvían loco, lo batían todo el tiempo y ahora lo han matado”⁷². La diferencia, las pulsiones inconscientes deben ser expulsadas, sólo se puede aceptar el deber de la obediencia y la homogeneidad. En el Colegio Militar, la clase⁷³ es un elemento formativo de unión y de homogeneidad, ya que un cadete aislado tiene menos posibilidades de terminar su formación que aquel que se integra a la “antigüedad”, en este sentido un cadete diferente de los otros es excluido por su propia clase, lo que le resta posibilidades de graduarse como oficiales.

La formación religiosa de un seminarista, en este sentido es mucho más profunda y amplia, porque el deber de obediencia viene acompañado de otros deberes que tienen el mismo fundamento, la anulación del yo. El ejercicio religioso demanda una formación espiritual constantemente vigilada, la negación de sí mismo es mucho más depurada. “El monje debe tener permiso de su superior para hacer cualquier cosa, incluso morir. Todo lo que hace sin permiso es robar. No hay un sólo momento en el que el monje pueda ser autónomo. Incluso para convertirse él mismo en director, debe mantener un espíritu de obediencia. Debe mantener un espíritu de obediencia como un sacrificio permanente del control completo que de su conducta tiene el maestro. El yo debe de constituirse a sí mismo a través de la obediencia”⁷⁴.

⁷¹ Foucault, M. *Tecnologías del yo*. p. 88

⁷² Vargas Llosa, M. *Op. Cit.* p. 278

⁷³ La clase de cadetes postulantes es conocida comúnmente en el Colegio Militar de México como “antigüedad”, se refiere a la generación de aspirantes que realizan al mismo tiempo su solicitud de inscripción, que han sido aceptados y “bautizados” al mismo tiempo.

⁷⁴ Foucault, M. *Tecnologías del yo*. p. 89

El religioso en formación, además de mantener una *homogeneidad de actitud y pensamiento*, debe sobre todo mantener una homogeneidad de espíritu, que será vigilada por sus compañeros, pero principalmente por su director espiritual⁷⁵, que le trasmite a través del *buen encauzamiento*, los pensamientos puros y santos. La depersonalización del religioso es, por lo tanto, una técnica de disciplinización a la que se somete el postulante, con el propósito de extraer de sí mismo sus pulsiones, para *implantar en su lugar la norma del servicio, el deber y el sacrificio*⁷⁶.

El religioso *se forma en el deseo* de dar la vida por los otros, por su comunidad, en el deseo de *dar la vida por las ovejas*: "...Siguiendo el consejo de Pablo, vela por sí mismo y por su enseñanza, ya que busca salvarse a sí mismo y a quienes lo escuchan(...). Renunciando a sí mismo, se consagra al Evangelio, haciéndose todo con todos, para ganarlos a todos (...) y muere cada día a su viejo yo, para ser coherente con lo que predica, no sea que habiendo proclamado el Evangelio a los demás, resulte él mismo descalificado(...)"⁷⁷. El religioso *formado no puede ser él mismo*, el cuidado de sí mismo se convierte en una vigilancia de sí mismo; ya no puede desear nada para él como persona; sino que debe desear el bien común. La enseñanza del Evangelio, para la que fue *formado*, ha puesto en su mente y en su cuerpo una vigilancia sobre sus propios deseos, que deberán ser reprimidos o denunciados, ante el director espiritual.

El deseo religioso es un deseo *formado* en el servicio y el sacrificio para los otros. El religioso se debe *conocer*, es decir vigilar sus pulsiones, "...ser cambista y observar sus propios pensamientos: significa que hay que intentar descifrar, si en la raíz del movimiento que a uno le proporcionan sus representaciones, hay o no concupiscencia del deseo: si tu pensamiento inconsciente posee orígenes demoníacos... quizás ocultos..."⁷⁸.

⁷⁵ Dentro de los centros de formación religiosos, existe el encargado de novicios y el director espiritual; este último está encargado de cuidar de la formación espiritual de los postulantes, ya que aconseja sobre sus pensamientos y actos en la confesión, que es un sacramento.

⁷⁶ Si el mismo Cristo vino a la tierra para sacrificarse por la humanidad, el religioso católico está destinado *per se* al autosacrificio, por el bien de la comunidad.

⁷⁷ Comisión episcopal de Seminarios y Vocaciones. *Ordenamiento básico de los estudios para la formación sacerdotal en México. Conferencia del Episcopado Mexicano, Mex., 1996. pp. 83-84*

⁷⁸ Foucault, M. *Tecnologías del yo*. pp. 77-78

En el servicio religioso no existen motivaciones personales, cada acto del religioso *formado* debe ser expresión o representación de la vida de Cristo. “Como ministros de lo sagrado, señaladamente en el sacrificio de la misa, los presbíteros representan a Cristo, que se ofreció a sí mismo como víctima por la satisfacción de los hombres; de ahí que se les invite a imitar lo que tratan, en el sentido de que, celebrando el ministerio de la muerte del Señor, procuren mortificar sus miembros de vicios y concupiscencias”⁷⁹. Cada religiosos formado ha de ser su propio censor, ya que a pesar de que en su formación exista una cultura de vida, en el fondo la renuncia a sí mismo, es la meditación sobre su propia muerte. Militares y religiosos, son *formados en el deseo de su muerte*. El *deseo formado* debe ser productivo, sublimado, subordinado a la moral y a la verdad.

Así, todo comportamiento puede ser clasificado de acuerdo a una escala de *normalización y patologización* de la personalidad a través de la confesión del deseo. Una vez que se tiene conocimiento sobre los deseos se puede dar un diagnóstico de *perversión*, por lo que pueden y deben aplicarse técnicas correctivas del deseo, por el bien del individuo y de la institución. “Toda una ‘ortopedia’ del sexo (deseo) encuentra su justificación”⁸⁰. Las tecnologías del *yo*, proponen un tipo particular de discurso y técnicas concretas, que supuestamente revelan un conocimiento del *yo* más profundo. Este poder de revelación ejerce sobre los “soldados” en particular, y en general sobre las personas, un poder de seducción que las atrapa en relaciones de poder difíciles de percibir o romper⁸¹; acercando así el deseo al poder, uniéndolos de forma indisoluble, el deseo de saber se vincula entonces al poder del saber; poder y saber convergen en el deseo.

⁷⁹ Concilio Vaticano II. *Decreto sobre el ministerio y vida de los presbíteros*. 8ª ed. Librería Parroquial de Clavería, Mex., 1986, p. 250

⁸⁰ Dreyfus y Rabinow. *Op Cit.* p. 191

⁸¹ *Idem.*, p. 193

2.5. La formación los saberes.

La verdad sobre *sí mismo*, la indagación exhaustiva de los deseos ha producido un saber que posee la clave de la verdad; el fin de este saber analítico es la utilidad, la moralidad o la verdad. El deseo *formado* es al mismo tiempo un saber y una verdad creados en el mismo proceso; saber, poder y deseo forman la triada en el discurso del *yo*, el saber sobre *sí mismo* y sobre los demás demanda el manejo del discurso sobre *sí mismo* y los otros.

Ahora bien, deseo, poder y verdad quedan contenidos en el discurso del *yo*. “El deseo cultural de saber la verdad sobre uno mismo incita a decir la verdad: en una confesión tras otra, a uno mismo y a los demás esta *mise en discours* ha colocado al individuo en una red de relaciones de poder con aquellos que se creen capaces de extraer la verdad...”⁸².

El conocimiento de *sí mismo* exige un control/manejo de las técnicas del *yo*, en particular la de la confesión. Es mediante ella que los sujetos se van conociendo a *sí mismos* en relación con la autoridad, que en última instancia es el referente de “normalidad” y de “verdad”. El conocerse a *sí mismo* se transforma en la relación primaria y modelo de las relaciones de poder, pues para que un individuo se autoconstituya en sujeto debe pasar un examen de conocimiento de *sí mismo*, avalado por una autoridad competente, así el conocimiento de *sí mismo*, ejerce sobre la conciencia del sujeto un sometimiento al discurso y a la “verdad”.

El conocimiento de *sí mismo*, ha requerido de la confesión como técnica primordial en la conformación del *yo*, la confesión es un componente central en las tecnologías disciplinarias para normalizar y controlar lo cuerpos, las mentalidades y las sociedades. El sujeto que conoce es un objeto conocido para otros, que por lo mismo es parte del discurso y del método de conocimiento.

La individualidad cognoscitiva implica un sujeto cognoscible para los demás, pero principalmente para la autoridad. El juego entre la autoridad que observa y el sujeto que evade la vigilancia, seducen a ambos en el desarrollo del proceso del conocimiento; el que conoce y lo que se conoce juegan a la persuasión/evasión, por lo que ambas partes sucumben al deseo de saber. El poder se vuelve atractivo para el sujeto que se conoce a sí mismo (o que está en este proceso cognoscible), que lo busca para poseerlo y usarlo; sobre su *yo* o sobre los demás; por lo que "... el poder no es violencia estricta ni pura coerción, sino la interrelación de las técnicas de disciplina, y de manera menos obvia, tecnologías del yo"⁸³.

El sujeto que quiere conocerse a sí mismo, encuentra en la confesión de la *verdad* de sí mismo, el único método de su objetividad; el conocimiento de la *verdad* sobre sí mismo se logra por la confesión. "La clave en la tecnología del *yo* es la creencia de que uno puede, con ayuda de expertos, decir la verdad sobre sí mismo"⁸⁴.

Del mismo modo, decir la verdad sobre sí mismo es una confesión arrancada, como lo es todo saber; porque también cualquier saber de otro objeto o sujeto; es en el fondo una *verdad* confesada; todo conocimiento es un *saber* confesado. Los sujetos y los objetos, son obligados por el poder a decir la *verdad* de sí mismos.

El método cognoscible es de examen y confesión; con el fin de producir *verdades*, discursos, además de cambios en las actitudes y los deseos de las personas o en las formas de los objetos. El individuo se ha convertido en un objeto de conocimiento, tanto para sí mismo como para los otros; un objeto que dice la verdad sobre sí mismo con el firme propósito de conocer y ser conocido, en última instancia un objeto que puede efectuar cambios sobre sí mismo.

⁸² *Idem.*, p. 193

⁸³ *Idem.*, p. 193

⁸⁴ *Id.*, p. 193

“La confesión de la verdad se inscribió en los procedimientos de individualización por parte del poder”⁸⁵. El conocimiento de sí mismo es la metamorfosis del *yo* en individuo; uniendo la individualidad al poder y al saber. Conocerse a sí mismo, es en el fondo controlarse, vigilarse y decir la verdad de sí mismo; es ser elemento del poder, capaz de ejercerlo y someterse a él. El que sabe decir la *verdad* de sí mismo, forma parte de las redes del poder normalizador. “El hombre... ha llegado a ser un animal de confesión”⁸⁶. Todo conocimiento procede de una *verdad* confesada, el sujeto objetivado por el conocimiento, autoconstituido en su conciencia, es simplemente una confesión de saberes.

Ahora bien, toda confesión necesita de un confesor, pues al igual que existe el conocimiento por la relación entre un sujeto cognoscente y otro cognoscible, también la confesión requiere de la relación entre un confesante y un confesor. El confesor, siempre es más sabio, bondadoso, justo, en fin más *normal* que el confesante; de ahí deriva su poder para interrogar y confesar. La confesión es una relación de poder, que pretende llevar al individuo hacia la *normalidad*, a través de un discurso sobre sí mismo. El conocimiento del *yo*, es un discurso de sí mismo por medio del cual se accede al poder y al saber; pero el discurso de sí mismo se le da a la persona para que sea ella quien lo objetive en su *yo*.

La *verdad* del confesante, sobre sí mismo, es el discurso de él; dado siempre por la autoridad del confesor. El poder le confiere al confesor, por medio del saber y la *verdad*, autoridad para dictar la individualidad del confesante; entonces todo saber sobre él es una verdad formada y transmitida por el confesor.

Es la autoridad adquirida por el saber y el poder, la que hace del confesor un guía espiritual del confesante. El que se confiesa espera que el confesor le revele su propia identidad; el confesor se convierte en *pastor*⁸⁷; él tiene la función de “... cuidar permanentemente de todos y cada uno, ayudarles, y mejorar sus vidas”.

⁸⁵ Foucault, M. *Historia de la sexualidad I*. Siglo XXI, Mex., 1991 p. 74

⁸⁶ *Idem*, p. 75

⁸⁷ Foucault divide el poder entre el del Estado y el pastoral. Al primero lo relaciona con la soberanía, en tanto que al segundo lo relaciona con la disciplina. El poder pastoral individualizador e individualizante, que se

El saber primario, el de sí mismo, sólo se puede lograr por una vía: contar a nuestro director espiritual, a nuestro *pastor*, todos nuestros pensamientos y obedecer en todo a nuestro maestro; comprometiéndonos a verbalizar todos nuestros deseos permanentemente, para lograr un discurso de nosotros mismos. En este sentido, todo director espiritual, *pastor* y “soldado” debe prepararse en el conocimiento de sí mismo y de los otros. La formación de un religioso o la de un militar exigen el autoconocimiento, la meditación, la introspección y la verbalización de sí mismo con el propósito de lograr el conocimiento del *yo* individual.

A los presbíteros y militares, se les convierte en *pastores*, ya que después de su formación se les encomendará un rebaño; del que deben ser responsables, someter a la obediencia por medio de la persuasión y el ejemplo, porque el lazo con el *pastor* es un lazo individual de sumisión personal; ejercer un control y una vigilancia individual de cada una de las ovejas que se le encomiende; pero sobre todo se les encomienda “... conseguir que los individuos lleven acabo su propia <modificación> en este mundo”⁸⁸.

En el Seminario Mayor, una vez concluida a formación formal del postulante, ya ordenado, se le asigna una parroquia; la cual no comprende únicamente el templo en sí; sino que involucra principalmente a la población que vive dentro de los límites de su jurisdicción eclesiástica.

El prelado debe evangelizar a la población⁸⁹ de su parroquia, para lo cual debe conocer a cada uno de las personas de su comunidad y realizar tareas en beneficio de ésta en su conjunto, pero también de cada uno de los individuos de su territorio. Por ejemplo, el llevar los santos óleos a los enfermos, requiere que el presbítero conozca a cada uno de los enfermos de su parroquia, saber cuál es la enfermedad que tiene, su estado de salud y su estado de ánimo; llegando incluso a preparar a sus ovejas para la muerte, por medio de la confesión y el perdón de sus pecados.

ocupa del cuidado y del control de su rebaño en general y en particular; es decir el que debe conocer las necesidades del rebaño en su conjunto; como la de cada una de sus ovejas por separado. En este sentido, un pastor es guía y guardián de los actos, deseos y necesidades de cada una de las ovejas. Cfr. Foucault, M. *Tecnologías del yo*. pp. 95 - 140

⁸⁸ Foucault, M. *Idem.*, p. 117

⁸⁹ Los elementos constitutivos de un Estado son: la población, el territorio y las leyes. La población es por lo mismo uno de los elementos de gobierno. Haciendo un paralelismo entre la distribución político territorial del Estado y de la Iglesia Católica, la parroquia se ubicaría en el nivel de una ayudantía municipal. En todo caso la población es el elemento fundamental en su gobierno.

El postulante a oficial del ejército mexicano, cuando termina sus estudios y obtiene el grado de subteniente, se le asigna a una regimiento o batallón, dependiendo del arma en la que se especializó. Cuando se incorpora a su regimiento/batallón se le da el mando de una escuadra, pelotón o sección; que involucran de 6 a 33 individuos. Sin embargo, durante toda su vida militar será el responsable de sus subordinados, aumentando el efectivo conforme aumente su jerarquía. Así "... todo militar con mando deberá conocer a sus subordinados: su mentalidad, su procedencia, sus aptitudes, su salud, sus cualidades y defectos"⁹⁰. El oficial egresado del Colegio Militar de México, por el simple hecho de haber obtenido un grado en la jerarquía militar, se convierte en un militar con mando.

Ahora bien, la labor de presbíteros y oficiales, debe culminar con la evangelización de la comunidad de una parroquia, o con el entrenamiento y preparación, con la *instrucción* para el combate de los subordinados en los cuarteles mexicanos. En otras palabras, el deber de un religioso o un militar *profesional* es la transformación de su población. Es el saber y su reproducción, lo que debe lograr la transformación de las personas; el saber de sí mismo en medio del discurso de verdad imperante.

Es esta preparación del saber, la que demanda una *formación* especializada en la *verdad* y en la reproducción del discurso. El *pastorado* es una técnica complicada que requiere cierto nivel de cultura⁹¹, que refleja una *formación* especializada en el saber. El saber asimilado en la preparación militar o religiosa, propone una serie de elementos de verdad sobre los cuales las personas pueden montar los discursos de su personalidad, en otros términos, el saber permite una verbalización del *yo* coherente y articulada con la verdad dominante.

⁹⁰ SDN, *Idem.*, p. 8

⁹¹ Foucault, M *Idem.*, p. 119

El resultado de esta *formación* en el saber, es un conocimiento ya dado sobre el *yo* y sobre la realidad. El presbítero o el oficial no saben, ni conocen más de lo que saben y conocen sus superiores. En este sentido, todo el saber adquirido y transmitido, es la reproducción de un discurso de *verdad* sobre la personalidad y la realidad. No existe una creación, ni un descubrimiento propio de la conciencia que conoce, tan sólo existe una ampliación y reproducción del saber normalizador.

Los religiosos y militares *profesionales* se entrenan en un discurso de la realidad, del cual forman parte, integrando su *yo* a la normalización. El conocimiento dado impide el acceso o el descubrimiento a nuevos conocimientos; pues toda *verdad normal* es ya conocida por los superiores. El poder del superior, es el saber del subordinado; el poder es saber y viceversa.

Los esfuerzos de autoconocimiento particular, independiente de los discursos del poder, son imposibles en una personalidad disciplinada por que los nuevos conocimientos no se pueden integrar a la *cadena de mando* o en la *verdad* del discurso dominante; pero además se vigila estrechamente el pensamiento, a través de la confesión, para que las personas no duden de la *verdad* sobre sí mismos que se les ha dado, por lo que no es necesario buscar *otra verdad* sobre su propio *yo*.

El saber disciplinado es un saber productivo, un conocimiento sobre sí mismo o sobre cualquier otro objeto que no posea esta característica es subversivo a la normalización. El conocerse a sí mismo está vigilado, impidiendo que se realicen reflexiones *ociosas* sobre el *yo*. Lo propio del poder es "... ser represivo y reprimir con particular atención las energías inútiles, la intensidad de los placeres y las conductas irregulares"²². Formados en el saber/poder, un religioso o un militar no puede especular sobre su propia identidad, sobre su labor o sobre la realidad, porque están sujetos en una obediencia de pensamiento y de racionalidad. No existe una verdad por descubrir, ya que todo el saber está dado.

La importancia del *saber formado*, radica en su potencial de dominación/seducción de la personalidad en la *verdad discursiva dominante*. No se trata de buscar la quinta esencia del *yo*; sino más bien se busca la colonización del *yo*, por la *verdad*. “De ahí, por último, que el punto importante no será determinar si esas producciones discursivas y esos efectos de poder conducen a formular la verdad...o, por el contrario, mentiras destinadas a ocultarla, sino aislar y aprehender la ‘voluntad de saber’ que al mismo tiempo les sirve de soporte y de instrumento”⁹³.

El presbítero y el oficial, no basan sus acciones en el conocimiento de la realidad, sino en el sometimiento a la obediencia *voluntaria*, la “voluntad de saber” es el deseo de la colonización del *yo* por la obediencia. El saber que dominan es un conocimiento que los somete, que les impide cambiar de perspectiva y desobedecer. Conocen en la medida y en la profundidad que obedecen. Su cuerpo y su mente, se conocen a sí mismos obedientes.

La realidad también debe de obedecer su saber, de lo contrario no existe. La realidad de un *saber formado* está disciplinada, una realidad fuera del orden es negativa y por lo tanto inexistente. Baste como ejemplo de esto un cuento sobre la obediencia y la subordinación militar: El comandante pregunta al soldado: - ¡Soldado! ¿Qué hora es? y el soldado responde - La que usted ordene, mi comandante. Ya no hay que pensar nada, ya no hay que buscar nada; todo ya está conocido. El que tiene el poder de mandar y confesar, posee por lo mismo la verdad y el saber.

La *formación* de un “soldado” requiere un reticulado de miradas, que parten de todas partes y hacia todas partes se dirigen. Es un mecanismo despersonalizado de control y creación de la subjetividad guerrera. Enseñar a un militar o a un religioso a conducirse, es enseñarlo a pensar y a vivir. La disciplina militar y eclesiástica manejan con igual destreza la disciplina y el biopoder; porque *formar* un “soldado” es crear un individuo productivo, en medio de una vida controlada.

⁹² Foucault, M. *Historia de la sexualidad I*. p. 17

⁹³ *Idem.*, p. 19

En el denso reticulado de control y vigilancia, *se forma una subjetividad* que es conocida y que conoce; que sabe cómo actuar, pero que también se conoce cómo actuará. Nadie en concreto vigila, y sin embargo, cada acto, movimiento, sensación, pensamiento y deseo de un “soldado” está controlado, *pues en la formación se calcularon los resultados de su vida formada*. Antes de que el sujeto formado en el encierro militar o religioso actúe, se sabe cuál es el resultado de su acción.

Capítulo 3. Las disciplinas; la transformación del ser.

En el centro de la disciplina y el poder, se encuentra el individuo; la individualidad es por lo tanto el objeto y el objetivo del poder, es a la vez medio y fin. Porque el poder sólo se ejerce por individuos, sobre sus semejantes. Así, la disciplina militar y religiosa está formada por individuos, para gobernar a toda la sociedad. Para el logro de su propósito, ambas disciplinas requieren de *formar* sujetos, pero también demandan involucrar a la sociedad en sus fines estratégicos de gobernabilidad¹, pues de ésta saldrán los cuadros de mando y control que militares y religiosos emplean para el gobierno de la sociedad.

La sociedad se involucra con las disciplinas militares y religiosas, manteniendo un canal de comunicación constante, de forma tal que un presbítero o un oficial mexicano, siempre tendrá un sitio dentro de la estratificación social mexicana; desde el cual pueden cuestionar y manipular la conducta del grupo, con el fin de mantener el gobierno de las disciplinas sobre la sociedad. Además, las disciplinas llegan a las personas a través de sus agentes disciplinados, creando un flujo de comunicación lineal de las disciplinas hacia la comunidad, por medio del cual la comunidad responde mandando personas a *formarse* en los centros educativos o religiosos.

Las disciplinas emiten criterios de gobierno, que la comunidad acepta o rechaza, pero nunca se les cuestiona para cambiarlos. Por ejemplo, la posición de la iglesia católica mexicana sobre el aborto y el control de la natalidad, puede ser escuchada y obedecida por los feligreses católicos, pero ellos nunca están en posibilidad de entablar un diálogo con la autoridad eclesiástica. La única forma de que la comunidad pueda mandar un “mensaje” a las disciplinas militares o religiosas, es por medio de una persona que pase a formar parte de ellas.

¹ El contacto entre las tecnologías de dominación de los demás y las referidas a uno mismo, es lo que Foucault, llama gobernabilidad. Cfr. Foucault, M. *Tecnologías del yo*. p. 49

En realidad el intercambio de información y comunicación, entre las disciplinas y la sociedad se realiza únicamente por la movilidad de individuos de uno a otro plano, es decir, del seminario/cuartel a la casa. En este sentido, la labor de gobierno que realiza un presbítero es mucho más clara que la de un oficial mexicano, toda vez que el religioso ya formado, se le envía a una parroquia en la que tiene comunicación directa con la comunidad católica, de la cual forma parte como miembro y como pastor. Desempeñando sus labores de gobierno cotidianas, el presbítero comunica las políticas de la iglesia católica a la comunidad. Difunde la palabra de Dios, pero no puede permitir un cuestionamiento a la interpretación que hace la disciplina católica a ella.

La jerarquización de la iglesia católica obligó a separar a los presbíteros de las comunidades, instalándolos por encima de ellas. Por esto mismo, la comunidad está impedida para cuestionar a la iglesia católica ante el presbítero respetuoso de la jerarquía romana. La única posibilidad de comunicación es volverse parte de la disciplina religiosa; la posibilidad de cambiar las formas de gobierno radica en ser parte de ellas. La poca influencia que actualmente tiene la comunidad sobre la doctrina de la iglesia, impide que sea parte de la disciplina católica, lo que motiva vocaciones para la manipulación de la propia comunidad.

Los “soldados” militares y religiosos, al no hablar con la sociedad, obligan a los individuos a involucrarse en ellas, llegar a formar parte de ellas. Militares y religiosos al ejecutar el gobierno, conducen a los individuos a “enrolarse” en la iglesia o en el ejército. Cada acto de gobierno de estas disciplinas produce el doble efecto de controlar a la sociedad y de crear el deseo en las personas de formar parte de ellas; se produce un control individual que promueve un deseo en las personas para integrarse a cualquiera de las disciplinas.

Las disciplinas contribuyen al control de la sociedad, pero al mismo tiempo producen efectos de gobernabilidad en los individuos, que los lleva a buscar su propia disciplinarización y control a través de la *formación* militar o religiosa. El poder produce la seducción de los sometidos, invitándolos a formar parte del “ejército” de “soldados” disciplinados por el poder normalizador.

3.1. La vocación

Las disciplinas militares y religiosas, son el tipo de disciplinas que se desarrollan en las sociedades, como modelo de un sueño o utopía y al mismo tiempo como prácticas o sistemas de reglas de una institución², porque se presentan ante el individuo como el método de su propia autotransformación para el servicio y gobierno de los demás (voluntad de servicio); ya que tanto en la iglesia como en el ejército se desarrollan técnicas de poder orientadas hacia los individuos, interesadas en llevarlos en una dirección continua y permanente.

“El sacerdocio³ forma parte de una legalidad completa, que abarca totalitariamente la vida del hombre y, se encuentra íntimamente relacionada con las estructuras políticas, económicas y también familiares... La estructura sacerdotal como parte del sistema legal, no puede ser ajena a las otras ramas del aparato estatal y, al contrario participa en sus campos, sacralizándolos y ... ejerciendo a veces papeles supletorios, ante la debilidad e ineficiencia de los otros elementos dominantes⁴. El presbítero y el oficial mexicano al formar parte de instituciones de control social, están subordinados a las estrategias de gobierno del Estado, por lo que tienden a romper el diálogo con la gente; ya que la jerarquía de la que forman parte los va separando de la comunidad, al colocarlos por encima de ésta.

La *vocación*, por sí misma, se entiende como una orientación hacia la vida religiosa; sin embargo, la secularización de la sociedad ha llevado el vocablo a la orientación por cualquier profesión. Pero, tanto para a iglesia como para el ejército, la *vocación* es sin duda, el deseo de vivir la disciplina sobre sus mentes y sus cuerpos, en función de un servicio, religioso o militar, hacia los demás. Tener *vocación para la carrera de las armas*, es el primero de los requisitos de admisión que señala la convocatoria para el ingreso al Colegio Militar de México. La *vocación* es igualmente necesaria para ingresar a un seminario, ya que “... la vocación sacerdotal... se entiende únicamente desde el contexto eclesial: en la iglesia y para la iglesia; jamás se comprenderá como un simple deseo personal, ya que es una participación del único sacerdocio...”⁵.

² *Idem.*, p. 42

³ Lo mismo se puede decir de la oficialía del ejército mexicano.

⁴ Bulnes Aldunate, Juan. *Sacerdocio y dominación*. Centro Intercultural de Documentación. Sondeos No 75, Cuernavaca, Mex., 1971, p 5/3

⁵ Comisión Episcopal de Seminarios y Vocaciones. *Normas básicas para la formación sacerdotal en México*. Conferencia del Episcopado Mexicano, Mex., 1996, p. 27

Ahora bien, el problema estriba en ¿Cómo se induce/genera una *vocación* en la personalidad? La iglesia y el ejército demandan jóvenes con *vocación*, el aspirante a ingresar en los centros de formación religiosa o militar debe poseer *vocación* para poder ser aceptado. La iglesia y el ejército, no son por lo tanto los únicos que inducen a la *vocación*; es decir, el fomento de la *vocación* no es responsabilidad ni de la iglesia, ni del ejército; ya que existen otros factores condicionantes. La demanda de vocaciones para el servicio religioso depende en gran medida de la comunidad, es de ella y en ella en donde se manifiestan las bondades de este servicio; y por lo tanto, la comunidad misma es la que proporciona y cuida las vocaciones. En México, los presbíteros gozan de la simpatía y la admiración de la mayor parte de la sociedad; lo que nos permite suponer, que es la misma sociedad la que a través de los tutores se encarga de fomentar el deseo del servicio religioso. El caso del ejército es diferente; porque en México, en contraste con otros países Latinoamericanos; el instituto armado no ha formado una “estrato” social prestigiado y/o prestigioso; por lo que la sociedad mexicana sigue viendo con desconfianza al ejército; amen de la ecuación que iguala a todo militar a un *guacho*.

Esto dificulta la promoción de vocaciones militares, por parte de la sociedad mexicana; reduciéndose en todo caso a las familias de los militares, para las que el ingreso de uno de sus miembros al Colegio Militar es un hecho significativo. Por otra parte, hay que tener presente que el ingreso a estos centros de formación, por el estereotipo de disciplinarización forzada, es considerado como *correctivo de conductas desviadas*; principalmente en el caso del Colegio Militar, ya que los seminarios no desempeñan un papel de formación secular.

La *vocación* tiene que ver por lo tanto, con el manejo de la “imagen” social de la disciplina religiosa o militar; puesto que del valor que tenga para la sociedad el *servicio* religioso o armado dependerá la inducción vocacional hacia el clero o el ejército. La iglesia católica ejemplifica mejor el *servicio* de la autoridad: “... la costumbre otorgaba a los obispos, amplias oportunidades de precedencia, vanidad y ambición, y hace sospechar una situación privilegiada que les permitía constituirse en anfitriones de sus hermanos y sostenedores de viudas. Poco a poco se van marcando en los documentos de la época la separación y preeminencia de los obispos sobre la comunidad”⁶. El deseo de servir oculta el deseo de ejercer el poder.

⁶ Bulnes Aldunate, Juan. *Op. Cit.* p. 5/4

Aquí volvemos a la consideración del poder como voluntad de servicio y no como una guerra continua; es el sentido de la tradición occidental de la reflexión política que se ocupa de la vida justa y buena. El poder político de la iglesia, y el del ejército como defensor de la sociedad, descansa en un orden más amplio que el del ejercicio del poder personal; que es el de guiar a los hombres hacia una vida buena y justa; pero también el de cuidar de ella.

La iglesia, al igual que el ejército; se debe esmerar en ocultar sus funciones de gobernabilidad social, tratando de mantener una apariencia de desinterés político, suplido por su *vocación* de servicio a los demás. Porque la función principal de un “soldado” es garantizar la paz y la seguridad social, tanto el presbítero como el oficial mexicano, deben esforzarse, al menos formalmente, en mantener la paz y asegurar la vida de la comunidad. Los presbíteros “... por el don del Espíritu Santo que se les da en la sagrada ordenación... tienen el ministerio de enseñar, santificar y *apacentar* al pueblo de Dios”⁷.

Por su parte, todo militar con mando; todo oficial del ejército mexicano debe “... garantizar la soberanía y la seguridad nacional”⁸; de esta misión general del ejército mexicano se deriva el Plan DN-III-E “Ayuda a la población civil en casos de desastres”. La utopía del servicio a los demás no debe ser difundida como estrategia de gobernabilidad; de tal forma, que las técnicas de gobierno que imponen las disciplinas militares y religiosas no impidan la atracción de las vocaciones. El poder disciplinario junto con el bio-poder⁹; juegan a simular la inexistencia del otro en la gobernabilidad social; para no opacar con su presencia opresiva las voluntades de las vocaciones.

⁷ Concilio Vaticano II. *Decreto sobre el ministerio y la vida de los presbíteros*. p. 259.

⁸ SDN. *Ley orgánica del ejército y la fuerza aérea mexicana* Mex., 1989, p. 12

⁹ Foucault dice que el bio-poder es la instalación de mecanismo de seguridad entorno a todo lo que haya de aleatorio en las poblaciones vivientes. Se trata de optimizar Estados de vida...por medio de mecanismos globales obteniendo Estados totales de equilibrio y regularidad. *Cfr.* Foucault, M. *Genealogía del racismo*. p. 176

En este juego de presencia - ausencia de las técnicas disciplinarias y el bio-poder, se deja ver la oportunidad de ejercer el poder normalizador para quienes tomen la vida religiosa o la carrera de las armas; pues la *vocación* no incluye una negación discursiva del anhelo de poder de un aspirante a ingresar al ejército o a la iglesia.

La vida religiosa, a pesar de los votos de pobreza, castidad y obediencia, no rompe con el ejercicio del poder normalizador, ya que una de las funciones de los ministros religiosos es mantener la gobernabilidad. Lo mismo pasa con la carrera de las armas, ya que el juramento de bandera se compromete el militar ha "... cumplir y hacer cumplir la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, y todas las leyes que de ella emanen"¹⁰; pero en todo caso no se niega el uso de la fuerza, es decir, el uso violento del poder para garantizar la gobernabilidad.

El hecho de que ambas instituciones estén comprometidas con la gobernabilidad, permite observar dentro de ellas el uso del poder, tanto disciplinario como del bio-poder; es decir, tanto en la disciplinización de la sociedad, como en el garantizar la seguridad interna de la sociedad. Así, las vocaciones, militares o religiosas, tienen presente tanto la práctica del poder, y por lo mismo la posibilidad de cambiar de estrato social. "Se es siempre gobernante o gobernado... por un juego de órdenes enviadas o recibidas, de controles de aplicación de decisiones tomadas..."¹¹. Podría decirse, a riesgo de generalizar, que en realidad no hay una *vocación* de servicio, sino de poder. Por la promesa de ejercer este poder garantizando la gobernabilidad, existen la mayoría de las vocaciones, religiosas o militares.

La especialización de un "soldado" es la del orden, en este sentido debe ser capaz de reducir el desorden, que pudiera producir el desequilibrio de la guerra perpetua. Para cumplir con esta labor tan complicada y contradictoria, incluso paradójica; el "soldado" debe ejercer y someterse al poder normalizador. Todo miembro de la sociedad es capaz de percatarse de la tarea de gobernabilidad que desempeñan los "soldados"; a pesar de estar ocultas en el discurso de la *vocación* del servicio militar o religioso. "La política es una vida y una práctica, pero a ella no se puede entregar sino es por una elección *libre y voluntaria*"¹².

¹⁰ SDN. *Ley orgánica del ejército y la fuerza aérea mexicana* p 6

¹¹ Foucault, M. *Historia de la sexualidad La inquietud de sí*. 7ª ed. Siglo XXI, México 1996, p. 83

¹² Foucault, M. *Historia de la sexualidad La inquietud de sí*, p. 85

En la mayoría de los casos la *vocación* se reduce a otros intereses, mezclados con el deseo de ejercer el poder. El ingreso a planteles de formación religiosos o militares, está delimitado por otros factores de la historia de las personas, así como del momento que viven. Estos Centros de formación muchas veces son utilizados como “trampolines” desde los cuales se puede acceder a otras formas y estilos de vida, incluso son tomados como objetivos temporales en busca de otros objetivos personales más generales:

“... Te inscribiré en el Colegio y te compraré los exámenes desarrollados. Aunque me cueste mucha plata vale la pena. Es por tu bien. Ahí te harán un hombre. Todavía estás a tiempo para corregirte.

“...Tres años de vida militar te harán otro. Los militares saben hacer sus cosas. Te templarán el cuerpo y el espíritu. ¡Ojalá hubiera tenido yo alguien se preocupara por mi porvenir, como yo del tuyo”¹³.

La preparación militar y religiosa, ofrece una vida más gratificante a la gente marginada, el estatuto militar, pero sobre todo el religioso, ofrece una movilidad social a la que las personas pueden acceder, únicamente cuando muestran *vocación*. “En la intersección de (...) rasgos, se comprende la importancia concedida a la diferencia de estatuto, a su jerarquía, a sus signos visibles, a su escenificación cuidadosa y ostentosa”¹⁴. Las sagradas órdenes permiten al individuo, una vez que se ha ordenado como presbítero, usar los símbolos y signos de la jerarquía religiosa, los cuales reflejan de uno u otro modo el estatuto social de la persona. En el caso del ejército la relación es muy parecida, toda vez que un cadete al graduarse accede a los signos y símbolos del mando militar, aunque su estatuto social no es tan ampliamente reconocido, como en el caso del religioso, ya que únicamente quiénes conocen la jerarquía militar pueden identificar su estatuto de mando.

¹³ Vargas Llosa, M. *Op. Cit.* p. 210 El autor a lo largo de la novela nos narra tres tipos de motivaciones para el ingreso al Colegio Militar Leoncio Prado: El primero es el caso de Ricardo Arana, quién en realidad desea salirse de su casa, por conflictos con el padre; el segundo es el de Alberto Fernández, quien fue obligado por su padre a entrar para que corrigiese su conducta, salvando el honor de la familia; finalmente el tercero es el caso del “Jaguar” quien entro al colegio por carecer de recursos económicos para continuar estudiando.

¹⁴ Foucault, M. *Op. Cit.* p. 82

En el juego del poder, entre el mandar y obedecer, el uso del *uniforme* viene a significar el nivel en el escalafón de la jerarquía, y por lo tanto representa el nivel de autoridad que puede ejercer o al cual se debe someter una persona en particular. El *uniforme* se convierte así en un símbolo de poder disciplinario y regularizador. El *uniforme* militar es más burdo en este sentido; ya que las insignias militares hacen referencia inmediata a su estatuto en la cadena de mando militar.

En el caso del *uniforme* religioso es mucho más complicado advertir el nivel de mando, la subordinación de los diáconos y presbíteros es únicamente ante su obispo, quien reconoce como única autoridad sobre de él al Papa, es decir al Obispo de Roma . La única diferencia reconocible en la jerarquía eclesiásticas, está señalada por el escudo de armas y el báculo de los obispos, pues únicamente ellos tienen derecho al uso de estos símbolos de mando.

El *uniforme* desempeña entonces una función significativa en la comunicación entre las disciplinas militares y religiosas con el resto de la sociedad. Así, el uniforme se convierte en parte importante del desarrollo de las vocaciones, pues ante los ojos de la comunidad una persona uniformada, está revestida de autoridad y de mando; igualmente obediente y controladora. El *uniforme* es símbolo y signo del estatuto social que tiene una persona, portar un *uniforme* equivale a tener un grado en la jerarquía militar o eclesiástica; es decir, equivale a recibir honores y responsabilidades sociales: *vocación de servicio* y *don de mando* se reflejan en el *uniforme*, que llega a ser parte esencial en la formación de la *vocación*.

La *vocación* está entrampada en el juego de obedecer y mandar, ya que el que manda mejor es aquel que obedece mejor¹⁵. Las personas no alcanzan a diferenciar con claridad cuál fue el motivo principal que lo llevó hacia el servicio religioso, o al servicio de las armas. El caso de los religiosos en formación es mucho más confuso que el de los militares; pues en ellos se da un conflicto con la verdad sobre sí mismos y el servicio:

"Todavía no entiendo muy bien por qué decidí volverme sacerdote. A veces pienso que fue por ser el primero de mi familia. Otras veces pienso que si no sería porque mi madre respetaba y admiraba al párroco de mi colonia, y yo quería que ella se sintiera orgullosa de mí. Pero cualquiera que haya sido el motivo de mi decisión, fue bien recibida por mi familia y por el párroco, quién se prestó a acompañarme hasta el Seminario Mayor, a fin de que me orientaran para poder ingresar como seminarista"¹⁶. El deseo de servir a Dios, por medio del servicio a los semejantes; está siempre acompañado de un cierto grado de autovaloración y autoestima, en medio de un reconocimiento por parte de la comunidad a la que se pertenece, desde la familia, hasta la del barrio.

El caso de los militares es menos confuso, porque el deseo de servir a la patria, no entra en conflicto con el deseo personal de ejercer el poder, incluso de tener una movilidad social o incrementar el nivel y/o estilo de vida. Los militares formados o en formación, pueden reconocer sin que se les presente un problema existencial, los motivos de su ingreso a la *carrera de las armas*.

Existen militares en formación que reconocen el deseo de portar el uniforme del Colegio Militar, como uno de los motivos principales de su ingreso al plantel; o aquellos que no viendo otra posibilidad de realizar estudios superiores en otras instituciones educativas, ingresan al Colegio Militar para después poder hacer la carrera de médico cirujano en la Escuela Médico Militar. Incluso, entre los cadetes se reprochan el ingreso al Colegio Militar por el "bofe"¹⁷, como una forma despectiva de discriminar a sus compañeros; sin embargo, el personal de tropa reconoce como un motivo fundamental de su ingreso al ejército la necesidad del salario y del "rancho"¹⁸.

¹⁵ SDN. *Reglamento general de deberes militares*. p. 8

¹⁶ Conversaciones con un religioso en formación.

¹⁷ Dentro de la jerga militar, el "bofe" significa comida. Los cadetes que provienen de la sierra de Oaxaca son a quienes más se les ostiga con esto. Conversaciones con un militar en formación.

¹⁸ El "Rancho" es cualquiera de los tres tercios de comida, los cuales están reglamentados e indicados con ese nombre. Cfr. SDN. *Reglamento general de deberes militares*. pp. 58-62

La sociedad demanda de las disciplinas seguridad y control; así, al mismo tiempo que se subordina a ellas, las crea y las recrea, empleando la *vocación* como el medio de reproducción de las disciplinas. En el vértice de la obediencia y la autoridad, del deseo de servir y mandar está la *vocación*. No todos los miembros de las disciplinas militares y religiosas, carecen de una vocación real de servicio, hay quienes viven en sí el deseo de servir a sus semejantes o a la patria, para quienes el deber religioso o militar, no es asunto de escalafones jerárquicos.

Ahora bien, se debe reconocer, que aún en estos casos, la *vocación* es el resultado del juego entre la disciplina y la regulación en aras de la gobernabilidad; ya que a pesar del desinterés que pueden tener algunos de los ministros religiosos o militares, de hecho y por derecho coadyuvan a la función de gobierno que tienen asignadas tanto el ejército como la iglesia católica. Al tomarse la *vocación* como una actitud y una predisposición *normal* hacia la vida militar y religiosa, el sujeto está viviendo dentro de los límites del poder capilar. La norma es la referencia que se instituye cuando el grupo se encuentra objetivado en la personalidad del individuo. “La norma está en el principio de una comunicación sin origen y sin sujeto”¹⁹.

3.2. “El llamado”²⁰

La *vocación* es indispensable para acceder al ejercicio religioso o militar, pero se requiere de la separación del aspirante de su comunidad y de sí mismo. El aspirante una vez que ingresa en los centros de formación militares o religiosos, es separado físicamente de su comunidad, pero también debe de separarse mentalmente de ella; debe llegar a formar parte de otra comunidad, para lo cual debe romper con su pasado, ya que su subjetividad será *formada*.

¹⁹ Ewald, François. “Un poder sin un afuera”. en Balibar, E.; Deleuze, G.; Dreyfus, L.; Frank, M. y otros. *Michel Foucault, filósofo*. Gedisa, Barcelona, Esp., 1990. p. 164

²⁰ Para diferenciar entre el sujeto “llamado”, del verbo llamar (*llamado*) se utilizaran las comillas en el primer caso, ya que en el segundo se *subrayará*.

En este sentido, se requiere de un criterio, de una norma, que separe al postulante del resto de la sociedad, que lo califique de *normal* dentro de la comunidad a la que ingresa. Este criterio es el *llamado*, el postulante *normal* es aquel que ha sido “llamado”, es decir, el elegido de entre el resto de sus congéneres; pues a pesar de pertenecer a una comunidad es diferente de ella, es esta diferencia la que le permite ingresar en otra comunidad: la del reino de Dios, o la de las armas. El postulante militar o religioso, es segregado del resto de su comunidad por medio del *llamado*, por éste se diferencia de los otros.

La norma permite la generalización de individuos, volviéndolos idénticos entre sí, pero diferenciándolos de los otros. El empleo de las disciplinas y del bio-poder, queda unido en la norma, al volver la *normalidad* un estilo de vida, al que sólo pueden acceder quienes han sido elegidos para el servicio. El *llamado* por efecto de la norma, es el vértice en el que los elementos que inducen la *vocación*, se unen a los elementos que diferencian a los individuos, calificándolos como aptos para el servicio militar o religiosos. “El llamado” discursivamente se constituye a sí mismo, al seleccionar un objeto, darle un espacio para que viva y se *forme* en sujeto.

El *llamado*, por otra parte, no sería el nexo que une prácticas y saberes si no fuera válido para algunas personas como real, como una verdad; por medio de la cual el sujeto experimenta la realidad. El *llamado* es “verdadero” cuando una persona lo experimenta sobre sí misma. En ese momento, la persona se vive a sí misma como diferenciada, como escogida de entre los demás para llevar a cabo la tarea de la evangelización o de la colonización, del poder normalizador a los otros. “El llamado”, se convierte en el punto de encuentro y desencuentro, de muerte y resurrección de sí mismo, por efecto del privilegio de ser diferente, de haber sido escogido.

En el ámbito religioso, un persona es *llamada* cuando se le sacraliza, atribuyendo su *vocación* a la “inspiración del Espíritu Santo”. En el terreno militar, simplemente las vocaciones cumplen con el *llamado* de la patria, para su servicio. En ambos casos se

trata de reconocerles a los postulantes una diferencia con los otros, con el resto de la sociedad. El *llamado* es un grado de perfección, que en sí mismo posee un valor y una verdad, sobre del cual habrá de basarse la *formación*. Si una persona renuncia a sí mismo profundamente motivado por la misión para la cual siente que ha sido *llamado*, se presta a la *búsqueda* de una subjetividad que le es imbuida como verdadera, por medio de la cual se asegura una entera y total obediencia en su función de coadyuvar en el gobierno.

La norma sirve entonces para distribuir y para jerarquizar, porque pone en juego la dinámica del poder normalizador; llevando a las personas de un extremo al otro en la disciplina, oponiéndolas entre sí y consigo mismas. En este sentido, se es *llamado* cuando se forma parte de la autoridad, del gobierno y se tiene la función de cumplir, haciendo cumplir una legalidad. La autoridad divide a las personas, entre las que la ejercen y las que la obedecen; los ministros religiosos y los oficiales militares impulsan esta dinámica, de la cual ellos mismos forman parte. Todo militar o presbítero, por pertenecer a una comunidad legal, participa en el juego de la legalidad, la obediencia y la subordinación.

Se es “*llamado*” cuando la persona se convierte en sujeto de saber, así como de poder, objeto de gobierno. Ya no es el aspirante con *vocación*, ahora se trata del postulante seleccionado, separado y en *formación*, es decir, de quién ha sido *llamado* al gobierno, el postulante es algo que “... se convierte en objeto de saber y por ese mismo algo se convierte en objeto de un gobierno. La unión de la forma y de la materia es dominación y ‘conducción’”²¹.

El que es *llamado*, entra a una institución, de la que formará parte y por la que se separará de su comunidad, en medio de la normalidad se somete a las disciplinas: a los exámenes de conciencia, a los ejercicios y a la vigilancia perpetua. Se es convocado a unirse a la institución para el gobierno de la comunidad y de sí mismo, manteniendo la

²¹ Jambet, Christian. “Constitución del sujeto y práctica espiritual. Observaciones sobre la *Historia de la Sexualidad*”. en Bahbar, E.; Deleuze, G.; Dreyfus, L.; Frank, M. y otros. *Op. Cit.* p. 235

soberanía del poder capilar sobre sí mismo y sobre el resto de la sociedad. En ese momento el individuo asume su diferencia respecto al grupo de su primera identidad, se siente ajeno a quienes han sido su referente de identidad inmediato; pues la misma comunidad lo percibe como diferente, dándoles un lugar “especial” y demostrándoles respeto.

Así, la persona llamada, es diferente porque vive su diferencia; es segregada del grupo porque posee la autoridad para dirigirlo; incluso en los primeros años de formación un religioso o un militar asume su diferencia, y el *uniforme* que lleva consigo hasta el umbral de su hogar lo hace diferente de sus parientes, de aquellos en los que alguna vez se reconoció, como en un espejo. Pero el llamado que ha experimentado en su cuerpo y en su mente ha roto aquel primer espejo de identidad; ahora vive el cuidado de sí mismo y el de los otros; ahora es aprendiz de maestro. El llamado es el estatuto de la norma, igual que el de la jerarquía, el llamado se vive entonces como la normalidad que proporciona la autoridad del saber y el poder.

El llamado es el signo de la jerarquía y el estrato, es su escenificación cuidada y ostentosa. “Por una parte, una acentuación de todo lo que permite a un individuo fijar su identidad del lado de su estatuto y de los elementos que lo manifiestan de la manera más visible; se intenta hacerse tan adecuado como sea posible al propio estatuto... que corresponden a la actitud corporal, al vestido... a las conductas de generosidad... etc.”²². La norma se convierte en estatuto de poder, inserta a la persona en la jerarquía otorgándole signos y símbolos con los que habrá de identificarse, insertando dentro de ella una inquietud sobre sí misma.

Las personas que son llamadas a gobernar forman parte de las instituciones, y por lo tanto están envueltas en la legalidad, su actos tienen que ver con el ejercicio de la autoridad, es decir de la norma. “El obispo, dentro del orden sacerdotal monárquico, forma parte de la legalidad de una nación o de un imperio... quiéralo o no, será el representante de una nación y contará con la influencia que el poderío político y económico de su país le otorgue”²³.

²² Foucault, M. *Historia de la sexualidad. La inquietud de sí.*, p. 83

²³ Bulnes Aldunate, Juan *Op. Cit* p. 5/6

El estrecho vínculo, que entre jerarquía religiosa y legalidad existente en la sociedad; es impuesto al sacerdote; de tal forma que éste no puede separar su tarea de gobierno, del estrato social, al que ha sido *llamado*. La persona que vive el *llamado*, que vive la experiencia de gobernar y ser gobernada; no puede romper con el estrato que ocupa. Su sitio le fue reservado cuando se le *llamó*, al experimentar su *llamado* aceptó ocuparlo, y ejercer la autoridad que se le reconoce al ocupar su *sede*.

El Obispo, como representante de la autoridad religiosa, no puede liberarse de su función de gobierno; el lugar que ocupa dentro de la jerarquía social y de la jerarquía religiosa, le impide moverse con absoluta libertad, está dentro de un dispositivo que lo ata y lo sostiene, del que no puede salir sin dejar de ser lo que es; ya que desde el momento en que "... el cristianismo se convirtió en una estructura sacerdotal, pasa por ese sólo hecho a formar parte de una legalidad que sólo puede subsistir dentro de un sistema legal completo e integral"²⁴. Los sacerdotes al ser autoridad para gobernar sobre los *espíritus*, están obligados a conducirse con mando frente a las personas; el *llamado* a ejercer el dominio que proporciona el estatuto de gobernante, inmoviliza al sujeto a retomarse por sí mismo fuera de la gobernabilidad; a menos de que renuncie a él.

El dispositivo en el que entra toda persona llamada al gobierno, funciona como tal, es decir: *vigila, examina y controla; pero también tiene elementos de fisura* (aunque no es seguro que todos los dispositivos lo posean), o líneas de fisura que permiten un poder sin un saber y por lo tanto la posibilidad de subjetivaciones ajenas a las fuerzas establecidas como saberes constituidos²⁵. Así se podrían explicar las notables excepciones de obispos que se alejan de la gobernabilidad, sin llegar a romper del todo con la autoridad; como son los casos del Obispo Mendez Arceo de Cuernavaca²⁶; o el de Samuel Ruiz, Obispo de San Cristóbal de Las Casas²⁷.

²⁴ *Idem.*, p. 5/9

²⁵ Cfr. Deleuze, Gilles. "¿Qué es un dispositivo?" en Balibar, E.; Deleuze, G.; Dreyfus, L.; Frank, M. y otros. *Op. Cit.* pp. 155-163

²⁶ Cfr. Concha Malo, Miguel. *La participación de los cristianos en el proceso popular de liberación en México*. 1ª ed.; Siglo XXI, Mex., 1985, 311 pp.

²⁷ Cfr. Fazio, Carlos. *Samuel Ruiz, el caminante*. 2ª ed. Espasa Calpe, Mex., 1995, 328 pp.

La identidad entre el estrato y la subjetividad, entre el poder y el servicio, en el discurso católico, entran en conflicto sobre todo si recordamos que la religión católica no siempre ha disfrutado del amparo del poder político y los llamados al servicio religioso muchas veces se convertían en mártires; sin embargo, desde que la iglesia católica se unió al imperio romano, del que tomó su apellido, pasó a ser parte del imperio y se convirtió en un aparato de Estado.

El Concilio Vaticano II, aunque trató de reformar el papel de los sacerdotes católicos, no rompió con la estructura jerárquica de la iglesia, por lo que la mayoría de los obispos actuales en México, administran sus diócesis como feudos personales, manteniendo y fortaleciendo los nexos con las autoridades civiles.

En el ejército se vive otro tipo de subjetivaciones en los dispositivos de gobierno de la institución, ya que los militares, por lo menos en México, están subordinados al poder y a la autoridad civil, con la que obviamente mantienen lazos. Sin embargo, la jerarquía que ostentan y la autoridad que ejercen les permite tener un estrato social, que se quiera o no, es reconocido formalmente por la sociedad.

Aunque comparte la mayoría de las características del "llamado" religioso, el "llamado" militar en México es de tipo secular, siendo únicamente la patria la que llama a su servicio. Por lo demás, el postulante militar comparte con el religioso, la misma experiencia de segregación y sobreestima social.

Los militares tienen un ejercicio de gobierno más restringido que los religiosos, por lo que la individuación de los militares tiende a fomentar el segregacionismo en medio de una individualidad debilitada; porque la jerarquía militar es mucho más cerrada y obsesiva que la religiosa, y la subordinación militar, al igual que la religiosa, implica una obediencia.

“Se encontrarían grupos sociales - tales son las aristocracias militares - en las cuales el individuo está llamado a afirmarse en su propio valor, a través de las acciones que lo singularizan y le permiten sobresalir por encima de los demás, sin que tenga que concederle gran importancia a su vida personal o a las relaciones consigo mismo. (En estos grupos sociales) la vida privada está provista de gran valor, en que es cuidadosamente protegida y organizada, en que constituye el centro de referencia de las conductas y uno de los principios de su valorización... por lo que, el individualismo en ellas es débil y las relaciones consigo mismo apenas se desarrollan”²⁸.

El militar vive en un dispositivo de gobierno que presenta menos fracturas y *puntos de fuga* que el religioso, el discurso militar es más coherente con la práctica de los soldados, de lo que pudiera ser el discurso católico con la práctica sacerdotal. Esto representa un mayor obstáculo a vencer en el proceso una subjetivación sin saberes preestablecidos como verdaderos. El *llamado* militar, que es de este mundo, envuelve la personalidad de los aspirantes, hasta hacer de ellos postulantes perfectamente comprometidos con su estatuto de gobierno y de autoridad.

Los militares y los religiosos se constituyen a sí mismos, como diferenciados y segregados por un *llamado* que sienten vivir; viven los efectos reales que experimentan al sentirse diferentes de su comunidad por el trato que reciben y por la actitud que el cuartel/seminario les ha fomentado; así, experimentan su segregación como un *llamado* porque en el discurso militar/religioso la diferencia es su estatuto de control y de gobierno. En el juego del poder el discurso les corrobora la *verdad* sobre su diferencia.

El *llamado* religioso “es un don divino”, pues sólo puede proceder de Dios, por obra del Espíritu Santo; y aquellos que lo reciben son especiales, son elegidos. El *llamado* militar tiene que ver más con el patriotismo y el nacionalismo, pues la que llama es la patria para su defensa. En ambos casos sólo los elegidos pueden prestar su servicio a

²⁸ Foucault, M. *Historia de la sexualidad. La inquietud de sí.*, p. 41

Dios y/o a la patria; ya que tanto Dios como la patria encomendarán a los elegidos el cuidado y el gobierno de otros. “Una necesidad básica de nuestra institución (el ejército) como entidad organizada, es la de asignar el mando de unidades de cualquier nivel, a personas que revelen disponer de las aptitudes y capacidades para ejercerlo con la garantía de armonizar y adecuar las cualidades individuales de cada uno de los miembros de una comunidad, motivándolos y conduciéndolos para el logro del fin propuesto para la organización... El rendimiento esperado en la función de mando se refleja en el bienestar de los hombres y en el cumplimiento de la misión asignada a la unidad”²⁹. Esta necesidad, con sus salvedades, es semejante a la que tiene la iglesia católica, respecto a sus presbíteros.

El noble fin que se le encomienda a los oficiales y a los presbíteros, demanda que la respuesta al *llamado* sea del todo voluntaria, nadie debe obligarlos a aceptar el *llamado* si no es su propia conciencia, su *yo* más profundo y auténtico. Porque, a nivel discursivo, el servicio que prestarán no les devolverá más que obligaciones y responsabilidades.

“La solicitud para ser admitido a las Ordenes Sagradas puede hacerse desde el primer año de teología... A través de esta celebración el alumno acepta públicamente su intención de consagrarse a Dios en el Sacramento del Orden, comprometiéndose a poner más empeño en su formación. La comunidad dará el testimonio de que posee las dotes necesarias para hacerlo... Los candidatos manifestarán en su solicitud, escrita de puño y letra, que desean recibir el Orden libre y espontáneamente, que conocen y aceptan lo que al Sacramento se refiere y las obligaciones que lleva consigo...”³⁰.

²⁹ SDN. *Mando Militar*. México, 1985, p. 6

³⁰ Comisión Episcopal de Seminarios y Vocaciones. *Normas básicas para la formación sacerdotal en México* p. 69

El ejército en el mismo tenor discursivo, requiere de sus oficiales un espíritu de sacrificio y de responsabilidad: “Ser militar exige el compromiso de altas normas éticas y morales, sentido de responsabilidad, entrega plena y auténtica a la profesión... Para el cumplimiento y ejecución voluntaria de órdenes, reglamentos, directivas, disposiciones, etc., que se establecen según los intereses específicos de la organización... es la condición que existe cuando el militar acepta el control que la organización hace de su comportamiento”.

Discursivamente, militares y religiosos son llamados para el servicio voluntario, en beneficio de su sociedad; sin embargo, es claro que el nivel y el tipo de actividades que desempeñan los compromete con la gobernabilidad. Por otra parte se debe reconocer que su figura jurídica está instalada dentro de la legalidad del Estado, haciendo de cada oficial y de cada presbítero un agente de gobierno. La iglesia y el ejército tienen claros vínculos con el Estado. Por eso “el llamado” al servicio, es al mismo tiempo un *llamado* al gobierno.

3.3. “El yunque”

El yunque como herramienta de trabajo del herrero, es la pieza clave en el manejo y la transformación del metal; es el crisol donde fuerza, fuego, golpe y choque se unen en un dispositivo que cataliza las fuerzas encontradas sobre el metal. Cada pieza de herrería es el resultado de la conjugación de muchos elementos físicos, que basados en el saber de la herrería, modifican la forma, la textura y la calidad del metal.

El herrero ha de conocer las cualidades del fuego, del agua, de los metales, del golpe, en fin, de los elementos por separado, para unirlos por la fuerza de los golpes, transformándolos a todos. La energía y la fuerza caen sobre el metal, lo obligan a transformarse a sí mismo. El yunque soporta el choque, lo contiene; pero el que se transforma es el metal, ya que sobre él las fuerzas se vuelcan, obligándolo a cambiarse, a ser otro diferente de sí mismo, sin dejar de ser lo que es en esencia. Se le obliga a tomar forma de herramienta al servicio de los hombres. El metal es esclavizado en el yunque; ahora será espada, azadón, hacha, pala o yunta; y formará parte del dominio humano.

La metáfora del yunque podría servir para ilustrar los dispositivos de gobierno especializados en la formación militar y religiosa; es decir el cuartel y el seminario. A través del yunque podremos imaginar cómo la fuerza de los elementos de formación, bajo el cuidado de especialistas en la normalización, obliga al individuo a ocuparse de sí mismo para transformarse en algo “mejor”, en algo que no es y que *anhela ser*.

En el *desfile de honor* de cada tarde, los cadetes del Colegio Militar inician el canto de la “Marcha de Honor” con la siguiente estrofa: “*Yunque forjador de hombres de guerra, el heroico Colegio Militar...*” La imagen del yunque, del soporte sobre el cual choca el ser para ser transformado por la fuerza del maestro, es claro reflejo de los dispositivos en la formación de religiosos o militares.

El proceso de transformación es muy semejante: se *elige* el metal, sometiéndole a un tratamiento que lo transforma por completo; eso mismo debe hacer un centro de formación de “soldados” profesionales: escoger sólo el material adecuado, tratarlo y obtener un producto terminal completamente diferente del objeto escogido. El sujeto seleccionado para su formación debe ser transformado por un mecanismo que controle las fuerzas que operan sobre él, que lo transforman, obligándolo al mismo tiempo a ocuparse de sí mismo y a decir la *verdad* de sí mismo. El yunque transforma un metal, objeto o sujeto, que quiere ser transformado por sí mismo, con base en las acciones y lecciones del *maestro*.

El yunque, es así una máquina moldeadora de la forma; que transforma al sujeto en objeto de la acción normalizada: le enseña a pensar, hablar y, de forma general, a producirse a sí mismo. Es el dispositivo por medio del cual se induce al individuo a perfeccionar su propia mente, por efecto de la razón; es decir del saber y del poder. El individuo opera sobre sí, una transformación que busca voluntariamente; que ha sido construida por sus maestros; encontrando que todas sus acciones deben estar referidas a una norma que controle su crecimiento biológico y moral.

Todo mecanismo de esta naturaleza, obliga a la conciencia a volverse sobre sí misma; al ser referencia del cambio al que se dirigen las acciones de mejorar su *calidad* de vida. Al contraponer las fuerzas de la disciplina y el biopoder sobre el cuerpo de los “soldados” en formación, el mecanismo conduce a la inquietud de sí, a tratar de alcanzarse a sí mismo, con un deseo preconcebido de estado terminal: el deber de cumplir con el *llamado*. “En el cumplimiento del deber, la primera obligación que tenemos, como militares, es cuidar de nosotros mismos; de nuestra propia seguridad. Porque no se puede cumplir ninguna misión que se nos encomiende si estamos *impedidos*, física o moralmente para hacerlo. El primer deber de todo soldado es cuidar de su propia persona”³¹.

El encierro de formación religiosa o militar, está orientado a producir en la mente de los postulantes una disciplina de autocontrol, basada en producir resultados; sin perderse a sí mismos, sin sucumbir ante el *enemigo*. El cuidar la propia vida implica atender la salud física y mental; el dispositivo lleva al individuo hacia la vida (*eterna*); le dice cómo su vida debe intervenir para mejorar y asegurar la *vida*; “para controlar sus accidentes, los riesgos, las deficiencias... reduciendo los hechos aleatorios de la población en relación con su duración”³².

El cuartel y el seminario, son espacios contruidos *ad hoc* para reducir los riesgos de la propia existencia, obligando a la conciencia a adentrarse en sí misma. Un seminarista, al igual que un cadete, no debe preocuparse por la comida, servicios médicos, o el pago de su formación. “La formación intelectual, que abarca gran parte del tiempo que pasa el alumno en el seminario, debe estar en armonía y constante relación con su crecimiento humano, espiritual y *pastoral*... de modo que estén realmente a la altura de la complejidad de los tiempos y sean capaces de afrontar... los interrogantes vitales del hombre de hoy (PDV 56; CIC 254)”³³.

³¹ Discurso de un oficial instructor.

³² Foucault, M. *La genealogía del racismo*. p. 177

³³ Comisión Episcopal de Seminarios y Vocaciones. *Normas básicas para la formación sacerdotal en México* p. 57

De lo único que debe ocuparse, es de sí mismo; él se convierte en su principal objeto de análisis y reflexión; hacia él mismo dirige sus *ejercicios* (físicos o espirituales), conocimientos y prácticas; debe crear la mejor parte de sí mismo, como un “sí mismo” trascendental; “el ejercicio estoico apunta a superarse a sí mismo, a pensarse y actuar en unión a la razón universal... Para (ellos), hay solamente una razón y esa razón es el verdadero sí mismo del hombre”³⁴. El principal *riesgo* en un claustro de formación, es el perderse a sí mismo, el descuidar de sí.

El grado de especialización requerido en un “soldado” profesional, conlleva un profundo autoconocimiento a manera de autofortalecimiento, en el que el sujeto es encargado de cuidar de su propio fortalecimiento; porque su desempeño y productividad, el cuidado de su propia vida estará en relación directa con su preparación. El “soldado” que muere en “combate”, en el cumplimiento de su deber, no sirve.

El cuidado de sí mismo de los religiosos y militares en formación, es un cuidar de sí, en relación a un *llamado* que deben cumplir, no es simplemente una relación consigo mismo, no por el placer que se pudiera encontrar en el descubrimiento de su propio *yo*; es una relación entre el sujeto que cuida del “templo de Dios”; es el cumplimiento de una misión teleológica; que trasciende a la persona:

“Todo esto significa, que vivimos en Cristo y de acuerdo con la voluntad de Dios. Pero nos recuerda lo mucho que hay en las palabras: ‘cuando hay dos, Satanás suele ser el tercero’. Tenemos que recordar también lo que dijo San Agustín: ‘Nadie excepto Dios protege mejor a los hombres que se consagran a él’. Actuamos según su voluntad y a ella nos entregamos; porque Dios nos ha puesto al cuidado y servicio de nuestros hermanos”³⁵.

³⁴ Hadot, Pierre. “Reflexiones sobre la noción de ‘cultivo de sí mismo’”. en Balibar, E.; Deleuze, G.; Dreyfus, L.; Frank, M. y otros. *Op. Cit.* p. 220

³⁵ Conversaciones con un religioso en formación.

El conocerse a sí mismo, se relaciona entonces con el compromiso adquirido con el *llamado* y que está directamente relacionado, con el servir y obedecer a otros. Religiosos y militares, deben clara obediencia a sus superiores. Dentro del periodo de formación se da una doble subordinación: por una parte la jerárquica, que como subordinados deben a sus formadores, y por otra, la que todo alumno debe a su maestro. La persona debe cuidar de sí misma debido a que sus actos ya no pertenecen a su voluntad, sino a una trascendente; que pone al servicio de los otros las acciones personales.

El cuidado de sí se relaciona así, con el *llamado* y la *vocación*. Vigilar el propio desarrollo de las actitudes personales, debe darse por la voluntad de servicio y obediencia; la voluntad de saber, es siempre (en los dispositivos de formación especializados), una voluntad de servir y cuidar. “La cura de sí aparece pues intrínsecamente ligada a un ‘servicio de almas’ que comprende la posibilidad de un juego de intercambios con el otro y de un sistema de relaciones recíprocas”³⁶. En el yunque, el “llamado” se toma a sí mismo como un objeto de estudio, llevando a la conciencia que tiene la voluntad de conocerse a sí misma, hacia el cuidado de sí; en la raíz de su conocimiento y autoestima, esta es la razón trascendental que lo moldea.

El noble fin para el que sirve, proporciona el discurso que le permite conocer y cuidar de sí mismo. “De manera que son los individuos sobre los que se va a realizar el trabajo de la subjetivación. Los individuos no tienen verdaderamente que ser independientes de ese trabajo, sin la forma en que la experiencia ética o espiritual habrá de modelarlos”³⁷. La voluntad de servir, al igual que la de conocer; son siempre deseos fundados de forma externa sobre la personalidad del individuo.

Se requiere de una necesidad por descubrirse y cuidar de sí mismo para poder entrar en el juego de conocerse y saber por los otros. Los dispositivos de la formación militar y religiosa,

³⁶ Foucault, M. *Historia de la sexualidad La inquietud de sí* p. 53

impiden la reflexión sobre sí mismo para *inventarse*, para liberarse de los designios del *llamado*. Pues proporcionar, al mismo tiempo que golpean, el discurso sobre el cual los sujetos basan el cuidado y el conocimiento de sí mismos.

El discurso se convierte en la parte esencial de la constitución de sí mismo, determinando al objeto que aparece en el choque de las fuerzas encontradas, es el espacio donde la conciencia, transformada en objeto, experimenta su existencia, como práctica y saber. Como todo discurso está inmerso en un saber, el dispositivo de formación militar y/o religioso, demanda de especialistas en la transmisión del conocimiento.

El yunque está cerrado, el choque de las fuerzas dirigidas desplaza la masa de la conciencia hacia espacios predeterminados, conocidos de antemano; antes del golpe entre las fuerzas encontradas, el discurso ha preparado el sitio donde se acomodará la masa por el efecto del desplazamiento obtenido por el impacto.

Dentro del espacio de formación, el discurso es determinante (el cuidado de sí mismo), porque proviene del dispositivo y no de una persona; no da una pauta demasiado rígida, más bien es un murmullo vago, posibilitando entrever qué es lo *normal* y lo *anormal*; produciendo en la voluntad de saber, una inquietud sobre sí mismo. El discurso desarrolla en la conciencia una inquietud por conocer hasta qué punto ella misma es *normal* o *anormal*; hasta qué punto es *bueno* o *mala*.

El discurso sienta las bases de lo pensable y lo impensable; por lo que cada cual debe cuidar de su propio pensar, si su voluntad es la de servir: a Dios, o a la patria. Es el elemento que permite identificar lo propio y lo extraño; conocerse a sí mismo en la medida en que se es capaz de conocer lo *verdadero*. “Al ser un orden de lo simbólico permite a todos los miembros que fueron socializados bajo el mismo principio de autoridad, hablar y obrar juntos... siempre hay un orden del discurso que posibilita el reconocimiento”³⁸. Comprenderse y comprender a los otros, demanda un discurso; la hermenéutica, es posible en la medida en que el discurso une experiencias diferentes. El mundo vital, es accesible a través del discurso.

³⁷ Jambet, Christian. “Constitución del sujeto y practica espiritual”. en Balibar, E.; Deleuze, G.; Dreyfus, L.; Frank, M. y otros. *Op. Cit* p. 232

³⁸ *Cfr.* Manfred, F. “Sobre el Concepto de discurso en Foucault”. en Balibar, E.; Deleuze, G.; Dreyfus, L.; Frank, M. y otros. *Op Cit* p. 113

Falta otra pieza en el intrincado dispositivo de la autocomprensión: el *maestro*. Sólo el maestro puede mostrar el camino hacia un cuidado de sí mismo; él que ya ha vivido el espacio del yunque; que su voluntad y sabiduría han sido formadas en su interior, posee todos los conocimientos necesarios para transmitir a los postulantes el discurso; y así, la normalización. Cuando surge una confusión en la persona; que puede llevarla a su propia destrucción al recibir el doble impacto de fuerzas encontradas, un maestro debe mostrar el *camino*, la posibilidad de desplazar esa fuerza sobre sí mismo de forma benigna y complaciente, incluso placentera.

El maestro goza por lo tanto de una posición de saber, que facilita su función de *formador*, su presencia debe ser reconocida como necesaria por su conocimiento y servicio. En el ejercicio de la inquietud de sí, se busca a otra persona en la que se vislumbra una aptitud para dirigir y aconsejar, porque en medio de la confusión y el desorden generado por la angustia del conocimiento; se hace uso de un derecho, que es un deber que se cumple cuando se busca la ayuda de otro, o cuando se recibe con gratitud las enseñanzas que pueda dar.

El dolor que una persona puede experimentar, al descubrirse ajeno a la *verdad* y a la norma, sólo puede ser aliviado por alguien con el conocimiento necesario, posibilitando una *mejor comprensión de sí mismo*. En el otro extremo; el placer que un individuo experimenta al subjetivarse como *normal*, debe ser controlado; es decir, accesible para sí mismo, por la acción de un maestro. La subjetivación *normalizada* de una persona sobre sí misma, necesita de un discurso; es decir: de un maestro.

“Recuerdo claramente aquel día de agosto, en el que nos preparábamos para el informe presidencial. Era la primera vez que yo participaba en un servicio de gala fuera del plantel, por eso lo tengo tan claro: Después de cuatro horas de permanecer en la posición de “firmes” presentando el arma, en la posición que tendríamos en la valla de honor, me desmayé. Al recuperarme lo primero que vi fue a mi comandante, que me dijo: ‘Los desmayos son para quienes se muestran demasiado complacientes consigo

mismos. El servicio requiere de un autocontrol especial, que no tiene nada que ver con las necesidades físicas o emocionales. Cuando se abraza esta vida se hace un compromiso con nosotros mismos, en el que debemos dejar de lado nuestras debilidades o arrepentimientos. La disciplina que aquí recibimos no tiene nada que ver con las gratificaciones personales; si no eres capaz de autocontrolarte entonces no tienes futuro en esta carrera, te aconsejo que superes tu debilidad, o que dejes el uniforme y regreses a tu casa³⁹.

El maestro, por medio del discurso, debe facilitar la tarea de conocerse a sí mismo. el dispositivo de formación, que aquí analizamos, cierra todos los causes; no hay libertad de movimiento, ante este hecho, el maestro debe encontrar la forma de impedir las confusiones en la formación de la subjetividad. A pesar de la violencia que impone el yunque sobre las personas, el maestro debe ayudarlas a moldearse según un propósito determinado, de nada sirven las *vocaciones* truncadas o los “llamados” *anormales*. “Un soldado que tiene miedo en el momento del combate, es un soldado que no sirve⁴⁰.”

El yunque es el lugar donde los profesionales en la dirección de las mentes, actúan. En la formación de “soldados” son necesarios los *maestros* que pueden encauzar el cuidado de sí, los postulantes invierten todo su tiempo de formación en esto, pero no lo pueden hacer sólo, el guía, el *maestro*, es indispensable. Los *maestros* del yunque no tienen la función principal de transmitir saberes, sino la de ayudar a sus alumnos, pues los postulantes están con él no únicamente para recibir sus enseñanzas; sino para entrar poco a poco en su intimidad y beneficiarse de las amonestaciones de su *maestro*⁴¹.

³⁹ Conversaciones con un militar en formación. Vale la pena recordar, que para un militar o un religioso en formación, un superior es siempre un maestro.

⁴⁰ Ejército de Guatemala. *Revista militar de Guatemala*. Vol. 34, No. 45, IV Epoca, Guatemala, 1985, pp 141

⁴¹ Cfr Foucault, M. *Historia de la sexualidad La inquietud de sí.*, p. 47

Dentro del ámbito religioso, los maestros de novicios, enseñan a sus alumnos a conocerse a sí mismos por medio de la oración y la meditación⁴². La enseñanza de éstas que ellos transmiten a sus estudiantes, no tiene como objetivo lograr el aprendizaje de un método para orar, éste va implícito. El verdadero sentido de esta enseñanza, va encaminado a que el postulante llegue a *conocerse* y a *cuidar de sí mismo*; a través de ellas es como se llega a un “verdadero conocimiento de sí mismo”.

La verdad se revela ante el postulante por medio de la oración, aprender a orar y a meditar significa aprehender su mente, controlarla, conocerla, utilizarla y manipularla. Para los militares el “... asesoramiento, es uno de los puntos claves del don de mando, mediante el cual el jefe o comandante desarrolla un procedimiento para ayudar a otras personas a encontrar la respuesta o solución a sus propios problemas. En concreto, es el hecho de ayudar a una persona a ayudarse a sí misma”⁴³.

La oración y la meditación conllevan un sentido comunitario, una preocupación por los otros; dentro del seminario se recomienda orar cuando se tiene un conflicto personal, pues por medio de ella se revela la “verdad del Espíritu”. El encuentro consigo mismo y el cuidado de sí mismo están unidos en la oración y la meditación; orar es buscar la paz interna y externa; es vincular la acción propia con la común; es trascender la propia individualidad, en la medida en que se cuida de ella.

“Recuerdo las palabras que nos dirigió el maestro de novicios, de diversas formas nos dijo que la vida religiosa es difícil y exige abnegación. Nos indicó que cualquier debilidad que saliera a la luz, era una clara señal de que Dios, no quería a esa persona como ministro de su iglesia: ‘Con la oración, las debilidades personales pueden reducirse, más y más; incluso pueden llegar a desaparecer. Ustedes han nacido con mentes y espíritus sanos, sólo el Diablo las puede contaminar. No lo dejen, queridos hermanos, les suplico que tengan presente el poder de la oración para protegerlos’”⁴⁴.

⁴² La meditación unida a la oración juega un papel fundamental en la formación del futuro sacerdote.

⁴³ SDN *Mando Militar*. p. 195

⁴⁴ Conversaciones con un religioso en formación.

Durante el día, a horas señaladas un religioso en etapa de formación debe orar y meditar, como medio de autoconocimiento y perfeccionamiento espiritual. El cuidado de sí mismo está unido, por medio de la oración, a la comunidad y en particular a su *maestro*. Como encargado de vigilar los pensamientos de los postulantes, y de alentarlos a no claudicar ante las tentaciones, los maestros de novicios ayudan a sus alumnos a orar y a meditar; les enseñan “el verdadero significado de su vocación”, a través de la oración y la meditación.

El objetivo que se persigue, es modificar la *personalidad mediante una forma de autoconocimiento inducido*. El *maestro* induce al alumno hacia el cuidado y el conocimiento de sí mismo. En medio de las fuerzas opuestas de la disciplina y el biopoder, la personalidad gradualmente se transforma en algo prefigurado por la inducción, que los maestros realizan sobre los postulantes, cuando ellos son incapaces de producir su propio autoconocimiento. Los postulantes son *instruidos* en su comportamiento, saberes y discursos.

3.4. La instrucción y el adiestramiento⁴⁵

La instrucción de los postulantes militares y religiosos, está orientada hacia sí mismos, logrando el autocontrol que contribuye de forma directa a mantener la normalización como forma de control dominante en la sociedad. La disciplina, toma la modalidad de adiestramiento, cuando se requiere la unión de las transformaciones disciplinarias, por un lado y por el otro, las transformaciones del biopoder.

⁴⁵ El diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, define al verbo adiestrar. v.t. Hacer diestro, y señala como sinónimos: enseñar, instruir, guiar y encaminar. Por otro lado, define al vocablo instruir: v.t. (del Latín *instruere, construir*) Dar lecciones, ciencia, conocimientos, y señala como sinónimos: educar, aprender, estudiar y practicar. Así, la diferencia a veces es de matiz; para efectos de este trabajo, se manejarán ambos vocablos de forma indistinta, cargando con ello al adiestramiento de un contenido y un efecto fundamentalmente formativos.

El adiestramiento realiza operaciones de autogobierno en las personas, pone en juego las técnicas disciplinarias y las fuerzas del biopoder. Los postulantes se instruyen en el cuidado de la propia vida, porque es el desarrollo de una de las tecnologías modernas del poder, que toma como blanco suyo la vida⁴⁶. El poder normalizador se expande en cada una de las personas, las técnicas de producción se unen a las técnicas de formación de actitudes, logrando controlar los procesos vitales de las personas. El poder controla el cuerpo, sus deseos y actos, controlando su producción material y simbólica. El cuerpo es el productor de mercancías y de vida, controlarlo significa controlar la vida y su reproducción, a nivel material o esencial. El poder controla a cada persona en la medida que regula su vida.

La función del dispositivo de formación es incluir en cada mente, un mecanismo análogo a él, es decir, cada postulante llevará consigo el “yunque” para mantener el autocontrol sobre sí mismo. En el logro estratégico de este fin, los centros de formación militares o religiosos, se vuelven centros de instrucción especializados. La vida de los postulantes transcurre entre sitios y horas de instrucción permanentes. No hay tiempo para distracciones, todo el día se ocupa en adquirir instrucciones.

El adiestramiento, viene a desempeñar el papel de un código de programación, en el cual las labores, pero sobre todo, las actitudes sean productos; resultado de la acción del poder normalizador. Cada “soldado” lleva consigo el dispositivo de normalización donde fue formado, el control de su propia persona, su autoconocimiento; está orientado hacia controlar y gobernar a otras personas, al compartir con ellas experiencias de vida. El considerarse como parte de “algo”, obliga a vivir con la idea de ser ese “algo”. Pensarse como “soldado” es vivir con la idea de vivir como soldado. Existe una estrecha relación entre la idea y la acción, poner ideas en la mente es la fina técnica del adiestramiento.

⁴⁶ Cfr Foucault, M. *Historia de la sexualidad La voluntad de saber*. p. 184

El adiestramiento, como práctica, pone en la mente de seminaristas y cadetes, cierta idea o modelo de hombre, que se vuelve normativa, evidente y universal. Una vez instruido, el "soldado" habrá de observar en sí mismo el modelo universal de la humanidad, hacia el cual tratará de llevar a otras personas. El conocimiento de sí mismo, es un ejercicio de instrucción, conductor del control normalizador de la personalidad.

El adiestramiento es "... un esfuerzo para ajustar los mecanismos de poder que enmarcan la existencia de los individuos; una adaptación y un afinamiento de los aparatos que se ocupan de su conducta cotidiana, de su identidad, de su actividad, de sus gestos aparentemente sin importancia, y los vigilan; una política distinta respecto a la multiplicidad de cuerpos y de fuerzas que constituyen una población"⁴⁷.

El adiestramiento forma parte de la nueva economía del poder, donde el castigo es sustituido por la vigilancia, o mejor dicho, se asegura una mejor distribución del poder de castigar, impidiendo su concentración en algunos puntos o demasiado aislado entre instancias opuestas. El adiestramiento vuelve a todos los "soldados" en piezas de vigilancia, con autoridad para castigar, a través de una regulación efectiva de la conducta propia y ajena.

Dentro del ejército, el adiestramiento tiene un alto valor formativo, ya que garantiza la homogeneidad de los actos de sus integrantes. "El adiestramiento consiste en preparar a los miembros del ejército, para el cumplimiento de sus misiones... Siempre se procurará que el adiestramiento impartido a la tropa le desarrolle un espíritu ofensivo, como un medio para alcanzar el fin propuesto, que sólo se logrará mediante el conocimiento a fondo del combate ofensivo. Para desarrollar este espíritu, el objetivo principal del adiestramiento tenderá al desarrollo de una conducta agresiva, poder de resolución y capacidad combativa de las unidades o individuos cuya destreza, iniciativa y confianza en sí mismos, esté animada de la firme voluntad de vencer"⁴⁸.

⁴⁷ Foucault, M. *Vigilar y castigar* p. 82

⁴⁸ SDN *Manual de grupos de comando*. México, 1981, p. 152

En el Colegio Militar de México, el adiestramiento general de los cadetes dura los tres años de *internado*, *dividiéndose en básico y especializado*. El adiestramiento individual básico dura los primeros cuatro meses de formación profesional; por otra parte, el adiestramiento especializado se imparte durante el tiempo restante en el que se cumple el plan de estudios.

El adiestramiento especializado alterna materias de carácter común, con materias particulares del oficio de las armas. Es importante resaltar la cuestión de la “maniobras militares”: todas las unidades del ejército tienen prácticas o ejercicios militares, pero en el Colegio Militar se realizan dos de estas prácticas al año, una en invierno y otra en verano; el propósito es simular ejercicios militares, o en la jerga militar “operaciones militares”. En realidad se trata de familiarizar a los cadetes con el armamento y su operación en ejercicios tácticos de combate:

“- Vengan los brigadieres- dijo el teniente Gamboa.

- Compañía, ¡descanso!

El teniente se alejó unos pasos seguido de los suboficiales y de los brigadieres. Luego, trazando cruces y rayas en la tierra, les explicó detalladamente los diferentes movimientos del asalto.

- ¿Comprendida la disposición de los cuerpos? Dijo Gamboa, y sus cinco oyentes asistieron. - Bien. Los grupos de combate empezarán a desplegarse en abanico desde que se dé la orden de marcha; desplegarse quiere decir no ir como carneros, sino separados, aunque en una misma línea. ¿Comprendido? Bien. A nuestra compañía le toca atacar el frente sur, ése que tenemos delante. ¿Visto?

- ¿Y qué instrucciones hay para la progresión mi teniente? -Murmuro Morte.

- A eso voy - Dijo Gamboa - Saltos de diez en diez metros. Una progresión intermitente. Los cadetes recorren esa distancia a toda carrera y se arrojan, el que entierre el fusil le parto el culo a patadas. Cuando todos los hombre de la vanguardia estén tendidos, toco silbato y la segunda línea dispara. Un sólo tiro.

¿Entendido? Los tiradores saltan y progresan diez metros, se arrojan. La tercera línea dispara y progresa. Luego comenzamos desde el principio...

- Esto sí les gusta- dijo el capitán. - Ah, pendejos. Mírelos, parece que fueran a un baile.

- Si - dijo Gamboa - Se creen en la guerra⁴⁹.

El adiestramiento militar, propicia y afirma la "... actitud del grupo o del individuo que asegura cumplir con los requerimientos formales e informales del servicio, dentro y fuera de él, para satisfacer las demandas que impone el cumplimiento del deber"⁵⁰. Se trata de ensayar actos, gestos, movimientos, etc., con el único propósito de adquirir un conocimiento de sí mismo, en relación con el espacio y los demás; capaz de ser reproducido por el individuo, y poder actuar en consecuencia.

Se deben ensayar, por mucho tiempo, los movimientos precisos, los gestos *correctos*, las actitudes *deseadas*, las palabras adecuadas, las posturas y las formas de actuar, hablar y/o conducirse. En realidad, un "soldado" profesional ha ensayado muchas veces sus actos por efecto del adiestramiento, que posibilita el cálculo de su desempeño y de su rendimiento.

El adiestramiento religioso también es practicado de forma cotidiana, desde los primeros años de formación, hasta los últimos estudios de teología. Se trata de una práctica amplia que en cada celebración los seminarista se adiestran en el uso de palabras, gestos y ademanes. En el Seminario Mayor de Cuernavaca, todos los días hay celebraciones litúrgicas a las que todos los seminaristas deben asistir. En ellas, de forma indirecta, van adquiriendo saberes que luego habrán de introyectar, en un continuo conocimiento de sí mismos, que les permitirá adquirir la destreza para llevar ellos mismos la celebraciones.

⁴⁹ Vargas Llosa, M *Op. Cit.* pp. 184 -185

⁵⁰ SDN *Mando Militar* p. 77

“ Toda la vida del seminario debe tener como finalidad la formación de un pastor, ... debe de darse una formación teórica y práctica específicamente pastoral”⁵¹. El seminario, a diferencia del Colegio Militar, no tiene un adiestramiento tan marcado en las actividades particulares de la profesión; empero, al igual que en el Colegio Militar, en el Seminario, cada acto del día está relacionado con la formación pastoral.

Las prácticas del adiestramiento pastoral son realizadas a discreción, por cada uno de los seminaristas. “ Como parte del plan de formación, durante el período de estudios y principalmente en las vacaciones, deben los alumnos iniciarse en la práctica pastoral, mediante diversas experiencias adecuadas a su edad y a las circunstancias, que deberán ser determinantes de acuerdo al plan pastoral parroquial y diocesano...”⁵².

“ Para una mejor formación y una madura preparación para las órdenes Sagradas, podrá disponerse... que los alumnos - todos o algunos - interrumpan su estancia en el seminario durante determinado tiempo, para hacer una experiencia pastoral, con el acompañamiento de un sacerdote experimentado. Terminado el curso filosófico - teológico, es muy conveniente que los alumnos ejerzan durante uno o más años su ministerio diaconal, conforme a un plan y asesorados por un sacerdote, a fin de obtener una más plena maduración y confirmación de la propia vocación, y una mejor asimilación de las asignaturas pastorales aprendidas en el seminario, y para que el paso al ministerio sacerdotal, lo realicen más conveniente y fácilmente (Cfr. RFIS 42)”⁵³.

La formación formal de las aulas, no es suficiente para un práctica adecuada del ministerio militar o religioso, los ensayos son necesarios. Los seminaristas, al no contar en el plan de estudios con prácticas de celebraciones, extracurricularmente deben cumplir con este requisito. Ahora bien, un diácono es practicante del culto religioso, el está investido con la autoridad necesaria para celebrar liturgias así, se puede entender como una formación práctica de los seminaristas antes de poder llegar a ser presbíteros.

⁵¹ Comisión Episcopal de Seminarios y Vocaciones. *Normas básicas para la formación sacerdotal en México*. p 63

⁵² *Idem.*, p. 64

⁵³ *Idem* , p 65

“Nuestra liturgia está tachada de verbalista, centrada en exceso en el libro y la palabra. Lo racional y discursivo tiene gran importancia en nuestro culto, pero lo visual y la expresión corporal también”.

“La liturgia es una celebración en que prevalece el lenguaje de los símbolos, es un conjunto de acciones preformativos que nos introducen en común en el ministerio, y nos hacen experimentarlo más que entenderlo. Es una comunicación total hecha de palabras, gestos, movimientos, símbolos y acciones”.

“La inmensa mayoría de los gestos con que nos expresamos los cristianos están en relación con Dios y con la comunidad, y son heredados de la tradición más antigua de la iglesia católica. Hay que hacerlos bien porque los gestos, como parte de los signos litúrgicos, llevan consigo una carga de pedagogía y expresividad humana”.

“Lo auditivo tiene mucha importancia, como también lo visual de nuestra celebración. La estética del lugar, la expresividad de los gestos y la postura, lo referente al tacto, el contacto con el agua bautismal, la unción de los santos óleos, el imponer las manos, el perfume del incienso, y el gusto que tiene su relieve en el sacramento central: Cristo quiso dársenos como pan para ser comido y como vino para ser bebido”⁵⁴.

La práctica adquirida por medio del adiestramiento, forma en la personalidad gestos preconcebidos, destinados a mantener un monólogo, pues la comunicación va en un sólo sentido. El practicante repite y aprende los gestos dominantes, de tal forma que lo que se expresa es un acto esperado, los movimientos, ademanes, cadencias, gesticulaciones, jerga, etc., todo es parte de conservar un comportamiento “adecuado”, es decir, estereotipado. El postulante aprende a comportarse, al adquirir los gestos es aprehendido en un deber ser. No existen posibilidades de crear gesticulaciones autónomas, todas las acciones deben estar comprendidas en un patrón de comportamiento “adecuado”, adquirido a través del adiestramiento; el cual es adecuado en la medida que obliga a los postulantes a actuar bajo determinantes, que deben observar y asumir como parte de sí mismos. El adiestramiento integra a la personalidad de los practicantes formas de actuar, hablar y pensar fijas; instala en la personalidad la norma de biopoder y la disciplina.

La libertad de movimientos es reducida por efecto del adiestramiento, los cuerpos y las mentes, en la práctica de la instrucción normalizante ven reducidas sus posibilidades de acción. Se trata de adquirir “destrezas”, que son en sí códigos de conducta y acción. “Verdad es que la libertad tiene efectos en la conducta respecto de los demás y que esa conducta está estudiada y controlada para que la relación consigo mismo sea verdadera y honorable, pero lo importante es que, en la experiencia en que el ser se da como verdadero y real, nos vemos obligados a reconocer una configuración a la vez constituyente y constituida: el sujeto”⁵⁵.

El encierro de formación es el escenario donde se adiestra la subjetividad. En él se montan obras teatrales, en la que los postulantes participan como actores. El adiestramiento es una didáctica de la actuación; el sujeto adquiere una conocimiento sobre sí mismo en relación a los actos ejecutados, bajo condiciones controladas. En el adiestramiento, como en todo entrenamiento, hay oportunidad de equivocarse, de cometer errores para aprender de ellos.

Al controlarse la libertad de movimiento, los cuerpos aprenden conductas concretas hacia los otros, que restringe su propia actuación, posibilitando patrones de comportamiento “adecuados”. El adiestramiento ocasiona una relación consigo mismo positiva, porque da a los sujetos valores referenciales “verdaderos”, al adquirir destrezas deseables, porque facilitan la labor profesional de un “soldado”; aún cuando el precio que paga el individuo sea el de la propia libertad.

La persona adiestrada pierde libertad, en la medida que es más normal: a mayor normalidad de la personalidad, menor libertad individual. El postulante es disciplinado por el adiestramiento, porque su comportamiento es resultado de un conjunto de prácticas en la norma.

⁵⁴ *Conversaciones con un religioso en formación.*

⁵⁵ Jambet, Christian. “Constitución del sujeto y practica espiritual”. en Balibar, E.; Deleuze, G.; Dreyfus, L.; Frank, M. y otros *Op. Cit* p. 233

El adiestramiento finca las bases para la normalización y disciplinarización de la sociedad, fomenta la salida de los “soldados” de seminarios y cuarteles, no porque la sociedad normalizadora sea una sociedad de encierro, sino que el encierro ya no es segregativo: “Lo que hace que una sociedad sea disciplinaria es precisamente el hecho de que las disciplinas no forman compartimentos estancos. Todo lo contrario, su difusión lejos de escindir... hace homogéneo el espacio social... las disciplinas crean sociedad...”⁵⁶.

El adiestramiento abre la posibilidad de un comportamiento “adecuado”, es decir normal, porque la norma se vuelve vínculo de comunicación entre los especialistas de la disciplina y la gente común. La norma es el sedimento sobre el cual descansa la comunicación entre militares/religiosos y la comunidad; sólo por efecto de ésta es posible comprender los actos de los “soldados” profesionales.

La instrucción normaliza, en la medida que comunica. Hace posible que un gesto/signo sea comprensible para una sociedad. “La norma es precisamente aquello, por lo que la sociedad cuando se hace disciplinaria, se comunica consigo misma. La norma articula las instituciones disciplinarias de producción, de saber, de riquezas, de finanzas y las hace *interdisciplinarias*, convierte en homogéneo el espacio social, si no lo unifica”⁵⁷.

3.5. La transformación.

Lo que viven seminarista y cadetes, dentro de su espacio formativo, de carácter cotidiano (rutinario), es su propia autotransformación. En el periodo formativo son instruidos en el cuidado de sí mismos y son los responsables de su propio adiestramiento.

⁵⁶ Ewald, François “Un poder sin un afuera”. en Balibar, E.; Deleuze, G.; Dreyfus, L.; Frank, M. y otros. *Op. Cit.* p. 165

⁵⁷ *Idem.*, p. 65

El producto final de la formación normalizadora es la transformación de la personalidad. Al tomar la propia personalidad como objeto de conocimiento, por medio de una instrucción especializada en la meditación y el cuidado de sí mismos, dentro de un dispositivo de vigilancia y control hermético; la subjetividad se crea por efecto de modificaciones sistemáticas, transformando el *yo* sobre sí mismo. No se busca reducir el *yo* y perderlo; se trata de transformarlo, de diluirlo y mezclarlo a modo de normalizarlo, de disciplinarlo, de controlarlo a través de la autoregulación. El poder controla en la medida que posibilita modos de acción e ideas consecuentes.

El dispositivo de formación que hemos descrito, mediante ejercicios, exámenes y vigilancia; promueve transformaciones reguladas, induciendo a las personas a ser económicamente ventajosas y políticamente útiles. El individuo se transforma para servir a mantener y/o reproducir la estructura social de dominio, represión y producción. El postulante es controlado, perseguido (por él mismo, principalmente), castigado y reformado en los centros de formación militares o religiosos; el objeto sobre el que se vuelcan estas tecnologías y regulaciones de vida, es el cuerpo, pero lo verdaderamente importante es “cautivar” la mente.

La subjetividad es transformada en un arma, al servicio del biopoder y de la disciplina: ha sido colonizada. Por efecto de la más depurada de las técnicas del poder disciplinario, que se une al biopoder, se aplica “... a la vida de los hombres, o mejor, no inviste al hombre cuerpo, sino al hombre viviente”⁵⁸. La personalidad se modifica cuando deja de ser experiencia de vida, colocándose dentro de un estilo de vida “consagrado” a la patria o a Dios. El sujeto arriba a un centro de formación en busca de saberes y capacidad para ejercer el poder, consciente o no de ello, el postulante permitirá que sobre él se instale un estilo de vida que deberá vivir como destino, aún inconsciente vivirá la experiencia de su autotransformación.

⁵⁸ Foucault, M. *La genealogía del racismo*. p. 173

En este proceso de *formación* la relación del individuo sobre sí mismo, se induce hacia una relación del cuidado/conocimiento de sí mismo, es el sustrato de un cambio interno que va de la potencia al acto, de la posibilidad de actuar a la práctica del acto. La subjetividad, como relación del sujeto consigo mismo, es el potencial de la transformación; orientar “correctamente” la dirección y forma que toma dicha relación está al cuidado del *maestro*, dentro del *yunque*. “A diferencia de la conciencia, que exige el reconocimiento del otro, el sujeto sólo tiene necesidad del reconocimiento de sí mismo”⁵⁹.

La relación determinante en este proceso, es la del *yo* consigo mismo. Orientarla, cuidarla e inducirla, permite operar cambios en la constitución de la subjetividad, por medio del único agente capaz de efectuarla: el sujeto. No se trata de obtener el reconocimiento social de la transformación, esto va implícito; lo verdaderamente importante es la seducción y el control del *yo* por el poder. La personalidad del individuo es la materia sobre la que se realiza la “tarea” de la transformación del *yo*, y paradójicamente, el principal agente de subjetivación es el propio individuo. “Los individuos no tienen verdadera independencia de este trabajo, sin la forma en la que la experiencia ética o espiritual habrá de modelarlos. Pero esas formas de verdad tampoco tienen una existencia, si no están insertas en la materia concreta de las prácticas, de las conductas y de las costumbres”⁶⁰.

“- El orden y la disciplina constituyen la justicia -...- y son los instrumentos indispensables de una vida ordenada y racional. El orden y la disciplina se obtienen adecuando la realidad a las leyes.”

“... Al regresar de Chorrillos, Gamboa imitaba los ademanes del capitán Montero. Había sido destacado en Ayacucho y pronto ganó fama de severo... Su compañía

⁵⁹ Jambet, Christian “Constitución del sujeto y practica espiritual”. en Balibar, E.; Deleuze, G.; Dreyfus, L.; Frank, M. y otros. *Op. Cit* p. 232

⁶⁰ *Idem* , pp. 233-234

era la más entrenada, la mejor disciplinada. Ni siquiera necesitaba castigar a los soldados, después de un entrenamiento rígido y de unas cuantas advertencias, todo comenzaba a andar sobre ruedas. Imponer la disciplina era para Gamboa, tan fácil como obedecerla⁶¹.

La única forma de acceder a la subjetividad, de manipularla y dirigirla, es precisamente, por ella misma. El círculo: personalidad inducida - personalidad formada, transita sobre la misma vía: la subjetividad. Toda vez que la personalidad transformada es la del sujeto transformador, el agente de la transformación es sobre quien recae la acción transformadora, el sujeto se constituye a sí mismo, la subjetividad es constitutiva de sí misma.

“En este régimen no se trata de instaurar una lucha del alma contra el cuerpo, ni siquiera de establecer medios, por los cuales el alma podría defenderse frente al cuerpo; trátase más bien de que el alma se corrija ella misma para poder guiar al cuerpo...”⁶². La genialidad de los centros de formación de “soldados” profesionales, estriba en el hecho de que son los mismos postulantes los responsables de su propia transformación.

Los ejercicios, exámenes, controles y estilos de vida, coadyuvan a esta tarea, pero el verdadero “esfuerzo” de cambio se da por parte de él mismo. No hay meditación, ejercicio o adiestramiento que pueda cambiar la relación de un sujeto consigo mismo, si él no está dispuesto para ello, ya que la libertad es cierta forma de relación del individuo consigo mismo.

Evidentemente, todo esto supone el empleo de técnicas apropiadas, que bajo la dirección de un maestro y dentro de un dispositivo apropiado; permite modificar, guiar y finalmente metamorfosear el cuerpo y la mente, es decir los actos/gestos y las experiencias de vida.

⁶¹ Vargas Llosa, Mario. *Op. Cit* p. 360

⁶² Foucault, M. *La genealogía del racismo* p. 178

“La materia y la forma de la experiencia se vinculan en el punto en que existe un sujeto; pero ese sujeto sólo puede ser la ‘mancha ciega’ de los saberes que lo valorizan y conforman”⁶³. La personalidad se modifica ella misma por el cuidado del *yo*, los *maestros*, el dispositivo de formación con todas sus técnicas, tácticas y controles; permiten dirigir esta operación, ya que en el fondo la voluntad individual es el soporte de la acción conjunta de la disciplina y del biopoder sobre la personalidad.

La experiencia de vivir segregado, dentro de un dispositivo de normalización, introduce en la personalidad los mecanismos por medio de los cuales el sujeto se identifica consigo mismo como parámetro de normalidad. El sujeto transforma su propia personalidad, persiguiendo una normalidad ideal externa a él mismo, pero que sin embargo, experimenta sobre ésta la sensación de pertenencia mutua. La personalidad misma queda entonces atrapada en la normalización inducida, de la que ahora es parte.

La percepción de trascendencia y superioridad, que traen consigo el saber y el poder, motivan al sujeto a ocuparse de sí mismo. Lo íntimo de la personalidad, el secreto de la mente, deben descubrirse y experimentarse cada vez más cercanos, es querer conocerse a sí mismo en la medida en que se quiere cambiar la propia conducta. Por eso todas estas técnicas son prácticas que abren el camino del autoconocimiento y van del sí-mismo al sí-mismo. “El cambio de la mente es también el cambio del cuerpo, pues la contemplación es accesible únicamente a aquel que domina (y se somete) a estas dos prácticas esenciales que interesan al cuerpo y a la mente: la oración/meditación y la transformación”⁶⁴.

El conocimiento de sí mismo que se fomenta en el *yunque* obliga a la conciencia a tomarse como objeto de estudio, sus pensamientos ocultos deben ser revelados para sí misma. En la búsqueda de su propia libertad, persiguiéndose a sí misma; por esta búsqueda la personalidad se atrapa a sí misma, se subordina a la trascendencia, al poder y al saber. Experimenta su

⁶³ Jambet, Christian. “Constitución del sujeto y practica espiritual”. en Balibar, E.; Deleuze, G.; Dreyfus, L.; Frank, M. y otros. *Op. Cit.* p. 236

⁶⁴ *Idem.*, p 238

transformación como búsqueda de libertad, es decir, en la medida en que la conciencia se metamorfosea a sí misma, se siente más libre; a pesar de que en realidad se introduce en la dinámica de control y disciplina de la normalidad. El resultado del cuidado y conocimiento de sí mismo, relaciona de forma lineal a la identidad y a la normalidad.

La transformación personal es el resultado de las técnicas del poder orientadas a controlar y conocer a los individuos, interesadas en dirigirlos en una dirección continua y permanente; en llevarlos del autoconocimiento/autocontrol a la transformación personal. Dentro de este marco, el individuo crea una subjetividad y una identidad propia cuando encuentra el sentido de su vida, o mejor dicho, cuando ha asumido como propio el sentido de vida al que ha sido inducido.

La subjetividad, es por ello un producto y no un encuentro consigo mismo. “Hay que pensar más bien en una crisis del sujeto o más bien de la subjetivación: en una dificultad en la manera en que el individuo puede constituirse como sujeto moral de sus conductas, y en unos esfuerzos por encontrar en la aplicación de sí mismo lo que pueda permitirle someterse a unas reglas y dar una finalidad a su existencia”⁶⁵. En la medida que la personalidad es inducida hacia determinados fines, muy concretos, se puede ver la crisis de la subjetividad, toda vez que la individualidad es el resultado de las técnicas de la disciplina y el control.

La personalidad invadida por un sentimiento de autocontrol y gobierno, es el producto de entender la individualidad como objeto de preocupación política y científica, en la que el individuo se ve envuelto, participando de este interés sobre el *yo*. La verdad y el poder van a sancionar la individualidad, la persona se hace consiente de sí misma a través de estos mecanismos de verdad y poder; participa de ellos cuando logra conocerse por el saber e interpretar su personalidad al amparo de la verdad. La persona logra conocerse en el proceso verdad- saber/poder- discurso- interpretación del *yo*- cuidado/conocimiento de sí mismo, la conciencia de sí y de su mundo vital es la experiencia de vivirse como objeto de estudio.

⁶⁵ Foucault, M. *Historia de la sexualidad. La inquietud de sí* p. 93

“La individualización aparece como el objeto último de un código exactamente adaptado”⁶⁶. La subjetividad es algo que se alcanza cuando la persona se conoce a sí misma por medio de un conjunto de saberes y de reglas; que sostienen el discurso con el cual la persona anima, interpreta y justifica sus acciones. Se trata de un descubrimiento inducido, en el cual todas las variables son controladas, preestablecidas, dictadas por un poder que no conoce límites exteriores, todo lo que esté dentro de él son partes del poder mismo, la taxonomía de los individuos sólo permite individualidades preconcebidas.

El problema de la subjetividad deriva del hecho de que la individualidad está referida al poder individualizante. Esto debe entenderse como un proceso de identidad subordinado a los principios táctico - estratégicos del poder; delimitado en su forma y contenido por la normalización del poder. El “poder pastoral”, encargado de esta individualidad controlada, es ejercido sobre las personas, y no sobre sus bienes. La subjetividad inducida es resultado de la presencia de los *maestros*, o más precisamente, de la presencia del *pastor*. El “poder pastoral” se oculta bajo las fuerzas *benignas* de la normalización y la naturaleza.

La subjetividad obtenida en un proceso de individualidad identificado con la normalización, obliga a la persona a asumirse a sí misma dentro del poder, experimentando su vida como un “deber ser”. La transformación del ser es producto de las técnicas disciplinarias conjugadas con el control del biopoder.

La transformación se logra cuando la subjetividad queda instaurada dentro del poder pastoral, dentro de la norma y la normalización. Lo valioso del biopoder y de la disciplina es que a través de un juego de variables obligan a la identidad entrar a una subjetividad; norma/control; siendo la persona la responsable del cuidado de sí misma en este proceso. Es decir, la persona misma es la que cuida de su propia subjetivación inducida, identificando su personalidad con el biopoder y la disciplina.

⁶⁶ Foucault, M. *Vigilar y castigar*. p. 103

La transformación se va desarrollando desde el momento mismo en que el sujeto inicia la búsqueda de sí, con el firme propósito de lograr cambios en su personalidad que le permitan trascender la propia personalidad. En ese momento, inicia una serie de relaciones consigo mismo controladas y dirigidas hacia un fin, a través de técnicas disciplinarias, y el control normalizante de las relaciones entre el sexo, la verdad, el poder, el cuerpo y el individuo.

La transformación se inicia cuando la persona se ocupa de sí misma. Cuando motivada hacia el autoconocimiento encuentra el camino de la “purificación”. En el momento en que una persona intenta cumplir con un mandato “superior a sí mismo”, inicia un proceso de subjetivación normalizante, por medio del cual el poder se instalara en ella. Erradicar el *mal* de su mente y de su cuerpo depende de una tecnología de la salud y de lo patológico; si una persona asume que debe erradicar de sí misma el *mal*, en ese momento inicia su transformación normalizante, bajo el cuidado y la dirección de sus *maestros*.

En todo caso es el sujeto el que se ocupa de sí mismo, es él quien se siente “llamado” y experimenta sobre su voluntad una *vocación* hacia lo trascendente. Existe toda una estructura social que ampara su interés personal, que lo cobija y lo guía, que lo produce. Pero sigue siendo el individuo el que decide experimentar como propias la trama de las disciplinas y el control del biopoder.

Los dispositivos que administran la forma de vida de la gente, existen debido a que hay personas dispuestas a someter su voluntad a esos dispositivos carcelarios. La sociedad normalizante está estructurada para inducir la individualidad hacia subjetivaciones identificadas con el poder, pero no puede decirse que las personas no puedan responder de formas distintas a estas inducciones, la respuesta depende en todo caso de la persona:

“Antes de entrar a la vida del seminario mayor, me imagine que cercenaría mi vida aún más de lo que lo hice durante el seminario menor, disminuyendo mi capacidad de iniciativa y la confianza exacerbada en mí mismo; las dos cualidades esenciales necesarias para el trabajo parroquial. Supuse que tendría que cambiar por mí mismo antes que mis superiores o el padre rector me sugirieran dejar el seminario. Siempre me han dicho que tengo problemas de actitud, sin embargo, ahora siento que los he superado por medio de la oración y la compasión de mis compañeros”⁶⁷.

Existen diferentes modos de subjetivación del ser humano; sin embargo, en este momento, las sociedades son en su conjunto normalizadoras y urbanas, esa es la tendencia. Dentro de sociedades urbanas como la mexicana, existe un modo de objetivación que transforma la personalidad de los seres humanos en sujetos *normales*. Conceptualizarse como “normal” implica una transformación profunda de la persona, que ha dejado de ser un individuo común y se ha convertido en un “soldado” al servicio del poder disciplinario y de la norma.

Los centros de profesionalización militares o religiosos, proporcionan una regulación, dirección y control, para el autoconocimiento que conlleva un cambio en la personalidad. Aprender a orar, marchar, saludar, gesticular, etc., como “soldado” significa una profunda transformación en la vida personal, tanto a nivel físico como mental.

El conocimiento adquirido como saber/poder impone sobre la personalidad modificaciones profundas, mismas que el propio individuo es el encargado de llevarlas a cabo; el proceso en su conjunto está lo suficientemente estructurado para impedir regresiones simples.

⁶⁷ Conversaciones con un religioso en formación.

La persona que se adentra en un proceso formativo de esta naturaleza, cambiará su conducta y su personalidad, respetando la norma, aún en el caso de que su cumplimiento u observancia signifique la propia negación o degradación individual. La propia normalización es el objetivo final de las transformaciones reguladas y dirigidas; y es por lo tanto, la mejor garantía para que la persona dé cumplimiento a todas las normas adquiridas. Al respecto, consideremos el caso de un oficial o un presbítero recién egresado de su centro de formación. La más de las veces se les encomienda a un lugar separado geográfica y/o culturalmente de su comunidad, obligándolos a continuar viviendo una vida de encierro por un periodo corto dentro de su parroquia o cuartel.

En el caso del Colegio Militar es particularmente ilustrativo, toda vez que, la mayoría de los cadetes se ven forzados a separarse de sus comunidades desde el ingreso al plantel, pues muchos de ellos vienen de estados alejados de la capital de México, por distancias superiores a los 500 kilómetros, traducido en la práctica 33 horas de "franquicia" no son suficientes para poder trasladarse hasta su lugar de origen. Aunado a esto, existe la prohibición legal de no separarse de la plaza más allá de 40 kilómetros de distancia, considerándose como desertor a quien se separe más de esta distancia de su cuartel. Una vez que se gradúan de oficiales, difícilmente volverán a su región de origen, pues lo característico es que su servicio lo desempeñen en otra región del país.

Los centros de formación religiosa y militar que se han venido analizando, son principalmente dispositivos de administración sobre el modo de vida de las personas que ingresan a ellos. Durante el periodo de formación un cadete o un seminarista está imposibilitado para elegir maestros, compañeros de cuarto, compañeros de clase, etc.; es decir, carece de autonomía para dirigir su propia vida, desde sus actos más insignificantes como son los horarios de comida, hasta otros más trascendentes, como lo es la elección de la especialización terminal, en el caso del Colegio Militar de México, los cadetes son seleccionados de acuerdo a sus aptitudes para ingresar a cada una de las especialidades.

El periodo de formación implica una administración institucional total, a la que el individuo se somete *voluntariamente*, a cambio de obtener la recompensa de verse transformado (por sí mismo) en *oficial o presbítero*. El las piezas separadas en el curriculum de formación, se unen finalmente, cuando después de haber dirigido la vida de un individuo, éste se transforma en “soldado profesional”.

La individualidad formada es resultado de una subjetivación dirigida, en la que el discurso y el poder se articulan, fincando sobre las personas individualidades subordinadas a las estrategias del poder. Los postulantes ingresan con un deseo de fortalecimiento físico y moral, con esta meta se someten a un juego de prohibiciones y conocimientos en medio de los cuales, su voluntad se ve inducida a la sumisión del poder/saber. La propia personalidad se vuelve el “principal objeto de estudio” en su vida de encierro, produciendo una transformación “voluntaria” de la mentalidad y del cuerpo.

Capítulo 4. Vidas en el encierro.

En un medio, como el encierro, donde la constante visibilidad, recae sobre el cuerpo y la mente los postulantes son conducidos por los maestros hacia su propia transformación, a través de mecanismos y de variables conocidas y controladas. Vivir el encierro es vivir bajo el control formativo de la represión, el castigo y aún la satisfacción personal. Cada sitio en el cuartel o en el seminario es un lugar controlado que restringe el movimiento libre del cuerpo y de la mente; dentro de ellos ya no existen la incertidumbre de movimientos o de ideas, cada gesto está controlado por el espacio donde se desarrolla. El encierro es básicamente la conducción material de la mente y el cuerpo. El espacio está encerrado en la singularidad del postulante, el vínculo del saber y el poder se asegura aún más sobre la persona que se objetiva en el encierro.

La racionalidad política centra su discurso, saber y dominio dentro de este espacio controlado, construido bajo su ordenamiento; es el reflejo de sí misma que se impone a la conducta individual. El encierro contiene un sentido cratológico que recae sobre la personalidad, conduciéndola hacia un encuentro afortunado consigo misma, "... espera en la oscuridad nuestra toma de conciencia para ponerse a hablar". La personalidad se consagra entonces a la obra infinita de construcción de saberes sobre discursos, a la tarea de ser lo que ya se ha concebido en el espacio mismo.

El espacio delimitado se convierte en el medio de vida de los postulantes, dentro de él desenvolverán su vida cotidiana bajo la mirada de sus "superiores". La vida transita entre espacios cerrados por muros y aires, con la función de ceñir conductas, adaptando lenta, pero constantemente, el cuerpo y la mente al encierro físico y emocional.

¹ Foucault, Michel. *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. 14ª. Ed., Siglo XXI, México 1991. p. 21

“Un centinela que permanece durante horas inmóvil en su puesto es la mejor expresión de la constitución psíquica del soldado. No debe alejarse; no debe dormirse, no debe moverse, a no ser que le estén prescritos ciertos movimientos, exactamente fijados. Su servicio propiamente dicho es la resistencia a cualquier tentación de abandonar su puesto, sea cual fuere la forma en que ésta se le presente. Este negativismo del soldado, como muy bien se le puede llamar, es su espinazo. Todas las causas corrientes para la acción, como las ganas, el temor, la inquietud, de las que tan esencialmente consiste la vida del hombre, las reprime dentro de sí. Las combate mejor ni siquiera confesándose las.

Todo acto que entonces realmente ejecuta debe estar sancionado: por una orden”.²Cada parte del edificio tiene un función pedagógica, por efecto de la cual el cuerpo y la mente aprenden a “comportarse”, reconociendo lo propio y lo ajeno, marcando las fronteras invisibles de lo *normal* y lo *anormal*. La actitud se va convirtiendo en comportamiento, en la misma proporción que el encierro se vive dentro sí mismo, como apéndice.

“Muros sobre muros se erigen en torno a él; se los ilumina para él, se los hace crecer delante suyo. Su altura y severidad iguala su claridad. Siempre se le habla de ellos, no puede decir que no los conoce. Comienza a moverse como si siempre los sintiera alrededor suyo. Lo anguloso del soldado es como el eco, en su cuerpo, de su dureza y lisura; adquiere algo de una figura estereométrica. Es un prisionero que se ha adaptado a sus muros; un prisionero que está conforme; que se defiende tan poco de su situación que los muros lo moldean. Mientras otros prisioneros conocen sólo una idea (cómo poder escalar u horadar sus muros), el los ha reconocido como una nueva naturaleza, como entorno natural al que uno se adapta, que se convierte en uno mismo”.³

² Canetti, Elias Op. Cit. p.308

³ Idem. p.308

Siempre que el cuerpo es obligado a moverse de forma delimitada por el espacio, la mente también es obligada a dar respuestas por el mismo límite. Vivir la experiencia del *encierro formador* significa formar parte de una estructura de control y vigilancia, y estar en condiciones de manejar el saber/poder derivado de la *normalidad* adquirida en el encierro. Pero esa vida, es al mismo tiempo una experiencia de subordinación voluntaria ante los "superiores", quienes enseñan el arte de vivir segregado dentro y fuera del *recinto de formación*.

El encierro es por mucho, la experiencia compacta de ser y vivirse diferente, ajeno a todos los demás seres que no comparten la formación recluida. La vida se vuelve *rítmica, segura, cadenciosa y monótona*, el cuerpo sabe cómo transitar, cómo parar, cómo actuar; la mente sabe cómo conducirse, hacia qué camino lleva cada uno de los sitios, hasta dónde se puede pensar. El postulante aprende en el encierro cómo deberá ser para siempre, diferenciándose de los "otros", que no son ni semejantes, ni comprensibles *para su pensamiento*.

El escudo amurallado de los recintos de formación, militar o religiosa, va cercenando la vida simple de lo imprevisto y lo inoportuno. A cada momento, el espacio delimitado va creando en la mente y en el cuerpo, una necesidad de prevenir los sucesos, actos, movimientos, gestos, palabras, etc.; todo está ordenado de acuerdo a la "norma" y así el postulante adquirirá la destreza de saber prever sus necesidades materiales o simbólicas, pues en medio de sus deseos y sus actos, está el espacio delimitado que *impide los movimientos furtivos, las palabras sin sentido, las miradas vacías*.

Nada sale, nada entra, todo se mantiene dentro, en una dinámica de movimientos rápidos y precisos, conducentes hacia algún objetivo previsto, planeado para poder ser alcanzado. La táctica del encierro es la logística, todo debe ser previsto; se deben alcanzar los objetivos conforme a lo planeado. El encierro es una disciplina de vida, no sólo en la forma de vivir sino también, y principalmente, en la relación consigo mismo.

4.1. El encierro como disciplina.

En concreto, la relación particular de un postulante, militar o religioso, con el poder disciplinario, está en el encierro, toda vez que el encierro es un aparato disciplinario exhaustivo. El cuartel o el seminario, son “dispositivos disciplinarios” creados específicamente para la manipulación y el control, son “dispositivos totales” en varios sentidos. “... debe ocuparse de todos los aspectos del individuo, de su educación física, de su aptitud para el trabajo, de su conducta cotidiana, de su actitud moral, de sus disposiciones...”⁴.

La analogía entre estos encierros es evidente: “De un modo general el sistema penal es la forma en la que el poder, como poder, se muestra de un modo más manifiesto. Meter a alguien en prisión, encerrarlo, privarlo de comida, calefacción, impedirle salir, hacer el amor, etc... ahí está la manifestación del poder más delirante...La prisión es el único lugar en el que el poder puede manifestarse de forma desnuda, en sus dimensiones más excesivas, y justificarse como poder moral”⁵ Pero también “...existen los discursos que provienen de la misma prisión... el mismo funcionamiento de la prisión tiene sus estrategias, sus discursos no formulados, sus astucias, que en último término no son de nadie pero que, sin embargo, son vividas, y aseguran el funcionamiento y la permanencia de las instituciones”⁶, son estos discursos, estas estrategias, estas disciplinas las que habrá que buscar también en seminarios y cuarteles.

El encierro rompe con la vida privada de las personas, su individualidad está sometida a procesos de subjetivación controlados por efecto de la disciplina, a través del examen, la sanción normalizadora y la vigilancia jerárquica. El “biopoder” también se incrusta sobre la intimidad de las personas, y dentro del encierro, llega a controlar el uso del cuerpo como parte de su normalización. Sin embargo, las personas que se reclutan, no pierden su libertad por completo; es decir, se parte de la idea de que es por su propia voluntad que se ingresa y se somete al proceso de disciplinarización. Este matiz del encierro que viven seminaristas y cadetes, hace suponer que no estamos ante una pérdida absoluta de la libertad personal.

⁴ Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. p. 236

⁵ Foucault, M. *Op. Cit.* p. 85

Ahora bien, el encierro militar o religioso es primordialmente un claustro de formación. Es vía este carácter formativo del encierro, por el que los formandos perciben la adquisición de la disciplina. La idea de necesitar una especialización disciplinaria se vislumbra entonces como la causa fundamental del encierro formativo; cadetes y seminaristas tienen la noción de que la adquisición de hábitos disciplinarios es el principal objetivo de su ingreso a un claustro de formación. En el fondo, permanece oculta la concepción del deber estar segregado, para poder formarse en la disciplina militar o religiosa, que los postulantes, en cada caso consideran como positivas. Los aspirantes a “soldados” saben que deben someterse a un proceso de normalización, para adquirir un comportamiento adecuado a su oficio, esto es lo que ellos llaman “disciplina”.

El deseo de ser “disciplinado”, de saber obedecer y poder mandar, es el principal eje sobre el cual se monta la disciplinarización y la normalización, de postulantes religiosos o militares. En la búsqueda de este anhelo, seminaristas y cadetes ingresan a los centros de formación; permitiendo que el “dispositivo” tenga un control casi total sobre ellos, con mecanismos internos de represión, castigo y vigilancia. La disciplina *despótica*, es la que se ejerce dentro del encierro de formación, pues lleva al límite los métodos de normalización. “Tiene que ser la maquinaria más poderosa para imponer una nueva forma al individuo... su modo de acción es la coacción de una educación total”⁷.

La didáctica del poder y de su ejercicio, requiere de un espacio de control total de la voluntad y de los cuerpos de las personas. En los claustros de formación, el dispositivo dispone de la voluntad y del tiempo de los postulantes, en el que la pedagogía cotidiana de la norma, a través de varios años de encierro, puede regular la actividad de las personas, los movimientos o el reposo, el número, la forma, la cantidad y el tipo de comidas; la calidad y ración de los alimentos; la forma de dormir y el sitio para hacerlo; la índole y el tipo de trabajo intelectual (lo que se lee y lo que no se lee); el tiempo de oración y/o meditación; el uso del lenguaje, y por así decirlo, hasta el del pensamiento.

⁶ Giddens, A. *La constitución de la sociedad*. 2a. ed. Amorrortu, 1995, p. 40

⁷ Idem, p. 263

“En los dormitorios se nos revisan los libreros; los oficiales se cercioran del tipo de literatura que tenemos y nos recogen la que ellos consideran que no es adecuada para nuestra formación. Casi siempre buscan revistas, historietas y “novelitas”; o también revistas pornográficas; pero cuando llegan a encontrar libros o revistas que le tiran al gobierno también nos los quitan. A mí, una vez me quitaron una revista “PROCESO” en la que entrevistaban al Subcomandante Marcos, del EZLN; yo no soy simpatizante de los zapatistas, pero un amigo me dijo que me la prestaba para que la leyera y pudiera opinar con razón. El oficial en cuanto la vio, me reprendió severamente y me dijo que era peor tener revistas subversivas que pornográficas”⁸.

Así, el encierro se vuelve en la práctica un aislamiento del mundo exterior, que siempre es considerado como “deformante”; se trata de segregar todo aquello que motive la infracción de la norma, enérgicamente se busca separar a los postulantes del ambiente caótico de las sociedades, particularmente de las modernas. Los individuos una vez que ingresan a un centro de formación, se integran a un “dispositivo” que aísla a cada uno de ellos de los demás; pero principalmente de los otros.

El encierro representa un aislamiento respecto de los demás, de los otros y de sí mismo; las personas deben de romper con todo aquello que los hace indisciplinados, deben romper con su conciencia histórica para poder ser normalizados adecuadamente. En la práctica, esto supone que las personas se alejen de sí mismas en la búsqueda una subjetividad determinada por el poder y su ejercicio. El encierro impone un aislamiento de la sociedad, de los compañeros y de los recuerdos; la normalización no sólo debe ser individual, sino también individualizante.

El control del cuerpo y de los deseos sobre él, es el campo de batalla por excelencia de la normalización y la disciplinarización, en un encierro de formación militar o religioso. Debemos tener presente que estos encierros son homosexuales, es decir, la población interna es masculina; los contactos con el otro género se dan en espacios controlados en los cuales la actividad principal es la docencia o el servicio médico.

⁸ Conversación con un militar en formación.

En el Colegio Militar, los cadetes únicamente conviven con mujeres de forma cotidiana en las aulas de clases, sin embargo, el número de maestras es sumamente reducido, menos del 3 % en 1994; sin contar a los instructores militares. Las enfermeras y el personal médico femenino, no tienen contacto cotidiano con los cadetes, pues sólo los cadetes lesionados o enfermos asisten o se encaman en la enfermería del plantel. El personal de aseo de: dormitorios, plaza de maniobras, jardines, calzadas, etc., es masculino. También debemos tener en cuenta que durante los meses de septiembre a diciembre, las aspirantes a las escuelas médico militar y de enfermeras están en el plantel, aunque sólo conviven con los aspirantes de su generación.

El caso del Seminario resulta menos misógino, en apariencia. Los seminaristas son asistidos por "hermanas", es decir por religiosas de alguna orden o congregación, quienes se encargan de las labores "domésticas", principalmente del lavado de ropa y la elaboración de los alimentos. Por lo tanto, tienen una permanencia cotidiana en el seminario, y no es, de ningún modo, algo extraordinario verlas pasar por los pasillos del seminario. Además, existen maestras que al igual que en el Colegio, imparten cátedras a los postulantes, pero tienen una mayor presencia que en el caso anterior, aproximándose a un 20% del total de la población de catedráticos en 1996.

La obligación de cumplir con las normas, obliga a los postulantes a que sus vidas sean gobernadas por el encierro de manera totalitaria; obligándolos a cumplir con un "deber ser". El celibato, es un "deber ser" durante toda la vida del religioso, no sólo en su etapa de formación. El Colegio Militar, no impone el celibato a sus alumnos, pero les impone la abstinencia total dentro del encierro de formación⁹. En ambos casos está prohibido tener relaciones sexuales con sus compañeros o con otras personas de su mismo género. La práctica de una sexualidad homosexual, es sancionada con la expulsión de la institución, aún ya graduados de los centros de formación.

⁹ Un cadete, está obligado a no tener hijos en tanto no termine su formación. Esto no quiere decir que los cadetes no tengan relaciones sexuales durante su etapa de formación; ya que los días que salen del plantel, prácticamente pueden hacer cualquier actividad que deseen. No es el caso de los seminaristas, quienes aún fuera del seminario deben abstenerse de tener relaciones sexuales, sobre todo si ya han hecho su voto de castidad.

En realidad se puede hablar de celibato únicamente en la vida religiosa, y es ahí donde se puede observar de forma directa, el aislamiento que un individuo debe observar dentro de su propia personalidad. El celibato es la gran diferencia entre la vida militar y la religiosa, pues si bien ambas exigen auto-negaciones como expresiones de normalidad y disciplina, sólo la vida religiosa impone y promueve la segregación interna de la personalidad, el celibato escinde la personalidad.

El voto de castidad es una forma absoluta del control, por parte del "biopoder" y la disciplinarización, obligando al sujeto a negar parte importante de su vida emocional y afectiva, imponiendo la anulación de la vida sexual activa. El religioso en su vida, debe excluir de sus pensamientos, ideas, deseos, etc. todo lo relacionado con el erotismo, tanto en su sentido amplio, como, en su sentido limitado, el pornográfico.

También las prácticas auto-eróticas en los religiosos están prohibidas, la vida religiosa aísla por completo la vida emocional y afectiva de las personas. El celibato, es en realidad un martirio permanente, pero que no es derivado de un dolor físico, sino de algo mucho más complejo y difícil de identificar; el sentido de martirio del celibato, está en la disciplina misma, en los efectos positivos de la normalización y la disciplinarización.

Dentro del encierro religioso el individuo está completamente "aislado", su privacidad completamente anulada y su subjetividad totalmente dirigida. No hay un sitio, un lugar, un instante, en el que un religioso pueda tener contacto (físico o mental) consigo mismo, que no esté vigilado. A donde vaya, estará vigilado por esa parte suya que ha sido aislada de sí mismo, que le ha sido arrancada, para ser amasada por un poder que impone subjetividades y vuelve perversa la propia individualidad.

Si el erotismo heterogéneo, y aún el autoerotismo, están prohibidos y son perseguidos dentro y fuera del encierro de formación religioso; qué se puede esperar del erotismo homosexual. Todo contacto físico con un compañero está prohibido, incluso está tabuado el mirarse, encontrarse a solas o tocarse. El cuerpo es perseguido, vigilado y custodiado, “no puede” hacer nada que se aproxime a un contacto erótico con otro cuerpo de su mismo género. La vida homosexual del encierro es una contradicción entre prácticas y “pruebas”, el ambiente mismo se presta a este tipo de relaciones tan tabuadas, el contacto cotidiano, la convivencia tan cercana, las miradas compartidas, las sonrisas cómplices, etc.; y sin embargo está prohibido desear a otra persona (del mismo género o del otro) y aún desearse a sí mismo.

El problema de aislarse de sí mismo no se resuelve al tratar de marcar una exterioridad interna, es decir, definir los márgenes de los cánones externos e internos, el adentro (*in side*); fragmentar la sexualidad complica la vida erótica de las personas. El seminario al ser tan altamente represivo de la conducta erótica, es una cárcel de la mente y sobre todo del cuerpo. Sin embargo, el ambiente cordial, de camaradería, apoyo mutuo y hermandad, posibilita una gama muy variada de sublimación erótica.

El problema que yace en el fondo, es el de ser amoroso a nivel “espiritual”, pero materialmente ser “sañoso”. Esto produce en algunas ocasiones desequilibrios emocionales; comprobar esto es difícil; pero las relaciones microsociales de la vida *intra- muros* demuestra una vocación de servicio fácilmente comparable a la que genéricamente asume la mujer. “En la actualidad, hay sólidos argumentos psicológicos que sustentan la antigua sospecha de que los niños y los jóvenes con una percepción femenina de sí mismos tienden a sentirse atraídos por una vocación, y los largos años de formación religiosa refuerzan a menudo estas conductas”¹⁰.

¹⁰ Gordon, Thomas. *El deseo en el celibato*. p. 23

“Incluso aquellos que llegan al sacerdocio sin ser psicológicamente distintos de los demás muchachos de la misma edad admiten que, debido a la longitud del periodo de formación (siete años), a la atmósfera sexual de los seminarios y al aislamiento de los compañeros de mujeres, se ven conducidos hacia unas pautas femeninas. Cuarenta seminaristas entrevistados en Roma, en mil novecientos ochenta y cuatro, admitieron que después de dos o más años viviendo en casas de formación, se sentían más femeninos que masculinos”¹¹. El encierro es desde luego dañino, a nivel individual trastorna la personalidad de los seminaristas¹².

La vida del encierro, es primordialmente una vida sometida; porque el poder normalizador es la esencia del encierro, es el espacio y el momento de tensión en el ejercicio de dirigir y formar; el dominio de las pasiones y los deseos. Los efectos y trastornos emocionales, las preferencias sexuales de los objetos de deseo; documentan de alguna forma los daños producidos por el poder a la personalidad. El ambiente misógino que se vive dentro de los encierros formativos, perturba las relaciones genéricas de las personas, ya sea con el mismo género o con el opuesto.

El seminario posibilita una aproximación más clara a este fenómeno; pues sobre el Colegio Militar no existen estudios, o análisis acerca de este tema. En el Colegio Militar la homosexualidad es un tabú, para el pensamiento o las actitudes. Pero el ambiente misógino es mucho más radical en comparación con del seminario; aunado al machismo exacerbado que busca la muerte, a la marcada tendencia necrofilica.

¹¹ *Idem*, p. 23

¹² Esto no quiere decir que todo religioso tenga trastornos emocionales severos, o que clínicamente tengan una personalidad femenina, y una vida erótica homosexual. Sin embargo, se quiere señalar un hecho deformativo, incluso dañino a la mentalidad, del encierro de formación. La vida devota de los sacerdotes y religiosos de la iglesia católica presenta una gama, prácticamente infinita de relaciones sociales; quizás sólo una pequeña parte sufre alteraciones severas de su personalidad que los lleve hacia una crisis emocional.

Ahora bien, no se puede negar la existencia de relaciones homosexuales dentro del espacio formativo de los militares mexicanos. Se habla de una homosexualidad femenina de enfermeras y médicas militares, como efecto de su actitud viril en algunos casos. También se habla de que algunos jóvenes ingresan al Colegio Militar atraídos por el ambiente misógino que reina en la atmósfera militar; la vida íntima de los cadetes es comunitaria: los baños, los dormitorios, el comedor, los sitios de estudio, etc., todos estos espacios son eminentemente masculinos.

Los cadetes pocas veces tocan el tema, y no permiten críticas de esta naturaleza a su comportamiento. A pesar de todo esto, los cadetes más antiguos reconocen haber asistido, por lo menos a una ceremonia de expulsión de compañeros, por haber tenido prácticas homosexuales¹³. Esto debe mostrar que el encierro complica la existencia de las personas, no por ser homosexuales; sino porque no tienen la libertad de expresar sus deseos hacia un objeto sexual diferente.

Por otra parte, se puede observar que el albur militar es sumamente sexista y misógino, más aún que el del caló mexicano. Se trata de humillarse mutuamente con base en una "violación verbal". El albur intenta penetrar el cuerpo del otro por medio del lenguaje. Además, hay que reconocer que los abrazos, las palmadas y sobre todo, las nalgadas que se propinan mutua y sistemáticamente los cadetes, contiene cierta carga de homosexualidad¹⁴. El contacto físico entre compañeros es mucho más tolerado que en el seminario, además se debe recordar que los militares no tienen un voto de castidad, y que el autoerotismo y el deseo erótico no son penados en los planteles, ni en la vida militar, sólo se persigue a la homosexualidad.

¹³ La ceremonia es muy parecida a la que narra Vargas Llosa en su libro aquí citado; toda vez que son humillados públicamente y son tratados como verdaderos criminales.

¹⁴ Insistimos, no todo militar es homosexual o misógino; pero se debe señalar la marcada tendencia misogina de la vida castrense, particularmente en los centros formativos que son internados.

Lo señalado no es una postura sexista o un análisis de la sexualidad; por el contrario se presentan las relaciones sexuales como un ejemplo de la fractura interna, que ocasiona el poder normalizador sobre los cuerpos y las mentes de seminaristas y cadetes¹⁵.

El poder se ejerce siempre sobre lo externo. El encierro delimita lo propio y lo ajeno, lo que está dentro: lo *normal*; y lo que está afuera: lo *anormal*. Sin embargo, el poder capilar de la normalización y la disciplinarización tienden a introducir dentro de la personalidad una escisión, entre los pensamiento, deseos e ideas, permitidas (*normales*) y las prohibidas (*anormales*). Es por eso que militares y religiosos tienen una personalidad fragmentada, como disciplina y como deber; ellos han sido *instruidos* en la autonegación y la autocensura.

El cuerpo y la mente “cautivas” en el encierro, tienen una relación política directa con el poder capilar; en el que se desenvuelven y transitan cotidianamente caracterizando su relación con el poder por la pérdida de su voluntad de forma “libre”. Esta relación tan estrecha con la normalización es lo que debe entenderse como “disciplina”, toda vez que la conducta dirigida y autoregulada es ejemplo de normalización.

El encierro es entonces individual por el hecho de que las personas están solas ante la escisión interna. Además la soledad es un instrumento positivo de autocontrol, por la reflexión que suscita y el remordimiento que no puede dejar de venir. Sumido en la soledad el postulante reflexiona sólo en presencia de sus debilidades, aprende a odiarlas, a tratar de separarse de ellas. “Por el hecho también de que la soledad asegura una especie de autoregulación de la pena, y permite una individualización espontánea del castigo...”¹⁶.

¹⁵ El estudio de la sexualidad de las personas que viven en claustro de formación, demanda de un trabajo independiente de éste. Aquí únicamente se llama la atención sobre la practica del “biopoder” referente al sexo, pues el celibato es una practica de control de la sexualidad y por lo mismo de la personalidad y del cuerpo.

¹⁶ Foucault, Michel. *Vigilar y castigar*. p. 239

La individualidad es el cruce del castigo y la gratificación, la pena de la disciplina rechazada o el placer del deber cumplido. El encierro se vuelve la disciplina de la obediencia y la normalización de la conducta, el espacio íntimo es el más sutil, pero también el más importante espacio de vigilancia y control. En él se libran las batallas de la individualidad, en los procesos de subjetivaciones dirigidas.

El celibato es una muestra del dolor y de la soledad provocadas por la escisión personal. El celibato, el control de la sexualidad y del erotismo (sobre todo en el ámbito religioso), es la disciplina vuelta norma, es el control vuelto modelo de conducta, es el castigo introyectado en el proceso mismo de identidad personal, es la objetivación perversa de la subjetividad.

El encierro es una tecnología del *yo*, que lo divide para enfrentarse consigo mismo, para producir la ansiedad y la soledad, en la persecución de sí mismo. En el cuidado de sí mismo la reflexión y la soledad son indispensables, el encierro es precisamente el espacio de disciplina y meditación: el encierro es la disciplina; y así es vivido por los postulantes. “Uno ha de preocuparse por el alma: ésta es la principal actividad del cuidado de sí. El cuidado de sí es el cuidado de la actividad y no el cuidado del alma como sustancia... El esfuerzo del alma por conocerse a sí misma es el principio sobre el cual solamente puede fundarse la acción política...”¹⁷.

4.2. La disciplina como saber

La disciplina conlleva un saber, presupone un conocimiento adquirido o transmitido, siempre con un pretendido carácter positivo. La disciplina se observa en la adquisición de hábitos, de comportamientos, de discursos aprendidos, de saberes conducidos, ya sea en el cuerpo o en la mente de las personas. Cuando el Cuerpo o la mente están “cautivos”, son disciplinados, pues han introyectado el saber del discurso en el que han sido instruidos. El saber de la persona se convierte en una disciplina, que domina y que lo domina. El experto es el técnico de una disciplina.

Los "soldados" profesionales han afirmado su identidad bajo la represión, el *yo* está sujeto a la subordinación y a la opresión. El saber que manejan es un saber que los sujeta, y sin embargo, no pueden liberarse. No pueden indisciplinarse, es decir, ser ignorantes del saber en el cual se *formaron*. La disciplina y el saber, implican el control y la manipulación de los pensamientos y los cuerpos; El saber que posee el experto, es el que lo encadena a relaciones determinantes con el poder y la autoridad.

El régimen de la verdad es fundamental para las disciplinas. Todo lo que se deba de decir dentro del encierro debe ser parte de un discurso "verdadero"; la normalización y la disciplina están ligadas al discurso de la "verdad". Al igual que el placer erótico se convierte en 'sexualidad', y produce discursos cuando su práctica es investigada por el poder; el individuo se subjetiva cuando usa los discursos del poder para instituirse a sí mismo. La subjetividad es una construcción social, que opera con discursos producidos por el saber/poder, y no únicamente la identidad del *yo* en relación consigo mismo y su entorno histórico y natural.

La subjetivación es la relación específica del *yo* con el saber/poder y la disciplina/norma, caracterizada por la ausencia de libertad individual. El dispositivo del encierro marca claramente cuáles son las pautas y las formas de actuar; el espacio es el guardián de la conducta y de los gestos; es ese ámbito en el que no se puede tener una subjetivación libre de manipulaciones. El gobierno de la vida de los seminarista y de los cadetes, los vuelve disciplinados, obligados a cumplir con un deber, son normalizados, la disciplina se vuelve entonces el principal factor de la subjetivación, es a través de ella que los seminaristas se metamorfosean en presbíteros y los cadetes en oficiales.

¹⁷ Foucault, Michel. *Tecnologías del yo*. p. 59

“El orden y la organización son condiciones fundamentales para la eficacia de nuestra actividad . El alumno tiene que desarrollarlos y reflejarlos en su pensamiento, en sus compromisos y en la *disposición de los recursos que utiliza en su formación*. ...Hay en el ser humano luchas y tensiones, emociones y contrastes que dan lugar a conflictos internos provocando desajustes en la conducta. El autocontrol regula y canaliza las tendencias para que fructifiquen y construyan la felicidad del individuo y el bienestar de los demás. El seminarista debe luchar continuamente por lograr su plena maduración en el autocontrol: en su afectividad, en su sexualidad y en su conducta. En cuanto a lo afectivo y sexual, será coherente con el estado de vida al que aspira ”. ¹⁸

El encierro moral de los postulantes militares o religiosos, se expresa en la falta de libertad, concebida como la posibilidad de crear procesos de subjetivación propios; ya que en esta dinámica, por propia voluntad, su individualidad y su libertad se van diluyendo en la disciplina y la normalidad, por efecto de la vigilancia perpetua en un espacio cerrado.

La subjetividad de los enclaustrados es disciplinada en tanto que está escindida de sí misma. El sujeto no puede reconocerse como individuo, si no es por medio del discurso del saber/poder que ha aprendido y por el cual está “cautivo”. La disciplina les ha enseñado a no ser libres, a no ser protagonistas de su propia historia personal, a ser espectadores de su subjetividad fragmentada, convertida en objeto de estudio que ellos mismos han tomado como parte de su conocimiento material.

“*La madurez de la vida cristiana y la eficacia en nuestro compromiso apostólico implican sacrificio y perseverancia. El seminarista se empeñará en llevar a término, con eficacia y puntualidad, todas las cosas que emprenda en bien de su formación, en provecho de los demás y en servicio de la Iglesia. ...El desorden es la muerte del éxito, también en la vocación sacerdotal. La disciplina nos hace ordenar rectamente todos los pasos de nuestra vida, siguiendo las indicaciones de la legítima autoridad. El seminarista debe cultivar la disciplina y la autodisciplina para poder tener el éxito que Cristo y el Pueblo de Dios le piden*”.¹⁹

¹⁸ Seminario Conciliar de San José , Cuernavaca, Mor., *Reglamento*, 1992 p. 17

¹⁹ Idem, p. 18.

Ahora bien, las subjetividades así estructuradas producen individuos, poseedores de poder; pero son "*individualidades pervertidas*" ya que su identidad como personas descansa sobre las objetivaciones del poder pastoral, de la gobernabilidad. Son individuos porque son "soldados", pertenecen a la gobernabilidad que representan y ejercen, son en fin, individuos políticos cuando llegan a ser dominantes.

Las relaciones de poder y de dominio, de los presbíteros y oficiales son el fundamento del conocimiento subjetivo de sí mismos y de la apropiación del mundo. El saber que manejan es una disciplina de apropiación del mundo, ejercicio cotidiano de las experiencias de vida; reduciendo la disciplina a una forma de vida. La disciplina viene a desempeñar el papel de matriz, para el pensamiento normal; no existe un saber sin base política; por lo mismo no existe un saber sin un afuera; ni un poder sin frontera. Cada parte de la razón carcelaria es una experiencia de vida dominada, el conocimiento se da como una apropiación de los otros y del mundo.

"Las disciplinas apuntan a los cuerpos con una función de adiestramiento; la norma es una medida, una manera de producir la medida común... (posibles) en un espacio, un espacio parejo, intercambiable, sin segregación, indefinidamente redundante y sin exterior"²⁰. La disciplina lleva una práctica cognoscitiva de expropiación de la voluntad, por lo que produce una falsa sensación de identidad libre; esto es, que oficiales y presbíteros, sobre todo, aunque también los postulantes religiosos o militares, acepten la normalización y disciplina como elementos positivos de su personalidad; pues encuentran "ventajas" sobre otras personas por estar disciplinados.

²⁰ Ewald, François. "Un poder sin un afuera". p. 169

“Lo más importante de mi formación militar es la disciplina. En el Colegio Militar se nos enseña a mandar y a obedecer órdenes, por muy difíciles que éstas sean o por grande que sea el sacrificio personal que nos impone. Esto es una virtud, que casi nunca se ve en la vida civil, las personas buscan siempre su comodidad o su beneficio personal, por eso en México existe corrupción en todos los niveles de gobierno y en el sector público en general. Lo que les hace falta a los funcionarios públicos es *disciplina, para poder así cumplir con las funciones que la sociedad les ha encomendado*. Un oficial, o si se quiere, un cadete nunca abandonará su puesto, ni traicionará la confianza de sus compañeros o superiores; porque ha sido educado para ello, es su forma de vivir y por lo tanto no representa un sacrificio, sino una satisfacción, *la del deber cumplido*”²¹.

“La disciplina constituye la esencia del ejército. Pero es una doble disciplina, una manifiesta y otra secreta. La disciplina manifiesta es la de la orden: se ha mostrado como el estrechamiento de la fuente de órdenes conduce a la formación de una criatura en extremo curiosa, más figura estereométrica que criatura: el soldado. Lo que lo caracteriza ante todo es que vive siempre en el estado de espera de órdenes. Este estado marca su actitud y estatura; el soldado que resulta no está de servicio y porta su uniforme sólo en apariencias. La constitución del soldado es reconocible a cualquiera, no podría ser más pública”²².

El poder como esencia del encierro está presente en el conocimiento y en general en toda relación social del individuo disciplinado. Su individualidad depende de esta máscara de normas que controlan su vida y su conducta, la voluntad personal pasa a formar parte de los mecanismos de escisión de la subjetividad. Así, voluntariamente se ingresa a un plantel de formación militar o religioso; espontáneamente las personas inician un proceso de introspección dirigida a través del ejercicio, el examen y la vigilancia de sí mismos y de su cuerpo.

²¹ Conversación con un oficial mexicano.

²² Canetti, Elias; Op. Cit. P. 311

De donde, la objetividad más significativa de su personalidad se logra cuando desarrollan tareas altamente valoradas por los dispositivos de formación, cuando son reconocidos por su valor o por su piedad. La disciplina se transforma en libertad en el momento en el que el sujeto se apropia de sí mismo, para vigilarse y controlarse y ser por ello, al mismo tiempo, reconocido por sus pares.

Habrá que pensar en la satisfacción de un militar al ser condecorado, con una insignia que difícilmente sería reconocida por otra sociedad que, no sea la sociedad segregada del encierro. O en la emoción que debe sentir un religioso cuando se le permite realizar prácticas dentro del culto religioso que denotan su superioridad jerárquica, pero que también no es fácilmente señalada por los ajenos al encierro religioso.

El poder se vuelve un hecho positivo en la personalidad en el momento en el que produce una *materialización afirmativa de la subjetividad disciplinada*, como la satisfacción de una necesidad, y como consecuencia del cumplimiento de objetivos personales alcanzados. El poder es percibido como positivo en el momento que permite la afirmación de la identidad sobre la base de las propias expectativas (que en el caso de seminaristas y cadetes, casi siempre son dirigidas), en cuanto satisfacen necesidades propias y se logra con esto trascender a los demás y la propia dominación.

Cada acto que acerque al individuo a su constitución como sujeto, le confiere saber y poder, por efecto de la normalización y la disciplina. El poder no sólo es dominio y sujeción, es también un proceso de identidad colectiva y personal; es decir, se genera poder en la afirmación de la existencia asumida, se trata al poder como un hecho positivo que no implica, necesariamente, la opresión del otro²³. La dinámica que impulsa la disciplina y la normalización, permite el conocimiento *positivo* de sí mismo y del mundo; posibilitando además una identidad regulada y asumida como propia, por lo que acerca a la voluntad con la opresión y el control de sí mismo.

“El tiempo es un don de Dios para la realización de su plan salvífico sobre nuestra vida, y su aprovechamiento es una responsabilidad ante el Pueblo de Dios. Por tanto, el seminarista, respondiendo a su vocación, aprovechará lo mejor posible el tiempo de su formación... El horario establecido por el Seminario es obligatorio para todos. Cada casa determinará sus propios horarios, que han de ser respetados por todos, en todo caso, toda actividad comunitaria o grupal deberá terminar a más tardar a las 10 pm., hora en que habrá de haber total silencio en la casa”.²⁴

El individuo, es quien en última instancia establece una relación consigo mismo, pervertida por el poder; sigue siendo el protagonista principal de su normalización y disciplinarización; pues en su autoreconocimiento se establece la relación con la realidad y por lo mismo, el sentido profundo de toda “verdad”. Sólo en el reconocimiento de esa verdad el actor se vuelve consciente, pero también, y en la misma medida se subordina y somete al poder/saber. La voluntad de conocer, de conocerse a sí mismo, a los demás y a los objetos, se identifica con el saber/poder.

La disciplina y la norma, se introducen en la conciencia en forma de saber y de poder. Los individuos pueden hacer uso de ese saber/poder, porque han sido *formados* para manipular la realidad social o natural, y son capaces de aprehender la realidad física o social, por medio de la disciplina/norma. La disciplina permite el conocimiento del individuo, posibilita su subjetivación en la medida que permite a la conciencia atrapar objetos ajenos a sí misma. El sentido más profundo hacia el cual se dirige la disciplina/norma, es a la conciencia del actor; oculta también otro conocimiento que no es accesible al sujeto de manera directa.

²³ Lagarde, Marcela. *Madresposa, monjas, putas, locas, los cautiverios de las mujeres*. p. 155

²⁴ Seminario Conciliar de San José, op cit. p. 24.

Así, la normalización conduce al individuo a conocimientos funcionales, a las redes del poder microsocioal. Todo conocimiento es parte de la red de subordinación opresión, porque integra a la persona de manera directa en la dinámica del poder, saber y discurso. El conocimiento, de hecho, puede llevar al sujeto muy lejos de su libertad, toda vez "... que puede alejar al actor del tipo de comprensión que podría ayudarlo a oponer resistencia a las prácticas de dominación actuales"²⁵.

El sujeto disciplinado conoce en la medida en la que puede ser manipulado, pues su conocimiento permite mantener las relaciones sociales asimétricas, en las que se sustenta la dinámica del poder capilar.

El cuerpo y la mente son así, objetos de estudio para el saber normalizado, no como medios de reproducción humana, sino como objetos susceptibles de ser manipulados. Una tecnología del cuerpo como objeto de poder, se conforma gradualmente en la mente de los postulantes militares o religiosos, toda vez que su conocimiento representa una forma de someter la realidad, histórica o natural, en localizaciones, desiguales y periféricas.

El objetivo principal del poder disciplinario es producir una conciencia que puede ser tratada como la de un "cuerpo dócil", que debe ser siempre un cuerpo productivo. La disciplina permite conocimiento y "verdad", en la medida que permite un aumento paralelo de docilidad y de utilidad. El individuo disciplinado vive su propia voluntad como ejercicio de "libertad"; sin que llegue a tener una experiencia no manipulada; sin que pueda decidir por sí mismo su comida, vestido, trabajo, etc. "Las disciplinas reales y corporales han constituido el subsuelo de las libertades formales y jurídicas... el panoptismo constituye el procedimiento técnico, universalmente difundido, de la coerción"²⁶.

²⁵ Dreyfus y Rabinow. *Op. Cit.* p. 144

²⁶ Foucault, Michel. *Vigilar y castigar* p. 225

La disciplina y la norma posibilitan la satisfacción de la identidad propia, de las personas sometidas a procesos formativos dentro del claustro militar o religioso; toda vez que crean necesidades sobre la conciencia, con las cuales manipulan el *yo* individual. La vida disciplinada representa un panorama de autoridad y coherencia, íntimamente relacionado con el poder y su ejercicio. “Las necesidades humanas ya no son concebidas como fines en sí mismos o como temas de un discurso filosófico que buscará descubrir su naturaleza esencial. Ahora se les considera, instrumental y empíricamente, como los medios para acrecentar el poder... el bienestar humano, aumenta con el crecimiento del biopoder”²⁷ Las técnicas del biopoder y las disciplinas involucran un aumento del saber/poder de las personas, de la misma forma en que lo manipulan y lo conducen.

Los militares y religiosos pueden estar orgullosos de su personalidad disciplinada, “cultura” abundante (principalmente, en este aspecto los religiosos), personalidad afable o prestancia desinteresada. Sin embargo, a pesar de su identidad positiva, siempre estarán sujetos a la manipulación y al sometimiento, físico y mental; ya que su subjetividad pertenece a la norma y a la disciplina. Son sabios porque son “normales”, son poderosos porque han sido “disciplinados”.

4.3. El saber como poder.

La disciplina, al ser un saber representa un poder. El poder aparece como saber inmutable, completo, coherente, pues posee todos los objetos que están dentro de la norma y la disciplina. Los individuos son partícipes del conocimiento cuando son disciplinados, tienen el poder de conocer; la facultad de saber, se vuelve un instrumento en el campo de batalla, toda vez que la guerra es la matriz de las tácticas de dominación. El saber aparece como parte de las tecnologías políticas que atraviesan a toda la sociedad, distribuyéndose de forma asimétrica. Los claustros militares y religiosos por su carácter *formativo - educativo - instructivo* son sitios privilegiados para la transmisión del saber - poder; de hecho la disciplina adopta la forma de saber y por lo tanto de poder.

²⁷ Dreyfus y Rabinow *Op. Cit.* p. 160

El saber es un conjunto de relaciones entre poder, verdad y discurso; que son al mismo tiempo, elementos, estructuras de las tecnologías disciplinarias y de control normalizador. Sin duda, el saber se articula con el poder/discurso, de la misma forma en la que lo hace la disciplina y el biopoder. Ser disciplinado es adquirir una serie de conductas, además de conocimientos que posibilitan el manejo del saber, el poder y el discurso.

Ahora bien, no debe entenderse el saber/poder en el sentido del filósofo rey, que en la Grecia clásica significaba que el rey debe ser sabio y gobernar a sus súbditos garantizándoles los más altos niveles de felicidad. Tampoco es el príncipe conocedor de la naturaleza humana, capaz de gobernar a la población. Se trata más bien del saber que posibilita al sujeto entrar en la dinámica de las relaciones de poder, es decir, lo habilita como sujeto de poder; mediante este saber está en condiciones de ejercer autoridad o someterse a ella; lo importante de la relación: saber - disciplina, radica en el hecho de que el individuo se involucra con el poder, no en beneficio de la comunidad; sino en el campo de batalla que representa el control, la subordinación, el conocimiento y el discurso; a través del saber el sujeto es habilitado y juega en las redes del "poder capilar".

"Las disciplinas son portadoras de un discurso que no puede ser el del derecho. El discurso de la disciplina es extraño al del rey, de la regla como efecto de la voluntad soberana. Las disciplinas sostendrán un discurso que no será el de la regla jurídica derivada de la soberanía, sino el de la regla natural, es decir el de la norma. Definen un código que no será el de la ley, sino el de la normalización..."²⁸. Es así, que el poder que subjetiva a los individuos los vuelve actores de los mecanismos reticulares de la microfísica del poder. No es el poder institucional el que gobierna por normalizaciones, sino el poder disciplinario.

²⁸ Foucault, Michel. *La genealogía de racismo*. p. 33

El monasterio y el cuartel, son espacios de normalización en los cuales el saber permite acceder a niveles superiores en la jerarquía, y es sinónimo de autoridad legítima. Un cadete de tercer año, por ejemplo, tiene mayor jerarquía que uno de primer ingreso, en relación con el conocimiento de la vida cotidiana del Colegio Militar; y los conocimientos técnico - tácticos que posee como especialista en el manejo de las armas. Así, el dominio y el control que ejerce sobre los cadetes menos entrenados es legítimo, ante los ojos de quienes se ven sometidos a su autoridad. En el Seminario existe un fenómeno paralelo; aunque menos burdo, pues se parte de una igualdad, es decir de la "hermandad"; sin embargo, los "hermanos" mayores, más antiguos poseen y ejercen la autoridad que les da el saber más de la vida religiosa propia de los claustros de formación. Por otra parte, en este caso, al tratarse de un Seminario Mayor, los jóvenes de "filosofía" no pueden discutir formalmente con los estudiantes de "teología", toda vez que el *grado de instrucción no es equivalente*. Así, tenemos que, en el Seminario también se observa un esquema "jerárquico" entre los estudiantes: Por un lado; durante tres años los estudiantes cursan estudios de filosofía, sin recibir ningún tipo de distinción (ministerios); por otro, los estudiantes de teología al concluir el segundo año reciben los ministerios de acolitado y lectorado que *significan una distinción, un nivel superior*; además al concluir el cuarto año, son ordenados diáconos, lo que los ubica dentro de la estructura formal-jerárquica de la Iglesia .

La distribución desequilibrada del saber, garantiza una subordinación tácita entre los miembros de los claustros de formación militares o religiosos. La ordenanza militar no establece jerarquías entre cadetes sin grados²⁹, pero reconoce que se deben subordinar, en una situación crítica al de mayor antigüedad.

²⁹ Los cadetes en el Colegio Militar, pueden obtener los mismos grados que el personal de tropa del ejército mexicano, es decir: Sargento primero, sargento segundo y cabo. Los soldados de primera formalmente no tienen grado superior a un soldado raso, simplemente se trata de una "distinción". Empero, la ordenanza prevé que entre tropas con la misma jerarquía, el que debe asumir el mando será el más "antiguo". SDN *Reglamento general de deberes militares*. pp. 24-33

De alguna forma, esto da pie al dicho militar, según el cual la “antigüedad es un grado”, ya que la “antigüedad” significa mayor conocimiento de la ordenanza y de la vida militar. Esto se reproduce en el Colegio Militar, en el cual el conocimiento juega un papel primordial en el manejo de la autoridad y del reconocimiento de dicha autoridad, es decir, es legítimo ejercer el poder de controlar y castigar siempre que se posea o maneje un mayor conocimiento, así, el saber se vive como el ejercicio del poder, de hecho es indisoluble, se vuelven sinónimos en los cuarteles militares.

En el Seminario se concede también un mayor poder a un mayor conocimiento, que se expresa en mayor experiencia de vida. El “hermano decano” es escogido entre los de mayor edad; lo que le permite ejercer un control sobre sus compañeros de clase, al responsabilizarlo de la conducta de sus compañeros, por el hecho de tener mayor experiencia, pues se considera que, a mayor tiempo vivido, mayor conocimiento de la vida, dentro y fuera del claustro de formación. Porque el conocimiento común implica mayor saber y de la misma forma una mayor autoridad.

En el Colegio Militar, además se selecciona al “jefe de grupo”³⁰, por su promedio, es decir el que tiene mejores calificaciones es el responsable de aplicar la disciplina a sus compañeros, toda vez que el “jefe de grupo” elabora boletas de arresto, da parte de novedades y conduce al grupo en formación de un lugar a otro, siendo el responsable directo de la conducta de sus compañeros. El saber adquiere una relación directa con el poder, pues a mayor saber más poder. Los casos del Colegio Militar y del Seminario, permiten observar de forma directa, como entre “iguales” jerárquicamente, es decir, con el mismo “grado”, la única diferencia es el conocimiento, que permite controlar, vigilar y conducir a compañeros de la misma antigüedad y de la misma jerarquía.

³⁰ En el Colegio militar los cadetes son distribuidos en grupos de treinta cadetes para su asistencia a clases, de entre ellos se selecciona al “jefe de grupo”.

Las relaciones de poder/saber que se establecen entre postulantes, militares o religiosos, apuntan hacia su propia transformación al asumir roles como el de “jefe de grupo” o “hermano decano”. Participan de una nueva realidad de sí mismos y de sus compañeros, de esta forma, el poder los recrea en el espacio cerrado de formación, en el que sus conocimientos adquieren otra dimensión; para sí mismos y para sus compañeros. El saber en el encierro los hace verse a sí mismos como algo diferente de los otros, el poder que adquieren por ese saber los vuelve sujetos diferenciados. “Las prácticas sociales generan dominios de saber que no sólo hacen que aparezcan nuevos objetos, conceptos y técnicas, sino que además hacen nacer formas totalmente nuevas de sujetos y sujetos de conocimiento”³¹.

El saber se expresa como poder, en la vida cotidiana de los claustros de formación que aquí se analizan. Los cadetes y los seminaristas, muy pronto comprenden esta relación y aprenden a manejar el saber como instrumento de poder. Son conscientes del potencial que tiene el conocimiento para subordinar a sus compañeros “iguales” en derechos.

El campo de batalla del claustro de *formación* relaciona de manera práctica al poder con el saber y el discurso. La disciplina y la norma, se transmiten como saber y por lo mismo, permiten acceder a espacios de poder. Se supone que el cadete o el seminarista, entre más antiguo es, es más disciplinado (normalizado); y por lo mismo adquiere mayor poder. Los instrumentos técnicos y tácticos, permiten asegurar el funcionamiento del “dispositivo de encierro” como mecanismo de control y vigilancia; estructuran las relaciones de poder/saber con base en el discurso de las disciplinas y su aplicación. La norma debe ser observada por efecto de la vigilancia y el control. El saber reviste así, la forma de poder en la práctica; pues las técnicas y tácticas de su ejercicio, son transferidas como conocimientos.

³¹ Foucault, Michel. *La verdad y las formas jurídicas*. 3ª ed. Gedisa, España, 1992. p. 15

La norma/disciplina se vuelven entonces “verdad”, el saber/poder “prácticas cotidianas” y el discurso “estilo de vida”. En el encierro se compactan todas las prácticas del discurso como “verdad”, por lo que se vuelve forma de gobierno. El uso y discurso de la “verdad” son en la vida de los internos en formación, origen; y sinónimos del poder/saber, ya que la “verdad” está ligada a la autoridad.

Los centros de formación militares y religiosos, son “... sitios en los que se forma la verdad, allí donde se definen un cierto número de reglas del juego, a partir de las cuales vemos nacer ciertas formas de subjetividad, dominios de objeto y tipos de saber...”³²; por lo que, ascender en el escalafón jerárquico está relacionado con el manejo de la “verdad” por medio del discurso de la disciplina y la norma.

Los cadetes y los seminaristas, aprenden por la práctica cotidiana, que la fuente de su poder es el manejo de la jerga propia de su encierro, que en otros términos significa manejar el discurso de la disciplina; es decir el poder/saber. Todo conocimiento especializado del que se apropien en su formación, reeditarán en un beneficio personal, que les permitirá jugar de forma más amplia con las reglas de la dominación y de la autoridad en los claustros de formación. El escalafón jerárquico viene dado por el conocimiento, las relaciones entre “verdad” y discurso se vuelven directas en la ejecución de la autoridad.

Los seminaristas y los cadetes, nunca se niegan a ser reconocidos por un esfuerzo en el estudio o en el trabajo, dichos reconocimientos se traducen en símbolos de jerarquía. En el Colegio Militar es mucho más fácil observar esto, nunca un cadete rechaza ser distinguido por su disciplina, esfuerzo académico, valor o lealtad; que le son reconocidos por medio de insignias de autoridad jerárquica. Los cadetes seleccionados para ocupar cualquier grado, son distinguidos de entre los demás por su “disciplina” o por su mérito académico.

³² *Idem.*, p. 23

El sargento primero de cadetes, por ejemplo, es escogido de entre sus compañeros de clase por su “disciplina”, cuantificable por el menor número de boletas de arresto o puntos de demérito acumulados; y por su calidad académica, cuantificable por su promedio general acumulado a lo largo de los dos primeros años de internado. Esta relación entre “disciplina” y conocimiento le permiten tener legitimidad sobre sus propios compañeros de clase, lo que en la práctica se traduce en el ejercicio de la autoridad sobre sus compañeros.

Así, tener conocimiento implica poseer la autoridad para ejercer el poder. El conocimiento, como medio de expresar el saber, permite apropiarse del poder, y así llegar a ejercerlo. Sin embargo, el hecho de que ningún estudiante de estos centros de formación rechacen una distinción, demuestra que se relacionan de forma positiva con el poder normalizador, pues su actitud revela satisfacción por el ejercicio de la autoridad. De hecho, existe una competencia entre los alumnos de la misma clase por alcanzar el mejor promedio para así poder sobresalir entre sus compañeros, lo que les permitirá acceder a un nivel jerárquico superior.

Existe pues una voluntad por aprender a ser presbítero u oficial. La actitud positiva en la transmisión de conocimientos, es recibida con agrado por los estudiantes en formación, dentro de los encierros militares y religiosos, ya que llegan a identificarse con el poder, la autoridad, el saber, el discurso, la norma y la disciplina. Son sujetos que voluntariamente han adquirido el saber y el dominio religioso o militar y por lo mismo son capaces de ejercer la autoridad que deviene de este proceso.

La personalidad de cadetes y de seminaristas se ve entonces modificada, principalmente por su propia voluntad, con su consentimiento y por un esfuerzo consciente por adquirir la “verdad”; y el saber/poder religioso o militar. Es por el saber/poder, por lo que cada cual debe pasar para acceder a su propio reconocimiento, su identidad está reforzada por el poder que ha adquirido.

El poder derivado del conocer da autoridad sobre sí mismo y sobre los otros. Un cadete de tercer año se sabe más conocedor de la vida cotidiana del Colegio Militar; por lo que se le concede autoridad sobre los cadetes de menor antigüedad. La novatada en el Colegio, se ejerce sobre cualquier cadete de recién ingreso (“potros”) por parte de cualquier cadete más antiguo; el mando jerárquico se le otorga a los cadetes de mayor antigüedad. El saber posibilita al individuo en el uso de la autoridad, pues sin él las personas son menos diferentes. El saber, como tal disequilibra las relaciones sociales, siempre que la “verdad” sea un juego de variables entre las personas, mediante las cuales se puede manipular la realidad social.

“Y luego lo sacaron de la cuadra y lo llevaron al estadio y no podía recordar si aún era de día o había caído la noche. Allí, lo desnudaron y la voz le ordenó nadar de espaldas, sobre la pista de atletismo, en torno a la cancha de fútbol. Después lo volvieron a una cuadra de cuarto y tendió muchas camas y cantó y bailó sobre un ropero, imitó a artistas de cine, lustró varios pares de botines, barrió una loseta con la lengua, fornicó con una almohada, bebió orines, pero todo eso era un vértigo febril y de pronto él aparecía en su sección, echado en su litera,... La cuadra estaba silenciosa. Los muchachos se miraban uno a otros y, a pesar de haber sido golpeados, escupidos, pintarrajeados y orinados, se mostraban graves y ceremoniosos”.³³

Ahora bien, el saber forma parte de la dinámica del poder, pues está íntimamente relacionado con éste, toda vez que el poder genera el discurso del saber y viceversa. El saber como matriz de las técnicas de represión, proporciona los elementos con los que se puede ganar la batalla continua de las estructuras sociales. Así, el saber forma parte de los desequilibrios, en una sociedad donde la gobernabilidad descansa en la dominación del individuo.

³³ Mario Vargas Llosa, Op. Cit pp. 54-55

El saber es un elemento decisivo para obtener victoria y autoridad; o derrota y sumisión, en un espacio que es un campo de batalla; porque la guerra es el motor de las relaciones de opresión - dominio - cautiverio. El saber entonces, es parte del poder, es uno y lo mismo, pues ambos entregan la victoria al poseedor de *saberes* o de poderes. El ser poderoso y el sabio, son seres dominantes, es decir, conquistadores. El que combate necesita saber lo que significa tener poder sobre su enemigo y sobre sí mismo; la victoria es para quien logra desequilibrar a su favor las fuerzas en el campo de batalla, por lo que es necesario conocer para triunfar; y así, triunfa el más poderoso.

La “verdad” en los centros de formación militares o religiosos, entra en juego, cuando llega a ser, efectivamente, un arma dentro de las relaciones de fuerza. Lo que permite que el saber, al igual que el poder; engendre relaciones de opresión y de dominio. La “verdad” contribuye a formar las estructuras de control, vigilancia y normalización en los claustros de formación militar o religiosa, siendo poder y saber al mismo tiempo.

“La verdad pone a disposición la fuerza, o incluso provoca un desequilibrio, acentúa la asimetría y finalmente hace inclinar la victoria hacia una parte más que a otra; la verdad es un *plus* de fuerza y se despliega sólo a partir de una relación de fuerza. La pertenencia esencial de la verdad a la relación de fuerza, de asimetría, al descentramiento, a la lucha, a la guerra, está inscrita también en este tipo de discurso”³⁴. Así, el saber cumple con el proceso de disciplinarización y normalización; ya que permite obtener la victoria y por lo mismo la conquista del encierro de formación. El saber “cautiva”, de la misma forma que lo hacen la disciplina, la norma, el poder y el discurso. Por otra parte, la “verdad” y el saber, siempre son transmitidos como una disciplina, de control y de gobierno, personal o social; e incluso natural.

³⁴ Foucault, Michel. *La genealogía de racismo* p. 42

La supremacía sobre el adversario es un saber adquirido y manipulado con destreza. Los claustros de formación motivan un uso pragmático de la "verdad", al ser ésta un elemento codiciado en la vida cotidiana de cadetes y seminaristas. El encierro normalizador desarrolla una dinámica particular en el uso del saber, pues el conocimiento puede ser vendido, dándole a la "verdad" un carácter de bien, sujeto a las leyes de la oferta y la demanda, propio de las relaciones de mercado. En el Colegio Militar el tráfico de saberes forma parte del mercado negro, y puede corromper incluso a oficiales de jerarquías superiores; el saber se ve entonces desnudo de cualquier discurso moralista de sabiduría desinteresada, de sabiduría como placer de conocer. En el Colegio, el saber es un bien escaso su compra-venta, permite alcanzar privilegios.

"Extraje el vidrio con precaución y lo depositó en el suelo. Palpó la madera hasta encontrar el cerrojo. La ventana se abrió de par en par. Ya adentro movió la linterna en todas direcciones; sobre una de las mesas de la habitación, junto al mimeógrafo, había tres pilas de papel. Leyó: "Examen bimestral de Química. Quinto año. Duración de la prueba; cuarenta minutos". Las hojas habían sido impresas esa tarde y la tinta brillaba aún. Copió rápidamente las preguntas en una libreta, sin comprender lo que decían. Apagó la linterna y volvió hacia la ventana. ...- Necesito cincuenta puntos de Química -dice Alberto, la boca llena de pasta de dientes- ¿Cuánto?

-Te jalarán poeta- El Jaguar se mira en el espejo y trata en vano de apaciguar sus cabellos: las púas, rubias y obstinadas, se enderezan tras el peine-.

- No tenemos el examen. No fuimos.

-¿No consiguieron el examen?

- Nones, ni siquiera intentamos".³⁵

Los oficiales instructores de cadetes, llegan a vender las "pautas" de los exámenes a los cadetes, a través del jefe de grupo. Un cadete está consciente de que reprobar tres veces consecutivas los exámenes mensuales de una misma materia, implica su expulsión; lo mismo que reprobar más de tres materias en un mismo mes, o dos exámenes semestrales. Además quienes reprobaban una o más materias están forzados a estudiar en horas de descanso.

Los cadetes que tienen promedios de nueve o más son distinguidos perteneciendo al “cuadro de honor”, reconocimiento que se les hace mediante una boleta, con la cual tienen derecho a franquicias extraordinarias los días jueves, además de estar en condiciones de obtener “distinciones” jerárquicas.

El saber tiene entonces un carácter político y estratégico en el campo de batalla, arribar a él, posibilita obtener el triunfo en la guerra. El conocimiento augura victorias, permite definir escenarios, planear cursos de acción, programar estrategias, etc. El poder de conocer (de saber) da seguridad en la conducción de la vida propia y la ajena. Un buen “comandante” dirige a sus tropas con la seguridad de saber su oficio. En el campo de batalla el saber adquirido es la destreza en la conducción de las acciones hacia la victoria. “La destreza es la habilidad técnica, táctica y física del soldado... para ejecutar, el trabajo o la misión”³⁶.

Así, el conocimiento es más una disciplina adquirida, que un don universal. El saber es una habilidad que se coloca bajo el signo del conocer, no es una facultad intrínseca del hombre; es una técnica instalada en la conciencia de las personas. Los “soldados” profesionales adquieren el saber como herramienta de dominio, control y sumisión, es parte de su oficio.

Se puede hablar de conocimiento porque hay batallas, y porque el saber es efecto de esa batalla, toda vez que las propicia. En los encierros encontramos “... modelos de verdad cuya formación es el producto de las estructuras políticas que no se imponen desde el exterior al sujeto de conocimiento sino que son, ellas mismas, constitutivas de éste”³⁷. El “soldado” profesional conoce, porque es su oficio, porque tiene que manipular conciencias; relacionándose de forma directa con el conocimiento que lo constituye como “soldado”. Los seminaristas y cadetes, están cautivos del saber que dominan, pues es parte de su *modus vivendi*, de su práctica discursiva y de su conciencia.

³⁵ Mario Vargas Llosa, Op. Cit. Pp. 14 y 40

³⁶ SDN. *Manual de mando militar*. p. 179

4.4. El poder es saber.

Toda esfera de conocimiento denota poder; asimismo, todo campo de poder conlleva saber. La vida política está animada por el conocimiento y por relaciones desequilibradas, siendo el saber un elemento gravitante de la deshomogenización; las relaciones políticas al ser intencionales demandan un determinado tipo de conciencia, como resultado de procesos cognoscentes, tanto del mundo vivido, como de la *voluntad de saber* y de la *inquietud de sí*.

Además, “el saber transmitido adopta siempre una apariencia positiva. En realidad, funciona todo un juego de represión y exclusión...exclusión de aquellos que no tienen derecho a saber, o que no tienen derecho más que a un determinado tipo de saber, imposición de una cierta norma, de un cierto filtro del saber que se oculta bajo el aspecto desinteresado, universal, objetivo del conocimiento; existencia de lo que podría llamarse: los circuitos “reservados del saber”, aquellos que se forman en el interior de un aparato de administración o de gobierno, y a los cuales no se tiene acceso desde fuera”³⁸ Es esta transmisión del saber, su difusión, y la práctica del mismo a través de la enseñanza dirigida institucionalmente en el seminario y el cuartel, lo que permite vislumbrar al poder en su ejercicio.

El poder se ejerce en relaciones de control y vigilancia, pues cautiva a quienes lo ejercen; y somete a los dominados, a una dinámica en la que él nunca permanece estático, detenido en una persona. Transita de un lugar a otro de la cuadrícula capilar de dominio, pasando por toda la estructura social, intercalando dominios y sometimientos sobre los individuos, haciéndolos aparecer; ahora como dominantes, ahora como sometidos y viceversa, porque el vértice en el que se sitúa cada persona está en función de su saber, su conciencia discursiva; es decir, en su habilidad de aprender la dinámica del poder y ocupar el sitio más adecuado a sus fines. Las relaciones de poder, demandan una cierta racionalidad, una conciencia política de medios y fines, por lo que las personas ascienden hacia la cúpula del poder.

³⁷ Foucault, Michel. *La verdad y las formas jurídicas* p. 33

³⁸ *Idem* p. 82

Así, el dominio conlleva una carga de saber, toda vez que su práctica demanda y determina estados de conciencia individual y colectiva. El poder conlleva un saber sobre sí mismo, la “verdad” y el mundo. Las personas se posesionan de sí mismas, de la “verdad” o del mundo, en relación a sus vivencias en el ejercicio del dominio, ya sea como gobernantes o como gobernados. Las relaciones de dominio/subordinación al ser siempre intencionales, están atravesadas de parte a parte por un cálculo: no hay poder que se ejerza sin una serie de miras y objetivos³⁹. El poder es siempre una actitud racional, en la que las personas comprometen su visión del mundo, su conciencia, es decir, se comprometen a sí mismos como gobernantes o gobernados.

El poder determina los procesos de identidad, de la percepción del mundo vivido y de cuidado de sí mismo. El saber sobre los objetos o sobre los sujetos, incluso sobre sí mismo, está orientado por el ejercicio político. Así, el dominio posibilita cambios en las personas y su forma de pertenencia o relación con el mundo; el poder no reparte jerarquías sino que transforma las personalidades. El cambio de personalidad y de conciencia, en referencia con la “verdad”, da jerarquía política porque conlleva una serie de transformaciones profundas de la personalidad y de la relación con los demás.

“Las ‘distribuciones de poder’ o las ‘apropiaciones de saber’ nunca representan otra cosa que cortes instantáneos de ciertos procesos... Las relaciones de poder - saber no son formas establecidas de repartición sino ‘matrices de transformación’⁴⁰. Las personas cuando se conocen a sí mismas, a las demás o a los objetos; cuando se apropian de algún modo del mundo vivido, se transforman y llegan a estratos de poder determinados; sin embargo, lo más revelador del suceso es la transformación de la conciencia. El poder transforma a las personas, porque puede modificar la identidad y el sentido de las acciones individuales o colectivas.

³⁹ Cfr. Foucault, Michel. *Historia de la sexualidad. La voluntad de saber* p. 115

⁴⁰ *Idem* p. 105

Existe una razón política, siempre que se presente un cálculo final en la dirección del gobierno capaz de generar el resultado previsto de la actividad humana. La razón política utiliza la racionalidad individualizante, es decir, la racionalidad doctrinaria del *pastor*, que se ejerce sobre individuos vivos; es decir, sobre los sujetos en lugar de los objetos, se gobierna a las personas y no a los territorios. El control del cuerpo y la mente depende en gran medida de una "racionalidad crítica" que conduzca a las personas hacia fines definidos, en los que la personalidad de cada uno tienda a la semejanza con los objetivos estratégicos de las propuestas de gobierno, es decir, con la "verdad" política.

La razón política ha desarrollado la tecnología del gobierno pastoral, mediante la cual se pueden regular las actividades de la sociedad en general y de los individuos en particular. A través de una estrategia de conjunto, en una serie de encadenamientos sucesivos por los que funcionan los mecanismos sociales de transformación; apoyados en una serie de relaciones precisas y tenues que sirven de soporte y punto de anclaje⁴¹ a las relaciones personales, con el *yo* y con el resto del mundo vivido; el poder crear conciencias, es decir, transformar a los individuos cuando éstos conocen su personalidad, la realidad histórica o natural que los envuelve.

El poder funge como elemento de "verdad" y de razón, crea ámbitos de saber y esferas de conocimiento; trae a la conciencia individual el saber de sí misma y del mundo. La razón política posibilita la formación de saberes, de la misma forma que crea conciencia en las personas. Los dispositivos de formación permiten *entender cómo el poder asume la tarea de formar concepciones del mundo y habilidades en las personas*; porque asumir el poder representa ejercer funciones de gobierno, para las que las personas son *instruidas*, se les ha enseñado a actuar de determinada forma, para poder así obtener los resultados previstos, como actitudes racionales.

Las personas asumen los papeles con los que realizan acciones *racionales* dentro de la lógica de la tecnología política disciplinaria, a pesar de que muchas veces no puedan discernir con claridad cuál es la función que juegan dentro del panorama político del dispositivo. Los actores saben más o menos lo que hacen cuando actúan y con frecuencia son capaces de hablar de ello con claridad. Pero de ahí, no se sigue que las consecuencias más amplias de estas acciones locales estén coordinadas para llegar a un fin determinado. Las personas conducen sus acciones bajo criterios de “verdad” aceptables para ellos y para los otros, monitorean sus actos y tienen una percepción del conjunto de sus acciones, pero rara vez pueden articular su acción concreta con el sistema de control social.

Los cadetes de tercer año en el Colegio Militar, vigilan a los de segundo y éstos a los de primero. Todos cuidan de la *formación* de los de menor antigüedad, y son conscientes de su participación didáctica en la vida militar y en la transmisión de valores morales; sin embargo, no vislumbran su relación con el dispositivo en su conjunto. No alcanzan a diferenciar su acto de la voluntad política formada en el claustro militar; pues su lógica encaja de manera positiva con la realidad que los envuelve. La conciencia de los cadetes ha sido formada para actuar con base en procesos concretos y cotidianos que permiten el conocimiento de sí mismo y del mundo; su actitud es “normal” cuando actúa en concordancia con la tecnología disciplinaria.

El poder forma el saber de las personas, en este caso, el de los cadetes; permitiéndoles tener una conciencia de sí mismos y del mundo; mediante la cual pueden interactuar con el mundo natural y social que los rodea, integrando su personalidad al dispositivo de manera efectiva. Es así, que en muy raras ocasiones llegan a cuestionar la labor y la autoridad frente a sus *compañeros*; siempre que el poder y el saber lo acompañen, es decir *le dan la razón*. La autoridad que ejerce un cadete, en relación a otros, permite su inserción positiva en el mundo social en el que se desenvuelve.

El poder se ejerce como un dominio de la razón sobre la mente, el cuerpo y la naturaleza. Las acciones de los cadetes y las de los seminaristas se relacionan con el saber, en la medida en que son posibles tanto en su mundo normativo como en su mundo natural. Esto les permite a quienes viven en los claustros de formación militar o religioso comprender e interpretar sus propias acciones, en relación con la norma del mundo vivido, siendo capaces de justificar los actos originados por su conciencia. La razón política es la dirección de la conciencia personal hacia un fin calculado, la autoridad del mando se relaciona con el interés perseguido, siendo la norma el elemento disciplinario y de control mediante el cual se favorece la transformación de la conciencia.

La articulación entre poder y saber, descansa en la posibilidad de transformación de la conducta individual. Cada persona al adquirir autoridad se convierte en custodio de su propia conducta y de su normalización; es decir, pone en práctica la razón política adquirida en la transformación de su personalidad para llegar al punto asimilado como ideal. El individuo disciplinado y normalizado experimenta sobre sí mismo y sobre el mundo el poder y la autoridad; verificando que en todo caso su conducta sea adecuada a la norma, a la “verdad”; toda vez que sus actos son producto de una razón que evalúa el costo y los beneficios. “Bajo la bandera de la normalización, el saber entra sin ambages al combate”⁴².

Los seminaristas se ocupan de fomentar su propia “devoción”, dentro de un clima propicio para desarrollarla; pero en todo caso la “devoción” está en relación con un parámetro perfectamente definido de lo que es y de lo que no es ser devoto. El poder determina el parámetro de referencia, la norma, con la que se aprueba o se repudia un acto normalizado. Lo mismo ocurre con la “lealtad” en el caso de los cadetes del Colegio Militar, pues siempre está presente el elemento que posibilita la comparación y por lo tanto la normalización. Cada parte del dispositivo permite o impide actitudes, con base en la norma, es decir, el espacio dentro del encierro de formación tiene su origen como modelo de la razón política.

El poder conlleva un saber transformador y regulador de la conducta, la autoridad es ejercida en un juego de normalidad y anormalidad, dentro del cual se debe acomodar cada acto individual. Así cada acto desarrollado tiene un efecto en el dispositivo, que va más allá del que la conciencia individual le confiere; pues refuerza el mecanismo de normalización, aunque en algunos casos lo puede poner en crisis. El biopoder regula los actos individuales y colectivos dentro de los dispositivos de formación religiosos o militares, ya que existe un código que ajusta la conducta a normas. Un código no explícito, pero si implícito en el discurso y en el ejercicio de la autoridad y el control.

El biopoder alcanza su desarrollo cuando el poder se integra como componente del saber, lo que permite regular a la sociedad, conduciéndola hacia la gobernabilidad. La integración del saber al poder, o mejor dicho; el poder y el saber permiten hacer de las sociedades productivas y gobernables. “La fuerza del biopoder reside en que define a la realidad al mismo tiempo que la produce. Esta realidad considera que el mundo está compuesto de sujetos y objetos y de su normalización totalizadora”⁴³. Con el biopoder se normaliza la conciencia subjetiva y la apropiación de los objetos que hace esta conciencia normalizada; todo acto y relación entran en una dinámica desequilibrada auspiciando la racionalidad política, en la normalización de la “verdad”.

En los centros de formación cada sujeto y objeto están ordenados por la autoridad imperante, lo que vuelve a las relaciones *in side* en un juego de posiciones discordantes. El espacio asigna funciones, el uniforme asigna jerarquías, el saber remite a procesos de normalización, el discurso une la autoridad con la conciencia. Dentro del espacio vigilado cada actor juega un rol predeterminado por el sitio que ocupa en relación al proceso de normalización.

⁴² Dreyfus y Rabinow. *Op Cit.* p. 221

⁴³ *Idem* . p. 221

“La liturgia católica señala claramente las funciones que pueden y deben cumplir cada uno de los celebrantes en determinadas ceremonias; por ejemplo, en la Celebración Eucarística (Misa), únicamente el diácono o el presbítero pueden proclamar el Evangelio, es decir, leerlo y hacer la homilía respectiva; por otra parte, solamente el presbítero puede repetir la fórmula consagradoria, mediante la cual el pan y el vino se convertirán en el cuerpo y la sangre de Cristo”.⁴⁴

El poder genera saber, y el saber desarrolla al poder, esta relación recíproca entre poder y saber, vuelve a cada persona un contendiente en un campo de batalla organizado para el combate. Así, el teólogo maneja un discurso que le permite controlar las actitudes, incluso la voluntad del novicio; porque la autoridad está distribuida en una red que multiplica la vigilancia y el control.

El cadete antiguo se ha acomodado en el campo de batalla, de una forma más directa con la norma; ha modificado su cuerpo y su mente para poder adquirir conocimientos y mando sobre sus compañeros, por eso su autoridad sobre el cadete de primer ingreso es incuestionable, incluso para este último; pues ante sus ojos el cadete antiguo es modelo de conducta a seguir.

El poder es saber, ahí donde la norma es razón, conciencia y prestigio. En donde el discurso articula y une coherentemente al poder y al saber. El discurso permite que cada sujeto se integre al dispositivo y que ocupe un lugar dentro de él, en relación al avance en el proceso de normalización. La conducta individual y colectiva está ordenada por una razón que define el mundo y el qué hacer sobre ese mundo, ahí dentro cada movimiento es vigilado y controlado. El poder es saber siempre que controle y determine la relaciones de los sujetos con otros sujetos y con los objetos, siempre que adquiera la forma de biopoder.

⁴⁴ Conversación con un seminarista.

La autoridad crea objetos para conocer o reconocer; no existen los conocimientos neutrales, ni la investigación filantrópica. El conocimiento es un arma en el campo de batalla, es empleado como técnica y como táctica, al mismo tiempo. Permite reunir fuerzas, desarticular discursos confortantes, imponer dudas sobre “verdades” adversas, cambiar el sentido de las acciones y de los acontecimientos históricos. Los “soldados” profesionales se ven involucrados en la producción-reproducción de saberes y discursos, a partir animados por la autoridad que poseen que los posee.

En el seminario se multiplican los discursos de “verdad”, con base en los cuales se *instruye* a los seminaristas, una vez ordenado dejarán de ser receptores y se volverán transmisores del discurso de verdad; llevarán el impulso de la normalización a dondequiera que vayan, porque serán expresión del discurso que los anima. En el claustro de formación muy pronto se aprende a ejercer la función normalizadora del discurso; aprenden la jerga del lenguaje sacro y las reglas del comportamiento religioso; adquiriendo así prestigio, distinciones y autoridad. El “don de la palabra” es la vocación y la voluntad para apropiarse de un discurso que seduzca la conciencia de las personas; invitándolas a abordar una realidad estructurada por la “verdad” de la razón política del biopoder, de la disciplina, el control y el dominio.

“En el interior del seminario, las costumbres no cambian fácilmente, muchas de ellas son heredadas desde hace siglos: trabajo académico, trabajo manual, oración y meditación. Cualquier cambio en aquella sagrada rutina es cuidadosamente evaluado. Los superiores (formadores), siempre hablan de la necesidad de recordar las tradiciones, las normas; repiten una y otra vez que los cambios deben ser sopesadas en un contexto histórico”.⁴⁵

⁴⁵ Idem

El Colegio Militar, por su parte, adiestra a los cadetes en el uso del “don de mando”, para el cual el uso de la voz, impone ejecución de órdenes y movimientos. Desde los primeros días de ingreso los cadetes tienen contacto con la ejecución de órdenes transmitidas de viva voz. El discurso reducido en los enunciados de las órdenes militares, impone formas de caminar, vestir, pensar; es decir la voz de mando uniforme, normaliza. El poder se concentra en una orden saturada de condiciones, que produce el efecto de condicionar al cuerpo y a la mente dentro del encierro.

La orden del comandante transmitida por la voz, es la forma más burda en la que el poder se presenta como saber, el discurso corto demanda el cumplimiento de la orden y los “soldados” se ven obligados a obedecer. Una orden es el dominio del cuerpo y de la mente. “El proceso de don de mando se puede juzgar sólo en términos de resultados obtenidos... La evaluación final del don de mando efectivo, es la calidad de la ejecución realizada por los soldados, individualmente y como unidad. La ejecución como medida de evaluación requiere que cada acción y decisión se compare con las normas de ‘buena ejecución’”⁴⁶.

“Una orden es una orden: El carácter de lo definitivo e indiscutible, que es propio a la orden, puede también haber ocasionado el que se haya reflexionado tan poco acerca de ella. Se la toma como algo que siempre existió así, parece tan natural como indispensable. Desde pequeño uno está acostumbrado a las órdenes de ellas consiste en buena parte lo que se llama educación; también toda la vida adulta está penetrada de ellas, trátase de las esferas del trabajo, de la lucha o de la fe. Uno casi no se ha preguntado qué es propiamente una orden; si realmente es tan simple como parece; si a despecho de la rapidez y lisura con que provoca lo esperado, no deja otras huellas más profundas, quizás incluso hostiles, en el hombre que le obedece”.⁴⁷

⁴⁶ SDN. *Manual de mando militar*. p 178

⁴⁷ Canetti Elías, *Masa y poder*, 4a. De., Muchnik Editores, España 1982, p. 299

El poder es saber cuando impone las normas del pensamiento y de la acción. La autoridad crea los parámetros de "verdad" en referencia a *sí misma*. El poder marca y expresa los límites internos y externos de la realidad, el modo de comprender y apropiarse del mundo. La autoridad establece también la forma en que la conciencia deberá de relacionarse con la historia y con la naturaleza; todos los parámetros del conocimiento están determinados por la autoridad y su ejercicio. Toda la "verdad" que se conoce es resultado de la voluntad y la razón política, de lucha e imposición de valores y criterios. En el campo de batalla el poder determina los procesos de conocimiento, regula los procesos de "verdad" y delimita los criterios de razón.

"El conocimiento fue por lo tanto inventado. Decir que fue inventado es decir que no tuvo origen... el conocimiento es simplemente el resultado del juego, el enfrentamiento, la confluencia, la lucha... Por lo tanto no hay en el conocimiento una adecuación al objeto, una relación de asimilación sino que hay, por el contrario, una relación de distancia y dominación; en el conocimiento no hay nada que se parezca a la felicidad o al amor, hay más bien odio y hostilidad: no hay unificación sino sistema precario de poder"⁴⁸.

⁴⁸ Foucault, Michel. *La verdad y las formas jurídicas* pp. 22 - 28

CONCLUSIONES:

A lo largo de este trabajo se ha visto, que la problemática existente entre la disciplina/encierro; con el ejercicio del poder, es múltiple y compleja. El intento por encontrar respuestas a ésta nos condujo a las siguientes conclusiones:

La voluntad de saber, es finalmente un deseo de ejercer poder; así, el ejercicio de la autoridad representa una serie de ventajas “comparativas” entre personas y grupos sociales. El poder se concibe como “positivos”, en la medida en que sus efectos brinda distinciones y privilegios, con los que se está en posibilidad de ejercer autoridad y obtener el placer de gobernar, ya sea a uno mismo o a los demás. El gobierno es atractivo en la medida que brinda al sujeto la oportunidad de objetivarse de manera “positiva”, ante la conciencia individual y colectiva.

Desde que los espartanos inventaron las tecnologías castrenses para la formación de los párvulos, hasta nuestra moderna ciencia pedagógica; las disciplinas han conducido al individuo hacia subjetivaciones productivas; pero ahora en las sociedades de normalización, además de ser productivo se pretende formar la personalidad con apego a la *norma*. El mundo se convierte en una experiencia de vida, en la cual la voluntad está orientada por la *norma* y la disciplina; se compite para ser el mejor, el más productivo, el más fiero. El mundo es un campo de batalla, en el que la razón y el conocimiento se incorporan a la lucha. La vida cotidiana ha sido desencantada.

Rastrear los procesos de disciplinarización y normalización, es decir los procesos de subjetivación del ser humano en nuestra cultura; requiere de una analítica interpretativa del poder. Visto así, el poder es una relación social que incide en todo proceso social, toda vez que esta presente en cada persona. Buscar el poder individualizador, demanda abandonar la visión de conjunto; dejar de lado el todo y buscar en cada parte las secuelas de la normalización y la disciplina. Se necesita de una *microfísica del poder*, que permita ver lo que antes no había sido visto; una mirada a contrapelo de las estructuras del poder soberano, una mirada al inframundo de las relaciones personales cara a cara. No es el príncipe y su gobierno; es la persona ante sí misma y ante sus tutores.

Comprender y analizar el reticulado capilar por el cual se ejerce el poder, significa acercarse a la vida cotidiana del individuo, pues en ella sirve o se sirve del poder en busca de su individualidad; pues el poder es un elemento de identidad y de subjetividad personal, mediante el cual las personas son actores en el campo de batalla. No es una vocación *pro natura* la que induce la actitud bélica de los individuos, es por el contrario el mundo social el que ha sido organizado como en la lucha perpetua; así el conocimiento, el saber, la “verdad”, el discurso; están animados por la guerra y no por la paz.

La individualidad pronto adquiere una necesidad de saber, por la que se somete a entrenamientos normativos, a disciplinas productivas, a discursos políticos; pues la persona debe conocer la táctica y la técnica, con las cuales podrá sobrevivir en el campo de batalla. Las virtudes bélicas son en nuestra cultura indispensables para el éxito. Sin embargo, la guerra perpetua es invisible para los actores sociales; que no llegan a percibir sus enfrentamientos como actos de guerra, ni siquiera políticos; al vivir cotidianamente en combate, la rutina tiende a volver indiferentes a las personas.

El poder se oculta, permanece contenido dentro de cada acto disciplinado, en las formas de cada ser normal. Ahí, móvil y estático, transita de un sitio a otro, convirtiendo a las personas en autoridad o gobernados, moviendo constantemente la realidad y la forma en que los individuos se relacionan.

Perseguir este poder furtivo, demanda un corte en el tiempo; tomar un momento y en él rastrear la estructura del poder capilar. Buscar en la intersección de cada cuadro, en la celdas que conforman la red del poder capilar, es tarea de momentos, en espacio y tiempo concretos, casi independientes del resto.

El poder se expresa en el discurso, sobre él se monta; es el riel que lo conduce de un sitio a otro, de una persona a otra. El discurso une al saber y al poder en cada celda de la cuadrícula capilar, con la cual el poder envuelve la estructura social y homogeneiza la cultura y así al individuo. El discurso permite comprender la vida de los hombres, tanto en la conciencia de cada cual, como en la conciencia colectiva; hace común la historia de las personas, conduce hacia un mundo completo, es decir hacia una realidad total; en la que cada parte individual se acopla a la homogeneidad, a la norma.

Ahora bien, las personas necesitan conocer las técnicas que les permitan vivir en un mundo homogéneo, requieren conocer las formas de cómo manejarse, el mundo de las normas, el de las reglas como instrumentos de vida, mediante las cuales pueden manipular la realidad, la conciencia, la “verdad” y el cuerpo. Cada individuo debe ser capaz de conducirse en su mundo, de ordenar su conducta a la realidad social imperante, a la norma y la disciplina; es en este sentido que se presenta un manejo del poder capilar de manera personal. Las técnicas del poder, por medio de la segregación, la celdas, los ejercicios, el control de la actividad y el cuidado de sí mismo, constituyen individualidades celulares, genéticas, orgánicas y combinatorias. El individuo es disciplinado y normal, al ser productivo y controlable.

Sin embargo, el gobierno personal y colectivo persigue un fin más allá de la circunstancia, más allá del momento. El poder es estratégico, pues conduce a las personas hacia la reproducción y ampliación del sistema político normalizador. En el campo de batalla se lucha para preservar el orden existente, la dinámica de la sociedad debe garantizar que cada objeto que cambie no modifique la estructura en su conjunto. El desequilibrio es el orden perpetuo de las relaciones de fuerza bélicas; la paz como meta no existe; el fin último del combate es mantener la conquista. El poder desarrolla sus tácticas, dando sentido a las acciones humanas concretas; posibilita el cambio de fuerzas, pero impide el equilibrio en el campo de batalla. La táctica como parte del ejercicio del poder, permite la reproducción del sistema de guerra-represión, que es el simple efecto y la simple continuación de una relación de dominación.

La táctica está presente en el campo de batalla, acompaña a cada persona en el combate. El combatiente es un individuo técnicamente apto para desenvolverse en el combate, es tácticamente útil cuando combate. Estratégicamente no importa si su lucha táctica es de liberación o de represión; en todo caso no altera el desequilibrio de la guerra permanente.

Así, cada persona, cada cuerpo es útil en el campo de batalla, cada persona mediante el uso y control de su cuerpo ocupa un sitio en él. El poder se interesa en cada cuerpo, sobre él se instala para ser ejecutado, pues el poder es real cuando anima un cuerpo. El poder normalizador, demanda así un espacio donde el cuerpo pueda ser vigilado en sus actos, para reprimir todos aquellos movimientos que se originen fuera de la influencia del poder disciplinario. El poder cae directamente sobre los cuerpos, en espacios delimitados en los que se regula la actitud individual y de conjunto.

El Colegio Militar de México, y el Seminario Mayor de la Diócesis de Cuernavaca, son campos de batalla regulados, ordenados y orientados para la formación de los combatientes. Cada cadete y seminarista es preparado para el combate, practicando a diario las tácticas y técnicas de la lucha. El cuerpo de los futuros oficiales y presbíteros es moldeado para el combate; son cuerpos sobre los que recae el poder y los vuelve poderosos. Los cuerpos poseen el poder y el poder posee a los cuerpos, cuando una persona está preparada para la lucha.

Los centros de formación militares y religiosos, son sitios de entrenamiento y formación, en los que la voluntad y la individualidad se ven involucradas en procesos de autonegación y exclusión. Los cadetes y los seminaristas aprenden muy pronto a reprimir sus instintos y pulsiones primarias; para después reprimir sus anhelos morales. El bien y el mal son formados en la norma, los deseos y los saberes descansan en la norma y no en la libertad.

La voluntad individual es conquistada por la norma, en eso reside el entrenamiento militar o religioso, y hace de cada individuo un "soldado" al servicio de la patria o de Dios. El saber y el poder han sido incrustados en la mente de cada persona disciplinada, por el control de la norma; las virtudes castrenses y religiosas reducen la intuición y la espontaneidad de los seminaristas y cadetes; cada uno de sus actos es calculado, orientado hacia un fin y puesto en práctica con un objetivo. Cada movimiento es parte de una conquista.

El cuerpo, la mente, el saber y los deseos de los seminaristas y los cadetes son formados para la lucha; la vida del seminario y del cuartel, son vidas en combate. No hay paz, pues siempre se están preparando para la guerra, siempre hay un enemigo que acecha más allá de los muros. El encierro de formación configura individualidades obsesivas en la seguridad y la defensa; en el contraataque y la victoria; es decir en la práctica del poder.

Así, el saber transmitido en un centro de formación especializado en el control, la vigilancia y el examen, es parte de un sistema de dominio. El saber y el poder están integrados, por lo que no es posible que el poder se ejerza sin el saber; e imposible que el saber no engendre poder. La relación que guardan el poder y el saber, permite el funcionamiento de espacios sociales de “formación” e “instrucción”; los seminarios y los cuarteles son lugares de encierro disciplinario, y por lo mismo de normalización. Capaces de ocultar los mecanismos del poder capilar, al mismo tiempo que conducen la subjetividad de las personas de acuerdo a una racionalidad política de conquista perpetua. El poder actúa sobre los cuerpos, y a partir de éstos en las mentes. El deseo de verdad, al igual que el de poder; se deben a una constante manipulación de la “verdad” por el discurso, lo que motiva que el individuo busque al poder y al saber como vocación propia.

Los adolescentes y jóvenes que ingresan a los centros de formación militar o religiosa, pocas veces están consientes de la pérdida de individualidad que implica acatar las órdenes, observar los reglamentos y respetar las normas. Toda vez, que lo normal es cumplir el ordenamiento de la vida de interno militar o religioso. La mayoría de los postulantes a presbíteros u oficiales, además de su “vocación” de servicio, se enrolan por otros motivos tales como los económicos o el reconocimiento social; pero la mezcla de objetivos personales inducidos y los objetivos tácticos que debe cumplir el postulante hacen de cada uno de ellos objetos vulnerables al poder.

Las vocaciones deben ser por tanto formadas; los claustros de formación conducen la personalidad hacia objetivos calculados por la razón punitiva. Cada persona es individual y colectivamente trasformada en un “soldado” que puede prestar sus servicios en cualquier lugar, incluso fuera del claustro de formación. La mentalidad es trasformada en un objeto manipulable, los postulantes adquieren los elementos de su propia transformación y son los encargados de regular su conducta y su voluntad.

La vida cotidiana en el encierro hace de cada espacio y de cada acto, un elemento de la cadena de vigilancia y control, la instrucción militar o religiosa, tiene como fin último conseguir un cuerpo dócil y una mentalidad manipulable. Se debe trasformar a cada postulante en “soldado” y para ello es menester que cada uno tome conciencia de sí mismo, cuide de sí poniéndose al servicio del poder. En última instancia es más útil un “soldado” disciplinado y dócil, que un sujeto libre; pues el primero es por definición productivo y *normal*, y el segundo no. La personalidad no importa, lo importante es la obediencia, la abnegación; y su resultado, la transformación.

La vocación es un requisito para ser “soldado”, pero sólo pueden graduarse como tales los sujetos que realizan su propia transformación, convirtiéndose en sus propios custodios. La voluntad de saber/poder es siempre un deseo de ejercer el conocimiento/poder sobre sí mismo. Quien sabe mandar, primero hace obedecer a su cuerpo; la libertad individual debe estar subordinada a la táctica de la autoridad.

En nuestra cultura es más importante ser obediente que ser libre, pues se obtiene una mayor producción de un cuerpo dócil, que de una mentalidad libre. El cuerpo es un instrumento del mecanismo de control, no un agente libre de acción. La libertad está contenida en la falsa voluntad de servir.

La vida del cuartel y del seminario debilitan los lazos con la libertad, pues extienden toda una base de mecanismos con los cuales se puede regular la actividad personal; al proponer un dispositivo que garantice la realización personal. La libertad es entonces un elemento imaginario, que el dispositivo de la vocación militar o religiosa utiliza como deseo de libertad. El deseo de ser libre, de articular a este deseo como discurso, de formularlo como "verdad". Constituye la libertad misma como un valor deseable. Respetar y garantizar la libertad propia y ajena se vuelve un objetivo en la lucha por la conquista.

Los centros de formación se crearon como dispositivos de control de la libertad; no existen espacios mejor dispuestos para la vigilancia de la libertad que el seminario, el cuartel, la cárcel, el hospital y la escuela. El individuo es conducida hacia su propia negación de forma voluntaria. Cada persona busca un objetivo personal, que al realizarlo, cree haber logrado su verdadera vocación; cada cadete que llega a la graduación y cada seminarista que llega a la ordenación, siente que ha hecho algo de forma libre. "Ironía del dispositivo: nos hace creer que en ello reside nuestra propia liberación"¹.

La individualidad se relaciona con el poder de forma directa, el subjetivarse implica un proceso político. El individuo es sujeto en la medida que es un agente político, que actúa dentro del campo de batalla como protagonista de la conquista. El poder mantiene un efecto positivo en la personalidad siempre que le permite al sujeto objetivarse en relaciones de dominio-opresión-liberación. Siempre que el poder de placer funcione, la subjetividad estará orientada hacia objetivaciones de control y dominio, de disciplina y norma.

En nuestra cultura el poder/saber siempre es gratificante y reconocido: un maestro disfruta sus clases, un jefe se complace en su trabajo, un padre está orgulloso de sus hijos; y el alumno, el obrero y el hijo deben estar satisfechos y orgullosos de ser conducidos. La voluntad de saber conlleva una actitud de sumisión, que es a la vez autoritaria. El poder se busca, se persigue y se obtiene en medio de un conflicto perpetuo.

¹ Foucault, M. *Historia de la sexualidad La voluntad del saber*. p. 194

La individualidad debe buscarse no en el saber/poder, no en el dispositivo, sino en la confusión y la angustia. Contra el dispositivo del encierro, el punto de apoyo del contra ataque no debe ser la libertad-discurso; sino los cuerpos y los placeres. Las objetivaciones individuales no deben enfocarse al éxito dentro del sistema, sino a los placeres que se encuentran más allá de la razón punitiva, más allá incluso de cualquier racionalidad. *El mundo de vida debe ser liberado de la razón, es en el otro extremo de la razón donde se encuentra una objetividad fuera del gobierno.*

La búsqueda de un nuevo paradigma humano impone una reflexión entorno a la individualidad, la subjetivación, el poder, la verdad, el conocimiento y el discurso; pues cada uno de estos elementos incide de forma directa en la identidad y la personalidad. No es proponiendo un poder sin discurso, o una verdad aislada del poder, o una libertad ajena a la política. La humanidad se constituye como política, el poder y la libertad son parte de su historia.

BIBLIOGRAFIA CITADA

1. BALIBAR, Etienne; DELUZE, Gilles; DREYFUS, Hubert; et al
MICHEL FOUCAULT, FILOSOFO.
1a. ed., en español, Ed. Gedisa, Barcelona España, 1990, 342 pp.
2. BAUDRILLARD, Jean.
OUBLIER FOUCAULT
Édition Galilée, París, 1977, 90 pp.
3. BOBBIO, N; MATTEUCCI, N.; y PASQUINO, G.
DICCIONARIO DE POLITICA. Suplemento.
1a. ed., S.XXI Ed., México, 1988, 546 pp.
4. BULNES Aldunate, Juan
SACERDOCIOS Y DOMINACION
1a. ed., Centro Intercultural de Documentación
Col. Sondeos, No. 75, Cuernavaca, México, 1975, 195, pp.
5. CANETTI, Elías
MASA Y PODER
4a. ed., en español, Muchnik Ed., España, 1982, 492 pp.
6. CAPLOW, Theodore.
LA INVESTIGACION SOCIOLOGICA,
1a. ed., en español, Ed. Laia, Barcelona, 1972, 156 pp.
7. CLAUSEWITZ, Carl Von
ARTE Y CIENCIA DE LA GUERRA
1a. ed., Grijalbo Editores, Col. 70s, No. 116, México, 1972, 167 pp.
8. CONCHA, M. Miguel
**LA PARTICIPACION DE LOS CRISTIANOS
EN EL PROCESO POPULAR DE LIBERACION EN MEXICO.**
1a.ed., S.XXI Ed., México, 1985, 311 pp.
9. CONCILIO VATICANO II.
DOCUMENTOS DEL CONCILIO VATICANO II
8ava. ed., Libería Parroquia de Clavería, México, 1986, 543 p..
10. CONFERENCIA DEL ESPISCOPADO MEXICANO
Comisión Episcopal de Seminarios y Vocaciones
**NORMAS BASICAS PARA LA FORMACION SACERDOTAL EN MEXICO.
ORDENAMIENTO BASICO DE LOS ESTUDIOS PARA LA FORMACION
SACERDOTAL EN MEXICO.**
1a. ed., CEM, México, 1996, 211 pp.

11. DREYFUS, Hubert, RABINOW Paul.
MICHEL FOUCAULT: MAS ALLA DEL ESTRUCTURALISMO Y LA HERMENEUTICA.
 1a ed., en español, IIS-UNAM, México, 1988, 244 pp.
12. FAZIO, Carlos
SAMUEL RUIZ. El Caminante
 1a. ed., Espasa Calpe, México, 1995, 328 pp.
13. FOUCAULT, Michel
MICROFISICA DEL PODER
 2a. ed , Ed. La Piqueta, España, 1979, 189 pp.
14. Idem
VIGILAR Y CASTIGAR
 2a ed., en español, S. XXI Ed., México, 1978, 314 pp.
15. Idem
LA GENEALOGIA DEL RACISMO
 1a.ed., en español, Ed. Altamira, Buenos Aires, Argentina, 1976, 209 p.
16. Idem
HISTORIA DE LA SEXUALIDAD Vols. I, II y III
 6a. ed., en español, S. XXI., Ed., México, 1991.
17. Idem
TECNOLOGIAS DEL YO Y OTROS TEXTOS AFINES
 1a. ed., en español, Paidós, Madrid, España, 1995, 150 pp.
18. Idem
LA VERDAD Y LAS FORMAS JURIDICAS
 3a.ed., Ed. Gedisa, España, 1992, 236 pp.
19. GIDDENS, Anthony
LAS NUEVAS REGLAS DEL METODO SOCIOLOGICO
 1a.ed., en español, Ed. Amorrortu, Argentina, 1993, 173 pp.
20. Idem
LA TRANSFORMACION DE LA INTIMIDAD
 1a. ed., en español, Ed. Cátedra, España, 1991, 183 pp.
21. Idem
LA CONSTITUCION DE LA SOCIEDAD
 2a ed., Amorrortu Editores, Argentina, 1995, 293 pp.
22. GOFFMAN, Erwing
INTERNADOS. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales.
 2a. ed., Ed. Amorrortu, Buenos Aires, Argentina, 1972, 378 pp.

23. GORDON, Thomas
EL DESEO EN EL CELIBATO
 1a ed., en español, Plaza y Janés, México, 1988, 533 pp.
24. LAGARDE, Marcela
MADRESPOSA, MONJAS, PUTAS, LOCAS.
LOS CAUTIVERIOS DE LAS MUJERES.
 1a. ed., UNAM. Col. Posgrado, México, 1990, 560 pp.
25. LEWIS, Oscar
ANTROPOLOGIA DE LA POBREZA
 1a.ed., en español, 2a. reimp. FCE, México, 1975, 302 pp.
26. LOPEZ G., Gerardo
SOTANA NEGRA, ZAPATILLAS ESCARLATA
 1a.ed., Ed. Diana, México, 1996, 168 pp.
27. MARSAL, Juan
 "Historia de vida y ciencias sociales".
 En BALAN, Jorge et al. **LAS HISTORIAS DE VIDA EN CIENCIAS SOCIALES.**
 Buenos Aires, Nueva Visión, 1974, pp. 43-63.
28. MARTOS, Joseph
LOS SACRAMENTOS DE LOS CRISTIANOS. EL SACERDOCIO
 1a.ed., Liguori Publicaciones, España, 1994, 20 pp.
29. MERQUIOR, J. G.
FOUCAULT O EL NIHILISMO DE LA CATEDRA
 1a ed , en español, FCE., México, 1988, 323 pp.
30. MINELLO, Nelson
 "Algunas notas sobre los enfoques y aportes de la sociología en es estudio del poder".
 en VILLA, A. Manuel (Editor) **PODER Y DOMINACION.**
 1a.ed., Unidad Regional de Ciencias Humanas y Sociales, El Colegio de México.,
 Venezuela, 1986, 23-54 pp.
31. MOREY, Miguel
 "Introducción a la cuestión del método"
 en: FOUCAULT, M. **LAS TECNOLOGIAS DEL YO.**
 Ed. Paidós, Madrid, España, 1995, pp. 9-11
32. OCAÑA, Lucila et al
LA HERENCIA DE FOUCAULT. Pensar en la diferencia.
 1a. ed., FCPYS/UNAM-Ed. El caballito, México, 1987, 164 pp.
33. SECRETARIA DE LA DEFENSA NACIONAL
MANUAL DE TACTICA DE ARTILLERIA
 SDN, México, 1989, 115 pp.

34. *Idem*
REGLAMENTO GENERAL DE DEBERES MILITARES
 Ed. San Cristobal, México, 1988, 35 pp.
- 35 *Idem*
LEY ORGANIZA DEL EJERCITO Y LA FUERZA AREA MEXICANA
 SDN, México, 1989, 170 pp.
- 36 *Idem*
MANDO MILITAR
 SDN, México, 1985, 240 pp.
- 37 SEMINARIO CONCILIAR DE SAN JOSE
REGLAMENTO INTERNO
 Documento de Circulación interna. Cuernavaca, México, 1996, 70 pp.
- 38 VARGAS Llosa, Mario
LA CIUDAD Y LOS PERROS
 24 ava. ed., Six Barral, Biblioteca de Bolsillo, México, 1996, 314 pp.
39. WATSON, Peter
**GUERRA PERSONAL Y DESTRUCCION. USOS MILITARES DE LA
 PSIQUIATRIA Y LA PSICOLOGIA.**
 1a ed , Ed. Nueva Imagen, México, 1982, 358 pp.

HEMEROGRAFIA CITADA

1. EJERCITO DE GUATEMALA
REVISTA MILITAR DE GUATEMALA.
 Vol. 34, No. 45, IV Epoca, Guatemala, 1985, 160 pp.
2. GROSS, Feliks
 "Poder, Sociedad y cultura".
 en: **REVISTA MEXICANA DE SOCIOLOGIA.**
 Vol XX, No. 2, pp. 453-473, IIS/UNAM, México, 1958
3. Guevara Niebla, Enrique
 "El diseño curricular".
 en: **DOCUMENTOS PARA EL ANALISIS DEL PROYECTO XOCHIMILCO**
 Temas Universatarios, No. 8, UAM-X, México, 1986.

BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

1. ALONSO, Jorge
"De la política local global: un reto en el análisis de la antropología política" en: VILLA A., Manuel (Editor)
PODER Y DOMINACION. 1a.ed., URCH/COLMEX, Venezuela, 1986,
pp. 77-90
2. ANSART, Pierre
IDEOLOGIA, CONFLICTOS Y PODER
1a.ed., Ed. Premia, México, 1983, 158 pp.
3. ARGUELLO, A., Gilberto
EN TORNO AL PODER Y A LA IDEOLOGIA DOMINANTE EN MEXICO.
2a.ed., UAP., México, 1977, 98 pp.
4. BACAL, Azril
"Algunas consideraciones psico-sociales en torno al poder"
en: VILLA A., Manuel Op. Cit. pp. 71-97
5. BAUM, Gregory
RELIGION Y ALIENACION. Lectura teológica de la sociología.
1a.ed., en español, Ediciones Cristiandad, España, 1980,
318 pp.
6. BLANCARTE, Roberto J.
RELIGION, IGLESIA Y DEMOCRACIA
1a. ed., La Jornada Ediciones- Centro de Investigaciones
Interdisciplinarias en Humanidades (UNAM), México, 1995,
316 pp.
7. BERRY, Phillip.
TEOLOGIA DE LA LIBERACION
1a.ed.,S. XXI, Editores, México, 1989, 196 pp.
8. BOFF, Leonardo
IGLESIA, CARISMA Y PODER
3a.ed., Ed. Sal Terrae, España, 1988, 262 pp.
9. BOILS, Guillermo
LOS MILITARES Y LA POLITICA EN MEXICO
1a. ed., IIS/UNAM-El Caballito, México, 1975, 199 pp.
10. CHOMSKY, Noam
SOBRE EL PODER Y LA IDEOLOGIA
1a.ed., Ed. Visor, España, 1989, 153 pp.

11. DE LA PEÑA, Guillermo
"La antropología sociocultural y el estudio del poder" en:
Villa A., Manuel Op. Cit. pp. 23-54
12. HILL, Michel
SOCIOLOGIA DE LA RELIGION
1a.ed , en español, Ediciones Cristiandad, España, 1976,
352 pp.
13. LOWY, Michel
EL CRISTIANISMO DE LOS POBRES
1a.ed. en español, CNCPAP, México, 1994, 118 pp.
14. MAFFESOLI, Michel
LOGICA DE LA DOMINACION
1a.ed., Ed. Península, España, 1977, 79 pp.
15. MILLER, James
LA PASION DE MICHEL FOUCAULT
1a.ed., Ed. Andrés Bello, Chile, 1995, 644 pp.
16. PADUA, Jorge
"Aspectos teóricos y metodológicos en el estudio del
poder" en: VILLA A. Manuel Op. Cit. 109-113
17. RAHNER, Karl
CAMBIO ESTRUCTURAL DE LA IGLESIA
1a.ed., español, Ediciones Cristiandad, España, 1974,164 pp.
18. REDONDO, Armando
ELITE Y JERARQUIA DEL PODER
1a.ed., Cuadernos Universitarios No. 12, UAM/Iztapalapa,
México, 1984, 190 pp.
19. ROSA De La, Martín. et al (Coords.)
RELIGION Y POLITICA EN MEXICO
1a.ed , S. XXI Editores, México, 1985, 371 pp.
20. SEMINARIO CONCILIAR DE MEXICO
REGLAMENTO
Edición Privada, México D.F., 1996, 50 pp.
21. SERRANO G. Antonio
MICHEL FOUCAULT, SUJETO, DERECHO Y PODER
1a.ed., Prensas Universitarias de Zaragoza, España,
1987, 180 pp.

22. THEBORN, Ghoran
LA IDEOLOGIA DEL PODER Y EL PODER DE LA IDEOLOGIA
2a.ed., S.XXI., México, 1989, 158 pp.
23. TURNER, Bryan
LA RELIGION Y LA TEORIA SOCIAL
1a.ed., español, FCE., México, 1988, 399 pp.
24. ZABLUDOVSKY, Gina
LA DOMINACION PATRIMONIAL EN LA OBRA DE MAX WEBER
1a.ed., FCE/FCPYS, México, 1989, 289 pp.
25. Idem
SOCIOLOGIA Y POLITICA, EL DEBATE CLASICO Y CONTEMPORANEO
1a.ed., FCPYS/UNAM-Portría, México, 1995, 278 pp.

HEMEROGRAFIA CONSULTADA

1. BOILS M., Guillermo
"Los Militares en México". en: Revista Mexicana de Sociología, Vol. 47, No. 1, ene-mar, IIS/UNAM, México, 1985. pp.
2. DANIEL, Jean
"La pasión de Michel Foucault"
en: Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales.
No. 117, FCPYS/UNAM, México, 1984, pp. 209-214
3. GOMEZ, Luis
"Genealogía de Foucault, arqueología, encierro y poder".
en: Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales.
No. 143, FCPYS/UNAM; México, 1991, pp. 119-127
4. LEE Mc. Clung Alfred
"El poder personal y la acción social".
en: Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales.
Vol. 9, No .3, sep-dic, 1947, FCPYS/UNAM, México, pp. 341-351
5. OLGUIN P., Palmira
"Los militares en México. Bibliografía Introductoria".
en: Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales,
Vol. 38, No. 2, abr-jun, 1976, FCPYS/UNAM, México.
6. REMUS A., José
"El poder y las formas desestructuradas de la comunicación"
en: Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales,
No. 131, FCPYS/UNAM, México, 1988, pp. 23-45

7. SERRANO G. Enrique

"Razón y poder: su intento de reconciliación en la filosofía de la historia". En :Sociológica, Año, 2, No.3, Invierno, UAM-Azcapozalco, México, 1986, pp. 21-35

8. VARAS, Augusto

"Fuerzas armadas y gobierno militar: corporativización castrense". En: Revista Mexicana de Sociología, Vol. 44, No. 2, Abr-Jun, 1982, IIS/UNAM, México.